



Radiestesia

**EL USO PRÁCTICO DE LA INTUICIÓN
PARA BUSCAR LUGARES FAVORABLES,
CURAR Y CONOCERSE A UNO MISMO**

Raúl de la Rosa

Los libros de **integral** sabiduría esencial

RADIESTESIA

EL USO PRÁCTICO DE LA INTUICIÓN
PARA BUSCAR LUGARES FAVORABLES,
CURAR Y CONOCERSE A UNO MISMO

RAÚL DE LA ROSA

ÍNDICE

Introducción	11
PRIMERA PARTE	17
La radiestesia a lo largo de la historia	19
De los albores a la Edad Media	19
Los ancestros de la radiestesia	19
Las artes adivinatorias en Grecia	24
La varilla en los antiguos pueblos europeos	26
Los augures romanos	28
El renacentismo hermético de la Edad Media	31
La Edad Moderna	34
Las siete llaves de la sabiduría	34
El precio del éxito	44
La división cartesiana	49
Un paso adelante	56
Aymar: un zahorí excepcional	57
De los corpúsculos a Satanás	59
Un poco de sugestión	67
Pros y contras	70
El nacimiento del positivismo	75
Bleton: de la alergia a la radiestesia	75
Un escéptico coherente	81
Una portentosa figura universal	84
Un poco más de electricidad	86
El siglo xx	91
De la física a la psique	91
El príncipe de los zahoríes	92
Medicina y radiestesia, una pareja bien avenida	94
Un caballero de honor	95
La aristocracia también practica la radiestesia	97
Del maestro Treive al Nobel Carrel	101

La escuela de radiestesistas.....	106
El salto cuántico.....	113
Rusia, un gigante radiestésico.....	116
El fin del principio.....	122
SEGUNDA PARTE.....	125
El fenómeno radiestésico	127
¿Qué es la radiestesia?.....	127
Distintas escuelas: una realidad.....	128
Hipótesis personal.....	131
El pensamiento.....	136
El consciente	141
El inconsciente	143
Del instinto a la intuición.....	148
¿Quién, dónde, cuándo y cómo?	151
Quién puede ser radiestesista.....	151
Dónde operar	153
Cuándo operar	155
Cómo operar	160
¿Estamos preparados?	164
La motivación y el deseo	164
El interés	166
La intención	168
La predisposición	170
La relajación	171
Técnicas de relajación	173
Hablar con uno mismo.....	177
Reacciones neuromusculares: el acuerdo interior.....	177
La expresión inicial	180
La pregunta	183
La imaginación	186
La confianza	188
El proceso mental	190
La orientación y la selección mental.....	190

La atención	193
La concentración	198
La abstracción y la neutralidad	203
Sugestión y autosugestión	206
El esquema mental	213
Condicionantes externos	215
El lugar y el momento	215
La ropa	218
La duración de la búsqueda	219
TERCERA PARTE	221
Los instrumentos	223
Por qué se mueven	228
El péndulo	230
El movimiento del péndulo	233
La varilla	236
El movimiento de la varilla	237
Las varillas en forma de L	238
El movimiento de las varillas	240
El lóbulo antena	241
El instrumento primigenio	243
Los testigos	247
Las escalas	252
CUARTA PARTE	255
La educación radiestésica	257
Telerradiestesia	259
Modos operativos	266
Aciertos y errores	269
Ejercicios de entrenamiento	271
Ejercicio nº 1	272
Ejercicio nº 2	273
Ejercicio nº 3	274

Ejercicio nº 4	276
Ejercicio nº 5	276
QUINTA PARTE	281
Distintos campos de aplicación	283
Radiestesia y salud	283
Aplicaciones terapéuticas	283
Agricultura	292
Un mundo a nuestros pies	293
Agua subterránea	294
Prospección geológica	300
Geobiología	302
Arqueología	306
Conclusión final	313
Bibliografía	317

Ejercicio nº 4.....	276
Ejercicio nº 5.....	276
QUINTA PARTE.....	281
Distintos campos de aplicación.....	283
Radiestesia y salud.....	283
Aplicaciones terapéuticas.....	283
Agricultura.....	292
Un mundo a nuestros pies.....	293
Agua subterránea.....	294
Prospección geológica.....	300
Geobiología.....	302
Arqueología.....	306
Conclusión final.....	313
Bibliografía.....	317

INTRODUCCIÓN

Este libro es el resultado de años de estudio e investigación sobre la mente, la conciencia y el comportamiento humanos. Su contenido es aplicable tanto a la radiestesia como a otros campos cognoscitivos, y al fomento de los procesos mentales que favorecen el desarrollo de las capacidades psíquicas innatas en cada persona, más allá de las restricciones impuestas por una sociedad maquinal cuyas consecuencias se reflejan en una visión parcial de la realidad.

El desequilibrio de la mente en favor de la razón llevó a la falsa y manipulada creencia de que todo aquello que no fuera medible, computable, todo lo que no estuviese situado dentro del mundo fenoménico, aquello que traspasase los postulados de lo considerado como científicamente posible, no existía, y era fruto del engaño de los sentidos o, simplemente, un fraude.

La idea del ser humano mecánico sigue estando vigente dentro de los medios científicos dominantes, aunque sus rígidas posiciones van abriendo paso a una nueva, y a la vez ancestral, comprensión del mundo, de la vida y del ser humano más allá de lo puramente tangible. La ciencia actual no ha contemplado en sus formulaciones el hecho de que el pensamiento afecte a la materia y menos aún al tiempo. Las supuestas leyes físicas establecidas han obviado este fenómeno a pesar de que la realidad, tanto cotidiana como experimental, manifieste lo contrario. ¿Dónde se dice que, mediante un determinado proceso psíquico, se puede conocer una información del pasado o del futuro, sin que el espacio afecte a su logro, o que se puedan alterar las mal llamadas leyes físicas? Mientras la ciencia no considere en sus enunciados estos fenómenos, sus explicaciones sobre la realidad serán siempre parciales.

Condenada por la religión y despreciada por la comunidad científica, la radiestesia siempre ha mantenido una vertiente popular denostada por los dogmas imperantes en cada época. No obstante, tal como veremos, ha sido objeto de estudio y práctica por parte de notables personajes del mundo cultural y científico, algunos de los

INTRODUCCIÓN

Este libro es el resultado de años de estudio e investigación sobre la mente, la conciencia y el comportamiento humanos. Su contenido es aplicable tanto a la radiestesia como a otros campos cognoscitivos, y al fomento de los procesos mentales que favorecen el desarrollo de las capacidades psíquicas innatas en cada persona, más allá de las restricciones impuestas por una sociedad maquinal cuyas consecuencias se reflejan en una visión parcial de la realidad.

El desequilibrio de la mente en favor de la razón llevó a la falsa y manipulada creencia de que todo aquello que no fuera medible, computable, todo lo que no estuviese situado dentro del mundo fenoménico, aquello que traspasase los postulados de lo considerado como científicamente posible, no existía, y era fruto del engaño de los sentidos o, simplemente, un fraude.

La idea del ser humano mecánico sigue estando vigente dentro de los medios científicos dominantes, aunque sus rígidas posiciones van abriendo paso a una nueva, y a la vez ancestral, comprensión del mundo, de la vida y del ser humano más allá de lo puramente tangible. La ciencia actual no ha contemplado en sus formulaciones el hecho de que el pensamiento afecte a la materia y menos aún al tiempo. Las supuestas leyes físicas establecidas han obviado este fenómeno a pesar de que la realidad, tanto cotidiana como experimental, manifieste lo contrario. ¿Dónde se dice que, mediante un determinado proceso psíquico, se puede conocer una información del pasado o del futuro, sin que el espacio afecte a su logro, o que se puedan alterar las mal llamadas leyes físicas? Mientras la ciencia no considere en sus enunciados estos fenómenos, sus explicaciones sobre la realidad serán siempre parciales.

Condenada por la religión y despreciada por la comunidad científica, la radiestesia siempre ha mantenido una vertiente popular denostada por los dogmas imperantes en cada época. No obstante, tal como veremos, ha sido objeto de estudio y práctica por parte de notables personajes del mundo cultural y científico, algunos de los

cuales por miedo a ser desprestigiados no sólo no difundieron sus saberes y habilidades sino que los ocultaron. Sin embargo, hasta nosotros han llegado numerosos testimonios de eminentes personajes de la historia que se acercaron a la radiestesia utilizándola como vehículo de conocimiento.

La bibliografía radiestésica es muy abundante, tanto la actual como la histórica. Para el neófito, y a veces para el experto, resulta difícil distinguir entre los textos rigurosos y los menos acertados. Más aún si tenemos en cuenta que la mayor parte de los planteamientos erróneos son fruto de experiencias personales y de criterios surgidos de la sugestión del autor, difícilmente extrapolables a una teoría general radiestésica.

Cualquier pretensión de cambio social o individual debe enfocarse manteniendo la mente alerta y abierta al descubrimiento de aquello que desconocemos, que es mucho más que lo que creemos saber.

La evolución personal ha de dirigirse hacia el conocimiento a través de esos sentidos naturales que nos ponen en contacto con nuestra esencia y, por tanto, con nuestra conciencia. Sin esta comprensión el ser humano seguirá lastrado por los prejuicios y valores que intentan mantener arquetipos sociales tendentes a limitar su evolución.

Desde sus comienzos el ser humano utilizó su instinto para sobrevivir, y la intuición para valorar las situaciones a las que se enfrentaba. Con el paso del tiempo transformó un medio inhóspito en otro menos agresivo, con lo que la necesidad de utilizar el instinto y la intuición pasó a un segundo plano, fortaleciéndose el uso de la razón.

La curiosidad y la necesidad plantean una cuestión inherente al ser humano: el deseo de saber. En primer lugar surgen aquellas cuestiones más elementales, las que competen a la supervivencia, como por ejemplo, alimentarse. Posteriormente, el deseo de saber lleva al ser humano a cuestiones menos primarias, donde el razonamiento a través de procesos sensitivos no pueden ayudarle. Después de la necesidad primaria de saber, estimulada por la supervivencia y

las necesidades elementales, surge otra más compleja que inicialmente no aporta ningún beneficio directo, como preguntarse: ¿La Tierra gira alrededor del sol?, ¿qué son las estrellas? U otras de tipo filosófico: ¿Qué es la verdad?, ¿existe Dios? o ¿el alma es inmortal? El estímulo, entonces, incita a la mente a adoptar una determinada actitud que genera un proceso intuitivo para obtener el conocimiento deseado. La atracción hacia estas cuestiones hace que surjan por una parte los científicos y por otra, los filósofos y pensadores, investigadores del pensamiento, del alma y de la vida.

Fue ese afán de saber el que llevó a plantear cuál era la causa del arte de los zahoríes y, paradójicamente, al intento de comprenderlo siguió una evolución contraria a la del progreso científico. Cuanto más avanzaba éste y se trataba de vincular con la radiestesia, más lejos se estaba de su realidad. Precisamente, el estancamiento de la radiestesia se debe sobre todo a los conceptos equivocados que han pretendido atribuírsele, lejos del lugar que, por naturaleza, debe ocupar.

● La manifestación puramente radiestésica depende del inconsciente al igual que la intuición. Pero, a diferencia de la forma convencional de entenderla, que surge aparentemente de forma espontánea, la actividad radiestésica se formula intencionadamente.● A veces ante un pensamiento, un problema, duda o el deseo de saber, el inconsciente comienza a buscar una solución y responde informándonos de distintas formas: mediante una respuesta igualmente mental o a través de ciertos códigos personales y de símbolos colectivos que considera los más apropiados para advertir al consciente.● Podríamos definir este proceso como intuitivo, pues se produce de forma inconsciente hasta llegar a la idea consciente y diferenciarlo del puramente radiestésico.● En radiestesia, la voluntad dirige el proceso hasta permitir que el inconsciente responda mediante un código previamente establecido: una reacción muscular, sensaciones físico-psíquicas o, incluso, hasta la aparición de la respuesta esperada a través de un pensamiento. ●

El ámbito de la radiestesia, al igual que el de la vida, es amplio. A través de ella se pueden encontrar, no sólo elementos del mundo

material, sino también descubrir la solución a un planteamiento de tipo intelectual ante problemas suscitados por asuntos cotidianos, científicos o espirituales, qué determinación tomar en un momento dado, o qué alimentos, medicamentos, colores o tejidos son los que más favorecen. Hay que tener en cuenta que, sea cual sea el objetivo, el proceso previo a la radiestesia y el puramente radiestésico ha de ser, en cada caso, el mismo, aunque la metodología será distinta según las características de la búsqueda. Cada cual mantendrá una forma operativa personal que, como todo proceso creador, está en constante evolución, tal como se explicará a lo largo de este libro.

Para analizar el fenómeno del conocimiento y de la información no aprendidos, no es posible aplicar el método cartesiano. Incluso otras teorías como la de la relatividad o las actuales hipótesis cuánticas tampoco cubren los paradigmas que plantea este fenómeno, obviado por una ciencia que se opone a orientar sus investigaciones a terrenos que no estén dentro de expectativas concretas de aplicaciones prácticas inmediatas. Surge así la necesidad de una nueva forma de adquirir conocimientos; camino que va íntimamente unido a la influencia decisiva, en cualquier faceta de la vida, de la conciencia. Esta nueva concepción debe desarrollarse desligada de ideas mecanicistas, quizás aplicables a muchos campos, pero no a los fenómenos de la conciencia en esencia, con la perspectiva de abarcar una realidad más profunda.

La simple captación sensorial de los fenómenos físicos, amparada por un razonamiento limitado, ha sido la única forma de discernimiento del llamado progreso científico, que ha intentado —con la idea de que este supuesto avance traería felicidad y bienestar—, desplazar la experiencia íntima de los fenómenos espirituales y psicológicos. Éstos, sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos por anularlos, han hecho posible los considerables avances del pensamiento filosófico y de la psicología empírica.

Mi visión personal conjuga ambos aspectos, y ello permite construir una renovada ciencia, cuyas bases se sustentarían en el conocimiento adquirido a través de una primera fase de elaboración intelectual dirigida a favorecer una intuición esencial, que sería utilizada

por una reflexión posterior semejante a un razonamiento matemático. De esta forma recobraríamos el conocimiento de tantas realidades poco exploradas hasta la fecha, como son los fundamentos de la psique, y la esencia filosófica del ser humano, ocultos tras la cantidad, la diversidad y la manipulación de la información que trae el llamado progreso. De ser así se abriría una nueva perspectiva de evolución personal y social, al tiempo que estas materias adquirirían el carácter de seriedad y rigurosidad que les corresponde, logrando el crédito y reconocimiento que merecen.

Los métodos para conseguir el conocimiento y el discernimiento de los fenómenos del mundo se han abordado desde distintos ámbitos: la dialéctica, la metafísica y la filosofía. Un modo de acceder a la verdad es a través de procesos intuitivos ampliamente entendidos; estas cuestiones también son objeto de, como denominaré, la filosofía radiestésica.

La filosofía radiestésica que planteo se ha ido desarrollando junto a doctrinas filosóficas que también combinaban la intuición y la razón, hasta llegar a este momento, en que queda definida junto con los fenómenos de la psique y de la conciencia, mostrando su íntima relación, y reforzada por las investigaciones teóricas que he realizado y coinciden con mi experiencia práctica.

Los principios de esta filosofía radiestésica como ciencia, arte y expresión de una capacidad humana, así como su objeto y su método han sido materia de ásperas polémicas entre sus detractores y seguidores y también entre estos últimos y sus distintas teorías e ideas sobre el fenómeno. Pero el objetivo esencial de la filosofía radiestésica es el mismo que el de otras ramas de la cultura y la ciencia: descubrir, admitiendo la concepción del vocablo griego *philosophia* (filosofía) que significa «amor al conocimiento».

El concepto de filosofía ha perdido en algunos ámbitos el sentido primigenio que los filósofos le proporcionaron. La actividad de ciertos filósofos se relaciona hoy irónicamente con el verbo filosofar, hablar por hablar, es decir, meditar o exponer ideas sin valor sobre cosas trascendentales. Sin embargo, el auténtico filósofo pretende acceder a la sabiduría, no sólo mediante el entendimiento, ya que

sabe de sus limitaciones, sino a través de una disposición que le lleva a la búsqueda incansable, mediante la vivencia directa del conocimiento profundo: sin olvidar que la filosofía no es más que una vía hacia el conocimiento y no el conocimiento mismo. La radiestesias es un camino abierto a toda clase de realidades, incluyendo la metafísica, pues gracias a ella se adquiere un conocimiento intuitivo, superracional e instantáneo.

PRIMERA PARTE

LA RADIESTESIA A LO LARGO DE LA HISTORIA

La historia de la radiestesia está determinada por la influencia de las diversas doctrinas religiosas, filosóficas, culturales y científicas dominantes en cada época y en cada lugar, y a lo largo de su historia hallamos enconados debates a favor y en contra, así como diferentes corrientes y tendencias. Su estudio permite comprender el desarrollo histórico del pensamiento y del progreso cultural y científico, y clarifica, por una parte, el porqué de los errores y extravíos de los estudiosos y pensadores que, imbuidos de los prejuicios y doctrinas imperantes del momento, intentaron penetrar en su conocimiento y, por otra, los aciertos y logros de aquellos que lograron trascender estas limitaciones. El estudio de la historia y de la filosofía radiestésica que aquí expongo abre un amplio campo cognoscitivo, al tiempo que aporta un enfoque práctico y educativo para el conocimiento personal.

DE LOS ALBORES A LA EDAD MEDIA

Los ancestros de la radiestesia

El hombre primitivo fue un ser fundamentalmente instintivo. Esta facultad le permitía actuar frente a un medio inhóspito y agresivo. A medida que fue conformando un hábitat más seguro y estable, este instinto innato fue perdiendo protagonismo en proporción directa al aumento de su capacidad de raciocinio, aunque quedó latente como parte de la naturaleza humana. Por ello, en ciertos momentos de especial receptividad, puede reaparecer de forma involuntaria, provocando lo que se conoce como intuición, o voluntariamente, a través de la radiestesia.

El estudio antropológico de la radiestesia, y de las artes adivinatorias en general, demuestra que en todo el planeta y a lo largo del

tiempo ha sido practicada por pueblos y culturas que en ningún momento llegaron a tener contacto entre sí. Multitud de referencias históricas indican la existencia del arte radiestésico en muchas culturas antiguas: babilonios, egipcios, persas, alanos, chinos, turcos, etruscos, zulúes, hindúes, malayos, mongoles, etcétera. Ello demuestra que no se trata de un conocimiento educativo o aprendido, sino de una capacidad inherente a la naturaleza humana oculta en cierto nivel de su conciencia, esperando aflorar de nuevo.

Existen vestigios suficientes para afirmar que en algunas antiguas civilizaciones se valían de instrumentos para localizar, detectar o adivinar aquello que deseaban. Las personas que utilizaban este arte eran, por lo general, los dirigentes, magos y sacerdotes, gentes de alto rango social que solían rodear sus prácticas de un carácter sagrado, incluso mágico. Sin embargo, en ciertas culturas, tal como sucedió en Asiria, Babilonia o Caldea, la influencia de la adivinación estaba presente en el pueblo, de la misma forma que en los ámbitos más doctos. Gran parte de la cultura de Babilonia y de Asiria —floreciente ya 3.000 años a.C.— se basa en los primitivos sumerios. El conocimiento de su forma de vivir ha llegado hasta nosotros gracias al hallazgo de miles de tablas de barro con inscripciones cuneiformes, procedentes de la biblioteca del rey asirio Asurbanipal. Consta fundamentalmente de textos religiosos y esotéricos: conjuros, oráculos, ritos mágicos, etcétera; textos científicos: astronomía, medicina, geografía, botánica, etcétera, y textos administrativos y legislativos, como el célebre Código de Hammurabi, grabado en un bloque de diorita por ese gran rey del imperio babilónico que vivió entre 1728 y 1686 a.C.. Este descubrimiento muestra la importancia que tenían los métodos de adivinación en el quehacer diario.

Hace más de 4.000 años, los chinos utilizaban la varilla para encontrar yacimientos de minerales y aguas subterráneas, incluso para decidir dónde construir una ciudad o una casa. El arte milenarior del Feng-Shui incluye, entre otras cosas, la elección de los lugares más propicios para vivir en armonía con la naturaleza. El geomante era el encargado de determinar el lugar y la orientación



Hammurabi (1728-1686 a.C.) recibiendo el anillo y la vara, símbolos de su soberanía. Código de Hammurabi hallado en Susa.

adecuados para la construcción de las viviendas. Hombres destacados en su época como Yu, de la dinastía Hsia, emperador de China desde el año 2205 hasta el 2197 a.C., eran conocidos por sus artes radiestésicas. Tal como figura en la reproducción de un grabado de la época, Yu era alabado «por su ciencia de los yacimientos mineros y de las fuentes. Detectaba objetos escondidos y supo regular juiciosamente el trabajo de la tierra según las diversas estaciones». Yu, a través de la radiestesia, determinaba la calidad de la energía de los lugares donde se pensaba edificar porque ya entonces se sabía que un lugar inadecuado podía ser causa de enfermedades.

Distintas doctrinas filosóficas florecieron en China: el confucianismo, el taoísmo o el pensamiento de Mo-tse y sus seguidores los mohístas. Éstos propugnaban que la existencia objetiva de las cosas existía fuera de la conciencia. Según los mohístas, todos los conocimientos son consecuencia del esfuerzo común entre los sentidos y el pensamiento. En contraposición a estas ideas, el taoísmo afirma que el saber se divide en dos formas bien diferenciadas: sensible y supra-sensible. El primero se adquiere a través de la percepción del mundo

exterior, mientras que el segundo es innato. Otros ideólogos taoístas posteriores –como Wan Tin-sian– consideraban que esta capacidad innata de aprender proviene del instinto. Las formas de contemplar la realidad unidas a una visión holística de la naturaleza, sin duda favorecieron el florecimiento de la radiestesia.

Durante muchos siglos, el uso de la vara estuvo ligado a las artes adivinatorias, y sólo los elegidos podían hacer uso de ella. En la Biblia, los profetas condenan su uso en la adivinación. El profeta Oseas, en el siglo IX a.C., tal como se recoge en el capítulo IV versículo 12, afirmaba indignado: «El pueblo mío –refiriéndose al pueblo de Israel– ha consultado con un pedazo de leño, y las varas suyas o de los agoreros le han dado la respuesta acerca de lo futuro». El profeta intenta combatir las tradiciones y las tendencias idolátricas de los israelitas, invocándoles a la piedad interior y a la devoción espiritual que les acercará a Dios. A pesar de ello, los judíos hacían uso de la varilla, según narran en siglos posteriores san Jerónimo y san Cirilo.

En sus escritos, el historiador griego Herodoto (siglo V a.C.) menciona que los escitas –pueblo iranio nómada que vivió originalmente en las estepas de la actual Rusia meridional–, practicaban la rabadomancia. La cultura escita se detecta a lo largo de muchísimos siglos y abarca desde los territorios occidentales de China hasta ciertos aspectos del arte godo, merovingio o vikingo. Herodoto describe el instrumento del cual se servían como una varilla de madera de sauce que los escitas empleaban, entre otros usos, para descubrir a los perjuros.

El vocablo rabadomancia procede del griego *rhabdos*, o sea, vara y *mantéia*, adivinación. Este término fue utilizado durante siglos para denominar al fenómeno de la adivinación mediante una vara. Otros métodos de adivinación fueron la belomancia (por medio de flechas) o la xilomancia (mediante la madera).

Los avances en la ciencia arqueológica han dado cuerpo a las ideas que teníamos de muchos pueblos casi mitológicos, cuyas culturas emblemáticas encierran una historia y una filosofía inasimilables para nuestros parámetros actuales. Lo misterioso, lo mágico, lo esotérico impacta en nuestros limitados conocimientos creando una bruma reticente para la aceptación de lo inusual, lo diferente, aquello que no comprendemos. El pueblo escita, en concreto, aparece rodeado de una niebla silenciosa que envuelve incluso a los historiadores más antiguos. De ahí la importancia de la docta narración de autores como Herodoto. Para muchos pueblos antiguos los escitas tenían virtudes extraordinarias y también terribles costumbres religiosas cargadas de crueldad.

En los anales de todos los pueblos figuran multitud de fenómenos, aparentemente sobrenaturales, como la adivinación, la clarividencia o la rabadomancia, utilizados con un fin social y religioso. Egipto y, posteriormente, Grecia se destacan por el ejercicio y la organización de estas artes. Según cuenta Herodoto, el egipcio Belus fundó una colonia a orillas del río Éufrates, donde ordenó a los sacerdotes caldeos, conocedores del arte de la rabadomancia o de la adivinación mediante la varilla, al igual que los magos egipcios de la época de Moisés.

Estrabón (aprox. 58 a.C.-c. 25) fue un geógrafo e historiador griego con una cierta obsesión por narrar los hechos tal como sucedieron. En sus obras, caso de *Memorias históricas* compuesta de 47 libros y especialmente en *Geografía* de 17 libros, insiste en la necesidad de fundamentar la geografía en datos matemáticos y científicos. Al mismo tiempo, introduce conceptos filosóficos e históricos, aportando detalles eruditos e informaciones arqueológicas, entre los cuales menciona que los brahmanes de Persia hacían uso de la vara, al igual que los pueblos de Metelin o los brahmanes de la India, tal como relata Flavio Filóstrato. Este sofista griego (aprox. 170-244) escribió la *Vida de Apolonio de Tiana*, obra compuesta de 8 libros, bajo un marco de misticismo neopitagórico, así como la *Vida de los sofistas*.

Las artes adivinatorias en Grecia

El empleo de las artes adivinatorias estaba muy extendido entre los griegos, que recurrían a los oráculos, especialmente a los de determinados templos. Los más famosos fueron el de Zeus en Dodona (Epiro), pero, sobre todo, el de Apolo en Delfos, el más consultado de toda Grecia. El vaticinio era pronunciado por una mujer, llamada pitonisa, que se encontraba en estado de trance, a lo cual se unía el éxtasis provocado por los vapores que salían de la sima existente debajo del trípode sobre el que estaba sentada. Los sacerdotes interpretaban y ponían en verso sus palabras, inspiradas, según decían, por Zeus, dios supremo del helenismo, señor del Olimpo y del Universo, que conocía el porvenir y descorría su velo a través de los oráculos.

En la isla de Lesbos, según narra Filóstrato, los iniciados tenían el privilegio de hablar con los dioses mediante el uso de la varilla.

Estas artes fueron cultivadas con un profundo respeto, así como con una sinceridad y rigor científico que las elevaron a lo más alto del saber de la época. El resumen de todos estos conocimientos y su origen se puede comprender en una sola frase inscrita en el frontis del templo de Delfos: «Conócete a ti mismo».

Herodoto fue también un extraordinario observador de su tiempo, dotado de una gran objetividad, y un fino estudioso de los dioses y de lo que entonces se consideraba sobrenatural. Junto con otros escritores recoge leyendas sobre el filósofo Pitágoras, en las que aseguran que disponía de un fémur de oro —que algunos autores traducen como «un muslo de oro»— con virtudes proféticas y poseía el don de conocer el pasado. Pitágoras fue el fundador de una escuela filosófica llamada itálica, de gran influencia en doctrinas filosóficas posteriores como la platónica y la neoplatónica. Creía que para comprender el origen y el fin de las cosas no se podía ejercitar la dialéctica y el razonamiento, había que desarrollar, fundamentalmente, la facultad primordial y superior del hombre: la intuición. Es por ello que el mismo Pitágoras trató de devolver al arte adivinatorio su profundidad y prestigio perdidos. Precisamente, Delfos, el santuario de

Apolo, se denominaba anteriormente Pytho, derivado de la serpiente Python; de él nace el nombre de Pythagoras, que significa «el que conduce a Pitia», por tanto, el inspirador de sus oráculos.

Sus ideas tuvieron una gran influencia en Platón (427-347 a.C.) y en sus seguidores, que desarrollaron una manera de entender los principios universales, basada en que las formas y verdades eternas no pueden captarse con los sentidos, sino solamente a través de la intuición surgida gracias a la introspección mística.

Las teorías atomistas surgieron en el siglo v a.C., y su más firme exponente es Demócrito. El atomismo se fundamenta en que todas las cosas están compuestas de diminutas partículas (átomos), simples e indivisibles rodeadas de vacío; éstas y sus infinitas combinaciones forman todos los cuerpos. Demócrito fue un científico aventajado y un escritor prolífico en temas relativos a la filosofía, la lógica, la psicología, la ética, la política, la pedagogía, la teoría del arte, la lingüística, las matemáticas, la física y la cosmología. Según Demócrito, las percepciones son el principio y la base del conocimiento; la materia influye en los sentidos que traducen sus percepciones en imágenes. Estas imágenes, copias de las cosas materiales, discurrirían por el espacio vacío, llegando a los órganos de las personas y penetrando en ellos a través de los poros. Sin embargo, Demócrito advierte que hay objetos y propiedades de los objetos que, por su escaso tamaño, no pueden percibirse de la misma forma, pero es posible conocer su existencia mediante la mente. Más adelante veremos cómo estas ideas fueron empleadas como explicación al fenómeno del movimiento del instrumento en radiestesia.

Antiguamente, existieron doctrinas y culturas que unieron la ciencia al conocimiento; hoy se busca la ciencia sin el conocimiento, lo cual degenera en la actual decadencia educativa. El verdadero maestro no se limita a una simple instrucción científica o cultural. Va más allá, buscando el despertar del conocimiento en el espíritu del discípulo. Para alcanzar la sabiduría ciertas culturas fundían su ser físico, el moral y el intelectual en uno, utilizando para ello el ejercicio de la voluntad, del raciocinio y de la intuición.

Estas antiguas corrientes filosóficas supieron aunar el conocimiento procedente de la intuición junto al del intelecto, pues intelecto sin intuición es necedad e intuición sin intelecto puede degenerar en alucinación. En todos los pueblos de la antigüedad existió la adivinación bajo las más diversas formas y medios. En Israel surgieron profetas de una amplitud de miras y de la más elevada categoría intelectual y espiritual. En contra de lo que se suele considerar pura superstición, este fenómeno era consecuencia de la manifestación de las capacidades innatas del ser humano puestas a disposición del conocimiento de las leyes universales, interpretadas de forma personal por el profeta o adivino. La percepción interna, independiente de los sentidos corporales, es un fenómeno común, utilizado por la mayoría de los pueblos, y de ella proceden gran parte de los conocimientos.

Como vemos, los griegos fueron expertos conocedores de estas prácticas adivinatorias. Plutarco (50-125), escritor griego autor de *Corpus*, obra dividida en dos partes: *Vidas paralelas* y *Obras morales*, o *Moralia*, libros que tratan sobre filosofía, pedagogía y mitología desde un contexto moral, también cita el uso de la varilla en sus obras. Fue sacerdote del santuario de Delfos y supo vivir entre gentes de distintas culturas y tradiciones: patricios romanos, griegos de Europa y Asia o nómadas sofistas, adquiriendo así, a través de sus viajes, una visión incomparable de la humanidad. Intentó conciliar las antiguas costumbres y tradiciones con las nuevas concepciones, sobresaliendo sus tratados: *Sobre la letra E en Delfos*, *Por qué la Pitonisa no habla nunca en verso*, *Sobre la decadencia de los oráculos*, en los que buscaba las razones que habían originado la decadencia de las artes adivinatorias, de tanto prestigio entre la sociedad en etapas precedentes.

La varilla en los antiguos pueblos europeos

Tácito —senador durante el reinado de Vespasiano y, posteriormente, en el año 88, pretor—, fue también un gran historiador. Sus rela-

tos se fundamentan en un escrupuloso rigor de investigación, profundizando en los temas que trataba. En su obra *De origine et situ Germanorum* (Del origen y morada de los germanos), narra la vida y las costumbres de las tribus que vivían entre el Rin y el Danubio, donde comenta: «Los antiguos germanos creen en los auspicios y en la adivinación como ninguna nación en el mundo», y describe los instrumentos de madera de avellano y de otros árboles que usaban para la adivinación.

Hacia comienzos de nuestra era los germanos desarrollaron un sistema de escritura alfabética compuesto de veinticuatro signos, conocidos como runas. La mayor parte de las más de doscientas inscripciones anteriores al siglo VII realizadas con este tipo de escritura trata de amuletos, fórmulas, métodos mágicos y de adivinación que aportan una valiosa información acerca de sus creencias. Practicaban la adivinación interpretando la posición de varillas de madera, así como los sonidos, el vuelo de las aves o el comportamiento de los animales, especialmente el de ciertos caballos blancos. En el ámbito privado estos augurios eran interpretados por los cabeza de familia, o por los sacerdotes cuando se trataba de un asunto público. Entre estos últimos destacan algunas mujeres que llegaron a tener una notable influencia política y que eran consultadas antes de tomar importantes decisiones. Las más destacables fueron Vileda entre los brúcteros, Ganna entre los semnones o Auri-na, citada asimismo por el mismo Tácito. También los alanos utilizaban una varilla adivinatoria de hueso, al igual que los frisones, pueblo de raza germánica que vivió en la zona costera de los actuales Países Bajos, entre el Rin y el Ems, que la empleaban, entre otros asuntos, para descubrir crímenes.

Tito Livio (n. 50 a.C.) es un analista que relata y comprueba los sorprendentes y maravillosos acontecimientos de los que es espectador, así como ciertos relatos legendarios admitidos como verdaderos por sus antepasados. En sus obras encontramos referencias sobre las cualidades de la varilla y, aunque se muestra contrario a las supersticiones del vulgo, registra escrupulosamente los prodigios y sucesos de los cuales fue testigo.

Livio escribió igualmente sobre los celtas, que no temen a la muerte, considerándola como la mitad del camino de una larga vida y destaca que «entran siempre cantando en el combate». Los celtas no dejaron tras de sí una gran civilización visible en cuanto a su arquitectura o su literatura. Aunque no es posible acceder a su conocimiento directamente, presentan la ventaja de que su lengua y muchas de sus costumbres y tradiciones han perdurado en zonas muy concretas, especialmente en las islas británicas, a pesar de los esfuerzos del Imperio romano y de la Iglesia cristiana para hacerlas desaparecer. Los celtas vivían en contacto permanente con la naturaleza, lo que les hizo grandes conocedores de ella, así como de lo sobrenatural. La climatología, el vuelo de los pájaros o un encuentro fortuito, eran considerados como presagios, ya fueran de índole favorable o maléfica, y basándose en ello y en su conocimiento, actuaban.

Los druidas eran los encargados de la educación, la justicia y la religión. Su nombre, *druides*, significa los muy sabios o los muy videntes, de donde se desprende que no sólo eran capaces de adivinar o saber, sino que eran los más competentes. Es quizás en el pueblo celta donde mayor arraigo social ha tenido la religión cosmogónica. Sus creencias no se manifiestan solamente en ciertos rituales, sino que subyacen en una dimensión espiritual testimoniada por sus historiadores. Estrabón habla de las danzas que los celtíberos ofrendaban a un dios absoluto e innombrable. Esto refleja que los dioses célticos no eran sino las distintas manifestaciones de un dios absoluto.

Los augures romanos

El origen del Imperio romano se fundamenta en la fuerza de la opresión, dirigida por una oligarquía déspota, con un poder político deificado, que reprimió el desarrollo del intelecto, las ciencias y el arte. A pesar de ello, las artes adivinatorias gozaban de alta consideración entre los romanos, donde la institución de los augures tenía un gran prestigio, aunque generalmente se utilizaban para

finés puramente personales y materialistas, y no para la obtención del conocimiento.

En la antigua Roma, los augures recogieron los profundos saberes de los etruscos sobre las influencias cosmotelúricas en el ser humano y sobre el arte de la profetización y la adivinación. Al parecer, un augur etrusco, provisto de una varilla –llamada *lituus*–, señaló desde una colina el lugar más favorable para la construcción de la nueva ciudad: Roma. Aunque también dice la leyenda que fue el propio Rómulo, quien utilizando una vara doblada –este tipo de vara era empleada por los augures en los eventos más importantes–, decidió cuál sería su emplazamiento.

Los zahoríes romanos precedían a los ejércitos con la misión de elegir los lugares donde era más aconsejable acampar y, al mismo tiempo, para encontrar fuentes de agua subterránea con las que cubrir las necesidades de las tropas. Concretamente, las legiones romanas, en sus campañas en las Galias y en Germania, emplearon buscadores de agua que utilizaban la varilla; aunque los romanos también utilizaron el péndulo en sus artes adivinatorias. De esta forma se descubrieron multitud de aguas subterráneas, entre ellas, buen número de aguas termales, tan solicitadas por los ciudadanos romanos.

La palabra zahorí puede tener connotaciones lingüísticas del hebreo procedentes del texto místico cabalístico Zohar; proviene etimológicamente del árabe *zuhari*, o sea, servidor del planeta Venus o geomántico, aunque se puede traducir como vidente o iluminado y principalmente define a la persona a quien se atribuye la facultad de ver lo que está oculto.

Cicerón (103-43 a.C.) –político, orador y prolífico escritor romano– menciona la adivinación en alguna de sus obras, como *De divinatione*, donde trata con cierto escepticismo los presagios, o en *De fato* y *De finibus*, donde ataca a los epicúreos atomistas. En su obra *De*

officis (Los oficios), capítulo XLIV, cita la varilla adivinatoria. También Ctesias nombra «una varilla de madera *parebus*, que es atraída por el oro, la plata, los demás metales, las piedras y muchas otras cosas».

Marcelino Amiano, historiador romano, que llegó a senador después de una intensa vida como soldado, utilizó sus experiencias entre cortes y campamentos, príncipes y generales, la aristocracia y la plebe, para dedicarse a la literatura y reflejar una amplia visión de su época. Nacido hacia el año 330 de nuestra era, conjugó una personalidad sincera, fuerte y segura, dotada de un sentido crítico desapasionado, realista y sencillo. Escribió las *Historias*, constituidas por 31 volúmenes de los cuales sólo nos han llegado 18 de ellos, quizá los más importantes, ya que contienen los acontecimientos contemporáneos del autor. Según narra, los alanos sentían una gran inclinación hacia el uso de la vara. El último párrafo de su extensa obra resume de forma solemne su pensamiento: «He escrito una obra que tiene por fin la verdad, a la que nunca, según creo, me he atrevido a traicionar con el silencio o las mentiras». Amiano, a pesar de sentir una profunda admiración por la religión cristiana a la que considera «franca y pura», y de admirar «la serenidad y el intrépido valor de los mártires cristianos», continuó siendo un pagano, un politeísta convencido hasta su muerte.

La varilla también es citada por Ambrosio Teodosio Macrobio, escritor y gramático latino de la segunda mitad del siglo IV y V, autor de las *Saturnales* y de *Commentarii in Somnium Scipionis* (Comentarios al sueño de Escipión), donde plasma sus criterios filosóficos sobre la naturaleza del alma, del universo, de los astros o del mismo dios, abriendo el camino a las interpretaciones alegóricas, místicas y astrológicas que influyeron de gran manera en la doctrina del medievo.

Las artes liberales promulgadas por San Agustín en el siglo V, basadas en el *Trivium* (gramática, retórica y dialéctica) y en el *Quadrivium* (geometría, aritmética, música y astronomía) desbancan a la enseñanza oral procedente de la cultura céltica. Frente a esta corriente intelectual se mantenía aún vigente en ciertos recintos,

como la abadía de Montecassino, fundada por Benito de Nursia (480-547), la sencillez de la vida apostólica con la «santa ignorancia», transformada siglos después en la «docta ignorancia» seguida por los monjes cistercienses.

En el siglo vi, Flavio Magno Aurelio Casiodoro, escritor y político latino, fue cuestor (507-511) y cónsul (514). Se retiró definitivamente a Esquilache, donde fundó el monasterio de Vivarium, que se convirtió en centro de elevados estudios, tanto de carácter religioso como profano, en el que se impartía sagrada escritura, ascética, historia, cosmografía, artes liberales, filosofía o ciencias exactas. Entre sus muros se transcribieron y recopilaron antiguos manuscritos por parte de los monjes, con gran rigor crítico y selectivo, con objeto de que, posteriormente, pudieran ser transmitidos a las generaciones futuras, condensando el pensamiento, las tradiciones y el arte antiguos. En su obra teológica *De aniona* aborda las cuestiones del alma, e insiste sobre la utilidad de los rbdomantes y de los buscadores de agua.

El renacentismo hermético de la Edad Media

Hacia mediados del siglo x, surgió en Basora (ciudad del actual Irak) una sociedad secreta de talante filosófico impregnado con una cierta religiosidad, llamada Hermanos de la Pureza. Sus miembros escribieron cincuenta y un tratados recopilatorios del saber científico y filosófico de la época; su objetivo era unificar todas las doctrinas religiosas y filosóficas. Según los Hermanos de la Pureza, el conocimiento se adquiriría por tres procedimientos: por medio de los sentidos, por el entendimiento y, finalmente, por la intuición. Con la llegada del nuevo milenio y con el renacimiento de las urbes, este tipo de doctrina con la intuición esencial como fundamento para adquirir conciencia de la verdad, hizo resurgir un vasto pronunciamiento de inspiración eremita. Ésta devolvió a las profundidades de los bosques y las cuevas a aquellos ascetas, observadores de sí mismos y de la naturaleza en estado puro, ya

que, como decía san Bernardo: «Los bosques te enseñarán más que los libros. Los árboles y las rocas te enseñarán cosas que no aprenderás de los maestros de la ciencia». Junto a este movimiento ascético resurgió, con más fuerza si cabe, el radiestésico, como dos caras de una misma moneda, muchas veces con la religión de trasfondo, pero como una experiencia trascendente vivida de forma personal.

En el último milenio, en Occidente, los zahories o rabdomantes han sido acosados, vilipendiados, ridiculizados o ignorados en la mayoría de las épocas y, en otras —e incluso al mismo tiempo—, ensalzados y utilizados por los poderes establecidos.

El rabino y reputado médico Mosé ben Maimón, más conocido como Maimónides (1135-1204), presidente del Consejo rabínico —tribunal de la comunidad hebraica—, reflejó su postura en su *Tratado sobre la idolatría*. Maimónides exhortaba la excomunión de aquellos que utilizaran la adivinación con conocimiento de su causa. En sus obras trata de la influencia de las argucias de Pitón —serpiente mitológica, como la de Adán y Eva— para confundir a las personas: «Hay una —refiriéndose a las tretas empleadas por Pitón— que consiste en la ofrenda de cierto perfume mientras se sostiene en la mano una vara de madera y se pronuncian ciertas palabras. El portador de la vara se inclina como si quisiera consultar a alguien oculto bajo tierra, quien le responde en voz tan queda, que uno sólo puede oírlas en el interior de su mente, ya que los oídos no perciben ningún sonido claro». La visión de Maimónides del fenómeno de la búsqueda radiestésica de aguas subterráneas o yacimientos minerales se acerca bastante a la realidad, incluso cuando observa que la respuesta sólo se puede percibir mentalmente.

La capacidad intuitiva del ser humano ha sido objeto de muchos estudios a lo largo de la historia, y ha generado corrientes filosóficas de enorme importancia. La intuición también se ha enfocado desde un ángulo místico, punto de vista recuperado en la actualidad por las concepciones de la física cuántica más avanzada.

El monasterio de Saint Victor, cercano a París, fue, durante el siglo XII, el baluarte de las doctrinas místicas. Entre los llamados vic-

torianos, destacaron el sajón Hugo y el escocés Ricardo, con una interpretación mística de la intuición y un gran interés por la psicología como caminos de investigación, especialmente de los que llevan al conocimiento de dios. Con el triunfo del cristianismo en Europa, la Iglesia monopolizó el arte de escribir y, por extensión, la cultura. Los monasterios se convirtieron en fortalezas, centros agrícolas y culturales. La abierta hostilidad de la Iglesia hacia lo que consideraba paganismo cercenó estas corrientes filosóficas y sus métodos.

La Iglesia católica condenó y persiguió la radiestesia, a pesar de que los mejores validos de ésta hayan sido los clérigos. En nuestra cultura han destacado ilustres jesuitas, benedictinos, franciscanos y carmelitas, como practicantes del uso de instrumentos para conseguir determinadas informaciones ocultas. Muchos de ellos lograron innumerables éxitos, a la par que hicieron avanzar este arte con sus estudios y conclusiones sobre su origen y forma de producirse, así como con la enseñanza de los mejores métodos para trabajar. La Iglesia ha perseguido, fundamentalmente, a aquellos que utilizaron la rabadomancia para conseguir información del mundo moral o conocer el futuro, fenómeno más conocido en esos tiempos como arte adivinatorio, relacionado con la mística y la intuición. Por ello, el papa Juan xxii, en una bula del año 1326, condenó el uso del péndulo por ser «un elemento empleado para conseguir respuestas a la manera del diablo».

A mediados del siglo xiv, el inglés Guillermo de Occam escribió sobre temas políticos, teológicos y filosóficos, en los cuales afirma que el saber y el conocimiento de la existencia de cualquier cosa sólo es posible mediante la intuición. Fue excomulgado por la Iglesia y tuvo que buscar refugio en Pisa, en la corte de Luis el Bávaro. Según Occam, lo que realmente existe es lo único, lo esencial, y la misión del conocimiento es su comprensión a través del saber intuitivo, recurriendo a la intención y a la dirección del pensamiento, tal como sucede en la radiestesia. En su obra más sobresaliente, *Sentencias*, critica duramente los conceptos abstractos y universales en contraposición a la existencia con-

creta, abogando con entusiasmo por un conocimiento intuitivo, sensitivo e intelectivo.

LA EDAD MODERNA

Las siete llaves de la sabiduría

Basile Valentín (s. xvi), monje benedictino del monasterio de Erfurt, es uno de los más eminentes maestros alquimistas de todas las épocas. En su obra *El carro triunfal del antimonio* declara que «todas las cosas vienen de una misma semilla, todas en su origen fueron paridas por una misma madre». Al igual que otros conocidos alquimistas entroncó la alquimia con la radiestesia. En el libro primero de su *Novum testamentum* —editado en 1521—, titulado *De la verga trascendente*, habla de siete varas y del modo de utilizarlas. En él comenta sobre sus respectivos usos para la detección de fuerzas telúricas, y a cada una le confiere un nombre: divina, trascendental, reluciente, saltarina, trémula, caediza y superior, «según sus propiedades». Del capítulo xxv, extraemos el siguiente párrafo: «Porque el hombre, debido a una falsa opinión, piensa y cree siempre que su destreza es la que impide o acelera en su movimiento a esta verga, y no los dones particulares con la que le ha sido concedida por la bendición de Dios. La mayoría de aquellas personas no saben de qué lado estas vergas se han movido y, sin embargo, esos ignorantes aprendices las llevan consigo, colgadas de su cintura o de su sombrero, y las guardan santa, celosa y religiosamente, ocurriendo que, las personas, debido a una gran superstición, esperan algo de la destreza de sus pobres manos ignorantes y necesitadas, en las cuales, sin embargo, se dan dones, mercedes y gracias suficientes...». En sus palabras queda reflejado que el uso de la vara era habitual entre las gentes de entonces.

En otra de sus obras, *Verum inventum, hoc est munera Germanie*, Basile Valentín alaba las excelencias de la vara de avellano para descubrir metales, y afirma que es entre los pueblos germanos donde

estaba más extendido su empleo, especialmente por parte de los mineros. De hecho, existen numerosos documentos germánicos anteriores que hablan de las virtudes de la vara y describen sus propiedades y usos, como es el caso de los escritos de un monje de Sankt Gall en Suiza, llamado Labeón de Sankt Gall (Notker III), del siglo X-XI. Notker fue un gran erudito y un ejemplo de vida ascética. Su obra *Las bodas de Mercurio con la filología* es de una enorme importancia en la formación de la lengua literaria alemana.

En los primeros siglos del segundo milenio después de Cristo, los zahoríes fueron perseguidos como vasallos del diablo. Lutero (1483-1546) —teólogo y sacerdote reformador de la Iglesia cristiana—, en su perpetua penitencia, pensaba que, empero, Dios perdona a quienes se consideran reos, con la única condición de mantener una fe absoluta, exenta de vacilaciones, en la realidad del perdón y, en consecuencia, dice una sentencia que, seguramente a su pesar, se puede extrapolar a la radiestesia: «Quien cree, obtiene, quien no cree, no obtiene». En 1518, Lutero condenó oficialmente el uso de la varilla por ser un instrumento diabólico y por ir en contra del primer mandamiento de la ley de Dios; a pesar de que su padre, Hans Luther, era minero y conocía, por tanto, el uso tan extendido de la vara y su eficacia en minería.

Es comprensible este rechazo hacia algo que era difícil de admitir con la mentalidad y los conocimientos de la época; a ello habría que sumar, además, el hecho de que los practicantes de este arte solían rodearse de un halo misterioso que favorecía la idea de que el portador de la varilla estaba ligado a la brujería, y que sus preparativos y utilización se asemejaban a ciertos rituales mágicos. En el opúsculo *El dragón rojo*, encontramos una forma un tanto peculiar de explicar la fabricación de una varilla adivinatoria: «En el momento en que el sol se eleve sobre el horizonte, tomareis con la mano izquierda una varilla virgen de nogal silvestre y la cortaréis con la diestra con tres golpes, al tiempo que pronunciáis esta invocación: "Te cojo en nombre de Elohim, Mitratón, Adonais, Sémforas, a fin de que tengas la virtud de la vara de Moisés y de Jacob, para descubrir todo cuanto yo quiera saber" Os llevaréis esta vari-

lla a vuestra morada: acto seguido buscaréis un trozo de madera, al que daréis el mismo grosor que los dos extremos de la verdadera varilla y que llevaréis al cerrajero para hacer herrar las dos ramitas ahorquilladas con la hoja que haya servido para degollar a la víctima (a menudo un pollo), teniendo cuidado de que ambos extremos estén algo ahusados cuando se pongan sobre el trozo de madera. Una vez hecho esto, volveréis a vuestra casa y vos mismo pondréis dicho hierro a la verdadera varilla; tomaréis luego una piedra de imán, que calentaréis para imantar las dos puntas de vuestra varilla...». La curiosidad que puede suscitar este ritual para preparar el instrumento radiestésico debe quedar en lo puramente anecdótico, al comprender que los conocimientos de la época limitaban la visión del fenómeno, achacando gran parte del éxito al instrumento, elemento meramente secundario dentro del contexto radiestésico. En este escrito se nombra la vara de Moisés, un bastón de madera de almendro con el cual realizó prodigios milagrosos, como fue el hacer brotar agua de una roca en el desierto, golpeándola con él; también se cita al patriarca hebreo Jacob, cuyos oráculos sobre sus propios hijos se hicieron célebres y son un resumen de la historia del pueblo hebreo de su época.

En el *Éxodo* encontramos que Dios le dice a Moisés que tire su bastón al suelo, y al tirarlo se convierte en serpiente. Dios le ordena que la coja por la cola y al hacerlo se transforma de nuevo en bastón, y le dice: «En cuanto a este bastón, tómallo en tu mano; es con lo que llevarás a cabo tus milagros (...). Es con la vara de Dios, que Moisés y Aarón realizan milagros ante el faraón».

En 1530, el científico alemán *Georg Bauer* (1490-1555) —más conocido como *Georgius Agricola*— consiguió, a través de su oficio de médico en minas y fundiciones, un profundo conocimiento de la minería y la metalurgia. Publicó el *Bermannus*, libro fundamen-

tal sobre mineralogía, minería y metalurgia, así como varios más hasta su obra póstuma, *De re metallica libri xii* (Los doce libros sobre los metales), en la que se explica ampliamente el arte de la zahoría a través del uso de varas para la detección de minerales en el interior de la tierra. Habla de las diferentes maderas para localizar filones de cobre, plata, oro, plomo, etcétera, y describe la actuación de los zahoríes en plena búsqueda. Agricola basa la prospección minera en métodos de observación de la naturaleza, criticando a los zahoríes como gentes de extraño encantamiento, influidos por las supersticiones de la época y ligados más bien al mundo de la magia. Creencia que no resulta nada extraña en vista de los procedimientos que usaban los practicantes, tal como acabamos de leer. No obstante, Agricola, al final del libro, destaca el éxito de los zahoríes con la varilla adivinatoria como método para descubrir minas, aunque matizando que «sólo era empleado por los mineros, gentes sin religión que invocaban para ello los poderes del más allá».



Zahoríes marcando los mejores lugares donde excavar a la búsqueda de vetas minerales. Al fondo, zahorí arrancando una rama de árbol para confeccionar su vara según xilografía aparecida en *De re metallica* (1530) de Agricola.

Los seguidores de este arte contaron con el apoyo de Phillip Melanchton (1497-1560), teólogo alemán, profesor de griego de la Universidad de Wittenberg, fundada por Lutero. Amigo y colaborador de éste, llegó incluso a pronunciar su elogio fúnebre, gran honor sólo reservado a alguien muy allegado. A pesar de su amistad, y de la influencia de Lutero en todos los ámbitos por aquel entonces, Melanchton y su yerno Gaspar Peucer, filósofo y alquimista, apoyan en distintas obras la localización de minas con varas. Melanchton, en contra de las ideas de Lutero, pensaba que existía cierta voluntad individual en la salvación. Entre sus trabajos literarios destacaremos el *Discours sur la sympathie* (Discurso sobre la simpatía), donde aboga por la simpatía de la vara de ave llano con los metales, así como de distintos cuerpos y elementos entre sí por sus propiedades de atracción. En este trabajo trata de la búsqueda de la verdad mediante artes adivinatorias. Por su parte, en su *Traité des principaux genres de divination* (Tratado sobre los principales tipos de adivinación), Peucer habla de la vara y el péndulo como instrumentos ligados a métodos adivinatorios de determinadas doctrinas esotéricas. En estos tiempos este arte estaba sumamente extendido, especialmente para la adivinación de cuestiones morales, aunque, tal como vemos, también se utilizaba como método de búsqueda sobre todo de metales.

En esta misma línea, se manifiesta el napolitano Giambattista Della Porta (1535-1615) –figura portentosa dentro del mundo científico–, que intentó conjugar ambas posturas: el rigor analítico y el esotérico, tal como refleja en su gran obra *Magia naturalis* (De la magia natural), editada en 1569. Su especial talento le llevó a interesarse por áreas tan dispares como la óptica, la hidráulica, las matemáticas, la agricultura, el teatro, la meteorología, la mnemotécnica, la criptografía, la fisiognomía, la filosofía, la astronomía, la quiromancia, la alquimia y la rabdomancia. Della Porta trabajó unificando los criterios científicos y los considerados como mágicos, consiguiendo, desde su singular cualidad de inventor, grandes logros como la cámara oscura –según cuenta Lavater en su *Fisiognómica*– o la construcción del telescopio –tal como le atribuyen

Kepler y otros—. Fue uno de los escritores que más ayudaron a consolidar el pensamiento científico moderno en la época de la Contrarreforma. Buscó la piedra filosofal y siempre pensó que el éxito de sus descubrimientos y la veracidad de sus conclusiones se debían al uso de artes prodigiosas de las que tanto gustó su práctica —caso del empleo de la varilla—, por lo que en repetidas ocasiones fue perseguido por la Iglesia y acusado de prácticas de brujería por parte de la Inquisición. Della Porta y el español Andrés Fernández de Laguna fueron pioneros en la experimentación con ungüentos, trabajando, entre otras, con la belladona (*Atropa belladonna*), planta usada por los brujos y brujas europeos. Este famoso ungüento es descrito en las actas de la Inquisición, y figura en el manual *Malleus maleficarum* de los inquisidores Heinrich Kramer y James Sprenger, y en el citado *Magia naturalis* o en *De prestigis demonum* de Johann Weyer y que el mismo Goya representó en algunas de sus obras, como *Cocina de brujas*, *El aquelarre* o *Linda maestra*.

Della Porta es uno de los grandes pensadores del Renacimiento italiano que buscó el saber y el conocimiento en distintos campos, aunque dirigiéndose fundamentalmente al ámbito de las energías de la tierra: «Esta magia, dotada de una potencia considerable, está repleta de misterios ocultos y permite conocer las cosas que se esconden en el seno de la naturaleza, con sus cualidades y sus propiedades: es la cima de toda filosofía. Incluso llega a enseñar que, gracias a la ayuda prestada por las cosas, por su mutua y oportuna aplicación, pueden realizarse obras que el mundo estima que son milagros que sobrepasan cualquier capacidad de admiración tanto como todas las facultades de entendimiento».

Dentro del dominio religioso encontramos un gran número de practicantes, especialmente en ciertas órdenes. Como ejemplo destacado figuran los jesuitas, con una extensa tradición como expertos radiestesistas que ha perdurado hasta nuestros días. Ya en la España del siglo xvi, el jesuita Martín del Río (1551-1608) escribió en 1594 su *Disquisitionum magicarum libri sex*, donde afirmaba que los zahoríes podían «ver cosas ocultas en las entrañas de la tie-

rra, venas de agua, tesoros de metales y cuerpos inhumados en sarcófagos». El padre Fernando Castrillo (1586-1667) contribuyó a la tradición radiestésica de la orden jesuítica con sus obras *Magia natural o filosofía oculta*, editada en 1639, e *Historia y magia natural o ciencia de filosofía oculta*.

Theophrastus Philippus Aereolus Bombastus von Hohenheim, más conocido como Paracelso (1493-1541), médico y alquimista suizo, ejerció una medicina fundamentalmente mística y vitalista, basada en el paralelismo entre el microcosmos y el macrocosmos, así como en la simpatía universal o atracción de lo semejante por lo semejante. Su influencia en el pensamiento de su época fue determinante, y este influjo ha continuado años después de su muerte hasta nuestros días. Sus primeras experiencias como médico en las minas de Schwaz en el Tirol le pusieron en contacto con la varilla, tan utilizada en minería. En este mismo lugar realizó sus estudios sobre la alquimia. Goethe se inspiró en su vida a fin de compilar ingredientes para su obra cumbre: *Fausto*. Paracelso habla del uso de la vara y aprueba su manejo, aunque en algún momento llega a tacharla de insegura. Fue un resuelto enemigo tanto de la filosofía y la fisiología aristotélicas, como de las de Galeno y su influencia a través del llamado galenismo. Se opuso decididamente a estas formas de ciencia oficialista escolástica, abandonando unas emergentes y renovadoras ideas que recuperaban antiguas tradiciones y ritos, bajo un espíritu experimental, preconizando una nueva ciencia moderna, fundamentada en lo que entonces se consideró como la magia alquímica. Extraemos un párrafo de su obra *De voluntate* donde resalta la importancia decisiva de la voluntad en los procesos de salud y enfermedad, la misma fuerza de voluntad que debe acompañar a todo practicante de la radiestesia: «Sabed que el influjo de la voluntad constituye un capítulo importante de la medicina. Puede suceder, en efecto, que el hombre que no se concede nada de bueno y que se odia a sí mismo, acabe por enfermar a consecuencia del odio que él mismo se inspira [...] y vosotros, médicos, no os riáis: no os podéis imaginar, ni remotamente, la parte que en la enfermedad tiene la

fuerza de la voluntad, ya que la voluntad es generadora de espíritus de los cuales el hombre racional ni siquiera sospecha la existencia». Uno de sus seguidores, Goclenius, quien escribió los *Tratados sobre la virtud de las plantas y sobre el ungüento de las armas*, alaba la eficacia de la varilla y aconseja su uso, al igual que otros médicos de su época.

Pierre Belon, médico y naturalista francés, realizó en 1551 una excelente clasificación de los peces, principio de la anatomía comparada. En su libro *Viaje* comenta que «los alemanes utilizan el caduceo llamado virga divina, en su búsqueda de vetas».

El libro *Alchemia* (Alquimia), publicado en 1597 fue escrito por Andreas Libavius (1560-1616), y está basado en sus propias experiencias, gracias a las cuales se le considera uno de los fundadores del análisis químico. Libavius, de origen alemán y perteneciente a la escuela de Paracelso, fue profesor de historia y poesía en la Universidad de Jena (1588-1591) y, posteriormente, médico municipal en Rothenburg (1591-1607), y desde entonces ostentó el cargo de rector del prestigioso *Gymnasium Casimirianum Academicum*. En su obra *Syntagma arcanor chimicor* destaca la eficacia de la varilla desde un punto de vista teórico. Desde su propia experiencia considera –al igual que Melanchton– que el movimiento de la varilla se debe a su simpatía hacia ciertos elementos, como en el caso de los metales. Desarrolló métodos cuantitativos de determinación del oro y de la plata en aleaciones, y procedimientos cualitativos de detección de hierro y cobre. El uso de la varilla, en la minería de la época, queda bien patente en la documentación, los grabados y retratos rescatados al tiempo y a los avatares de la historia. El retrato del director de minas de Feiberg, Cristophe von Schenberg, portando una varilla, es señal inequívoca del método con el cual se realizaban buen número de dichas localizaciones, especialmente de minas metalíferas. A este respecto, Sebastian Münster publica en 1544 el libro *La varilla adivinatoria en las minas del siglo xvi* y años después su *Cosmografía universal*, donde aparece el grabado de un minero portando una varilla.



En este grabado de *Cosmographia Universalis* (1553) de Sebastian Münster se plasma el trabajo en la mina coronado por el zahorí.

La radiestesia contó entre sus practicantes con una mayoría de eclesiásticos, al igual que en otras ciencias y artes que florecieron en esta brillante pero denostada época de la Europa medieval y, posteriormente, incluso durante el Renacimiento. En esta etapa histórica el relevo radiestésico lo tomaron los intelectuales, los artistas y los científicos, algunos de ellos destacados miembros de su comunidad. Hasta finales del siglo XVI, la mayor parte de las personas ligadas al mundo cultural y científico creían en la eficacia de la vara como instrumento para localizar determinados elementos. Algunos de ellos recomendaban su empleo para la búsqueda de metales, y otros afirmaban que con ella se podían conocer aspectos relacionados con el intelecto, el espíritu o la moral.

Johann Rodolph Glauber, célebre químico alemán afincado en Holanda, se introdujo en la química, farmacia, mineralogía, geología y tecnología a través del estudio de la alquimia. Entre otros muchos logros consiguió ácido clorhídrico a partir de la sal común

y del ácido sulfúrico; descubrió las virtudes terapéuticas del sustrato residual al que llamó «sal mirabile», hoy conocido como «sal de Glauber». Desde su visión puramente científica, atribuye el movimiento de la varilla a una propiedad física, alejándose de las ideas que la relacionaban con doctrinas esotéricas. Escribió, entre otras obras, *Furni novi philosophici* (Hornos de la nueva filosofía), *Miraculum mundi* (Las maravillas del mundo), *Pharmacopea spagyrica* (Farmacopea espagírica) o su *Obra mineral*, donde expone, basándose en su propia experiencia, la eficacia de la varilla para la búsqueda de metales.

Distintos autores coinciden en sus hipótesis sobre el origen del movimiento de la varilla. Robert Fludd, en su obra *Philosophia Moysaica*, editada en 1638, comenta varias aplicaciones y simpatías de la vara. Como ejemplo de la simpatía de los minerales con las plantas, Fludd cita el movimiento que se produce cuando una persona provista de una vara de avellano sostenida verticalmente, al pasar por encima de una veta de oro o de plata efectúa un movimiento hacia el suelo. Michaël Mayerus, filósofo y alquimista, también estaba convencido de la simpatía del avellano con los metales y de su utilidad para la búsqueda de metales, tal como afirma en su obra *Verum inventum, hoc est munera Germaniae*, donde utiliza un símil entre la varilla y «una comadrona que ayuda a las montañas a parir las materias metálicas de las que están preñadas».

Sin embargo, no todo eran parabienes hacia la radiestesia en esta época; también se levantaban numerosas voces en contra del uso de la varilla, especialmente desde ámbitos religiosos. El padre jesuita Laurentius Forerus, autor del *Viridarium philosophicum seu disputationes de selectis in philosophia materiis*, editado en 1624, achacó el uso de la varilla a prácticas supersticiosas y condenó su empleo. El también padre jesuita Bernard Caesius, autor de *Mineralogía*, editado en 1636, declaró que la vara no tenía movimiento propio, no podía moverse por sí misma, sino que lo hacía gracias al zahorí. No obstante, finalmente, se preguntaba si se debería permitir el uso de la varilla para la búsqueda de oro.

El precio del éxito

En el siglo XVIII, el barón de Beausoleil y su mujer, Martine de Bertereau, hicieron fama al encontrar con métodos radiestésicos más de 150 minas y gran número de aguas subterráneas, muchas de ellas localizadas trabajando al servicio de la Corona Francesa. De ahí que, en 1632, Martine de Bertereau hiciera balance de sus logros en un escrito intitulado «Declaración verdadera hecha al Rey y a nuestros Señores de su Consejo, de los ricos e inestimables tesoros recientemente descubiertos en este Reino». Dos años después, el propio barón fue nombrado inspector general de Minas del Reino, mediante un despacho que, entre otras alabanzas, decía: «Os habéis consagrado con tal afecto y diligencia, a vuestras expensas, a la búsqueda y hallazgo de numerosas minas de oro y de plata, de plomo y de otros minerales y semiminerales, e incluso piedras preciosas tanto finas como comunes, que por todo ello puede beneficiarse grandemente Su Majestad». Pero, precisamente al trabajar a sus expensas, sus recursos económicos quedaron en situación precaria y el matrimonio decidió enviar otro escrito al que titularon «La restitución de Plutón al Eminentísimo Cardenal Duque de Richelieu» (el dios mitológico Plutón era el símbolo de la minería en aquellos tiempos). En él reclamaban el cobro de los débitos adquiridos por la Corona Francesa con ellos y enumeraban los hallazgos conseguidos: metales preciosos y cristal en los Pirineos; hierro y plomo argentífero en el condado de Foix; carbón en el valle del Ródano; antimonio, zinc y azufre en el condado de Alais; turquesas en el Quercy; rubíes y ópalos en la región del Puy; pizarra y mármol en Normandía y en Bretaña. Ante su insistencia y la elevada cuantía de los honorarios pendientes, recibieron, como pago final, por orden del cardenal Richelieu, la encarcelación hasta su muerte.

Respecto a los extravíos de los tribunales contra la supuesta brujería, el padre jesuita Federico von Spee publicó en el año 1631 el libro *Cautio Criminalis, seu de processibus contra Sagas Liber*, donde desvelaba los prejuicios de su época y los errores que se cometían en

los procesos contra la hechicería cuando en casos como el del barón y su mujer, los intereses económicos primaban sobre cualquier otra circunstancia.

Nicolás Gobet, años después, recogía las venturas y desventuras de Martine de Bertereau y de su marido en un libro titulado *Les anciens métallurgistes* (Los antiguos metalúrgicos), en el que recopila los comentarios de la baronesa sobre su forma y método de trabajo: «Es necesario saber cinco reglas metódicas para averiguar los lugares ricos en metales:

La primera, y menos importante, por la abertura de la tierra.

La segunda, por las hierbas y plantas que crecen encima.

La tercera, por el sabor del agua que sale de la tierra.

La cuarta, por los vapores que se elevan en torno a las montañas y valles a la salida del sol.

La quinta, por medio de dieciséis instrumentos metálicos que se aplican encima.

Pero, además de estas reglas e instrumentos, existen siete varillas metálicas cuyo conocimiento y práctica son necesarios, y de las cuales nuestros ancestros se sirvieron para descubrir, desde la superficie de la tierra, los metales ocultos en su profundidad, así como si las minas son pobres o abundantes en metal, y para descubrir, antes de abrir la tierra, si el manantial es abundante».

Este texto nos indica la importancia que Martine de Bertereau y su marido daban a la radiestesia para hallar aguas subterráneas y minas, así como las fuentes de donde procedían sus conocimientos.

Anteriormente hablábamos de las varas utilizadas por Basile Valentín, y de los nombres que daba a cada una de ellas, según sus propiedades. Martine de Bertereau también habla de siete varillas a las que bautiza con un nombre a cada una y las relaciona con los metales correspondientes a los cuerpos cósmicos: *verga lucente* para la búsqueda de oro (Sol); *caudente* para la plata (Luna); *trepidente* para el plomo (Saturno); *battante* para el estaño (Júpiter); *translante* para el hierro (Marte); *saliente* para el cobre (Venus); *obvia* para el mercurio.

Cuando habla de los vapores que se elevan a la salida del sol, nos recuerda al gran arquitecto *Marcus Vitruvius* (Vitrubio), especialista en obras hidráulicas, que ya antes de Cristo utilizaba esta técnica. Es autor del tratado *De Architectura*, que consta de 10 volúmenes y es el único legado sobre arquitectura que nos ha llegado de la antigüedad.

Vitrubio aconsejaba, para localizar aguas subterráneas, tumbarse a la salida del sol y observar dónde se formaban estos vapores con mayor densidad, y que —tal como decía Vitrubio— los terrenos más adecuados para encontrar agua subterránea eran los rocosos, antes que los arenosos, gravas o arcillas: «Para buscar agua, se tiende uno boca abajo, antes de la salida del sol, y apoyando la barbilla en la tierra se mira a lo lejos en el campo. Entonces, si se vieren en algún sitio vapores que ondulantes se elevan en el aire, será conveniente cavar allí, porque estos indicios no se encuentran en lugar seco».

Efectivamente, en zonas donde el agua no es demasiado profunda y el terreno no es de material impermeable, se puede localizar la existencia de agua tumbándose boca abajo en el suelo con la cabeza algo más elevada que el terreno para abarcar más espacio, preferiblemente antes de la salida del sol, ya que con los primeros rayos del astrol el suelo se calienta y en los lugares con más humedad se eleva una columna de vapor que puede indicar la presencia de agua subterránea. Aunque antes de excavar en busca de agua, se debería comprobar su existencia, cantidad y demás características con otros métodos, como la radiestesia.

Percis Heliopolis, a principios del siglo xvii, fue el primero en describir la técnica de cómo sujetar la varilla con las manos. Heliopolis menciona algunos elementos neutralizadores de la sensibilidad del zahorí, ya que existen ciertos elementos (reales y sugestivos) que en algunos casos y para determinadas personas pueden bloquear transitoriamente su capacidad radiestésica.

El físico, matemático, arqueólogo y filósofo Athanasius Kircher (1601-1680), clérigo jesuita, abordó el tema de forma científica. Hombre de una vasta cultura, impartió filosofía, matemáticas y

lenguas orientales en Würzburg, entre 1628 y 1631 y, posteriormente, en Aviñón y Roma, donde falleció. Kircher ideó un espejo ustorio, espejo parabólico que concentra los rayos reflejados en un foco, con gran desprendimiento de calor, utilizado para aprovechar la energía calorífica del sol en los hornos solares. Asimismo, se le considera el inventor de la linterna mágica y de diversos instrumentos. No contento con las explicaciones sobre la varilla y el péndulo, experimentó personalmente, y llegó a la conclusión de que su movimiento se debía a una reacción muscular involuntaria del zahorí, generada por el impulso del latido del corazón, transmitida al pulso y de ahí a los dedos que, involuntariamente, provocarían el movimiento. Su fama y popularidad se asentó en toda Europa con sus numerosos libros y opúsculos, caso de *Ars magna*, compendio de todos los conocimientos de entonces sobre los fenómenos referentes a la luz, o de *Ars magnesia, sive conclusiones experimentales de effectibus magnetis* o *Primitiae gnomonicae catoptricae*, etcétera.

Por su parte, el padre jesuita Kaspard Schott (1608-1666), físico y matemático, creyó, inicialmente, que el movimiento de la varilla se debía «a la equivocación de aquellos que la sujetan, seguramente a un secreto impulso diabólico o a la imaginación». Aunque, más adelante, después de observar detenidamente el fenómeno, manifestó que no era posible aseverar que el demonio estuviera detrás del movimiento de la varilla y del péndulo. Desde una óptica práctica defendió el uso de testigos —muestras de sustancias que porta el operador similares a las buscadas— para provocar la simpatía o atracción de la vara hacia el objetivo. Estas hipótesis las plantea en varias de sus obras y así en 1657 escribió *Magia universalis naturae et artis*. Conoció a Kircher y, en algunas obras referidas a él, resalta sus méritos y conocimientos, como en *A. Kircher iter extaticum coeleste... accessit: Iter extaticum terrestre et synopsis mundi subterranei*, publicado en 1680. En el texto de su *Mecánica hidráuliconeumática* (1657) aparece, por primera vez descrita, la bomba neumática, inventada siete años antes por Otto von Guericke. Pensaba que el péndulo presentaba propiedades especiales para indicar la hora del día, tal como

relata en su obra *Physica curiosa sive mirabilia naturae et artis*, publicada en 1662.

En ese mismo año, Sylvester Rattray sacaba a la luz su *Theatrum sympatheticum*, donde, al igual que otros autores, manifiesta su creencia de la simpatía entre los vegetales y los minerales. Rattray selecciona distintas maderas y piensa que presentan propiedades de simpatía con otros tantos respectivos metales: la madera de avellano serviría para localizar la plata; la de pino silvestre para el plomo, y la de olivo y la de palmera para el oro y la plata.

La polémica continuaba en pleno auge: detractores y seguidores a favor o en contra de los zahoríes o partidarios de una u otra teoría proliferaron por doquier. Curiosamente, dentro de la orden jesuitica, donde más adeptos encontramos, proliferaron los enemigos del uso de la varilla, uno de los cuales fue Jean-François, quien, en 1653, publicó un libro titulado *Ciencia de las aguas*, donde expone el empleo de la varilla, condenando, no obstante, su uso. Unos trataban a los zahoríes de bribones, estafadores; otros, de seguidores del diablo, o como Jacques Le Royer —abogado del Parlamento de Ruán—, que, en su *Traité du bâton universel* (Tratado del bastón universal) —publicado en 1675—, hablaba de la vara como instrumento para localizar múltiples cosas, no solamente agua o minerales. Dejó numerosos escritos sobre el arte del zahorí y sobre la varilla, a la que rebautizó como varilla detectora de metales o metaloscópica. Al respecto de cómo fabricarla y usarla, escribió: «La varilla adivinatoria o metaloscopio goza de gran aceptación para buscar metales. Te explicaré el modo. En primer lugar, cortan con un cuchillo una horquilla de avellano que les parece a propósito para encontrar filones de metal. Luego, hay que apretarla con los dedos, mirar al cielo y sostener la horquilla por sus ramas. En Alemania emplean también una gruesa horquilla de madera de avellano, que dividen en dos partes, aguzan el extremo de una y hacen una entalladura en la base de la otra, encajando por allí ambas partes». Le Royer, en sus investigaciones, constató que la vara no sólo podía ser de madera de avellano, sino de cualquier otro material como oro, plata, marfil, tronco de col u otras variedades de madera.

El método de Le Royer: equilibra
la varilla sobre la muñeca.
Ilustración aparecida en
Traité de la baguette... (1693)
de Pierre de Vallemont.



La división cartesiana

Tal como vemos, surgieron diversas tesis: unas afirmaban que era simplemente un engaño del operador que movía la varilla voluntariamente, otras argüían que se trataba de un acto demoníaco. Sin embargo, desde el ámbito científico el francés Pierre Gassendi (1592-1655), matemático, físico, astrónomo y filósofo –seguidor de la teoría atomista–, aseguraba que todo estaba formado por átomos, pequeñas partículas que irradiaban y, por tanto, afectaban a la varilla, aun sin la intervención del zahorí. Según su interpretación, la prima materia estaba constituida por átomos cuyas propiedades se debían a sus distintos tamaños, formas y pesos; y que el peso era el principal responsable de la tendencia natural del movimiento de los

átomos, los cuales estarían sometidos a una interacción universal, que se transmitiría por contacto. Una de sus principales contribuciones a la ciencia fue en el campo de la astronomía, donde observó un cometa en 1618, la aurora boreal en 1621, dos años más tarde un eclipse lunar y, especialmente, el tránsito de Mercurio en 1631, lo que confirmó las teorías de Kepler y la concepción heliocéntrica de Copérnico. Por otra parte, formuló correctamente el principio de inercia, y reconoció en el movimiento su naturaleza de estado físico en sí mismo, sentando las bases de la nueva física propuesta por Galileo y Newton.

Gassendi consideraba que las sensaciones eran el fundamento de todo conocimiento, y que éste se lograba y evolucionaba por una acumulación progresiva de ellas, con la ayuda de la razón y organizada por unas «prenociones». A través de esta hipótesis, explicaba la existencia de un sentido que la simple información sensorial no puede proporcionar, y que serían la base del fenómeno radiestésico. Esta ciencia basada en la percepción a través de los sentidos era, según él, la única posible. Con este planteamiento entró en confrontación con las formas de pensamiento aristotélicas imperantes en su época. Fue intransigente opositor a Descartes y sus partidarios, y se le puede considerar como uno de los más firmes baluartes de la nueva ciencia que comenzaba a emerger.

Acontecía el año 1628 cuando el filósofo francés René Descartes (1596-1650) escribió su inacabada obra *Regulae ad Directionem Ingenii* (Reglas para la dirección de la mente), en la cual ya apuntaba su interés por lograr un método universal que abarcara cualquier materia y al mismo tiempo pudiera explicar el avance científico. Pero su obra más famosa es la introducción a tres tratados de física *Géométrie*, *Dioptrique* y *Météores* (Geometría, Dioptría y Meteoros), conocida como el *Discours de la méthode* (Discurso del método). Sus ideas sobre los corpúsculos curvados y la materia sutil dieron pie a diversas interpretaciones sobre el mecanismo del movimiento de la vara. Una de ellas abogaba por que estos corpúsculos o átomos curvados irradiaban del agua o de los malhechores, en caso de que éstos fueran los objetivos, y podían ser detectados por el zahorí al quedar el

lugar impregnado con ellos. Se suele hablar de Descartes como el «padre de la filosofía moderna», aunque quizá sería más justo decir que marcó un nuevo paradigma en la filosofía. Su método consiste en no aceptar como verdadero más que lo evidente y simple, proponiendo la duda constante como elemento fundamental de todo juicio, comprendiendo que el hecho de dudar implica que exista alguien que dude y piense, de ahí la frase «pienso, luego existo», aunque habría que matizar que ello no implique necesariamente que los pensamientos se correspondan con la verdad, por ello la radiesiesia y la intuición superior buscan la realidad más allá del pensamiento.

Las ideas de Descartes no sólo influyeron en su tiempo sino que han perdurado hasta nuestros días abarcando todos los campos, desde la física, las matemáticas, la religión, la biología, la política o la teología. Su pasión por las matemáticas le llevó a inventar un mundo en el cual las plantas y los animales eran simples máquinas inanimadas y sólo el ser humano, con su mente racional, era capaz de advertir el orden matemático del universo. Desde joven fue un apasionado por las matemáticas, vocación que se vio acrecentada por una visión celestial que tuvo en el año 1619, cuando, tal como relata, el *Ángel de la verdad* se le apareció en sueños y le reveló que la ciencia matemática era la clave para conocer las verdades de la naturaleza. Las ideas del mundo mecánico de Descartes han trascendido hasta nuestros días, impulsadas unos años más tarde por Isaac Newton, que profundizó en este mundo mecánico dirigido por un dios omnipotente.

La filosofía de Descartes se podría resumir en una frase: el método en busca de la verdad. Sus ideas sobre los corpúsculos puestos en movimiento se utilizaron para explicar un sinfín de fenómenos, entre ellos el del movimiento de la varilla. A este respecto, el padre Lebrun comentaba años después que: «Satisfechos de haber explicado mecánicamente algunos fenómenos, creen que nada puede detenerlos; se les ve razonar acerca de las cosas más oscuras y completamente inexplicables, como si lo viesen todo muy claro. De fábulas, de prodigios, de encantamientos y de milagros, dan razón

de todo, y lo hacen de tal manera, que sus principios tanto se acomodan con el falso como con el verdadero».

A pesar de los planteamientos del padre Lebrun se inició un gran movimiento, por parte de los científicos de la época, para demostrar que el origen del fenómeno radiestésico tenía una explicación desde el punto de vista de la ciencia oficial. Sir Robert Boyle (1627-1691), reconocido físico y químico irlandés, investigó en esta línea. Boyle fue, a partir de 1644, iniciador y alma del Invisible College (Escuela Invisible), que posteriormente, en 1662, se convertiría en la Royal Society of London for Improving Natural Knowledge (Real Sociedad de Londres para el Desarrollo del Conocimiento Natural). Esta sociedad —reconocida desde 1660 por el rey Carlos II de Inglaterra—, más conocida como la Royal Society (Sociedad Real), nació a raíz del impulso de un grupo de caballeros interesados en la compilación científica y los nuevos métodos avanzados por Galileo, e inspirados en la nueva visión del progreso científico propuesta por Francis Bacon. Esta utopía científica desarrollada en su *New Atlantis* (La nueva Atlántida) preconizaba el progreso de la humanidad gracias al dominio de la naturaleza por medios mecánicos, aunque podemos hacernos la pregunta de si realmente estos avances suponen una evolución para el ser humano.

Boyle, junto a Hooke, diseñó y construyó una máquina neumática según los trabajos de Otto von Guericke, con la cual investigó profusamente sobre la naturaleza física del aire. Sus resultados se recogen en su libro *New Experiments Physico-Mechanical Touching the Spring of Air and Effects* (Nuevos experimentos físico-mecánicos acerca de la elasticidad del aire y sus efectos). Comprobó la imposibilidad de la existencia de sonido en el vacío, y afirmó el carácter elástico del aire. En 1662 estableció la ley de la compresibilidad de los gases, conocida como ley de Boyle: la presión de una determinada masa gaseosa, a temperatura constante, es inversamente proporcional a su volumen.

El trabajo de Boyle se plasmó en *The Sceptical Chemist* (El químico escéptico), su obra maestra. Como miembro de la Royal Society planteó la cuestión del movimiento de la varilla ante la proximidad

de los metales —tal como sucedió con otros científicos de su tiempo—, buscando una explicación coherente al movimiento del instrumento dentro del mundo de los fenómenos físico-químicos, de los cuales era un erudito. Entre otros logros dentro del campo de la química, figura el haber conseguido aislar el hidrógeno, así como descubrir el hidrógeno fosforado, la acetona, el alcohol metílico y el sulfato mercuríco, al tiempo que escribió sobre filosofía y teología en su *Concepto de la naturaleza*. Boyle abogaba por que los descubrimientos y las observaciones científicas fueran publicadas con la mayor cantidad de detalles posibles y estuvieran al alcance de cualquier interesado en conocerlas, para fomentar el intercambio de experiencias entre los científicos y, así, terminar con el aislamiento entre los investigadores. Dicho aislamiento sucedía unas veces de forma involuntaria y, otras, para guardar celosamente los descubrimientos y que sólo estuvieran al alcance de unos cuantos iniciados, como sucedía con los conocimientos de los zahoríes. Este anhelo de Boyle le impulsó a crear la citada Royal Society. Otro de sus compatriotas, el filósofo inglés John Locke, en su faceta como político escribió un ensayo titulado *Algunas consideraciones a propósito de las consecuencias de la reducción del interés*, en el cual cita, en tono desenfadado, la eficacia de la varilla adivinatoria para localizar minas de oro y plata. John Locke, Robert Boyle y el mismo Isaac Newton, tres de los más destacados pensadores de su tiempo, mostraron un interés perdurable en temas tan aparentemente distintos de sus trabajos científicos conocidos, como es la alquimia y, como hemos visto, la radiestesia.

Las propiedades magnéticas de la Tierra son bien conocidas en la actualidad; sin embargo, durante muchos siglos, a pesar de ser utilizadas para guiarse mediante la brújula no se conocía cuál era el origen de su orientación, y no se pudo dar una explicación a dicho fenómeno hasta que William Gilbert, célebre físico inglés, en su libro *De magnete*, publicado en 1660, afirmó que la Tierra actuaba como un gigantesco imán, y basándose en ello interpretó de forma racional el movimiento de la brújula. De la misma forma atribuía a la varilla unas propiedades magnéticas, debido a las cuales se explicaba su movimiento. El hecho de que científicos de la categoría de Gilbert y

otros abogaran a favor de la existencia del fenómeno radiestésico, dio un nuevo impulso a su divulgación.

El padre Malebranche (1638-1715), años más tarde, en su libro titulado *La búsqueda de la verdad*, refiriéndose a la varilla, se lamentaba: «Es debido a un trueque de la imaginación, el hecho de que Gilbert y muchos otros, después de haber estudiado el imán y admirado sus propiedades, hayan querido atribuirle cualidades magnéticas, y una infinidad de efectos naturales que con éstas no tienen la más mínima relación». Malebranche adelantó, acertadamente, que el movimiento del instrumento no tiene ninguna conexión con el magnetismo; esta idea de relacionar la causa del movimiento con fenómenos magnéticos estuvo muy de moda entonces, al igual que lo sigue estando hoy. Gilbert –médico personal de la reina Isabel I de Inglaterra– fue un magnífico pensador, que no sólo investigó en el terreno teórico, sino que llevó a la práctica sus razonamientos, contestando con sus experimentos a «las vanas ideas de los metafísicos atolondrados». Autor de la *Teoría de los campos*, fue un avanzado en su tiempo, y prueba de ello es que en los siguientes 150 años, estas materias, en las que fue pionero, apenas progresaron.

En contraposición a la postura de Descartes, Matthias Willenius, en su *Relación verdadera de la verga de Mercurio*, publicada en 1671, trataba de los astros y de su influencia sobre las personas, y, concretamente, sobre los zahoríes cuando debían detectar diversos tipos de materias, debido a la armonía entre el cielo y la tierra. La verga de Mercurio que cita Willenius en su obra es un caduceo, o sea, una varita rodeada de dos serpientes, atributo del dios Mercurio. Las dos serpientes en el caduceo hermético representan la vida y la muerte, considerados como dos términos antagónicos, como el «yin» y el «yang» en las culturas orientales. Continuando con el simbolismo de la serpiente, ésta está ligada al concepto de la vida, especialmente manifiesto en el bastón de Esculapio, en el cual la serpiente se enrosca. Esculapio es el nombre latino de Asclepio, dios de la medicina e hijo de Apolo. Asclepio, según la mitología, aprendió las artes curativas con el centauro Quirón, llegando incluso a descubrir la forma de resucitar a los muertos; esto hizo que Zeus, temeroso de que tras-

tocase el orden del mundo con sus resurrecciones, lo fulminara con un rayo. Este caduceo se representa con dos serpientes enroscadas y es el símbolo de la medicina actual. Asimismo, el bastón se transforma en un árbol alrededor del cual está enroscada la serpiente, es el árbol de la vida. De la misma forma, la vara del zahorí trae la vida cuando logra apuntar hacia el agua oculta o hacia el remedio terapéutico más conveniente.

Poco después, el doctor en medicina Joannes-Christianus Frommann atacó duramente a aquellos que decían que el movimiento de la vara era debido a un truco por parte del portador, y afirmaba en su *Tractatus de fascinatione* que el uso de la vara era totalmente lícito desde un punto de vista ético y moral. Esta misma consideración mantenía el padre jesuita Dechales, en su libro publicado ese mismo año (1674), titulado *Fontibus naturalibus*. Otro clérigo, el abate Hirnhain, sostenía que la varilla se podía utilizar para descubrir cualquier cosa oculta en el interior de la tierra, y basándose en ello publicó un libro en 1676, titulado *De typho generis humani, sive scientiarum humanarum inani ac ventoso humore*, etcétera.

Fue justamente en esa época cuando la varilla tuvo su máximo auge entre la población, debido a la proliferación de libros y escritos sobre el tema. De hecho, ya era conocido que la varilla o el péndulo no sólo servían para localizar aguas subterráneas o metales, sino que entre sus cualidades también figuraba el poder conocer aspectos concernientes al mundo moral o intelectual. Hasta la fecha, la mayoría de las hipótesis acerca de cuál era la causa que producía el movimiento de la varilla, estaban ligadas a la simpatía del instrumento hacia el elemento buscado.

En 1686, M. de Saint-Romain criticó a los seguidores de estas ideas en su libro *Ciencia natural desprendida de las quimeras escolares*, al tiempo que planteó que «el movimiento se produce a causa de ciertos corpúsculos o espíritus que emanan de los cuerpos situados justo debajo del lugar donde se encuentra el zahorí y la varilla».

Desde distintos campos se recogían menciones sobre la radiestesia y la varilla. John Ray (1627-1705), naturalista inglés nombrado en 1667 miembro de la Royal Society, intentó la comprensión del

mundo vegetal y animal a través de un método sistemático, tal como refleja en su *Nuevo método de las plantas* publicado en 1682 y, posteriormente, en su *Historia de las plantas*, donde cita el uso de la varilla, aunque la sitúa entre los temas relacionados con la superstición. Dentro del campo de la teología escribió *La sabiduría de Dios puesta de manifiesto en las obras de la creación*. Por todo ello se le llamó el «Aristóteles inglés».

Un paso adelante

El año 1687 marca un hito en la historia posterior de la ciencia y la comprensión del mundo. En esta fecha Isaac Newton (1642-1727) publicó su *Principia Mathematica*, convirtiendo al mundo en una serie de formulaciones físicas y matemáticas fundamentadas en la experimentación. A Newton se le achaca actualmente la decisiva influencia de estas ideas en la actual concepción del mundo. Sin embargo, Newton dedicó muchos años de su vida a la investigación de la alquimia y al estudio de las antiguas doctrinas esotéricas que conjugaban las tradiciones místicas con la existencia del alma del mundo, ideas bien distantes de las que nos ofrecen la parte más divulgada de su obra en la que desarrolla sus teorías mecanicistas.

Newton, experto alquimista y filósofo, escribió profusamente sobre estos temas, aunque su visión holística del mundo pronto sería olvidada. Sus propios coetáneos, así como sus biógrafos y analistas de sus trabajos, imbuidos en las doctrinas culturales estoicas, supieron obviar los textos donde reflejaba una visión mucho más amplia y universal que la que muestra una revisión parcial de sus teorías y conocimientos. Hay que decir que muchos de ellos, tal como él mismo reconocía, fueron adquiridos a través de la meditación y la ensoñación. Sin embargo, a pesar de la importancia que tuvo en su vida el conocimiento esotérico, la parte mecánica de sus ideas es la que ha trascendido y guiado las doctrinas científicas de los últimos siglos.

Las fuerzas ocultas que gobernaban el mundo de Newton pronto fueron eliminadas por posteriores científicos, y al desaparecer sólo

quedó un universo mecánico dirigido por una visión material e inanimada, gobernada por leyes matemáticas eternas. Las ideas de una naturaleza mecánica estimularon a la ciencia hacia avances en la tecnología, manipulando el medio a capricho de los deseos humanos; esta forma de vivir ha ido progresando de forma geométrica, irrumpiendo actualmente en todos los estamentos. Cabría preguntarse cómo hubiera sido el progreso de la ciencia si, contrariamente, se hubiera puesto más énfasis en la parte más filosófica de su extenso y denso legado de conocimientos.

Balthazar Rüssler fue uno de los más eminentes zahoríes de mediados del siglo xvii. Sus enseñanzas basadas en la experiencia, y no en debates filosóficos o metafísicos, nos llegan hoy en día, frescas como si el tiempo no hubiera transcurrido: «El arte de prospección lo lleva el hombre en su naturaleza, por mucho que algunos se empeñen en atribuirlo a la vara». Esta frase, escrita hace siglos, la podemos recuperar en la actualidad para determinar que, precisamente, es el radiestesista quien da vida y movimiento al instrumento, y no es en éste donde hay que buscar la explicación al fenómeno radiestésico, sino, tal como decía Rüssler, en la propia naturaleza humana: «Quien quiere utilizar una vara adivinatoria, debería conocer bien su propia capacidad y estudiar antes cómo reacciona en su caso la vara, cómo se la mueve cuando está encima de una roca o de un filón metálico, aprendiendo de sus propios éxitos y fracasos. Porque, aunque los zahoríes tratan de averiguar si una vena será o no productiva o la clase de metal que contiene, sus intentos para discernir esta información con la vara son, a menudo, vanos». Estas experiencias y enseñanzas son el mejor legado que pudo dejar a la ciencia radiestésica Balthazar Rüssler.

Aymar: un zahorí excepcional

A finales del siglo xvii apareció Jacques Aymar, que se hizo célebre gracias a sus sonados éxitos con la varilla, pero no como hemos relatado hasta ahora, alumbrando fuentes de agua subterránea o descu-

briendo vetas o minerales. La fama de Aymar proviene de su habilidad como descubridor de ladrones y asesinos, y llegaba a todos los rincones de Francia. En 1693 fue llamado por el procurador real para acudir a Lyon, donde se había cometido un doble crimen. Un matrimonio —un vendedor de vinos y su mujer— fue asesinado a hachazos, al tiempo que le fue robada una buena suma de dinero y objetos de valor. Aymar, provisto de su vara, llegó a la casa donde había sucedido la tragedia y, desde allí, siguió la pista de los asesinos a lo largo de las márgenes del río Ródano, logrando la captura de uno de ellos, que confesó su delito y fue ajusticiado.

De un relato de Louis Figuier titulado *Les mystères de la science* (Misterios de la ciencia), podemos extraer lo siguiente en relación con los éxitos de Aymar: «El extraordinario suceso del cual fue escenario la ciudad de Lyon, proporcionó como resultado atraer, de forma notoria, la atención del público hacia las maravillas de la vara adivinatoria. Aunque no era la primera ocasión en que se oía hablar en Francia de los usos de la vara, fue en las zonas rurales donde su popularidad era manifiesta desde hacía mucho tiempo, donde se empleaba para solucionar problemas de orden secundario, como la búsqueda de aguas subterráneas, la determinación de lindes en disputa por una herencia, en resumen, para litigios entre campesinos. Sin embargo, el suceso de Lyon agrandó el campo de acción y las aplicaciones de la vara. De las aldeas pasó a las ciudades, de lo vulgar a lo culto. De hecho, a partir de esa época, esta delicada cuestión se trató entre hombres muy instruidos, y se valieron de ella todos los sistemas filosóficos, físicos y teológicos que estaban en boga, para tratar de aclararla. Eso debía ser así, ya que la virtud de la vara adivinatoria, considerada durante mucho tiempo como una superstición popular, acababa de adquirir rango entre las disposiciones jurídicas».

Quizás el entusiasmo de Figuier hacia las propiedades de la vara fuese desmedido, no porque a través de la radiestesia no sea posible conseguir información de cualquier tipo, sino por la dificultad que, como todo aquello que depende del ser humano, implica el acertar siempre en las predicciones realizadas por el radiestesista, ya que éste está sujeto a la posibilidad de equivocarse, a pesar de que tenga

unas cualidades radiestésicas excepcionales; por tanto, querer utilizarla para impartir justicia en los tribunales —tal como se hizo en ocasiones en esos tiempos—, me parece, dadas las peculiares características de funcionamiento que exige el proceso radiestésico, al menos, un tanto arriesgado.

Uno de los éxitos más resonantes de Aymar, fue el hallazgo del cuerpo de una joven esposa estrangulada, la cual había sido escondida dentro de un tonel. Aymar se presentó en la vivienda de la fallecida, junto con las autoridades, y allí, mediante la varilla, desmascaró al asesino, que resultó ser el propio marido, quien, al verse descubierto, intentó huir, lo cual provocó su detención.

Otro caso conocido ocurrió en Grenoble, donde se cometió un robo en una casa y Aymar fue llamado para localizar a los ladrones y su botín; desde la casa, la varilla le indicó el camino por donde habían huido los ladrones. Ante la estupefacción de sus acompañantes, la varilla les condujo a una cárcel y, en su interior, hasta una celda donde cuatro individuos habían sido encarcelados poco tiempo antes. Aymar, con los cuatro delante de él, pisándoles en un pie descubrió a los dos ladrones; éstos, viéndose descubiertos, confesaron su delito y denunciaron a sus cómplices, que guardaban los objetos del robo. Se negaron, no obstante, a confesar dónde habían escondido el botín, pero Aymar consiguió localizarlo con su varilla. Los espectaculares éxitos de Aymar avivaron aún más la polémica sobre la varilla y los zahortes.

De los corpúsculos a Satanás

Por parte del clero se levantaron voces en contra de establecer justicia por medio de una vara, por la falta de moral de este método. La práctica con la varilla había pasado de emplearse en la búsqueda de aguas o metales, a usarse para localizar cualquier elemento material y alguno de origen intelectual. En 1694, el padre Ménéstrier, autor del libro *Tratado de la filosofía de las imágenes enigmáticas*, intentó demostrar que todo aquello relacionado con el uso de la varilla esta-

ba influido por Satanás. Comienza sus argumentaciones muy acertadamente, inquiriendo que la causa del movimiento de la varilla no pertenecía al mundo físico, ya que era preciso que un pensamiento y una acción tuvieran algo que ver con las indicaciones de la varilla, y ésta, privada de inteligencia, no podía ser más que un instrumento pasivo en manos de aquel que la sostiene. Hasta aquí sus planteamientos no admiten discusión; sin embargo, al no conocer el mundo de la psique y del inconsciente, no puede dar otra interpretación que: «Admitiendo como probado que la varilla puede indicar lo que se quiera conocer acerca de cualquier materia, la causa de su movimiento solamente puede provenir de un espíritu; y, como sea que ese espíritu no puede ser el de Dios ni el de un ángel, ya que la tradición nos hubiera prevenido sobre este particular, tendrá que ser forzosamente el de Satanás».

Lástima que tan magníficos pensadores no tuvieran conocimientos suficientes sobre la mente como para poder continuar sus argumentaciones tan bien dirigidas, pues a buen seguro que, de haber sido así, en aquella época se hubiera consolidado la radiestesia dentro de las ciencias y del mundo cultural. El padre Ménestrier, viendo hasta qué punto se hacía uso de la varilla, declaraba: «No está permitido a la justicia el servirse ni directa ni indirectamente de esas indicaciones, ni para absolver ni para condenar, así como ni siquiera como medio para llegar a la comprobación de otras señales y de otras pruebas, teniendo en cuenta que esas indicaciones son sospechosas, sujetas a muchos errores y a la mala fe de las personas que podrían manifestar tener este talento, y denunciar falsamente a personas que quisieran perder, haciendo girar sobre ellas varillas adivinatorias. Cuando se trata de la vida, de los bienes y de la honra de las personas que han caído bajo la justicia, son necesarias pruebas de certidumbre, testigos irreprochables, indicios constantes, invariables, plenamente demostrables y que no presenten nada de equívoco». Como ya he dicho anteriormente, estoy plenamente de acuerdo con los deseos de Ménestrier, aunque ya quisiéramos que la justicia ordinaria hubiera tenido históricamente esta capacidad de análisis y de inequívocos.

En esa misma línea, el padre Pierre Lebrun volvió a tachar de demoníaco el uso de la varilla, concluyendo que los zahoríes debían rezar a Dios para ser exorcizados. Lebrun publicaba, en el año 1702, una obra cuyo título define el pensamiento del autor sobre el tema: *Historia crítica de las prácticas supersticiosas que han seducido a los pueblos y turbado a los sabios*. Lebrun dirigió una carta al padre Malebranche, en la cual le ponía al corriente de ciertos hechos relacionados con la varilla y solicitaba su opinión:

«La varilla no gira sobre las aguas al descubierto, pero sí sobre el agua subterránea, mientras que lo hace indistintamente sobre los metales, ya estén al descubierto o escondidos.

»La varilla gira sobre los mojones o límites de las propiedades (éste era un uso muy extendido de la varilla en esa época para clarificar litigios de límites de propiedades), en tanto que los propietarios de dos campos vecinos estén de acuerdo en considerar estos mojones como auténticos límites de sus respectivas propiedades, y cesa de girar cuando este acuerdo deja de existir.

»Si los mojones han sido desplazados de forma fraudulenta, la varilla gira entonces sobre los lugares que aquéllos ocupaban anteriormente, pero permanece quieta sobre los mojones. La varilla gira sobre un ladrón, sobre sus huellas, sobre los objetos robados, sobre los objetos que éste ha tocado.

»También podrá verse cómo gira sobre un asesino, sobre el lugar donde ha sido cometido un crimen, aun cuando se haya retirado todo cuanto hubiera pertenecido a la víctima.

»En suma, la varilla gira solamente sobre el objeto que aquel que la sostiene tiene intención de descubrir, de manera que, si al buscar un determinado metal, se pasa por encima de un manantial subterráneo, este manantial no actúa sobre la varilla».

Como hemos podido observar, según el padre Lebrun el fenómeno existe, incluso apunta acertadamente en algunas de sus afirmaciones, como en el último párrafo, a un aspecto de suma importancia en radiestesia como es la selección mental del objetivo. Efectivamente, el zahorí sólo es receptor de aquello que tiene interés en encontrar, discriminando todo lo que esté fuera de su objeti-

vo. Sin embargo, Lebrun, lejos de continuar con sus coherentes razonamientos, termina aduciendo que el movimiento, cuando se trata de saber los límites de una propiedad o de objetos robados, se produce bajo una influencia demoníaca, aunque matiza que sucede sin haber efectuado intencionadamente un pacto previo con Satanás. No obstante, cree que si se trata de aguas subterráneas o de metales, la causa puede tener una explicación física, pues, según piensa, de la materia de estos cuerpos emanan unos corpúsculos o materia sutil que inciden en la varilla.



Zahorí francés u holandés usando la varilla. Ilustración aparecida en *Le monde enchanté* (1694) de Balthasar Bekker.

Esta dualidad de pensamiento, según el tipo de objetivo, se debe fundamentalmente a los conocimientos de la época. Muchas de las hipótesis planteadas tratan de explicar solamente uno de los aspectos del fenómeno, y dividen en dos los objetivos conseguidos

mediante la radiestesia, primero aquellos que pueden justificar con sus argumentos, y en segundo lugar los demás logros, los cuales prefieren ignorar al no poder explicar su existencia con dichos planteamientos.

Lebrun estudió las experiencias de Kircher, según las cuales la varilla permanece inmóvil al ser puesta en equilibrio sobre un manantial o un metal, concluyendo que «a raíz de todo ello, es evidente que la acción de los corpusculos, para ser eficaz, exige la intervención del hombre; a partir de ahí, éste contribuye a la acción»

Malebranche, en la carta de contestación, también distingue entre dos aspectos del fenómeno, uno relacionado con objetivos materiales y otro con matices morales. Entre las posibilidades para explicar el movimiento de la varilla, habla primero de un efecto físico, a través del cual «no se puede adivinar ni la potencia de un manantial, ni la naturaleza de los terrenos que lo cubren, ya que, por débil que sea este manantial, pero situado a poca profundidad, ejercerá sobre la varilla una acción tan intensa como un potente manantial situado a gran profundidad».

Con esta explicación, Malebranche desbarata, sin pretenderlo, buena parte de las hipótesis físicas de la radiestesia, como es la capacidad de distinguir el caudal de una corriente o la profundidad en la que se halla. En cuanto a los efectos relacionados con el intelecto deduce que: «Las causas inherentes a la materia bruta, al no tener ni inteligencia ni libertad, actúan de manera constante en las mismas circunstancias. Luego las causas de esta naturaleza son completamente impotentes cuando se trata de un ladrón, de un objeto robado, o del lugar donde estaba colocado un mojón que ha sido fraudulentamente desplazado. Por consiguiente, en los casos de los que estamos hablando, la varilla solamente puede girar a través de causas morales, o inteligentes. Si ella gira realmente, sin que haya fraude o intención de engañar por parte de aquel que la sostiene, el efecto deseado sólo puede proceder de una causa sobrenatural. Esta causa, al no provenir de Dios ni de los ángeles, necesariamente es la obra del espíritu infernal».

Malebranche, al igual que Lebrun y otros clérigos de su tiempo, abogaba por una explicación física cuando la vara detectaba un hoci-no o una hoja de guadaña, pero si lo que se encontraba era de otro orden de cosas, como en el caso de una bolsa robada, el origen del movimiento de la vara sólo podía provenir del diablo; aunque pensaba, al igual que Lebrun, que no necesariamente la persona portadora de la vara debía haber concertado un pacto con el demonio.

Los abates Pirot y De Rancé recomiendan a los sacerdotes que impidan el uso de la varilla a sus feligreses, tachándolo de ilícito e instando a prohibir su uso. Aunque admiten que es posible que la varilla gire sobre las aguas subterráneas y sobre los metales en virtud de una ley física, pero en otro tipo de objetivos, donde los fenómenos físicos no pueden dar una explicación, como en los mojonos u objetos robados, sólo puede haber una causa, o sea, una intervención diabólica. Las lindes entre distintas fincas se marcaban con mojonos y, en caso de litigio entre vecinos, los zahoríes determinaban cuál era la verdadera situación mediante el uso de la varilla. Esta tradición se ha mantenido en muchos lugares hasta hace bien poco.

Al mismo tiempo, el sacerdote jesuita Pierre le Lorrain, más conocido como Pierre de Vallemont –por ser abate del pueblo francés de Vallemont–, escribió la obra *Physique occulte ou Traité de la baguette divinatoire...* (Física oculta o Tratado de la vara adivinatoria...). El abate sostenía que no existía ningún elemento sobrenatural en el movimiento de la varilla, y que cualquier fenómeno relacionado con ella se podía interpretar desde la esfera del magnetismo y la electricidad. De Vallemont, basándose en las mismas teorías que presenta en su *Tratado del imán de Chartres*, manifiesta que el mismo mecanismo que actúa entre el imán y el hierro es el que genera el movimiento de la varilla. Muy acertadamente aduce que: «Es indudable que, si este efecto se debiera a la varilla, al suspenderla sobre un pivote, como la aguja de una brújula, tendría necesariamente que inclinarse sobre las aguas y los metales, cosa que, sin embargo, no sucede en modo alguno, como he podido experimentarlo con el padre Schott, jesuita; de ahí concluyo, pues, que el efecto no es resultado de una virtud que resida en ella». De Vallemont defendía

la validez de la vara para cualquier tipo de objetivos, incluso para descubrir a ladrones y asesinos, pero creía que el fenómeno se producía por un agente externo al propio zahorí.



Método tradicional de sujetar la varilla en *Traité de la baguette...* (1693) de Pierre de Vallemont.

El libro escrito por De Vallemont alcanzó gran resonancia y éxito, siendo publicado en 1693 y, más tarde, reeditado en varias ocasiones. Fue profesor de física en el colegio Louis-le-Grand, de ahí que, debido a su formación, ligara el origen del movimiento del instrumento con fenómenos físicos, aunque también defendió el porqué la varilla era amplificadora de las capacidades naturales del zahorí: «El método de buscar agua con la vara adivinatoria es un descubrimiento que nunca se ponderará bastante, pues es más seguro y más rápido que cualquier otro de los puestos en práctica en el presente. Hay que ser, en verdad, un enemigo del bien público para desacre-

ditar tan natural y noble técnica, de la cual se derivan tantas ventajas para la sociedad. Deberíamos concentrarnos en cultivar este don y en procurar que lo desarrollaran las personas a quienes la naturaleza ha favorecido con él, en lugar de aplicarnos a ponerles obstáculos y a arrojar sombras sobre un tema cuyos secretos mecanismos naturales son ya de por sí sumamente difíciles de explicar». A continuación expone que el movimiento de la vara no tiene nada de sobrenatural y que se debe al temblor que se produce en la persona que la sujeta, debido a ciertos corpúsculos que emanan del agua y de las personas, siendo éstos especialmente intensos en los ladrones y asesinos: «Tal como sucede con los vapores que salen verticalmente de las fuentes, así los corpúsculos de la transpiración hacen girar la vara hacia la pista del criminal». Para dar una explicación coherente a cómo discriminar los diferentes objetivos como aguas, metales, ladrones o asesinos, aduce que se producen variaciones específicas entre unos y otros corpúsculos exhalados por distintos cuerpos, que provocan igualmente distintas impresiones en una misma persona, y que, según dicha impresión, puede determinarse la naturaleza del foco emisor.

Mientras tanto, Aymar fue sometido a varias pruebas. Una de ellas, en París, resultó humillante para él, ya que le hicieron ir para burlarse. Sin embargo, en Lyon, ante un tribunal, realizó varias demostraciones en las que logró buen número de aciertos, quedando constancia de ellos en un tratado «en el que se prueba que las extraordinarias facultades mediante las cuales Jacques Aymar, con una vara adivinatoria, perseguía asesinos y ladrones, descubría agua y plata enterrada, restablecía antiguas lindes, etcétera, dependían de una causa natural del todo común». Estos resultados fueron publicados por el médico Pierre Garnier, aunque con una interpretación de la causa un tanto peculiar, sobre los —según él— pequeños cuerpos exhalados por el sudor de los malhechores al cometer su delito, que variaban de los emitidos en condiciones normales.

Según sus propias palabras, Garnier trata de explicar el movimiento de la varilla de la siguiente forma: «Los corpúsculos exhalados por la transpiración del cuerpo de los asesinos difieren por la

figura y por la disposición de lo que hubieran sido si no hubiera habido perpetración del crimen. Estos corpúsculos penetran, a través de los poros de la piel, en el interior del cuerpo de Jacques Aymar y excitan una fermentación en su sangre; la aceleración del pulso, sudores, síncope y convulsiones manifiestan esta fermentación de la sangre. Los corpúsculos salen del cuerpo de Aymar en abundancia; están hechos de forma que dejan entrar libremente la materia sutil (de Descartes) en los poros de la madera de la varilla, donde se introducen y obstruyen su salida. La materia sutil, impedida de esta forma en los poros de la madera, presiona a esta última en un sentido y le imprime un movimiento de rotación».

Aymar realizó muchas pruebas ante tribunales y público en general, y en gran parte de ellas logró notables aciertos; sin embargo, en otras sus resultados no fueron satisfactorios desde el punto de vista de un profano en la materia radiestésica. La mayor parte de sus fracasos documentados estuvieron precedidos por una premeditación imbuida de mala fe y fueron concebidos para que Aymar fracasara, y éste no supo o no pudo tomar las debidas precauciones para no caer en una trampa. Chevreul llegaría a comentar, como crítica al fenómeno radiestésico, que «Jacques Aymar distaba mucho de ser infalible», cuando la infalibilidad no corresponde al ser humano en ninguna de sus facetas, y menos en aquellas que dependen de su mente, y, por ello, de las sugerencias, tanto de las ajenas como de las propias.

Un poco de sugestión

En relación con la sugestión comentaré el caso acaecido a una mujer llamada Ollivet, conocida por sus éxitos con la varilla para localizar aguas subterráneas y metales. Al enterarse Ollivet —persona de gran fe religiosa— de que el padre Lebrun achacaba el movimiento de la varilla a la intervención del demonio, acudió a él en busca de ayuda, y Lebrun la conminó a que «rogara a Dios para que no permitiera jamás que la varilla girase entre sus manos, aun cuando el demonio hubiese tomado parte en ese desorden» y tal como nos cuenta él

mismo en sus *Cartas del padre Lebrun*, «habiendo sido la advertencia favorablemente recibida, Mademoiselle Ollivet pasa dos días en retiro, toma la comunión, dirige su ruego recibiendo el pan sagrado, y yo hago lo mismo en el altar». Tras lo cual, Ollivet, sometida a distintas pruebas, comprobó que «la varilla no se mueve en absoluto»; ello nos demuestra la importancia decisiva de la sugestión en la radiestesia, y cómo puede actuar desfavorablemente y desbaratar cualquier resultado si se le permite penetrar en la mente.

Otro caso, bien conocido por aquel entonces, fue el de M. Expié, conocido por sus numerosos éxitos con la varilla, hasta el punto de ser considerado, junto con Aymar, «el hombre con más poder sobre la varilla» y que, debido a la supuesta influencia demoníaca, «rogó a Dios que detuviera el movimiento de la varilla entre sus manos, en el supuesto de que no fuera natural, y no la hizo girar ya más». El padre Lebrun sigue contando otra supuesta redención al pecaminoso uso de la varilla, esta vez de nuevo en la persona de una mujer llamada Martin: «Habiéndole rogado tanto el abate de Lescot, como el padre Cavard, Superior del Oratorio, renunció de todo corazón al demonio y a la varilla. Sin embargo, la sostuvo todavía una vez más entre sus manos sobre los metales, y observó, sin emocionarse, que la varilla ya no giraba». Pero en esta ocasión, el resultado, tan aparentemente satisfactorio para sus pretensiones, no fue el esperado, ya que «la hermana de Mademoiselle Martin y su madre, entristecidas por el hecho de que ella ya no podía hacer uso de la varilla, convencieronla para que la usara de nuevo y, según dijeron, con el deseo volvió a surgir la potencia perdida».

Aquí vemos dos tipos de sugestiones, una negativa, que impide que suceda la manifestación radiestésica, y otra sugestión orientada a hacer surgir su capacidad de descubrir lo oculto para los sentidos comunes y, como muy bien apuntan, dirigida por el deseo de que se produzca, como base de toda búsqueda radiestésica.

El doctor Chauvin también intentó dar una explicación al movimiento de la varilla de Jacques Aymar. Según Chauvin, la varilla se mueve debido a ciertos corpúsculos, emanados del cuerpo de los asecinos justo en el momento de llevar a cabo su crimen, que posterior-

mente impregnan los lugares que han recorrido. «Estos corpúsculos, debido a su pequeñez y a su dureza, permanecen en el aire allí donde han sido exhalados, sea cual sea la agitación de este aire por una causa cualquiera. Jacques Aymar, después de haber recibido una cierta impresión en el lugar del crimen, es capaz de seguir las huellas de los asesinos porque experimenta, aunque más débilmente, esta misma impresión por parte de los corpúsculos que han permanecido en los lugares que los asesinos han recorrido; después de haber sido absorbidos por su piel al igual que tópicos, estos corpúsculos agitan su sangre y sus espíritus animales; y, en virtud de esa agitación, y sin que su voluntad intervenga, la varilla, al ser sostenida de cierta manera, se mueve porque los músculos flexores del dedo meñique y del contiguo, al actuar al igual que los que flexionan la mano del lado de fuera hacia dentro, se mueven más intensamente que los demás». Estas hipótesis –similares a las mantenidas también por el doctor Pierre Garnier y los abates de Lagarde y de Vallemont–, quedaban un tanto desangeladas, cuando Aymar aseguraba y demostraba que sin la varilla también podía seguir la pista de los asesinos.

Mediante estas ideas y otras en esa misma línea, como la de Descartes, se intentaba explicar el fenómeno –porque estaba claro que el fenómeno ocurría–; por lo tanto, sólo faltaba darle un sentido u otro, según el pensar y los conocimientos de la época. A pesar de todo ello, un decreto prohibió el uso de la vara en Lyon. La Iglesia, por su parte, desbordada por todos estos acontecimientos y por la gran popularidad que iba adquiriendo la varilla, decidió excomulgar a aquellos que la utilizaran. La vara era empleada para cualquier menester, para obtener información de cualquier materia ya fuera del mundo físico, intelectual o espiritual. Era también consultada para conocer la calidad de los productos mercantiles y sus precios, para litigios de lindes de campos, casas o tierras (aunque hubieran transcurrido siglos), o para reconocer a los culpables de delitos, para descubrir objetos y materiales de toda clase, entre otros muchos usos. Tal como declaraba el mismo preboste de la Île-de-France e intendente de las aguas, «en virtud de los dos cargos que ostentaba, muy a menudo, veíase obligado a hacer uso de la varilla para iden-

tificar a criminales y descubrir manantiales», aunque matizaba que no creía en la infalibilidad de la varilla.

Ante el cariz y el arraigo que iba adquiriendo el asunto, el 26 de octubre de 1701 la Inquisición, mediante un decreto, condenó el uso de la varilla. A pesar de ello, durante el siglo XVIII, un gran número de eclesiásticos utilizó la varilla para descubrir manantiales e incluso no solamente marcaban el lugar más idóneo donde perforar, sino que además se comenzó a calcular su profundidad. Desde curas hasta priores o abates hicieron uso de la varilla a pesar de haber sido proscrita por la Iglesia, y la varilla siguió popularizándose entre la gente, en especial entre las personas relacionadas con la cultura y la ciencia.

En el siglo XVIII, la emperatriz Ekaterina II de Rusia (Catalina II de Rusia) promulgó una ley para incorporar al escudo de la ciudad de Petrozavodsk las varillas de los zahoríes, en honor a los servicios prestados a la comunidad. En Rusia, quizá debido a la influencia alemana, se utilizó profusamente la varilla para la búsqueda de metales y aguas subterráneas y así, buen número de minas de los Urales fueron descubiertas gracias a la capacidad radiestésica de los mineros durante estos años. En Uzbekistán los zahoríes alumbran desde siempre pozos de agua; como demostración quedan los pozos excavados a profundidades superiores a los 300 metros en el desierto de Kyzyl Kum; o los filones de plata descubiertos en la zona minera de Kanzhol, a profundidades que oscilan entre los 50 y los 70 metros. Debe tenerse en cuenta que en los niveles más superficiales se encuentra un mineral polimetálico de escaso valor que obligaría a desistir de excavar a tales profundidades a menos que estuvieran seguros de encontrar aquello que buscaban, si no se dispusiera de un método fehaciente.

Pros y contras

Mientras tanto, en Occidente, continuaron las disputas entre los detractores y seguidores de la rabadomancia —nombre utilizado para

definir la radiestesia en aquella época—, unos consideraban a los zahoríes como marionetas del demonio; sus seguidores se dividían en dos bandos, los que abogaban por la hipótesis física causante del movimiento de la varilla, y otros por la hipótesis psíquica. Esta controversia ha perdurado a lo largo del tiempo hasta nuestros días. Entre los buscadores de lo oculto, hubo quienes se dedicaron a la búsqueda de metales y fuentes de agua, y otros afirmaban que era factible adquirir cualquier tipo de conocimiento, entre ellos Johann Gottfried Zeidler, quien escribió el *Pantomysterium o Noticias del año a propósito de la vara adivinadora como instrumento universal de los conocimientos ocultos al ser humano*. Gottfried, en este libro publicado en Halle, Magdeburgo, en 1700, trata, además, de las distintas herramientas utilizadas por los zahoríes y las diferentes formas de sujetarlas.

Al mismo tiempo aparecieron distintas obras que desprestigiaban la rabadomancia, tachándola de ser una actividad tras la que se ocultaban fuerzas demoníacas. A pesar de todo, el fenómeno siguió causando gran impacto entre la gente, que se volcó a practicarlo. De esta forma surgieron muchos expertos y, como sucede en cualquier materia y época, también aparecieron advenedizos, estafadores o personas que, sin la debida preparación o aptitudes, crearon el lógico desconcierto y posteriores reticencias. No obstante, las varillas seguían moviéndose y los zahoríes acertando en sus predicciones, localizando yacimientos minerales y aguas subterráneas, entre otros muchos logros. Algunos operadores trabajaban sin instrumentos, como es el caso de Hans Wolff, que andaba con el brazo recto y extendido de modo que, al llegar a una zona que contenía metal en el subsuelo, el brazo se movía tembloroso, al igual que el resto de su cuerpo al estar sobre de una vena metalífera. Wolff fue el primero en hablar de la orientación mental para localizar minerales. Se sometió a numerosas pruebas realizadas por rigurosos comités, y salió con éxito de todas ellas.

La importancia de la radiestesia en la búsqueda de yacimientos minerales queda patente en la documentación de la época especializada en el tema, como es el caso del *Diccionario de minería* publicado en 1747 donde se reúne una detallada y extensa expo-

sición sobre la vara adivinatoria o *virgula divinatoria* tal como la nombra William Corlase en su *Historia natural de Cornualles* publicada en 1758.

Cabe destacar que buen número de físicos defendieron la radiestesia, debido, seguramente, a que en aquella época no cabía otra explicación racional. Entre ellos, destaca el físico inglés Stephen Gray (1666-1736). Gray comprobó que determinado tipo de péndulo (dependiendo de su materia), al ser sostenido por una persona, podía ser atraído por masas electrizadas. Trabajó con la electricidad y, basándose en sus estudios, descubrió en 1729 la conducción de electricidad a través de cables de ciertos materiales. En colaboración con G. Wheler y J. Godfrey, clasificó las sustancias en conductoras y en aislantes desde el punto de vista eléctrico; también estudió otros sistemas de transmisión de los efluvios eléctricos. Reproducimos a continuación uno de los experimentos que Gray realizó con el llamado péndulo explorador, y cuyos resultados expuso poco antes de morir el doctor Mortimer, secretario de la Royal Society de Londres, quien posteriormente confirmó y amplió dichas investigaciones: «Un globo de hierro de una pulgada y media de diámetro, débilmente electrizado, es colocado en el centro de un panel circular de resina de siete a ocho pulgadas de diámetro. Un cuerpo ligero, suspendido de un hilo muy delgado, de cinco a seis pulgadas de longitud, del cual se tiene su extremidad libre en la mano por encima del globo de hierro, se mueve en círculo espontánea y constantemente, de occidente a oriente».

Las investigaciones de Gray con el péndulo levantaron gran polémica en el mundo científico de su época. Por su parte, Wheler también estudió el movimiento del péndulo, llegando a la conclusión de que el origen de las reacciones del instrumento se debían al deseo del operador de producir un movimiento concreto: «El deseo de producir el movimiento de occidente a oriente, era la causa secreta que había determinado al cuerpo suspendido a moverse en esta dirección por medio de alguna impresión que procedía de la mano, aunque él mismo no se hubiera dado cuenta de que imprimiese movimiento alguno».

En esta misma línea de investigación trabajó Joseph Priestley (1733-1804). Teólogo, filósofo y científico británico, Priestley recibió una educación eclesiástica y ejerció como predicador; posteriormente se dedicó a la investigación científica. En 1767 escribió su conocida obra *The History and Present State of Electricity, with Original Experiments* (La historia y el actual estado de la electricidad, con experimentos originales). Los experimentos que llevó a cabo para comprobar el trabajo y los resultados de otros científicos, le introdujeron en el mundo de la investigación, gracias a lo cual descubrió las conductividades del carbón y de las sales metálicas; igualmente ordenó los metales en una tabla comparativa de conductividades, y realizó los que son llamados en su honor «anillos de Priestley», en los cuales se pueden observar las marcas distintivas producidas por las descargas eléctricas sobre las superficies metálicas. Además dedujo la forma inversa a los cuadrados de la ley de fuerza entre cargas eléctricas. Paralelamente a estos trabajos, experimentó con el péndulo, llegando a la misma conclusión que Wheler: el movimiento lo producía el mismo operador de forma inconsciente.

En 1772 inventó un método mediante el cual se puede conseguir agua carbonatada de forma artificial, al tiempo que aparecía su libro *History and Present State of Discoveries Relating to Vision, Light, and Colours* (Historia y estado actual de los descubrimientos relativos a la visión, la luz y los colores), preparación para otra obra surgida cinco años después titulada *Disquisitions Relating to Matter and Spirit* (Disquisiciones relativas a la materia y el espíritu). Declaró que los científicos debían ser más prudentes en sus conclusiones, pensamiento dirigido a los resultados obtenidos por Gray con respecto al péndulo, aunque expresaba su respeto por la figura del gran físico y sus investigaciones. En 1774 descubrió, al calentar óxido de mercurio, lo que posteriormente Lavoisier identificaría como oxígeno. Este experimento se recoge en los tres tomos de que constan sus *Experiments and Observations on Different Kinds of Air* (Experimentos y observaciones sobre las diferentes clases de aire), escritos entre 1774 y 1777 donde, al igual que sus descubrimientos del amoníaco, los óxidos nítrico y nitroso, el dió-

xido de azufre y el tetrafluoruro de silicio, describe la función que cumple la sangre en la respiración, y la importancia de la luz en la fotosíntesis; también demostró cómo los óxidos metálicos se reducen al ser calentados en presencia de hidrógeno.

En 1791, debido a sus simpatías por la Revolución francesa y por sus ideas en relación con la teología, fueron destruidos su casa y su laboratorio por una multitud enardecida. Priestley abogaba por una ciencia en la que se necesitaba reducir los fenómenos a términos de tamaño, configuración y movimiento de las partículas fundamentales de la materia, y de las fuerzas de atracción y repulsión entre ellas, rechazando la teoría de Lavoisier más dirigida hacia un modelo científico de pluralidad de sustancias. Sus trabajos en relación con la radiestesia, al igual que los de otros científicos contemporáneos, manifestaron que ésta no tenía un origen desde el punto de vista de la física.

Por esos mismos años surgió la destacada figura de Luigi Galvani (1737-1798) –físico y fisiólogo italiano–, profesor de anatomía de la Universidad de Bolonia, aunque renunció a esta plaza al negarse a prestar fidelidad al gobierno de la nueva república Cisalpina en 1797. Entre sus trabajos destacan sus investigaciones sobre el oído interno y la contracción muscular. Descubrió la estimulación de los nervios y los músculos de animales vivos y muertos, a través de corrientes eléctricas. Debido a la influencia de sus trabajos surgió una corriente científica llamada galvanismo. Su obra más relevante fue *De viribus electricitatis in motu musculari commentaria* publicada en 1791, donde se recogen sus experiencias en estos campos.

Algunos de los contemporáneos de Galvani quisieron explicar el movimiento de la vara basándose en los resultados de sus investigaciones sobre la excitación muscular y nerviosa. Sus trabajos fueron muy polémicos, y especialmente contrario a sus ideas fue el italiano Alessandro Volta. De formación autodidacta, Volta fue profesor de física en la Escuela Real de Como (Italia) en el año 1775, y, posteriormente, en 1779, catedrático de física de la Universidad de Pavía. Inventó el electróforo (1775), el eudiómetro (1776), y

descubrió el gas metano (1778), así como la pila que lleva su nombre (1779), primer generador eléctrico no electrostático.

Volta realizó distintos experimentos acerca de los fenómenos comprobados por su compatriota y, tras un primer entusiasmo, los puso en duda; pensó que se debían a una excitación provocada en los nervios por la electricidad común; después concluyó que estas corrientes eléctricas tenían su origen en la diferencia de los metales, tal como reflejó en dos opúsculos (1792) titulados *Memoria seconda sull'elettricità animale* y *Alcune nuove proprietà del fluido elettrico*. En contestación, Galvani y sus seguidores contrarrestaron dichos argumentos con nuevos experimentos, reproduciendo sus anteriores resultados sin utilizar objetos metálicos de ninguna clase, ante lo cual Volta se limitó a generalizar su hipótesis anterior ampliando sus argumentos a la existencia de un desequilibrio eléctrico en cualquier contacto heterogéneo. En aquellos años buena parte de los físicos creyeron en el fenómeno radiestésico, como fue Sigaud de Lafond, quien escribió profusamente sobre las facultades del zahorí y las propiedades de la varilla.

EL NACIMIENTO DEL POSITIVISMO

Bleton: de la alergia a la radiestesia

Cuando Barthélemy Bleton contaba con siete años se sentó sobre unas rocas, y la fiebre se apoderó de él; al cambiar de posición, ésta desapareció y retornó al volver a sentarse en las mismas rocas. Ante estos insólitos hechos, el prior de la cartuja, donde se encontraba pensionado el niño —sospechando cuál podía ser la causa—, hizo excavar debajo de la piedra y, en ese lugar, afloró un manantial de agua. Bleton notaba la influencia de las corrientes subterráneas de agua en forma de fiebre, ahogo, temblor, opresión en el pecho y aceleración de los latidos del corazón.

Estos mismos síntomas son los que padecen numerosas personas, especialmente niños, cuando se encuentran, sobre todo al

dormir, encima de corrientes de agua subterránea. Por ello es importante estudiar el lugar donde vivimos: cuántos sufrimientos y problemas en la salud y en el bienestar se evitarían si reconociéramos la gran influencia que ejerce el lugar sobre la salud.

Bleton, de oficio pastor, con el paso del tiempo aprovechó estas percepciones para adquirir gran fama como zahorí, e incluso según la intensidad de sus sensaciones determinaba la profundidad o el volumen de agua que corría bajo sus pies. Bleton era un zahorí sin instrumento, aunque posteriormente utilizaría una varilla de rama de árbol, verde o seca, no ahorquillada, pero un poco curvada. No necesitaba ningún amplificador de sus reacciones reflejas ante el efecto del lugar, ya que quizá lo que practicaba —al menos en sus inicios— no fuera exactamente radiestesia, tal como veremos en la segunda parte del libro. La fama del pastor como experto en localizar fuentes de agua en el subsuelo, llegó a oídos del obispo de Grenoble, quien, interesado por su caso, realizó gran número de pruebas y estudios con él. De estas experiencias concluyó la llamada «regla del obispo» (véase el apartado *Agua subterránea*), que indica que el zahorí comienza a detectar la corriente de agua antes de llegar a ella, dependiendo esta distancia de la profundidad a la que se encuentre. Para calcular la profundidad de un manantial, Bleton andaba en una dirección, desde la vertical del punto donde se encontraba el agua subterránea, y cuando a una cierta distancia del lugar de partida la varilla reaccionaba entre sus manos, la separación entre esos dos puntos correspondía a la profundidad. Este método sigue siendo muy utilizado por muchos zahoríes aún hoy en día.

Durante estas pruebas Bleton conoció al médico Pierre Thouvenel, seguidor de la teoría basada en la influencia del fenómeno eléctrico sobre la perceptibilidad de los zahoríes. Animado por Thouvenel, el joven pastor descubrió en el pueblo francés de Contrexéville, aguas ricas en minerales que adquirieron gran fama. Gracias a este hallazgo el doctor fue nombrado inspector general de aguas minerales por orden real. En 1781, Thouvenel publicó un escrito al que tituló: *Informe médico-físico en el que se muestra las*

evidentes conexiones entre los fenómenos de la varilla adivinatoria, el magnetismo y la electricidad. En él desarrolla la hipótesis por la cual se origina el movimiento de la vara; según explica, ello está causado «por la acción de efluvios eléctricos que, elevándose de las aguas subterráneas y de los minerales ocultos en la tierra, se introducen en el cuerpo de la persona que lleva la vara, y lo convulsionan».

Thouvenel utilizaba el término electromagnetismo para definir el fenómeno gracias al cual el zahorí determinaba la existencia de minerales o aguas subterráneas. Así pues, se generaba una reacción sobre la persona produciéndole una cierta impresión, e incluso llegaba a provocarle, tal como veíamos, fiebre, sudores, aceleración del pulso, síncope, vómitos, pérdida de fuerzas o malestar general. Parece que Thouvenel estaba describiendo los efectos que posteriormente se comprobaría que produce la estancia en la vertical de lugares de radiación alterada, como son los cruzados por corrientes de agua subterráneas, fracturas geológicas o vetas minerales, y que llegan a ser causa de numerosos síntomas y trastornos como los anteriormente descritos, e incluso otras patologías de mayor gravedad, como las degenerativas (véase *Geobiología: medicina del hábitat y Contaminación electromagnética. El efecto de las radiaciones sobre la salud*).

Bleton fue llamado a París para realizar unas pruebas supervisadas por un jurado formado por ilustres académicos: siguió el trayecto de una tubería subterránea ante un numeroso grupo de observadores. Por entonces había adoptado la costumbre de usar una varilla al estilo germano, atravesada o apoyada en la mano, que giraba continuamente cuando localizaba el objetivo.

En París, ante una gran multitud y numerosos personajes eminentes, trazó el recorrido del acueducto subterráneo de Arcueil con todo detalle durante varios kilómetros. Durante esa misma época, la propia Maria Antonieta le solicitó que buscara aguas subterráneas que abastecieran el Triánón, lo cual logró Bleton haciendo aflorar manantiales especialmente copiosos. A pesar de ello, los detractores del fenómeno continuaron con su campaña.



Bleton aseguraba que para él la varilla era superflua aunque la utilizaba para que los observadores pudieran saber qué estaba sucediendo, ya que para él no era más que un simple indicador.

El escritor y filósofo francés François Marie Arouet (1694-1778), más conocido como Voltaire, de educación jesuita, pensaba en el progreso científico y artístico como medio para conseguir la felicidad; llegó a criticar el uso de la vara en los duros términos siguientes: «Se encuentran las fuentes de agua, los tesoros, gracias a una vara de avellano que no deja de forzar un poco la mano de un tonto que la aprieta demasiado y que gira fácilmente en la mano de un bribón». Frommann, cien años antes, ya había replicado adecuadamente a «esas gentes que para dárselas de listos declaran que el movimiento de la varilla no es más que un hábil juego de manos hecho por un individuo diestro pero bribón». Simplemente me parece mezquino y de una cortedad de miras sólo explicable debido a la ignorancia, poner en duda el trabajo en el campo de la radiestesias de muchas personas de probada honradez humana y profesional, amén de los incontables logros (sin que debamos olvidar los fracasos) obtenidos por los radiestesistas durante siglos en todas las culturas que han poblado nuestro pla-

neta. Se puede discutir el cómo y el porqué del fenómeno, lo que es innegable es su existencia.

A pesar de todas las evidencias acumuladas demostrativas de la realidad del movimiento de la varilla, algunos personajes del mundo científico declararon en contra del fenómeno –sin haber investigado sobre él–, por referencias o por simples suposiciones, caso de Joseph-Jérôme Le François de Lalande (1732-1807), quien a sus veintiún años fue nombrado miembro de la Academia de París en calidad de astrónomo, y siete años después fue nombrado para el cargo de profesor de astronomía en el Colegio Real, puesto que ocupó durante cerca de cincuenta años hasta su muerte. Escribió varios libros muy reconocidos dentro del ámbito docente: *Traité d'astronomie* (Tratado de astronomía, 1764), *Histoire céleste française* (Historia celeste francesa, 1801) o *Bibliographie astronomique* (Bibliografía astronómica), publicado en 1803, donde destaca su labor dedicada a la mejora de las tablas astronómicas, y su esfuerzo por establecer unas teorías astronómicas más avanzadas. Dentro de sus estudios sobresale el cálculo en 1759 de la fecha de avistamiento del cometa Halley, en su trayectoria cíclica a través del cosmos.

De Lalande escribió un artículo en el *Journal des savants* en 1782, donde apuntaba que Bleton era un impostor que hacía girar la varilla según su voluntad, olvidando los numerosos éxitos obtenidos, y resaltando los fracasos. Obviaba, además, lo más importante, que para Bleton el uso de la varilla era superfluo. «En efecto –declara Lalande–, si se coloca entre dos dedos una varilla de metal curvada en arco, de manera que la cúspide del arco esté más baja que las dos extremidades, pero que todo el conjunto esté casi en equilibrio, el más mínimo acercamiento de los dedos, aunque se trate de una pizca, bastará para que las extremidades se la lleven a su vez y que la cúspide del arco vaya hacia arriba. Si los dedos se separan, instantáneamente la cúspide del arco descenderá y, a base de una alternancia semejante, el movimiento puede continuar tanto tiempo como se juzgue necesario. Una persona bastante ejercitada para esto no tiene más necesidad sino de un ligero temblor, apenas sensible, cuando no se está prevenido.» Sin embargo, De Lalande, hombre

reflexivo, madurando posteriormente sus argumentos y sobrepasando sus anteriores prejuicios matizó que: «Estamos tan lejos de conocer todos los agentes de la naturaleza y su modo de acción, que resultaría poco filosófico el negar los fenómenos únicamente porque son inexplicables en el estado actual de nuestros conocimientos. Solamente tenemos que examinarlos con una atención tanto más escrupulosa, cuanto más parece difícil el admitirlos». De estas palabras se desprende el espíritu que debe acompañar la trayectoria de un investigador, más allá de sus conocimientos adquiridos, en la búsqueda de la verdad.

El físico francés Jacques-Alexandre-César Charles (1746-1823) formó parte de la Academia de Ciencias desde 1795, y fue profesor de física en el Conservatorio de Artes y Oficios de París. Trabajó en el campo de la navegación aerostática, donde obtuvo grandes logros, como por ejemplo el desarrollo teórico y la construcción —junto a los hermanos Robert—, con nuevas técnicas de ascensión, del famoso aerostato *Charlière*. Inventó el megascopio —aparato que sirve para la proyección de imágenes amplificadas sobre una pantalla— y el goniómetro —utilizado para el cálculo de los ángulos cristalinos—. También perfeccionó el hidrómetro —aparato para medir el caudal, la velocidad o la fuerza de un líquido en movimiento—. Realizó diversas experiencias tendentes a comprobar las hipótesis de Thouvenel sobre el movimiento de la varilla debido a la electricidad del suelo transmitida al zahorí. De sus resultados extraemos que el fenómeno es independiente del hecho de aislar al zahorí del campo eléctrico del terreno, es decir, el instrumento se mueve, esté o no el operador en contacto con el campo eléctrico, desbaratando así las ideas que pretenden relacionar la actividad radiestésica con fenómenos eléctricos.

Durante la Revolución francesa el doctor Thouvenel decidió trasladarse a Italia, a pesar de haber sido nombrado y distinguido con todos los cargos y títulos que un médico podría soñar en su época. Poco antes de partir declaró: «El efecto del movimiento de la varilla en manos de un zahorí es la más inconcebible maravilla que nos ofrece hoy la física», y se preguntaba: «¿Llegará el día en que poda-

mos calcularlo mediante algún procedimiento geométrico, de forma que sea susceptible de una demostración rigurosa?».

A Italia llegó acompañado de Bleton y de Pennet, otro zahorí de grandes cualidades. A poco de llegar Bleton falleció, y Pennet tomó su relevo haciendo demostraciones y sometiéndose a numerosas pruebas científicas, la mayoría basadas en las teorías de la electricidad y el magnetismo, tan de moda en su tiempo. Las andanzas de Pennet se recogen en el libro de Carlo Amoretti, titulado *Rabdomancia o electrometría animal* (Milán, 1808), manuscrito donde se recogen las investigaciones realizadas por Amoretti —conservador de la biblioteca Ambrosiana de Milán— sobre los zahoríes y la naturaleza del fenómeno que hace surgir el movimiento de la varilla.

Un escéptico coherente

El abad agustino Alberto Fortis, hombre escéptico ante el arte de los zahoríes, se volvió un incansable defensor de éstos tras someter a Pennet a distintas pruebas de las que éste salió triunfante. El abad, que posteriormente fue secretario permanente del Instituto Nacional Italiano, declaraba: «Reconozco que estos experimentos, preparados con todas las precauciones imaginables para evitar el engaño, me dejaron tan convencido, que enrojecí de vergüenza al recordar que antes me había burlado de algo que desconocía totalmente». La sinceridad de Fortis contrasta con el escepticismo mantenido a toda costa por miembros de la comunidad científica, que niegan sistemáticamente un fenómeno tan real como el propio pensamiento, sin ni siquiera haber experimentado sobre él o haber intentado comprenderlo.

Fortis, después de investigar profundamente, concluyó que el ambiente en el que se encontraba el zahorí mientras estaba trabajando era de gran importancia para conseguir buenos resultados. Consideraba que ciertos ambientes solemnes u hostiles eran contrarios a la obtención del éxito en la búsqueda y, por el contrario, un ambiente relajante era favorecedor. Además de experimentar con la

varilla, Fortis lo hizo asimismo con el péndulo, utilizando uno con forma cúbica —de piritita de hierro o de azufre—, suspendido de un cordón y cuyo extremo sostenía entre dos dedos.

Johann Wilhelm Ritter, químico y físico alemán —miembro de la Academia de Ciencias Bávara—, fue un científico de gran renombre en su tiempo. Estudió en la Universidad de Jena, donde posteriormente enseñó galvanismo. Sentó las bases de la electroquímica moderna: en 1799 empleó la pila química para producir la electrólisis del agua y, de esta forma, probar la identidad entre la electricidad estática y la galvánica. Dos años después demostró la existencia de la radiación ultravioleta. Por otra parte trató de conjuntar las dos concepciones del galvanismo: la voltaica y la galvánica, e introdujo la noción de cadena galvánica en electrofisiología. A través de la observación de las corrientes termoeléctricas, adelantó el descubrimiento de la termoelectricidad; asimismo fue el inventor de la pila seca, entre otros hechos destacables dentro de su amplia trayectoria como investigador.

Al mismo tiempo experimentó en el campo de la radiestesia, repitiendo los trabajos de Fortis y agregando otros muchos propios. Un resumen de sus resultados se publicó en el periódico *La Hoja de la Mañana* de Tübinga en 1807 con el título de «Investigaciones físicas interesantes». Ritter intentó clarificar la comprensión de las causas que provoca el fenómeno radiestésico. A través de sus investigaciones pensó que se enfrentaba a un campo totalmente virgen en lo concerniente a la física. Ésta, tal como se entendía entonces, no podía dar una explicación coherente a la manifestación radiestésica (hoy en día tampoco, al no ser un fenómeno físico). Comprendió que a través del instrumento (bautizó al péndulo con el apelativo de sideral) se podía obtener cualquier tipo de información —ya fuera para buscar aguas subterráneas, vetas minerales o incluso sobre temas menos tangibles—, cuya respuesta fuese afirmativa o negativa, y que un paso decisivo para que se produjera este fenómeno era la realización de la pregunta correcta y esperar la respuesta con fe, abstrayéndose de condicionamientos personales. Sin ello —aseguraba Ritter—, no se conseguiría el resultado deseado. La visión de Ritter

sobre la radiestesia aportó una inusual coherencia que, una vez más, se diluyó entre el aluvión de hipótesis y métodos lejanos a las verdaderas causas del fenómeno radiestésico.

Ritter fue un gran divulgador de la radiestesia, y sus ideas tuvieron una gran influencia en su tiempo, especialmente entre los hombres de ciencia y cultura, introduciendo a muchos de ellos en su conocimiento y práctica, como fueron los casos de Schelling, Baader, Hegel o Goethe. Friederich Wilhelm Joseph Schelling (1775-1854), filósofo idealista alemán, profesor de la Universidad de Jena, afirmaba en *Ideas para una filosofía de la naturaleza* y *Sobre el alma del mundo* que la naturaleza es un organismo vivo, animado por un principio vital. Basándose en estas ideas abogaba por la realidad de la rabadomancia y estudió profusamente sus posibilidades en *Investigaciones filosóficas sobre la esencia humana*. Schelling destaca que «termina el tiempo de la simple fe histórica cuando se da la posibilidad del conocimiento inmediato. Existe una revelación más antigua que cualquier revelación de la naturaleza».

El filósofo Franz Xaver Baader (1765-1841) intentó liberar a la filosofía de la influencia del atomismo físico a través de una visión basada en las ciencias naturalistas. Su metafísica aboga por un alma que lleva a la divinidad, al ser ambas parte de un mismo camino, tal como explica en *Contribuciones a la filosofía dinámica* (1809), *Lecciones sobre la dogmática especulativa* (1827-1838) o en *Filosofía dinámica* (1832). Su interés por el movimiento de la varilla y la observación de los logros obtenidos mediante ella le llevaron a investigar el fenómeno, ayudado por Campetti —reconocido zafiro italiano colaborador de Ritter y Schelling—, así como con Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831) —gran filósofo alemán, amigo de Schelling, que impartió, al igual que éste, clases en la Universidad de Jena. Su primera obra fue *Phänomenologie des Geistes* (Fenomenología del espíritu) y, posteriormente, *Wissenschaft der Logik* (Ciencia de la lógica); fue también profesor en la Universidad de Heidelberg, donde publicó su *Enciclopedia de las ciencias filosóficas* en 1817 resumen del pensamiento hegeliano, cuyo fundamento es que la totalidad es lo absoluto. Es una época de cambios, donde el poder religioso deja

paso al romanticismo; a pesar de ello, Hegel, sin dejarse llevar por las nuevas corrientes, basa su pensamiento en el misticismo y la unidad de lo divino y lo humano. Desde su obra *Fenomenología*, Hegel aboga por el esfuerzo antes que por el logro, criticando el irracionalismo religioso (que tanto abundó en las tesis antirradiestésicas) y los conceptos románticos.

Una portentosa figura universal

El mismísimo Johann Wolfgang Goethe (1749-1832) —escritor alemán de renombre universal—, se introdujo en la comprensión de los valores ocultos gracias a su amistad con Heller. Como utensilios utilizó la contemplación y el estudio de la naturaleza y de sí mismo. En su obra cumbre, *Fausto*, relata la desesperación de éste ante la limitación de la razón y busca en la magia el camino hacia el conocimiento. Goethe se interesa por la radiestesia, y en algunos de sus escritos la menciona, como por ejemplo en su novela épica, escrita entre 1807 y 1809, *Die Wahlverwandtschaften* (Las afinidades electivas), basada en vínculos y rupturas conyugales, e influida por el amor del autor hacia Mina Herzlieb, la Otilia de la novela. En ella comenta la influencia de las zonas geofísicas alteradas sobre la persona y, posteriormente, desarrolla el tema de la radiestesia y las afinidades entre los seres orgánicos e inorgánicos. Otilia, al ser preguntada por el motivo por el que evitaba pasar por un determinado camino, respondió: «Nunca he pasado por ese sendero sin que me dominara un estremecimiento muy peculiar, que nunca siento en ningún otro lugar y que no sé explicarme. Por eso prefiero evitar exponerme a tal sensación, ya que en seguida me empieza después un dolor de cabeza en el lado derecho que también sufro en otras muchas ocasiones». Continúa el relato dirigiéndose el narrador a un lord: «Cuán grande fue mi asombro cuando descubrí una huella muy clara de carbón de piedra, que me convenció de que, excavando un poco, quizá se encontraría un yacimiento muy productivo en ese sitio» (se refiere al lugar donde

Otilia presentaba los síntomas descritos). Más adelante dice: «Me resultaría imposible partir de aquí sin haber hecho que esta hermosa criatura pruebe también las oscilaciones del péndulo». Goethe continúa aduciendo que, aun cuando esos ensayos no les salieran bien a todos, no había que renunciar al asunto, antes al contrario, se debería investigar con más seriedad y de modo más radical, pues seguramente se harían evidentes todavía muchas relaciones y afinidades mutuas de los seres inorgánicos y de los seres orgánicos que seguramente nos están ocultas. «Otilia extendió el péndulo sobre los metales, sosteniéndolo con mayor tranquilidad, despreocupación e inconsciencia. Pero, al instante, el cuerpo suspendido fue arrebatado como por un decidido torbellino, y conforme se cambiaba lo que habían puesto debajo, se movía para un lado o para otro, unas veces formando círculos, otras, elipses, o tomaba su impulso en líneas rectas.»

Goethe se entregó al estudio de las ciencias naturales y de la relación entre éstas y la filosofía. Al igual que Fausto, intentó desentrañar los secretos y las leyes de la naturaleza, dedicándose al estudio de la geología y la botánica. En este último campo, y mediante un proceso intuitivo, concibió la idea de la planta originaria y dedujo la identidad primitiva de todas las partes de la planta. Goethe, a propósito de su famosa novela *Werther* decía que: «Como había escrito este opúsculo casi inconscientemente, a la manera de un sonámbulo, me asomé yo mismo cuando lo recorrí». Dentro del campo de la investigación escribió *Beiträge zur Optik* (Contribuciones de óptica) en contra de las ideas de Newton, ampliado posteriormente con su *Teoría de los colores*. En un tratado aparecido en 1790 titulado *Metamorfosis de las plantas*, y en *Metamorfosis de los animales*, aparecida treinta años después, intenta demostrar la unidad de la naturaleza y la génesis creada por una continua autotransformación de las distintas variedades de formas fenoménicas a partir de una estructura original simple. Goethe fue hombre de una gran inteligencia, abierta a los campos más dispares, que encontró en la radiestesia y en los procesos intuitivos una forma de penetrar en la conciencia universal.

Un poco más de electricidad

Antoine Clément Gerboin, médico francés y profesor de la Escuela de Medicina de la Universidad de Estrasburgo, basándose en los estudios realizados por Gray y Wheler, realizó en 1798 diversos experimentos sobre la atracción de un péndulo hacia masas electrizadas, cuando era sostenido por el operador. Gerboin publicó en 1808 sus estudios radiestésicos en Estrasburgo, llamados *Investigaciones sobre un nuevo modo de la acción eléctrica*, que trataban sobre una fuerza interna del hombre en relación con el movimiento del péndulo, bautizado por él con el nombre de péndulo exploratorio, y que constaba de esferas o cilindros suspendidos por un hilo de cáñamo. Según Gerboin, todas las personas tienen una facultad, a la que denominó organoelectrica, compuesta de fluido eléctrico y de capacidad de organización, y que esta facultad se podría manifestar a través del movimiento del péndulo en personas dotadas de cierta intensidad organoelectrica. En ese mismo año M. de Candolle escribía sus *Memorias de física y química*, retomando las conclusiones que cien años antes había conseguido el abate De Vallemont sobre el movimiento de la varilla.

Estas experimentaciones y avances en un tema tan controvertido llevaron a otras personas del ámbito cultural y científico a interesarse por él, y, a mediados de siglo, Michel-Eugène Chevreul —químico francés y director del Museo de Historia Natural (1864-1879), miembro de la Academia de Ciencias y presidente de ella en dos ocasiones (1839 y 1871)—, después de trabajar durante varios años, llegó a la conclusión de que «existía una relación directa entre la ejecución de los movimientos y el acto mental referido a ellos, aun cuando éste no implicara el mandato de ejecutarlos dirigido a los órganos musculares».

Chevreul fue un reconocido químico y en *Recherches chimiques sur les corps gras* (Investigaciones químicas sobre los cuerpos grasos), publicado en 1823, resume sus estudios sobre química orgánica. Entre sus logros destaca la demostración de que la materia

orgánica está sometida a las mismas leyes que la mineral, y que son susceptibles de idénticos tratamientos físicos o químicos para obtener sus principios elementales. Descubrió el alcohol cetílico, la estearina y la oleína e igualmente desarrolló métodos analíticos químicos basados en la determinación del punto de fusión y de ebullición. Logró aislar distintos colorantes como la lateolina, la hematoxilina y la indigotina. En su obra *De la loi du contraste simultané des couleurs et de l'assortiment des objets colorés* (De la ley del contraste simultáneo de los colores y de la armonización de los objetos de color), publicada en 1839, plasma su teoría de los colores, basada en el uso de los círculos cromáticos.

Después de una primera etapa a favor de la radiestesia, Chevreul publicó un libro sobre la varilla adivinatoria al que tituló: *De la baguette divinatoire, du pendule dit explorateur et des tables tournantes* (De la varilla adivinatoria, del péndulo llamado explorador y de las mesas giratorias). En él advertía que el movimiento de la varilla podía ser amplificado cuando el zahorí portaba en su mano una materia o sustancia similar a la buscada y en otros zahoríes, por el contrario, cuando tenían un material distinto; de ello dedujo que la única explicación posible era que su causa no dimanara de un efecto físico, sino mental. Chevreul escribió en 1833 una carta a su colega M. Ampère —publicada luego en diversos rotativos—, donde describía una clase particular de «movimientos musculares fruto de una acción inconsciente, independiente de la voluntad». Aunque erróneamente concluyó que «no se puede detectar con el péndulo explorador sino aquello que se ve o se sabe que se va a detectar».

Convencido de que la química no se podía entender sin un conocimiento profundo de las ciencias ocultas, dedicó sus esfuerzos en esa línea, y fruto de ello fue la publicación de *Consideraciones sobre la historia de la química y de la alquimia*. Hablando del movimiento de la varilla en tono crítico, comenta, muy acertadamente, que hay que desvincular su movimiento de un efecto puramente físico, acercando con sus conclusiones la radiestesia a su verdadero origen, aunque no fuera ésta su intención: «No se

conoce nada análogo a este giro único de revolución sobre su eje en sentido inverso del giro que la varilla ha efectuado con anterioridad. Ciertamente, un efecto tal muestra demasiada inteligencia para poder vincularlo a la física propiamente dicha, puesto que, evidentemente, el movimiento operado en segundo lugar por la varilla es, desde el riguroso punto de vista de la ciencia, un efecto sin causa». Finalmente, Chevreul declaró que: «Es evidente que la causa del movimiento de la varilla no pertenece al mundo físico, sino al mundo moral. Sin duda alguna creo que, en la mayor parte de los casos en los que por lo menos la varilla está sostenida por un hombre probo y que tiene fe en la misma, el movimiento es la consecuencia de un acto del pensamiento de este hombre».

Las investigaciones sobre el sistema nervioso aportaron nuevos horizontes a la comprensión del fenómeno radiestésico. Así, especialmente significativas fueron las realizadas por el profesor del Collège de Francia y secretario perpetuo de la Académie des Sciences, el fisiólogo Marie-Jean-Pierre Flourens (1794-1867). Éste comenzó sus estudios experimentales sobre las funciones cerebrales en 1822; sus investigaciones marcaron una época dentro del campo de la fisiología del sistema nervioso, y han sido consideradas como una de las más importantes para la evolución de la comprensión de las funciones del cerebro. Concluyó que la inteligencia y la sensibilidad se sitúan en los hemisferios cerebrales, que la médula espinal controla las funciones vitales y el cerebelo coordina los movimientos. También descubrió la importancia de los canales semicirculares del oído interno en el mantenimiento del equilibrio y se opuso a la idea de que las funciones psíquicas se pudieran localizar en ciertas zonas de la corteza cerebral.

El conde J. de Tristan, en un tratado sobre las causas que provocan el movimiento de la horquilla o bastón horquillado —tal como denominaba a la varilla—, publicado en 1826 y titulado *Recherches sur quelques effluves terrestres* (Investigaciones sobre algunos efluvios terrestres), defiende que la explicación del fenó-

meno es la electricidad terrestre, debido a que —según plantea— esta electricidad telúrica, al pasar al cuerpo del operador, separa el fluido negativo del positivo, y al actuar el primero en la mano izquierda y el segundo en la derecha, provocaría un desequilibrio en el organismo que causaría el movimiento de la vara —éste sería hacia arriba o abajo dependiendo del signo flúidico—. Tal como él creía, la causa que actuaría sobre la horquilla o el bacilógiro (palabra que compuso con la unión de *Bacillum* y de *gyrus* con la cual define al rabiomántico o zahorí), se encontraría dentro de la categoría de la física. Apoyándose en los trabajos sobre electromagnetismo de Oerstedt y de Ampère, da una explicación basada en fuerzas eléctricas, estableciendo como condición para que el efecto del agua subterránea actúe sobre la horquilla por intermediación del bacilógiro, que exista roce del agua contra paredes sólidas, ya sea un colector o un manantial subterráneo. Efectivamente, al circular una corriente de agua subterránea roza con las paredes del conducto por el que transcurre, provocando ciertas modificaciones en la superficie (caso del potencial del campo eléctrico). Esto es susceptible de ser comprobado actualmente mediante sistemas de medición electrónicos o gracias a la reacción del organismo, así como mediante la radiestesia, aunque ello no sea la causa de la reacción motora que pone en movimiento al instrumento.

El conde Tristan no fue sólo un teórico de la radiestesia, sino un ferviente y perseverante practicante, ya que tuvieron que pasar más de cinco años de continuados esfuerzos para conseguir que la varilla actuase sobre una corriente de agua subterránea. Fue el primero, en 1820, en utilizar una varilla de barbas de ballena, instrumento muy en boga durante varios años.

Las teorías sobre las radiaciones que emitía la materia y su influencia en el entorno comenzaron a introducirse con fuerza dentro de la radiestesia, y en 1854 el barón de Morogues las utilizó como explicación al movimiento del instrumento, tal como refleja en su libro *Las observaciones sobre los movimientos de las varillas y de los péndulos*, donde reitera la idea de las radiaciones de los

objetos, y la emplea como explicación del fenómeno. Este argumento se ha mantenido con distintos enfoques erróneamente hasta nuestros días. Muchos de los experimentadores de esa época se rigieron por esta hipótesis en el momento de enfocar las causas del fenómeno, como el caso del célebre radiestesista Louis Probst, el abate Carrié y, posteriormente, Grisez, entre otros. Este último adquirió gran fama como zahorí, al descubrir en 1904 las potasas de Alsacia, en Wittelsheim, en los alrededores de Thann. Grisez situó con exactitud los puntos donde se debía perforar, así como la profundidad exacta de 400 metros donde se encontraban las potasas. Este hecho le valió ser recompensado con tres millones de francos de la época.

Karl von Reinchenbach, reconocido químico austriaco —descubridor de la parafina y la creosota—, después de múltiples experimentos con diversos zahoríes de la época, concluyó que no sólo podían captar las energías, sino asimismo emitir las. En su libro publicado en Viena en 1867 *Die odische Lohe und einige Bewegungsserscheinungen als neu entdeckte Formen des odischen Prinzip in der Natur*, concluye que: «Los cuerpos irradian algo que no disminuye su peso, atraviesa el vidrio y ejerce un efecto tan potente a distancia que provoca actividades motrices, como el movimiento de un péndulo». En esta misma línea de investigación, otro químico de Dresde, Karl Bähr, afirmó que este estímulo a distancia, propuesto por Reinchenbach, constituía el fundamento de la reacción del organismo, y que a través del buen uso del péndulo se podía conocer la composición de cualquier materia, así como averiguar, al igual que los animales por medio de su instinto, si un alimento era adecuado para ellos en determinada ocasión. Sobre ello escribió un libro titulado *El círculo dinámico*.

Poco tiempo después comenzaron los descubrimientos de distintas radiaciones (rayos X, 1895; radiactividad, 1903), hecho que involuntariamente apoyó las llamadas teorías físicas sobre el origen de la radiestesia, al quedar patente que las sustancias emitían ciertas partículas u ondas que según los defensores de dichas teorías eran los influjos que incidían en los zahoríes. Suposiciones

que, erróneamente, han llegado hasta nuestros días avaladas por científicos que han pretendido dar una explicación física a un fenómeno psíquico. Gracias a ellos, la radiestesia sigue estancada desde hace siglos al pretender encontrar en la física tradicional una explicación que evidentemente no le compete.

EL SIGLO XX

De la física a la psique

A principios del siglo XX destacó la obra de Carl von Klinckowström, *La vara adivinatoria como un problema científico: métodos geofísicos concluyentes*, uno de los muchos títulos publicados en relación con la explicación materialista del fenómeno. Paradójicamente, la obra más importante en contraposición a estas ideas la realizó sir William Fletcher Barret —profesor de física del Instituto Real de Ciencias de Dublín y presidente de la afamada Sociedad para la Investigación Psíquica de Londres— en colaboración con el antropólogo Theodore Besterman. Este trabajo fue publicado en Londres en 1926 por Besterman, después de la muerte de Barret, bajo el título *La vara adivinatoria: una investigación psicológica y experimental* donde, como su nombre indica, tratan el tema desde un punto de vista psíquico. En sus acertadas conclusiones comentan: «Sostenemos que se trata de un problema puramente psicológico, que todos sus fenómenos tienen origen en la mente del zahorí, que ninguna teoría física acerca de él resiste un análisis serio, y que los movimientos de la vara y del zahorí no guardan más relación directa con el descubrimiento de, pongamos por caso, agua, que la que deriva de ser la expresión física y visible de un conocimiento mental abstracto». Estas palabras mantienen hoy en día toda su vigencia como explicación válida a un fenómeno al que debemos, de una vez por todas, desligar de falsas interpretaciones físicas que sólo son una parte de lo que la radiestesia puede conseguir o descubrir, pero nunca la base del fenómeno.

En estos años abundaron los radiestesistas especializados en medicina; uno de ellos el doctor Chavanon, experto radiestesista, comentaba que: «Para elegir la mejor tintura o la mejor disolución obtenida de un cultivo, actualmente sólo existe un procedimiento rápido: la radiestesia seria, que se demuestra muy útil en la experimentación química de los remedios. La radiestesia está apenas en sus primeros balbuceos, pero las conclusiones metafísicas que es posible extraer de ella le valen ya una mayoría de adeptos de las ciencias llamadas positivas». Lamentablemente, Chavanon no acertó en sus predicciones, ya que la radiestesia continúa estancada, de la misma forma que hace 100 o 200 años.

Los alemanes Von Bulow y Von Uslar consiguieron numerosos éxitos en la búsqueda de aguas subterráneas; el primero logró aflorar abundantes aguas en Bohemia, y el segundo contribuyó, de la misma manera, al florecimiento de las áridas colonias alemanas de África. Durante la Primera Guerra Mundial, los distintos ejércitos utilizaron los servicios de radiestesistas para la localización de minas explosivas o aguas subterráneas para el abastecimiento de los soldados, incluso lograron localizar la posición de zepelines en pleno vuelo. Como ejemplo de su buen hacer podemos destacar las decenas de pozos de agua que los radiestesistas italianos afloraron durante la campaña de Etiopía.

El príncipe de los zahoríes

El célebre abate Alexis Mermet (1866-1937) fue un radiestesista eminente, que fomentó el uso de la posteriormente llamada telerradiestesia para la búsqueda de toda clase de objetos. Mermet se inició desde muy joven en el arte de la radiestesia, ya que su padre y su abuelo fueron conocidos zahoríes. Sus éxitos figuran en los anales de la historia de la radiestesia de forma destacada: minas metalíferas, aguas minerales, personas desaparecidas, petróleo, etcétera. Su reputación alcanzó cotas de nivel internacional, siendo altamente considerado en los medios científicos,

que encontraron en sus conocimientos un reto a sus caducas doctrinas.

Tełerradiestesia: radiestesia a distancia efectuada sobre planos, mapas, fotografías, etcétera. En el proceso radiestésico no existe ninguna diferencia entre encontrarse sobre el objetivo o a mil kilómetros de distancia: la actuación interior del radiestesista y el consecuente proceso que se produce, son exactamente el mismo. Como iremos viendo, la radiestesia y la telerradiestesia forman un mismo fenómeno.

La forma operativa del abate Mermet se basó en lo que él consideró como los tres rayos radiestésicos, a los que denominó como el rayo fundamental que surge del objeto, el rayo mental que parte del radiestesista y el rayo luminoso que va del sol al objeto tal como lo relataba en su libro *Comment j'opère* (Cómo trabajo). Esta metodología personal de Mermet, que sin duda a él le ayudó a trabajar en radiestesia, fue adoptada por muchos radiestesistas, y aún hoy tiene bastantes seguidores que, como en el caso de otras literaturas y experiencias subjetivas, hacen que los practicantes y lectores neófitos caigan en la creencia de que el fenómeno radiestésico depende de factores externos. El desconocimiento de la realidad radiestésica dificulta el progreso personal, ya que se actúa como un autómatas, preso de condicionamientos sugestivos. En los años treinta, Mermet intentó unificar ambas posturas –hipótesis físicas y psíquicas–, y su actitud final denota un claro decantamiento hacia la parte psíquica como forma de trabajar.

Por esos mismos años otro conocido zahorí, Émile Christophe, habló de la importancia de la orientación mental. Gracias a ella el zahorí dirige el pensamiento hacia un determinado objetivo, excluyendo cualquier otro de su mente. Christophe trató igualmente de otros conceptos de máxima importancia dentro de la radiestesia, como el acuerdo para conseguir un determinado movimiento ante

el objetivo, y la atención o concentración necesarias para poder conseguir la información deseada, tal como plasmó en su *Apologie du sourcier* (Apología del zahorí): «Es el deseo que el prospector expresa mentalmente, antes de toda búsqueda, de ser sensible sólo a las radiaciones que le interesan, con exclusión de todas las demás, y la fijación de su espíritu sobre ese deseo, lo que crea una considerable agudeza de percepción de la radiación deseada». También figuró, de forma destacada, como divulgador de la radiestesia, principalmente a través de la revista *La prospection à distance* (La prospección a distancia) y de libros como *Tú serás zahorí*. Precisamente a él se debe el añadir a la palabra radiestesia –hacia finales de los años treinta– el prefijo «tele», para formar el vocablo telerradiestesia.

Medicina y radiestesia, una pareja bien avenida

En las primeras décadas del siglo xx, la radiestesia y la medicina unieron sus intereses, tan olvidados hoy, para lograr el diagnóstico y el tratamiento más acertado. En cuanto al diagnóstico médico, Christophe opinaba que «cuando se ejerce sin una idea preconcebida, es el estado de fluido vital lo que señala el diagnóstico radiestésico, y no el estado de los órganos físicos en su traducción médica tradicional. Son las perturbaciones sobrevenidas en el cuerpo espiritual lo que denuncia, y no necesariamente, las consecuencias físicas de tales perturbaciones».

La práctica radiestésica recibió un nuevo impulso de la mano de un prestigioso investigador con gran renombre dentro del mundo científico. Charles Richet (1850-1935), fisiólogo francés, se doctoró en 1878 en la Universidad de París en medicina, y enseñó fisiología durante 40 años. Sus descubrimientos científicos abarcan amplios terrenos: la composición del jugo gástrico, la regulación de la temperatura animal y las distintas contracciones musculares. Junto a J. Héricourt, estudió el tratamiento de la tuberculosis mediante la transfusión de sangre de animales vacunados, tratamiento conocido como hemoterapia. Trabajó en temas de hipersensibilidad relaciona-

dos con reacciones alérgicas a determinadas sustancias tóxicas, lo cual le valió el premio Nobel de Medicina y Fisiología en 1913. Este mismo año fundó el *Journal de physiologie et de pathologie générale* (Periódico de fisiología y patología general), y dirigió la *Revue scientifique* (Revista científica). Richet investigó y trabajó profusamente en el campo de la radiestesia concluyendo que: «Debemos aceptar la radiestesia como un hecho. Es inútil montar experimentos para demostrar su existencia. Existe. Lo que realmente hace falta es impulsar su desarrollo».

La mejor forma de realizar el deseo de Richet es, sin duda, clarificando definitivamente las bases sobre las que se asienta el fenómeno radiestésico. De esta forma podrá evolucionar dentro del marco que le corresponde, sin luchar contra corriente tratando de buscar cobijo dentro de materias ajenas a su esencia, que mantienen a la radiestesia en los guetos de la ciencia; pues sus explicaciones, mezcla de realidades evidentes y falsos supuestos, no resisten el más mínimo análisis.

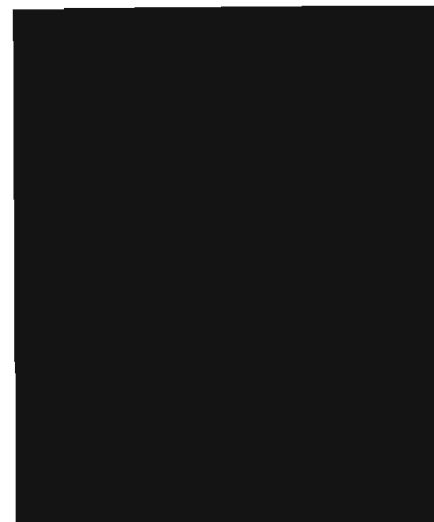
Un caballero de honor

A finales del siglo xix, el abate Bouly –párroco de un pequeño pueblo– abogaba, al igual que Mermet, por la existencia de unos rayos –el rayo solar y el rayo testigo– como fundamento de la radiestesia. Según Bouly, el solar pasaría por el sol uniéndose al objeto, y el rayo testigo sería el que uniría al testigo (materia idéntica o similar a la que se busca) con lo que se pretende encontrar. En ambos casos el modo operativo consiste en determinar dos rayos en distintas posiciones que converjan en el objetivo. Bouly y el también abate francés Bayard –profesor de la Facultad Católica de Lille– pensaron en encontrar una palabra que definiera, de forma científica y al mismo tiempo sencilla, el arte de los zahoríes. Después de muchas disquisiciones sobre el término más adecuado, y a pesar de no sentirse muy satisfechos con él, decidieron presentar en sociedad –coincidiendo con la creación de la Asociación Francesa e Internacional de

los Amigos de la Radiestesia— el término radiestesia. Con ello quisieron desvincularla de la adivinación (rabdomancia: adivinación mediante una vara), y crearon un término en sintonía con los nuevos descubrimientos científicos que se estaban gestando dentro del mundo de la física, pero en realidad muy lejos de su verdadero contexto. El vocablo, criticado por muchos de sus practicantes, acabó imponiéndose, aunque no refleje en absoluto el ámbito del fenómeno al cual da nombre.

El término radiestesia fue creado en 1929 por Bouly y Bayard a partir de la raíz latina *radius* (radio) y de la raíz griega *esthesia* (sensibilidad). Anteriormente se usaban otras denominaciones para definir la radiestesia, algunas de las cuales todavía se conservan, como la rabdomancia, la geomancia, la zahoría y la higromancia. Todas ellas definen el arte de aquellas personas que, provistas de una rama de árbol u otro instrumento, buscan aquello que está oculto.

De todos es conocida la capacidad de algunas personas para localizar aguas subterráneas en muchos pueblos, con el fin de satisfacer las necesidades de sus vecinos. La radiestesia, sin embargo, va más allá de la simple búsqueda de aguas subterráneas y yacimientos. Sirve para localizar, reconocer o comprender cualquier clase de objetivo, ya sea del mundo material o intelectual. Bouly fue un distinguido zahorí que abarcó distintos campos como la búsqueda de aguas —numerosas fuentes se deben a sus aciertos—, la medicina —sus diagnósticos hicieron que incluso la comunidad médica solicitara asiduamente sus servicios— y la arqueología, donde destacó por sus hallazgos de cementerios merovingios y de pasadizos subterráneos en los castillos de varios países europeos. Otra de sus facetas radiestésicas fue la localización de obuses sin estallar —por encargo del Ministerio de Guerra francés— en los campos de batalla.



Al igual que Bouly, Levin utilizó la radiestesia para encontrar oro y reliquias romanas en Austria (según Alfredo Ortelli en *Illustrazione del Popolo*, 1 de marzo de 1929).

Por todo ello, en 1950, el gobierno de la República Francesa le otorgó su más alta distinción y le nombró caballero de la Legión de Honor; en el momento de recibirla declaró en su discurso de entrega: «Esta Cruz de la Legión de Honor se concede en mi persona a todos los practicantes de la radiestesia. Para mí representa la coronación de una vida que he tratado de consagrar al servicio de Dios y al bien de la humanidad». Palabras que, especialmente para aquellos que han dedicado parte de sus vidas al estudio y la práctica de la radiestesia, incidirán profundamente en sus espíritus, sobre todo viniendo de un personaje de la talla humana de Bouly.

La aristocracia también practica la radiestesia

El vizconde Henry de France (1872-1947) comprobó por sí mismo, cuando contaba con 52 años, el movimiento de una horquilla de

madera sostenida entre sus manos. Animado por el abate Bouly (1865-1958) comenzó su carrera como radiestesista. Hombre de gran cultura, poseía grandes conocimientos sobre geología, además de ser licenciado en historia y geografía. A través de sus libros *Souvenirs d'un sourcier* (Recuerdos de un zahorí), *Radiesthésie agricole* (Radiestesia agrícola) y *Le sourcier moderne* (El zahorí moderno) o de la revista fundada por él *La chronique des sourciers* (La crónica de los zahoríes), defendió sus explicaciones sobre por qué se producía la reacción radiestésica, a la vez que narró los distintos métodos empleados por los zahoríes.

De France mantenía que dos fenómenos distintos se producían, según se operase telerradiestésicamente o bien sobre el mismo lugar donde se encontrara el objetivo. En el primer caso abogaba por una explicación intuitiva, mientras que en el segundo interpretaba que se producía gracias a un efecto físico, quizá de origen electromagnético radiactivo que provocaba el movimiento inconsciente del zahorí, el cual, a su vez, transmitía al instrumento, amplificando dicho movimiento. Su hijo, después de la muerte de su padre, rechazó las hipótesis respecto a la radiestesia física, alegando que «los movimientos inconscientes obedecen siempre a los pensamientos» y se dio cuenta de «la obligatoriedad mental, voluntaria o involuntaria, en todas las investigaciones radiestésicas. El zahorí, en efecto, admite forzosamente de antemano que hará mover de manera inconsciente su vara o su péndulo cuando encuentre el objeto que busca». Escribió *Radiestesia teórica y práctica*, donde refleja sus opiniones destacando el papel de la intuición: «la radiestesia es el arte de provocar la intuición para intentar descubrir lo que no se logra con los sentidos habituales, utilizando una varilla de equilibrio inestable o un péndulo, y así obtener movimientos inconscientes a los que se les atribuye un significado convencional». Por su parte, Henry de France, padre, diseñó un péndulo constituido por un peso unido a un hilo y éste, a su vez, enrollado en un palo que permite determinar la longitud más apropiada para cada operador y, en todo caso, a cada búsqueda; posteriormente, ocupó el cargo de presidente de la Asociación de Amigos de la Radiestesia, sucediendo al abate Bouly.

Autores como André de Bélizal o Léon Chaumery añadieron más confusión a la radiestesia con sus ideas y con la creación, por el primero, de un péndulo llamado por él «universal» que, supuestamente, tendría una energía particular, independiente de cualquier proceso psíquico. Con este instrumento se lograría saber, según Bélizal, todo aquello que se deseara a partir de una hipótesis vibracional basada en el electromagnetismo terrestre, la energía cósmica con la esfera (forma de su péndulo) que haría las veces de centro emisor de todas las vibraciones.

El reconocido físico Max Karl Ernst Planck (1858-1947) también se interesó por la radiestesia, así como por los efectos de las llamadas zonas geopatógenas, o sea, lugares donde se encuentra modificada la radiación natural que, como ya se ha citado, pueden provocar síntomas y enfermedades de distinta índole y que, en aquellos tiempos, sólo se podía detectar mediante la radiestesia (véase *Geobiología: medicina del hábitat*, o *Contaminación electromagnética. El efecto de las radiaciones sobre la salud*). Planck se doctoró en 1879 en la Universidad de Munich, y fue profesor de física teórica en la Universidad de Kiel entre los años 1885 y 1889 y, a partir de esta fecha, en la de Berlín hasta 1928. En su obra *Vorlesungen über Thermodynamik* (Lecciones de termodinámica) publicada en 1897 recoge sus análisis termodinámicos de muchos procesos irreversibles, especialmente electrodinámicos. Sus múltiples aportaciones a la ciencia hicieron que, en 1918, le fuera concedido el premio Nobel de Física. Trabajó sobre la radiación de los cuerpos negros a través de su grado de desorden molecular y del método estadístico de cálculo. Con el inicio del siglo XX, expuso la ley de la radiación (ley de Planck) y las teorías derivadas de ella, o sea, la hipótesis de la discontinuidad de la energía y la definición del cuanto de acción.

Planck, a partir de la teoría de la relatividad de Einstein, logró demostrar la invariación de la entropía con relación a la velocidad del sistema de referencia. Algunas de sus obras más destacadas son: *Einführung in die theoretische Physik* (Principio de física teórica), compuesta de cinco volúmenes (1916-30) y *Wege zur physikalischen Erkenntnis* (Los caminos del conocimiento físico), publicada en

1932. De sus teorías se derivan ciertos argumentos de cómo se produce primigeniamente el fenómeno radiestésico. Formuló que, a través de la materia y de la radiación, la energía se transforma sólo en cantidades proporcionales a la frecuencia de la radiación. Esta teoría establece el fundamento de una de las más importantes hipótesis de la historia de la ciencia; su aparición supuso una auténtica revolución en la descripción física del mundo y dio un nuevo impulso a nuevos conceptos que desterraban la física mecanicista imperante hasta entonces. Descubrió que la energía que desprende la radiación de calor no es emitida de forma continua, sino que aparece estructurada como paquetes de energía. Einstein los bautizó como unidades de radiación «cuanta» y de ahí la denominación de teoría cuántica. Einstein adelantó la idea de que cualquier forma de radiación, incluyendo la luz, se comportaba en gran medida como partículas o fotones y se propagaba en *quantas* discontinuos. En plena madurez intelectual las investigaciones de Planck se orientan, paulatinamente, en una dirección no muy habitual en un hombre educado fundamentalmente en el campo de la física; su trabajo se dirigió hacia los problemas del conocimiento y del espíritu, a través de la conexión entre el mundo sensible y el considerado mundo real, abriendo el camino de la física hacia nuevas concepciones más holísticas, donde entronca con las doctrinas místicas.

El mundo cultural seguía fascinado por la radiestesia. Un caso destacado es el de la escritora francesa Colette (1873-1954), autora de novelas de reconocido mérito como *La vagabunda* (1911), *El obstáculo* (1914), o, posteriormente, *Querido*, que le valieron el ingreso en la Academia Real belga y en la academia Goncourt, como consagración de una fama universal. Colette fue una apasionada practicante de la radiestesia; a título anecdótico recordaremos alguna de sus citas sobre ella: «La primera emoción cuando la varilla se agitó enérgicamente entre mis manos cerradas —palmas hacia arriba, pulgares hacia fuera— fue viva y alegre, parecida al placer que me habría causado una invisible presencia traviesa y benévola. Yo no me cansaba de interrogarla. Bajo la influencia de grandes masas de agua próximas, el movimiento de la varilla recuerda, por su vigor, la rebe-

lión de una culebra a la que se quiere dominar». Su espontáneo relato indica las sensaciones que los neófitos notan cuando, por primera vez, cogen entre sus manos un instrumento radiestésico. En muchos de ellos se activa un mecanismo atávico de reacción ante distintos elementos, especialmente aguas subterráneas, y el instrumento se mueve, ante la sorpresa y el desconcierto que ello suele acarrear.

Del maestro Treive al Nobel Carrel

La historia de esta época de grandes radiestesistas quedaría incompleta si olvidáramos incluir en ella a Joseph Treive (1877-1946), horticultor de la región de Moulins (Francia), quien se especializó en la prospección a distancia, con un porcentaje de aciertos superior a todos los conocidos hasta la fecha, especialmente en la búsqueda de aguas subterráneas. Entre sus frases preferidas citaremos una que merece una mención especial; en ella se refiere a la actitud que hay que adoptar mientras se opera: «Tened tanto recogimiento como cuando se escucha una pieza preferida en un concierto». Sus experiencias se recogen en los escritos del doctor Laval, titulados como el mismo protagonista, *Joseph Treive*.

Además de maestro en las artes radiestésicas, Treive fue amigo de Alexis Carrel, cirujano francés universalmente conocido (1873-1944), quien se constituyó en un ferviente practicante de la radiestesia. Carrel, en el año 1902, desarrolló una novedosa técnica para suturar vasos sanguíneos, y sus investigaciones realizadas entre 1904 y 1908 crearon los pilares de la cirugía cardiovascular y de los trasplantes de órganos. Investigó sobre cultivos *in vitro* de tejidos, logrando mantener vivo un cultivo celular durante años. La fama de sus trabajos, investigaciones y logros en diversos campos alcanzó pronto un gran reconocimiento y difusión, hasta el punto de serle concedido, en 1912, el Premio Nobel de Fisiología y Cirugía fisiológica. La amistad y colaboración con el aviador Charles A. Lindbergh (1873-1944) le permitió experimentar con cultivos orgánicos, al

diseñar Lindbergh una bomba de cristal esterilizable que permitía la circulación del fluido de cultivo a través de un órgano extirpado, consiguiendo con ello la construcción de un corazón artificial. Lindbergh fue conocido por sus hazañas aéreas, especialmente por volar desde Long Island a París con su avión *Spirit of St. Louis*, el mismo nombre con el que compuso su autobiografía en 1953. Carrel presentó a Lindbergh y a Treive de una forma curiosa: hizo esperar al aviador en la antesala de la casa de Treive, y pidió a éste que le indicara a quién pertenecía el reloj que le mostraba; Treive, utilizando un péndulo, describió fielmente a Lindbergh.

Carrel escribió, en 1935, una obra de amplia difusión a la que tituló *L'homme, cet inconnu* (El hombre, ese desconocido), donde reflejaba su deseo de que la humanidad fuera dirigida por intelectuales amparados en el progreso científico. De entre sus múltiples escritos en favor de la radiestesia, destacaremos estas palabras que denotan la visión de un hombre de ciencia vanguardista: «La ciencia se ha visto siempre obligada a reconocer la verdad. Pero antes de llegar a ello, siempre ha sabido inventar las palabras de censura, las palabras que tratan de matar. La radiestesia no escapa a esta regla, pero sabe que todo pasa..., todo salvo la verdad, salvo la justicia, y sonríe mirando al futuro, pues sabrá tomarse su desquite».

Ante el cúmulo de experiencias positivas, demostrativas de la existencia de la radiestesia —amén de los logros y la probidad intelectual y científica de muchos de sus más destacados valedores—, no cabe sino repetir las palabras del destacado radiestesista Jean Auscher, a uno de los miembros de un comité, instituido en 1955, para comprobar la realidad o inexistencia de la radiestesia. Le recibió en su casa mostrándole los expedientes de sus trabajos radiestésicos en el campo de la medicina, avalados por declaraciones de personas de probada integridad dentro del mundo científico: «¿Estima usted, doctor, que todo esto es verídico o que los firmantes de estos atestados: médicos, cirujanos, magistrados, etcétera, son compinches míos, imbéciles e ignorantes, o bien, que sus facultades se hallan debilitadas por la edad o el abuso del alcohol?». Estas palabras, efectuadas en tono sarcástico, se podrían extrapolar muy bien a la his-

toria de la radiestesia que hemos ido desgranando anteriormente, donde es posible preguntarse si todas estas personas reconocidas por el nivel social, intelectual o científico, que practicaron y creyeron en la radiestesia, una de dos, o tenían momentos transitorios de desequilibrio mental o moral cuando abogaban por la radiestesia, o bien ésta existe.

Uno de los motivos del porqué la radiestesia no recibe el reconocimiento definitivo, en cuanto a su existencia, es el hecho de no haberse definido y encuadrado las causas primigenias por las cuales se produce el fenómeno radiestésico; sin embargo, a la hora de practicarla, este desconocimiento es un aspecto marginal, incluso el porqué puede ser secundario, aunque importante. Lo esencial es que, tal como J. P. Sartre escribe en su libro *L'être et le néant* (El ser y la nada): «El fenómeno no indica, como apuntando por sobre su hombro, un ser verdadero que tenga, él sí, carácter de absoluto. Lo que el fenómeno es, lo es absolutamente, pues se desvela como es. El fenómeno puede ser estudiado y descrito en cuanto tal, pues es absolutamente indicativo de sí mismo». Enlazando con este argumento, considero que lo realmente importante es que la radiestesia es un fenómeno real en sí mismo, capaz de ser estudiado y analizado por sus efectos y resultados, aún sin conocer sus causas primeras.

En esta época pulularon gentes que intentaron denigrar la radiestesia, como el doctor Rendu. En 1936, la revista *La vie médicale* (La vida médica) realizó una encuesta entre diferentes personajes sobre la radiestesia, encontrando opiniones a favor y en contra; una de éstas fue la de Rendu, que definió la radiestesia de la siguiente manera: «La radiestesia no tiene nada de ciencia; a lo sumo es un arte: el arte más o menos consciente de abusar de la credulidad pública en nombre de la ciencia». En 1936 publicó un libro destinado a «desenmascarar» a los farsantes radiestesistas, titulado *Radiesthésie, science et morale* (Radiestesia, ciencia y moral). En él se relatan numerosos fracasos, sin tener en cuenta dos aspectos que se deben considerar: en primer lugar, que al igual que un médico no es persona con un estetoscopio colgado del cuello, un radiestesista tampoco es cualquiera con un péndulo o una varilla que se mueva entre sus manos; en segundo

diseñar Lindbergh una bomba de cristal esterilizable que permitiera la circulación del fluido de cultivo a través de un órgano extirpado, consiguiendo con ello la construcción de un corazón artificial. Lindbergh fue conocido por sus hazañas aéreas, especialmente por volar desde Long Island a París con su avión *Spirit of St. Louis*, el mismo nombre con el que compuso su autobiografía en 1953. Carrel presentó a Lindbergh y a Treive de una forma curiosa: hizo esperar al aviador en la antesala de la casa de Treive, y pidió a éste que le indicara a quién pertenecía el reloj que le mostraba; Treive, utilizando un péndulo, describió fielmente a Lindbergh.

Carrel escribió, en 1935, una obra de amplia difusión a la que tituló *L'homme, cet inconnu* (El hombre, ese desconocido), donde reflejaba su deseo de que la humanidad fuera dirigida por intelectuales amparados en el progreso científico. De entre sus múltiples escritos en favor de la radiestesia, destacaremos estas palabras que denotan la visión de un hombre de ciencia vanguardista: «La ciencia se ha visto siempre obligada a reconocer la verdad. Pero antes de llegar a ello, siempre ha sabido inventar las palabras de censura, las palabras que tratan de matar. La radiestesia no escapa a esta regla, pero sabe que todo pasa...; todo salvo la verdad, salvo la justicia, y sonríe mirando al futuro, pues sabrá tomarse su desquite».

Ante el cúmulo de experiencias positivas, demostrativas de la existencia de la radiestesia —amén de los logros y la probidad intelectual y científica de muchos de sus más destacados valedores—, no cabe sino repetir las palabras del destacado radiestesista Jean Auscher, a uno de los miembros de un comité, instituido en 1955, para comprobar la realidad o inexistencia de la radiestesia. Le recibió en su casa mostrándole los expedientes de sus trabajos radiestésicos en el campo de la medicina, avalados por declaraciones de personas de probada integridad dentro del mundo científico: «¿Estima usted, doctor, que todo esto es verídico o que los firmantes de estos atestados: médicos, cirujanos, magistrados, etcétera, son compinches míos, imbéciles e ignorantes, o bien, que sus facultades se hallan debilitadas por la edad o el abuso del alcohol?». Estas palabras, efectuadas en tono sarcástico, se podrían extrapolar muy bien a la his-

toria de la radiestesia que hemos ido desgranando anteriormente, donde es posible preguntarse si todas estas personas reconocidas por el nivel social, intelectual o científico, que practicaron y creyeron en la radiestesia, una de dos, o tenían momentos transitorios de desequilibrio mental o moral cuando abogaban por la radiestesia, o bien ésta existe.

Uno de los motivos del porqué la radiestesia no recibe el reconocimiento definitivo, en cuanto a su existencia, es el hecho de no haberse definido y encuadrado las causas primigenias por las cuales se produce el fenómeno radiestésico; sin embargo, a la hora de practicarla, este desconocimiento es un aspecto marginal, incluso el porqué puede ser secundario, aunque importante. Lo esencial es que, tal como J. P. Sartre escribe en su libro *L'être et le néant* (El ser y la nada): «El fenómeno no indica, como apuntando por sobre su hombro, un ser verdadero que tenga, él sí, carácter de absoluto. Lo que el fenómeno es, lo es absolutamente, pues se desvela como es. El fenómeno puede ser estudiado y descrito en cuanto tal, pues es absolutamente indicativo de sí mismo». Enlazando con este argumento, considero que lo realmente importante es que la radiestesia es un fenómeno real en sí mismo, capaz de ser estudiado y analizado por sus efectos y resultados, aún sin conocer sus causas primeras.

En esta época pulularon gentes que intentaron denigrar la radiestesia, como el doctor Rendu. En 1936, la revista *La vie médicale* (La vida médica) realizó una encuesta entre diferentes personajes sobre la radiestesia, encontrando opiniones a favor y en contra; una de éstas fue la de Rendu, que definió la radiestesia de la siguiente manera: «La radiestesia no tiene nada de ciencia; a lo sumo es un arte: el arte más o menos consciente de abusar de la credulidad pública en nombre de la ciencia». En 1936 publicó un libro destinado a «desenmascarar» a los farsantes radiestesistas, titulado *Radiesthésie, science et morale* (Radiestesia, ciencia y moral). En él se relatan numerosos fracasos, sin tener en cuenta dos aspectos que se deben considerar: en primer lugar, que al igual que un médico no es persona con un estetoscopio colgado del cuello, un radiestesista tampoco es cualquiera con un péndulo o una varilla que se mueva entre sus manos; en segundo

lugar, además, hay que señalar que difícilmente se pueden explicar gran número de aciertos sin contar con un hecho evidente: la única posibilidad de acertar era por medio de la radiestesia, fuera cual fuese la explicación del fenómeno. El simple azar no puede ser el motivo de tantos aciertos, injustificables desde el punto de vista estadístico.

Hay operadores con unos potenciales estupendos, pero al operar ante otras personas no logran el grado de relajación y concentración necesarios, bien por la ansiedad que les produce el sentirse examinados o por el temor al fracaso. Además, en ocasiones, el radiestesista no tiene la preparación necesaria para afrontar el reto propuesto, por lo que una sobrevaloración de sus aptitudes en ese momento puede llevarle a fracasar.

Los radiestesistas han manifestado muchas barbaridades durante años en nombre de la ciencia, generalmente debido a los conocimientos y condicionamientos de su época, pero no es menos cierto que los autollamados científicos han dicho muchas más para defender su propio desconocimiento, atincherados tras los muros de la ignorancia, pues como muy bien definió Armand Viré —director del Laboratorio de Biología del Museo de París—: «Los límites de la ciencia se detienen en el límite de sus conocimientos», a lo cual yo añadiría: y de sus prejuicios e intereses. Reclamo el derecho de los radiestesistas a equivocarse; de la misma forma que los errores forman parte de cualquier disciplina en la que actúe el ser humano, igualmente en radiestesia, éstos suceden.

El geógrafo Henri Mager —autor de un libro sobre la búsqueda de aguas subterráneas y del monográfico editado en 1913 *Les sourciers et leurs procédés* (Los zahoríes y sus métodos)—, con ocasión de la celebración del II Congreso de Psicología Experimental, propuso a Viré —como experto en cavernas subterráneas— realizar unas experiencias para determinar la capacidad de los radiestesistas asistentes. Viré, escéptico ante los radiestesistas, decidió aceptar para «poner fin, de una vez por todas, a semejante superstición y cuento de hadas». Para ello reunió a un grupo de los más afamados radiestesistas de la época a los cuales sometió a un riguroso control. El objetivo eran galerías subterráneas situadas debajo de París, en un área

concreta sin ningún indicio superficial de su existencia y cuyos planos aún no habían sido divulgados y, por tanto, era imposible que los radiestesistas tuvieran conocimiento de ello.

En el informe oficial que Armand Viré presentó para la Academia de Ciencias, publicado en la revista *La nature* (La naturaleza), dejaba patente los aciertos incontestables de los radiestesistas puestos a prueba entre los cuales figuraban nombres tan eminentes como Probst o el mismo abate Mermet: «Fácil es imaginar cuán profundamente sacudieron mi escepticismo todos aquellos datos tan precisos. Reconozco que tuve que hacer un gran esfuerzo íntimo para admitir gradualmente una evidencia que al principio me resultaba enojosa y mortificante. Porque no se renuncia sin dolor a unas convicciones tan firmes y arraigadas como lo eran las mías. Pero los hechos saltaban a la vista y me vi forzado a proclamar, *urbi et orbi*, que la radiestesia era algo real y que era menester tomar en serio a los radiestesistas y estudiar las posibilidades y las limitaciones del fenómeno que con tanta claridad habían revelado ante nosotros. Un zahorí puede decirnos si hay algún manantial de agua a diez metros, a cien metros o a dos kilómetros de donde estamos. Y cuando excavamos en el sitio que dice, a menudo encontramos agua, en efecto. Se objetará que algunos de esos hombres incurren a veces en toda suerte de errores. Pero ¿acaso no hay muchos médicos insuficientemente preparados para la práctica de su arte, o ingenieros bastante menos capacitados que otros? De un modo semejante, hay radiestesistas, y radiestesistas». La honestidad y claridad con que Armand Viré plantea la radiestesia le colocan en un lugar privilegiado dentro de la historia radiestésica, puesto que además estas pruebas sirvieron para que el mismo Viré descubriera su capacidad como radiestesista.

Como vemos, un buen número de los detractores de la radiestesia que se introducen en ella con afán crítico, acaban siendo radiestesistas, aunque algunos opinan sin tratar de entender el fenómeno, caso de Noël Bayon, autor de *Milagros de los curanderos*: «la radiestesia es un hongo de la especie delirante que crece sobre un estercolero de mentiras». Difícilmente alguien puede criticar

racionalmente algo sin comprenderlo y más, si cabe, un fenómeno como es el radiestésico, donde los resultados no forman parte de la matemática: no son constantes, aunque sí frecuentes, en mayor medida que la justificable por el azar. Rechazar la radiestesia, y encontrar argumentos como para concluir que la radiestesia no existe, es relativamente sencillo: busquemos a alguien que se auto-denomine radiestesista (ya que en todos los campos, y probablemente más en radiestesia, encontramos buen número de charlatanes, iluminados, aprovechados, faltos de talento o poco expertos); además, pongámosles en unas condiciones desfavorables (ambiente desfavorable, escepticismo patente, etcétera) y vayamos sumando los errores que indicarán que la radiestesia no existe. Ahora bien, si el investigador obra de buena fe, y busca a un operador competente de probada categoría y reúne las condiciones medio-ambientales más adecuadas al logro del buen resultado, éste lo conseguirá, al menos en mayor medida de la que se espera según la ley de probabilidades.

La escuela de radiestesistas

Háy que tener en cuenta que todo aquello que depende de la actividad psíquica no es matemático, ni mecánico, especialmente en los ámbitos donde enlaza el consciente con el inconsciente. Es, fundamentalmente por este motivo, por lo que aconsejo que no se realicen pruebas o demostraciones mas allá de lo indispensable para obtener estrictamente el objetivo deseado, pues las sugerencias externas afectan en gran medida al operador sujeto a control. Solamente radiestesistas con una gran capacidad de abstracción del ambiente pueden trabajar en estas condiciones, ya que, tal como opina el profesor Robert Tocquet, autor del libro *Les pouvoirs de l'homme* (Los poderes del hombre): «¿Qué hombre ordinario podría, por ejemplo, dormirse en su cama o ejercer en ella funciones sexuales, con una docena de profesores de universidad armados de los más diversos aparatos de control sentados a su alrededor, esperando

que se realizase el fenómeno? Pues bien, los fenómenos metapsíquicos son infinitamente más delicados y es necesario, para que se produzcan, que exista un "clima" psíquico favorable». Además, no existe nada más concluyente que probar por uno mismo, intentar comprender y, luego, opinar.

A principios de los años cuarenta apareció un libro titulado *Física de la vara adivinatoria*, escrito por dos ingenieros ingleses. En él se intentaba explicar la reacción del radiestesista hacia una supuesta sensibilidad a ciertas ondas electromagnéticas, empleando en sus experimentos cables eléctricos. Este experimento fue avalado por el Ministerio de Defensa británico, que en aquellos tiempos de guerra apoyaba cualquier sistema para la detección a distancia de objetos, hasta que se logró desarrollar el radar. Maby, ingeniero y radiestesista, después de muchos años de investigación en el campo de la radiestesia, comprendió, tal como publicó en sus *Confesiones de un sensitivo*, que intentar dar una explicación sobre la radiestesia amparándose solamente en la electrónica y en los fenómenos electromagnéticos «era como montar un Hamlet en escena sin el personaje del príncipe de Dinamarca».

Armand Barbault fue un ingeniero radiotécnico, miembro del Instituto Alexis Carrel, centro donde trabajó en el departamento de biotopología. Después de la Segunda Guerra Mundial se dedicó de lleno a la astrología y, especialmente, a la alquimia. Fusionó sus conocimientos alquímicos con el arte radiestésico, como recoge en sus escritos *L'or du millièrme matin* (El oro de la milésima mañana). Barbault fue un eminente alquimista que, a través de sus propias experiencias, opinaba que la primera materia se encontraba en la unión entre el buscador y la energía que emanaba de la tierra de determinados lugares: «No sólo hay momentos en los que las fuerzas de la naturaleza surgen mucho más intensas, sino también lugares privilegiados en los que esas fuerzas se concentran, lo que ha hecho decir a numerosos adeptos que la primera materia debería ser hundida en el seno de la tierra negra. Algunos llegan a apuntar la posibilidad de buscarla con la ayuda de una varilla de avellano, muy conocida de los antiguos».

La Segunda Guerra Mundial marcó el fin de una época de gran esplendor de la radiestesia, cuando parecía que de forma definitiva se iba a implantar entre las ciencias positivas. A partir de esta fecha otros asuntos cautivaron las mentes de la población, y la radiestesia pasó a un segundo plano en el interés general. A pesar de ello, los argumentos favorables a una radiestesia psíquica se vieron fomentados por la aportación de los conocimientos de Antoine Luzy, profesor honorario de la Escuela de Artes y Oficios de París. Luzy se interesó por diversos campos de la ciencia, pero especialmente por la filosofía y la psicología, terreno en el cual abundó tras entrar a formar parte como secretario adjunto de la Sociedad de Estudios Psíquicos. Después de más de cuarenta años de estudios teóricos y de práctica personal, plasmó sus conocimientos en diversas obras: *L'éducation radiesthésique, formation complète et profonde du radiesthésiste moderne*, *La recherche radiesthésique dans le temps et l'espace*, *L'occultisme en face de la science et de la philosophie*. En *La radiesthésie moderne* (La radiestesia moderna), recogió las causas de lo que denominaba el arte radiestésico, al tiempo que describía al buen radiestesista: «Debe tener un sentido psicológico muy fino y desarrollado, un perfecto dominio de sí y una extremada discreción. La radiestesia no es un arte secreto, sino discreto. Es frecuente ver el deseo manifiesto de alcanzar la celebridad en los operadores más ordinarios, deseo poco propio en los más eminentes». Efectivamente, es propio de aquéllos con escasa experiencia o que comienzan su actividad dentro del campo de la radiestesia querer destacar rápidamente, lo cual, por norma general, socava la credibilidad de este arte, ya que ejercer la radiestesia sin los oportunos conocimientos genera individuos que, al margen de buenos o malos resultados, crean estados de confusión, desconfianza o incluso desdén en aquellos que les escuchan. Dos años después de la muerte de Luzy, en mayo de 1956, se celebra el Congreso Internacional en Locarno, donde se decide la creación de la Unión Mundial de Radiestesistas, con el objetivo de reunir a las distintas asociaciones y personas interesadas en la radiestesia, dispersas después de la guerra mundial.

Jean Auscher, consejero científico del Centro de Investigaciones de la Marina, escribió *Los misteriosos poderes del cerebro humano demostrados por la radiestesia gráfica* (1973): «La radiestesia es el arte de entrar en comunicación con la memoria que impregna los objetos, y de traducir claramente su contenido». Auscher fue un prolífico inventor, a él se debe la sirena de vehículos de policía y bomberos, detectores de aviación y señales de niebla. Esta imaginación inventiva le sirvió para diseñar un péndulo —especialmente utilizado por él en sus diagnósticos clínicos—, al que dotó de un pincel mojado en tinta con el que trabajaba sobre un papel, obteniendo un dibujo que interpretaba para dar un diagnóstico. Auscher bautizó su invento con el nombre de *scriptopéndulo*; pero a pesar de la sofisticación de su instrumento matizó que: «No olvidemos que los péndulos y las varillas no son más que instrumentos del radiestesista, como la pluma lo es del escritor, el lápiz del diseñador o el pincel del pintor. En cualquier operación el único motor es el cerebro, que adquiere el conocimiento mediante ciertas neuronas y ciertas sinapsis, que son las conexiones que hay entre los catorce mil millones de neuronas».

Uno de los más eminentes radiestesistas, el padre Jean Jurion (1906-1977), describía acertadamente la radiestesia alegando que ésta «es una forma de conocimiento universal. La intuición, en el amplio sentido del término, recurre a una memoria que se extiende más allá de los recuerdos personales». El organismo humano reacciona con fenómenos circulatorios, musculares y nerviosos no sólo ante agentes físicos, sino también frente a toda actividad mental, racional o intuitiva. Las reacciones fisiológicas harán que la varilla o el péndulo se muevan». Jurion continuaba aseverando que «la radiestesia es una facultad basada en una sensibilidad neuromuscular que, gracias a un reflejo convencional, permite, mediante un lenguaje interior, tomar conciencia del pensamiento inconsciente que germina dentro de usted sin que lo sepa». Fue autor de diversas obras sobre radiestesia: *Radiesthésie médicale*, *La radiesthésie, techniques et applications* y *Radiesthésie, études psychologiques, gestions d'affairs*.

En los años sesenta aparecen de nuevo las hipótesis físicas del fenómeno radiestésico, esta vez de la mano de un conocido físico llamado Ives Rocard. Fue director de la Escuela de Ciencias y de la Escuela Normal Superior de París. Su idea sobre la radiestesia es bastante simplista —como todas las teorías físicas sobre ella—, en la cual mezcla fenómenos físicos auténticos con supuestos falsos, que pueden confundir a los lectores poco introducidos en la radiestesia, y los fenómenos psicobiológicos y metapsíquicos. Sin embargo, hay que agradecer a Rocard el haber acercado la radiestesia a ciertos medios científicos que dudaban de su existencia, y gracias a sus experimentos lograron convencerse de que el fenómeno, al menos, existía.

Rocard prefiere el término biomagnetismo al de radiestesia, partiendo ya de un concepto erróneo, tal como vemos a lo largo de sus libros: *La señal del zahorí* (1962), *Los zahoríes* (1981), *El péndulo explorador* (1983), *La ciencia y los zahoríes* (1989). Sus argumentos son evidentes: es algo sabido que el ser humano es sensible a las variaciones locales del magnetismo terrestre, lo cual no explica en absoluto el fenómeno radiestésico. Mezclar hechos reales con conjeturas equívocas supone dar cierta legitimidad a hipótesis erradas en su base. Por tanto, tengo que dejar claros dos conceptos: ¿es cierto que las personas somos sensibles a las variaciones locales de los campos magnéticos terrestres?: sí; ¿explica esto la reacción radiestésica?: no.

En su libro *Radiestesia, un enfoque científico*, dice textualmente: «La doctrina sobre la que se basa el conjunto de esta obra se resume así: el ser humano es sensible a desigualdades del campo magnético terrestre». Efectivamente, esto es así, de la misma forma que es sensible a muchas otras desigualdades o variaciones del entorno: climatología, radiaciones cósmicas y telúricas que van desde las de alta frecuencia hasta las de extremadamente baja, sin que ello sea el motivo del fenómeno radiestésico; pero sí son elementos susceptibles de ser detectados por el radiestesista, cuando éste sea su objetivo. En otro punto añade: «El radiestesista, definido simplemente como portador de vara o de péndulo, no es en realidad sensible mas que a la presencia de una anomalía en el campo magnético local», y

añade: «Finalmente, la causa que desencadena el efecto radiestésico es la presencia de esta variación o anomalía magnética, diríase también estímulo magnético local: variación en el espacio y no en el tiempo». Evidentemente, una explicación tan limitada no explicaría los resultados obtenidos sobre objetivos que no presentan ningún tipo de variación del campo magnético con respecto al entorno magnético, y desde luego no puede justificar la radiestesia a distancia.

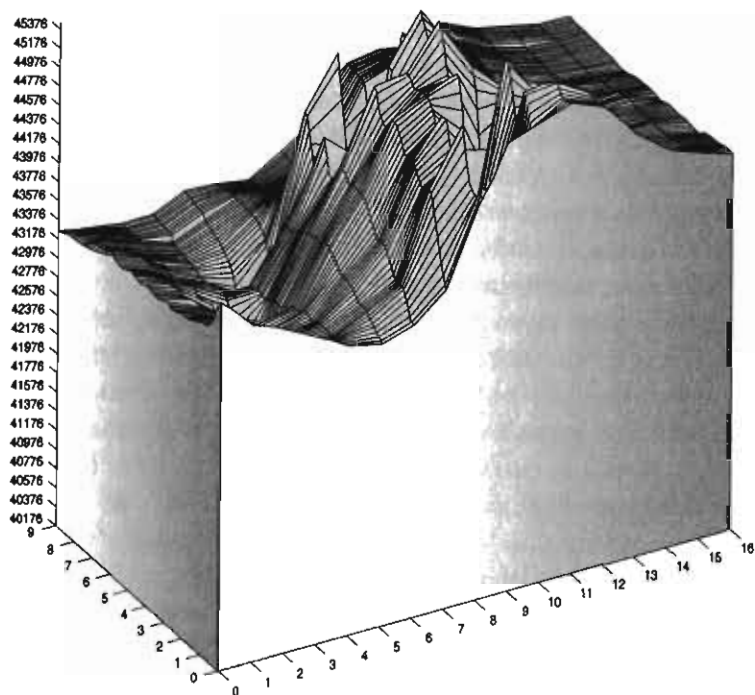
Como el mismo Rocard advirtió, hay éxitos en radiestesia que no pueden explicarse con sus ideas, caso de la prospección a distancia, lo cual deja su campo reducido a los objetivos que con ellas se pueden obtener demostrando las limitaciones de estos planteamientos. Aunque hay que matizar que Rocard, en los últimos tiempos, privadamente reconocía que sus teorías acerca de la radiestesia habían quedado un tanto limitadas, quizá fuera debido a su condición de físico y a las restricciones que suele imponer el tener estudios tan circunscritos a una rama específica de la ciencia, que delimitan la concepción de la realidad al marco de los esquemas aprendidos.

El cerebro puede programarse, como antes decíamos, para mandar sólo la señal neuromuscular, por ejemplo, para que las manos hagan que se muevan las varillas o el péndulo, o para percibir una determinada sensación. Por lo tanto, vemos cómo las personas reciben múltiples variaciones energéticas, pero el radiestesista puede ejercitarse para que su consciente tenga constancia solamente de las que desee a través de una autoprogramación anterior.

Después de realizar múltiples pruebas e investigaciones durante años, para determinar radiestésicamente las variaciones del campo magnético terrestre, la radiactividad y los campos magnéticos o eléctricos artificiales, he comprobado, junto a la ratificación de los más modernos y sofisticados sistemas de investigación científica, la capacidad del radiestesista para elegir el programa más adecuado a cada ocasión e interpretarlo correctamente.

En cierta ocasión realicé una prueba para comprobar la exactitud de la predicción radiestésica confrontándola con un magnetómetro de protones de alta sensibilidad. Se marcaron treinta puntos en un terreno, los cuales fui recorriendo, adelantando la variación geo-

magnética, inmediatamente después confirmada por el magnetómetro. Este tipo de pruebas las he realizado igualmente con medidores eléctricos o sensores de radiactividad y con objetivos intelectuales como son cartas o dibujos, siempre con los mismos resultados: el ser humano es capaz de conocer cualquier tipo de información más allá del estímulo sensorial que el objetivo ejerza sobre su organismo. El que la ciencia oficial siga eludiendo, cuando no despreciando, la radiestesia es un lujo que sólo los ignorantes o las gentes cargadas de prejuicios pueden permitirse.



Gráfica de variación del campo magnético.

Durante los años sesenta, el físico Zajob V. Harvalik, jefe del departamento de investigación de la American Dowser Society (Sociedad Americana de Radiestesistas), trabajó probando la capaci-

dad radiestésica de diversos zahoríes, mediante la creación de campos magnéticos generados por una corriente eléctrica entre dos varillas enterradas a modo de electrodos, separadas una de la otra veinte metros. En sus pruebas insistía en que no se forzara el trabajo hasta llegar a la fatiga, ya que convenía en la posibilidad de que la monotonía es un factor que conduce al fracaso, y que se obtienen resultados mucho mejores al parar y descansar un poco. Al igual que otros radiestesistas, afirmaba que la sensibilidad aumentaba hasta diez veces si se ingería un vaso de agua, y que, por otra parte, disminuía hasta mil veces después de una abundante comida.

Harvalik cree, equivocadamente, que la varilla gira radiestésicamente debido a que ciertas personas son extremadamente sensibles a las variaciones electromagnéticas, confundiendo como otros muchos la radiestesia con la parestesia, tal como he demostrado teóricamente con mi hipótesis de la parestesia como sustitutivo físico de la radiestesia y, en la práctica, con distintas experiencias. En ellas, el hecho de aislar al operador de las variaciones electromagnéticas provocadas por el objetivo, no condiciona el resultado. Asimismo, al operar con cinturones y cintas magnéticas que según ciertas teorías inhiben la sensibilidad magnética del individuo, al ser los riñones y la cabeza centros sensitivos magnéticos, he comprobado que ello no altera el éxito en la búsqueda radiestésica. Ante todas estas ideas me planteo que la radiestesia aparece en muchas ocasiones como un fenómeno psíquico bajo un disfraz físico.

El salto cuántico

Entre las muchas investigaciones realizadas sobre los fenómenos psíquicos, citaré la publicada a principios de los años setenta en *The Journal of the Institute of Electrical Engineers* (El periódico del Instituto de Ingenieros Eléctricos), dirigida por el físico Harold Puthoff y el doctor Russell Targ del Instituto de Investigación de Stanford (California). El estudio se diseñó para comprobar la posibilidad de obtener información a distancia mediante la mente. Este tipo de trabajos

tiene un formato sencillo y reproducible para todo aquel que desee comprobarlo. En este caso se controlaron, en una primera fase, sesenta experimentos, en su mayoría con personas de reconocida capacidad psíquica, las cuales actuaron como receptores de un dibujo que el emisor estaba viendo en ese momento en un lugar distante. El receptor hacía un dibujo de aquello que imaginaba que el emisor estaba viendo; al verificar los resultados se comprobó que, en la mayoría de los casos, los dibujos se parecían extraordinariamente, incluso entre el grupo seleccionado aleatoriamente, es decir, sin unas capacidades psíquicas trabajadas.

En función de los resultados obtenidos, el gobierno de los Estados Unidos financió posteriores investigaciones en este sentido, clasificadas como alto secreto. Puthoff y Targ publicaron los resultados de sus trabajos sobre la llamada visión remota, en un libro titulado *El alcance de la mente*, donde se demuestra que el ser humano tiene la capacidad de recibir información y, por tanto, de describir y situar objetos, escenas, etcétera, y que además la distancia, por grande que sea, no es ningún obstáculo. Quizás el resultado más llamativo es que este fenómeno de visión remota se da también en personas sin ninguna experiencia en temas psíquicos, e incluso en otras inicialmente escépticas que, aunque en menor medida que personas con experiencia, obtuvieron excelentes resultados en la descripción de lugares situados a grandes distancias. En los cursos que imparto no sólo se comprueba esta capacidad en la mayor parte de los asistentes, sino que se puede obtener información fuera del tiempo presente, no sólo respuestas sencillas de sí o no, sino que además se logran percibir imágenes concretas y reales de acontecimientos pasados y, en ciertos casos, futuros, que nos indican que estos fenómenos no pertenecen en exclusividad a un grupo determinado de superdotados, sino que es más bien al contrario, una capacidad «normal» del ser humano.

Jack Sarfatti –junto a otros físicos cuánticos como Harold Saxton Burr, de la escuela de Medicina de la Universidad de Yale–, cree que la conciencia es un campo y que ésta no es más que una vibración en el *continuum* de campos que organizan la materia; esto sería

–según Sarfatti– la explicación de la interacción entre la mente y la materia, sosteniendo la hipótesis de que la gravitación es el campo dominante unificado del universo y que los campos gravitatorios o «gravitacionales» son los responsables de las propiedades teleológicas de la conciencia y la materia. El postulado de Sarfatti posibilita una explicación hacia fenómenos como la psicoquinesis y la radiestesias, al ser la mente quien ejerce el control sobre el campo biogratatorio; así, la materia y la mente serían una prolongación la una de la otra. Según esta concepción, la mente y el universo se convierten en un inmenso espacio cognitivo de proyección multidimensional, o más simplemente en campos dentro de campos, en los cuales cualquier tipo de información sería accesible.

La teleología es la creencia de que los fenómenos naturales no están determinados solamente por causas, sino por un diseño global o principio organizativo presente en la naturaleza.

Sarfatti opina que detrás de las dotes, aparentemente milagrosas, de ciertas personas con una gran capacidad psíquica que utilizan para mover, modificar objetos o «adivinar» algo que no pueden saber con su percepción habitual, está el principio cuántico relativo al papel del participante. Sin duda las concepciones de los físicos más avanzados están cambiando, gracias a una visión más amplia de la realidad que les lleva a no negar nada, sino, por el contrario, a experimentarlo todo, tal como hicieron investigadores de la talla de Sarfatti, David Bohm, Ted Bastin, Arthur Koestler y Arthur C. Clarke, que comprobaron las dotes psíquicas de personas como Uri Geller –psíquico de grandes dotes y estupendo radiestesista– en un trabajo dirigido por el profesor John Hasfed en el Birbeck College, de la Universidad de Londres, en el año 1974.

David Bohm y B. Hiley creen que, hasta la fecha, no se ha incidido lo suficiente en lo que «según nuestra opinión, es la característica más novedosa y diferencial más fundamental de la teoría cuántica».

tica, es decir, la íntima interconexión existente entre sistemas diferentes que no están en contacto espacial». John A. Wheeler, físico de Princeton, plantea que existen unos pasadizos en el espacio que crean una interconexión cuántica en la que cada punto del espacio está conectado con el resto de puntos por medio de lo que denomina «espuma cuántica», que sería la estructura y tejido del universo. Basándose en ello se podría creer que la mente está unida, igualmente, a todos los puntos del universo y, por tanto, a toda la información existente en él, donde el espacio y el tiempo se convierten en vocablos que sirven al intelecto para poder describir algo tangible a nuestros conceptos y, tal como dijo Einstein, espacio y tiempo son aspectos diferentes del mismo algo. Según Sarfatti, «las señales se mueven a través de conexiones (virtuales) de pasadizos que aparecen y desaparecen constantemente, suministrando comunicación instantánea entre todas las partes del espacio».

El psicólogo Lawrence LeShan, del Instituto Esalen, indica que la precognición, las visiones colectivas, etcétera, no son posibles en un mundo tal como lo hemos arreglado y nos relacionamos con él, «el problema es que tales fenómenos acontecen, la evidencia está ahí —dura, científica y táctica— para cualquiera que la mire; no es refutable. Tenemos que enfrentar la paradoja». Después de penetrar en la nueva física y, por extensión, en la ciencia de vanguardia, compruebo con satisfacción aquello que ya se intuía, que ésta no son más que un extracto de antiguos conocimientos, expresados con un nuevo lenguaje. Conocimientos fundamentalmente aún ignorados, pero que se atisban como una forma de comprensión siempre presente, a la espera de que las teorías les den su aval.

Rusia, un gigante radiestésico

Antes de finalizar la primera mitad del siglo xx, la revista soviética *Elektrichestvo* (Electricidad), dedicada a la divulgación de estudios sobre ingeniería eléctrica, publicó los trabajos de dos ingenieros, Evgeny Simonov y Boris Tareyev, sobre sus investigaciones con la

radiestesia y la posibilidad de localizar cables eléctricos trifásicos enterrados, e incluso determinar el sentido en que circula la corriente por el cable. Muy acertadamente comentan que: «Las fuerzas ejercidas sobre la vara son miles de veces más elevadas que las detectadas por los galvanómetros, pero su causa no puede ser explicada simplemente por los campos electrostáticos o geomagnéticos en juego». La radiestesia comenzaba a entrar con fuerza dentro de los estamentos científicos. El reconocido miembro de la Academia de Ciencias de Bielorrusia, Gerasim V. Bogomolov, quien a su vez fue profesor de hidrogeología y magnífico radiestesista, se especializó en la localización de aguas subterráneas con gran éxito; además, no sólo acertaba el lugar, sino que determinaba su profundidad y caudal.

Los tiempos que soplaban en la Unión Soviética —y en general en cualquier otra parte del mundo—, obligaron a los investigadores de fenómenos psíquicos como la radiestesia a imbuirse de una capa pseudocientífica y tratar de unir estos fenómenos a la física —contrariamente a los argumentos de Simonov y Tareyev—, con buenos resultados, ya que consiguieron el beneplácito y el respaldo gubernamental para ejercer oficialmente sus actividades; sin embargo, este lastre siguen arrastrándolo desde entonces, la mayor parte de sus practicantes, investigadores y teóricos.

En 1960 el profesor ruso Leonid Vasiliev sacó a la luz su obra titulada *Radiocomunicación biológica*. En ella plasma su teoría de la transmisión y recepción de información de los seres vivos a través de ondas. Desde entonces esta tesis ha tenido sus defensores en relación con su posible explicación del fenómeno radiestésico, al cual llama Vasiliev el «efecto biofísico».

En la segunda mitad del siglo xx, los radiestesistas rusos lograron importantes éxitos y avances en el campo de la radiestesia, especialmente en el terreno de la geología, consiguiendo que se reconociera su labor a todos los niveles. Ya antes y durante la Segunda Guerra Mundial, los radiestesistas soviéticos hicieron aflorar multitud de aguas subterráneas para el abastecimiento de obras o del ejército. En los años sesenta, se utilizó la radiestesia habitualmente de forma oficial. Dos geólogos del Instituto de Investigaciones Científicas para la

Hidrología y la Geología de Moscú –Valery S. Matvieev y Nicolai Sochevanov–, abogaron por el empleo de la radiestesia como el método de prospección del terreno más fiable que cualquiera de los empleados científicamente, y describieron las reacciones del radiestesista como el efecto o método biofísico. Matvieev diseñó un método, según el cual el número de giros de su vara, bautizada por él como «cuadro», indicaría una medida cuantitativa de la causa o de su intensidad, en relación con el espacio recorrido. Según él, con el empleo de la varilla adecuada, en cuanto a su composición y dimensiones, sólo existiría reacción ante yacimientos de considerable valor, obviando los menos importantes, dándole así al instrumento unas propiedades que, evidentemente, no le competen. Este instrumento, muy utilizado en Rusia, consiste en un alambre metálico, con dos extremos doblados en un ángulo de cien grados, sostenidos por las manos.

En Rusia comenzó a desarrollarse activamente la radiestesia desde ámbitos gubernamentales. En el año 1967 el Ministerio de Geología de la Unión Soviética dio reconocimiento oficial a la radiestesia basándose en los numerosos trabajos realizados y en los excelentes resultados obtenidos mediante este método en diferentes regiones del país. Como primer paso de dicho reconocimiento, organizó una conferencia entre los distintos geólogos expertos en la materia en el Instituto Mineralógico de la Unión Soviética. Un año después convocó la primera escuela-seminario interdisciplinaria en la ciudad de Moscú. Entre los usos que se dieron a la radiestesia destacaremos los ya conocidos para la búsqueda de aguas y minerales, así como su empleo para detectar y calibrar las averías en empresas industriales, tal como realizaba V. E. Landa, para solucionar problemas bioquímicos, y en la exploración geofísica, donde destacan el mismo Landa y A. L. Kovalevski.

En 1968 se creó la comisión interdepartamental de radiestesia dirigida desde entonces por Sochevanov –geólogo principal del Ministerio de Geología de Rusia y considerado como uno de los más eminentes especialistas en la prospección geoquímica–, con el objetivo de crear programas de investigación y difusión de la radiestesia.

Una de sus aplicaciones más efectivas, desde el punto de vista de la rentabilidad económica industrial, es la localización de averías en conductos de gas (O. Boelov, Turmenia), térmicos (V. Stechenko, Kiev, Ucrania; S. Chiplakov, Moscú), en oleoductos (E. Bondarenko y N. Klimina, Belosersk, Siberia) o en tendidos de cables eléctricos (V. M. Erosenko).

Boris V. Bondarev –ingeniero y geólogo– potenció la presencia del efecto biofísico en los círculos culturales y científicos, con su aportación basada en la búsqueda de una teoría pausable. Según argumentaba, el estancamiento de la radiestesia se debía al elevado número de infundadas hipótesis utilizadas para explicar de forma científica la radiestesia, pero especialmente en sus aspectos técnicos y operativos. Por ello decía que: «El hecho de que no dispongamos de una teoría satisfactoria no ha sido ningún obstáculo para su aplicación práctica». Bondarev realizó su tesis doctoral sobre *El uso del método biofísico en la prospección geológica* y fue revisada por una comisión que, además de estudiar la parte teórica, lo sometió a pruebas para que intentara la localización de objetos enterrados. El resultado supuso un gran acierto por parte de Bondarev, quien durante media hora localizó cincuenta puntos que correspondían a los lugares donde habían sido enterrados los objetos, como refleja el acta levantada por los miembros de dicha comisión.

Una de las facetas de Bondarev más apreciadas por las autoridades de la Unión Soviética, era su capacidad para la búsqueda de yacimientos de oro. En una carta dirigida a un funcionario del partido comunista, le felicitaba «por apoyar este método de prospección, que es el más antiguo del mundo. Debe tener presente que nosotros, en este tipo de trabajo, no podemos permitirnos cometer errores, porque la ciencia no está aún en condiciones de defendernos de la oposición de un gran número de escépticos. Por eso, además de un alto grado de competencia en el método biofísico, es de todo punto imprescindible que los operadores tengan un conocimiento profundo de la geología y sus métodos. A despecho de su aparente sencillez, el trabajo de un radiestesista podría compararse, por su complejidad, al de un orfebre».

A través de su experiencia en prospección de yacimientos minerales, como geólogo y como radiestesista, Bondarev saca conclusiones de la importancia de la radiestesia en minería en un artículo fechado a finales de 1969 en la revista *Geologorazvedchik Uzbekistana* (Los geólogos prospectores de Uzbekistán): «Actualmente, desde el momento en que los depósitos minerales son localizados hasta el comienzo de su explotación efectiva, transcurre un largo periodo durante el cual se estudian los mapas y se procede a realizar sondeos a pequeña y mediana escala. Para delimitar los contornos del yacimiento se recurre a métodos muy costosos: generalmente, se efectúan repetidas perforaciones inútiles. Y con frecuencia ocurre que, en el curso de estos trabajos, el yacimiento se revela con un tamaño inferior o menos abundante de lo que los geólogos habían supuesto. Con la radiestesia, los sondeos pueden realizarse de forma que se alcance directamente o se atraviese el filón deseado, incluso en el caso de minerales "ciegos" es decir, macroscópicamente indeterminables».

En la Universidad Politécnica de Tomsk (Siberia) el profesor A.Y. Bakirev imparte clases sobre radiestesia desde 1973, año en que obtuvo el permiso para ello por parte del Ministerio de Enseñanza Superior de la Unión Soviética. Mientras, el ingeniero J. Jniutin (Cheliábinsk, Ural) y cuatro de sus colegas indicaron, desde 1967 hasta 1978, mediante radiestesia —conocida en Rusia como biolocalización—, el lugar más idóneo para realizar 1.491 perforaciones, de las cuales solamente un 9% resultaron infructuosas.

Por su parte, Alexander Nikolaievich Ogilvy publicó en el año 1977 un estudio titulado *El método biofísico en la prospección hidrogeológica*, en el cual ponderaba las ventajas de este sistema para la localización de aguas: el equipo tan sencillo necesario, la rapidez y comodidad, y la gran cantidad de cuestiones y dificultades hidrogeológicas que se podrían resolver.

Durante el año 1981, once grupos de radiestesistas trabajaron en ocho regiones de Rusia, para localizar los lugares más adecuados para hacer aflorar aguas subterráneas para uso industrial. De 1.638 perforaciones se logró agua en cantidades suficientes como para

considerar el hallazgo como éxito industrial en 1.507 ocasiones. En este mismo año la empresa de aguas de Cheliábinsk perforó mediante la localización por radiestesia 1.383 pozos, para abastecer las necesidades de los koljoses (haciendas colectivas campesinas de tipo socialista) y los soljoses (centros soviéticos de agricultura estatal), de los cuales sólo un 8,3% resultaron fallidos.

En la búsqueda de yacimientos minerales mediante la biolocalización destacan los descubrimientos de oro por V. Prójorov y E. Bodarenko, de diamantes por N. Sochevanov, y de plomo, plata y platino por V. Landa y A. Kobalevsky. Los radiestesistas ucranianos bajo la dirección del ingeniero V. S. Stechenko realizaron, entre los años 1979 y 1982, una amplia investigación que abarcaba más de 1.000 kilómetros a la redonda de los distintos objetivos: plomo, cobre, mercurio, metales raros, sal, yeso, azufre, aguas potables, etcétera. De las 78 prospecciones realizadas, un 87% (68 aciertos) resultaron acertadas.

Una de las facetas más extendidas del uso de la radiestesia es en la arqueología, campo en que se han cosechado importantes logros en diversos países. En Kiev, el ingeniero V. S. Stechenko y sus colaboradores descubrieron pasadizos subterráneos con un 78% de aciertos; el porcentaje con métodos que utilizaban instrumentos electrónicos sólo alcanzó un 25% de aciertos.

En Rusia se ha empleado este sistema radiestésico, tanto sobre el terreno como desde aviones o helicópteros, con excelentes resultados, especialmente en la detección de yacimientos de cobre, zinc, plata, oro o petróleo. En el año 1990 se celebró un seminario en Ucrania, donde se presentaron informes de los usos y logros de la radiestesia en áreas tan dispares como la ingeniería biológica, la búsqueda de minerales, petróleo, aguas minerales, gas, medicina, gequímica, arqueología, así como para la detección de la corrosión en los tubos de los trazados térmicos, entre otros objetivos.

Los trabajos sobre radiestesia fueron publicados en las mejores revistas científicas del país, como es por ejemplo, *Geologia Rudnykh Mestorozhdenii* (Geología de los yacimientos minerales). La dedicación y el esfuerzo de los radiestesistas logró el reconocimiento ofi-

cial, debido no sólo a la teoría sino a los resultados prácticos y, fundamentalmente, a los innumerables éxitos obtenidos. Un aspecto decisivo es el mayor porcentaje de aciertos en la búsqueda de aguas y de yacimientos minerales, por ejemplo, que los obtenidos por los métodos puramente geológicos.

EL FIN DEL PRINCIPIO

Las hipótesis biofísicas, y otras similares, encuentran serias dificultades para mantenerse en pie, especialmente si consideramos que, según ellas, el radiestesista reaccionaría ante elementos de cualquier naturaleza que produjeran las anomalías de campo defendidas por sus autores como causa del fenómeno. Así pues, se obvia un hecho fundamental: el radiestesista es capaz de discriminar su objetivo de otros de similares características, centrándose únicamente en aquel que desea localizar, existan o no anomalías magnéticas, eléctricas, etcétera. Estas hipótesis, al igual que las de Rocard y otros, se fundamentan en que las personas somos sensibles a las variaciones del campo magnético, sin entender que igualmente somos sensibles a otros muchos estímulos del medio exterior y, sin embargo, ninguno de ellos es la causa del fenómeno radiestésico.

A lo largo de este relato han quedado expuestas diversas ideas, y aunque algunas de ellas pueden parecer un tanto ingenuas, no hay que olvidar el momento histórico al cual pertenecen, así como los conocimientos existentes en la época en que se fueron gestando, tanto desde el punto de vista de la ciencia física o química, como desde un ángulo psíquico. En aquellos tiempos, y aún recientemente, no se consideraba el factor mental a la hora de estudiar cualquier clase de fenómeno o suceso, y menos aún el movimiento de una vara o un péndulo.

Por lo tanto, vemos que se ha interpretado el fenómeno radiestésico desde tres ángulos bien diferenciados: en primer lugar, la explicación que proviene de las influencias sobrenaturales (espíritus, ángeles, Satanás, Dios, etcétera); en segundo lugar, las hipótesis fisi-

cas, originadas por fluidos, corpúsculos, vapores, ondas, fuerzas o variaciones eléctricas y/o magnéticas, etcétera, y, finalmente, aquellas dirigidas a explicar que el fenómeno se produce en el radiestesista a través de un determinado proceso psíquico. Esta última explicación es la única que abarca todas las posibilidades de actuación, tanto sobre el terreno como a distancia, con modificaciones geofísicas o sin ellas, con instrumento o sin él.

Para el lector probablemente sea difícil asimilar que hechos de la relevancia como los aquí narrados, y la existencia de una capacidad humana para lograrlos, sean ignorados por la mayoría de las personas y, lo que es más grave, despreciados por los medios culturales y científicos imperantes. Considero que este repaso por la historia radiestésica puede aportar una visión más amplia del fenómeno radiestésico, al tiempo que demuestra que la facultad natural de obtener información a través de uno mismo ha sido utilizada desde tiempos inmemoriales. Pese a todo lo anterior, periódicamente entra en un túnel de olvido, aunque su ejercicio siempre haya sido mantenido, al menos, por un reducido número de personas, hasta que vuelve a resurgir cuando las circunstancias sociales y culturales son favorables. Entonces, toda la polémica retorna, se hacen las mismas experiencias para demostrar y desestimar su existencia, se discute en torno a las mismas hipótesis sobre su origen, impidiendo así su estudio en profundidad y que se desarrolle como una facultad que eleva nuestra calidad y cualidad humanas.

SEGUNDA PARTE

EL FENÓMENO RADIESTÉSICO

¿QUÉ ES LA RADIESTESIA?

Después de todo lo leído con anterioridad, queda patente que, para practicar la radiestesia, no es indispensable ser consciente de los mecanismos que rigen su funcionamiento, pues la mayoría de los radiestesistas mencionados trabajaron sin conocerlos. No obstante, saber en qué contexto se está operando facilita de forma ostensible su logro. El conocimiento de la evolución que sigue el fenómeno en la mente, y los detalles que lo condicionan, tiene una ventaja esencial: poder averiguar dónde nos hemos equivocado cuando esto ocurre, lo cual, como todo aquello que depende del ser humano, sucede. Así, se puede incidir en los patrones o circunstancias que sean más favorables, desechando y tratando de evitar los perjudiciales.

La palabra radiestesia nació de la composición de dos vocablos; sus autores pretendieron que su significado fuera el de sensibilidad a las radiaciones. Esta definición etimológica no refleja la realidad, amplitud y complejidad del fenómeno radiestésico. Hay que clarificar que la radiestesia no tiene nada que ver ni con radiaciones, ni con una pretendida sensibilidad del operador ante la presencia, supongamos, de agua subterránea. En estos casos sucedería algo similar a una reacción alérgica; la persona tiene una respuesta fisiológica desmesurada e incontrolada ante la exposición a un elemento al cual está excesiva o particularmente sensibilizado. He llegado a la conclusión de que en muchas de estas ocasiones se puede definir esta manifestación orgánica como parestesia.

La parestesia se puede entender como la percepción de sensaciones anormales: crispaciones nerviosas, aceleraciones del ritmo cardiaco, hormigueos, temblores, quemazones o picaduras, sin que se encuentre, desde el punto de vista médico, ningún agente que las provoque. En muchos casos, la presencia de aguas subterráneas, u otros elementos, que modifican la radiación natural habitual en una zona, es lo que provoca dichas señales orgánicas detectadas por los supuestos radiestesistas. Esto no es más que un problema fisiológico.

co de excesiva reacción sensitiva a un determinado agente, tal como ocurre en un proceso alérgico. Este tipo de sensación tiene una causa fisiológica y es, generalmente, pasajera, ya que dura tanto como el trastorno orgánico que la provoca. Hay que diferenciar la percepción patológica de la radiestésica, producto de un determinado proceso psíquico. Por lo tanto, en estos casos se trata de una cuestión puramente física que se puede, y debe, corregir en bien de la salud de la persona afectada: estos hechos no suponen que estas personas sean radiestesistas, simplemente tienen un problema a nivel orgánico, del cual se valen para localizar aquello que les afecta.

Quede, pues, claro que el estudio de la radiestesia debe orientarse hacia el campo de la *psique* y no hacia la física, ámbito que tiene poco que aportarle. El hecho de que gracias a la radiestesia se puedan conocer aspectos relacionados con la física o incluso tener reacciones neuromusculares ante variaciones medioambientales, no la convierte en absoluto en un fenómeno físico. Antes al contrario, la radiestesia surge de forma voluntaria, es decir, con la participación explícita de la voluntad. Es un medio para conocer conscientemente algo que está oculto a los sentidos habituales: es el resultado de la expresión de nuestras capacidades psíquicas orientadas en una determinada dirección.

Distintas escuelas: una realidad

Durante muchos años ha existido la polémica sobre si el proceso que permitía plasmar el resultado radiestésico era debido a un agente físico o, por el contrario, era un fenómeno psíquico. La llamada radiestesia física se basa, fundamentalmente, en la idea de que las radiaciones, energías o variaciones de campos son captadas fisiológicamente, lo cual produce una reacción neuromuscular que es amplificada por los instrumentos.

Sobre el terreno, en casos muy concretos, es posible percibir fisiológicamente ciertas radiaciones, o variaciones del campo magnético terrestre, que permitan localizar ciertos objetivos muy especí-

ficos. Pero si lo que se pretende es que surja el auténtico fenómeno radiestésico —el único proceso a través del cual se puede lograr fidedignamente cualquier tipo de información—, es fundamental que la actuación tenga un origen psíquico. Esto sucede aun de forma inconsciente, ya que, de lo contrario, difícilmente se podría discriminar que la causa de dicha radiación, o variación de los valores naturales, se debe al objetivo que buscamos y no a otro factor. Si, por ejemplo, buscamos una caja metálica enterrada, podremos, hipotéticamente, captar físicamente una variación del campo magnético local, pero esta variación puede ser producida por otros factores ajenos a la caja y, en ese caso, se produciría el error. Por esto, el radiestesista debe discriminar el objetivo del resto de posibles elementos de similares características, centrándose en el que pretende encontrar. Esto solamente es posible a partir de un determinado proceso de selección psíquica; es evidente que mediante una supuesta radiestesia física, cuyas causas se debieran a efectos magnéticos, radiaciones, ondas, corpúsculos, etcétera, no se podría diferenciar un objetivo de otro, cuando éstos presentaran analogías significativas.

Este tipo de actuación física, en sí bastante limitada, se circunscribe a los objetivos que generan los fenómenos parestésicos, tratados con anterioridad. Por otra parte, sobre el terreno, se puede captar de forma inconsciente mucha información del medio, generalmente oculta a los sentidos comunes, puesto que éstos limitan su campo de percepción para no transmitir un exceso de información al consciente, lo cual sería difícilmente asimilable. El cerebro contiene más o menos un billón de células con unas 5.000 conexiones con otras células próximas que constantemente transmiten información. Aunque la mayoría de esta información es ignorada —de no ser así el cerebro estaría en un permanente estado de confusión—, sólo una pequeña parte de ella provoca una respuesta automática desde los mecanismos que mantienen el equilibrio interno, mientras que una parte aún menor de información condiciona las respuestas conscientes. Esta reacción se produce cuando el cerebro recibe un número suficiente de impulsos similares; este mecanismo autorregulador nos permite distinguir aquello que realmente es importante.

Constantemente estamos recibiendo estímulos exteriores que vamos acumulando como información en el inconsciente, aunque sólo una mínima parte de ésta se utiliza conscientemente. En nuestra memoria consciente sólo quedan archivados una pequeña porción de ellos, los que llaman poderosamente nuestra atención o los que son consecuencia de modos repetitivos. Son los que condicionan nuestra conducta cotidiana, sin obviar que el conjunto de todas estas percepciones —conscientes e inconscientes— modela nuestras reacciones. A través de la vista, el oído u otros sentidos, recibimos información que es procesada por el cerebro y almacenada en un archivo, más o menos profundo según la importancia que le demos, dependiendo de nuestro baremo de prioridades. Esto sucede sin tener conciencia de ello. Toda esta información está presente y dispuesta para ser recordada en el momento oportuno. Estos datos se van acumulando en la memoria subconsciente que, más tarde, por comparación de lo que se busca con la información archivada, pueden indicarnos lo que se pretende saber.

Al buscar aguas subterráneas es posible guiarse por ciertos indicios, puesto que en la superficie se pueden producir ciertas variaciones perceptibles. Por ejemplo, un cambio de la calidad del aire en forma de neblina o vapor, puede percibirse y transmitirse directamente al consciente o, si es un cambio muy sutil, es captado sólo a nivel inconsciente. De la misma forma, el terreno y la flora del lugar por donde circula el agua presentan características y detalles particulares, mínimos pero suficientes, como para ser percibidos consciente o inconscientemente. Al buscar de nuevo este tipo de objetivos tendemos a relacionar la presencia de estos detalles con aquello que buscamos. Este fenómeno, que en principio puede ser útil y un buen colaborador para contrastar resultados, es la causa de múltiples errores si interfiere durante la búsqueda radiestésica. Muchos zahoríes han fracasado cuando han ido a buscar agua en lugares de características diferentes de las de su medio habitual de trabajo; al no percibir las peculiaridades propias del lugar o ante la ausencia de datos acumulados en la memoria que les indiquen la presencia del objetivo, fracasan.

Así pues, cuando se ejerce la radiestesia hay que inhibirse de estas informaciones sugestivas. Esto, tal como veremos, se puede lograr mediante un proceso psíquico de apantallamiento contra todos los agentes no inherentes al proceso radiestésico. Aunque más tarde, al trabajo puramente radiestésico se pueda confrontar el resultado obtenido con estos indicios del entorno, o con cualquier otro elemento de apoyo. Sólo se produce el verdadero fenómeno radiestésico cuando los sentidos habituales (vista, olfato, oído), apoyados por la memoria, no colaboran para obtener la información requerida, y buena muestra de ello es la telerradiestesia.

Hipótesis personal

Definir los límites donde surge el fenómeno radiestésico es sumamente delicado, pues se trata de un proceso que se acomoda en un contexto de múltiples funciones y actividades psíquicas que, interrelacionadas, forman el marco donde se manifiesta. Estos parámetros que, aparentemente, pueden parecer independientes, con la práctica y la experiencia muestran su esencia inequívocamente globalizadora, convirtiéndose en un todo: atención, concentración, selección, etcétera, que actúan durante la actividad radiestésica sucediéndose, estimulándose de forma cohesionada, actuando bajo la batuta del inconsciente que, así incentivado, trae, mediante una actividad psicofisiológica, la respuesta solicitada.

Cuando el operador interviene en dicho proceso con un argumento analítico o, incluso, imaginativo, éste se detiene. Esto va generando una especie de obstrucción ante situaciones similares en las cuales se solicita la concurrencia del inconsciente para, después, detener su manifestación con el empleo de la razón. Ante esto, el inconsciente contesta con la sensación de fatiga y confusión que conlleva el hecho de buscar en el vacío.

Por supuesto que el análisis intelectual y el proceso imaginativo creador facilitan la solución, y son de gran ayuda para muchos de los problemas aparejados a la búsqueda radiestésica. Pero hay que

diferenciar la preparación, y el posterior análisis de los resultados obtenidos, de la actividad puramente radiestésica; en este apartado el inconsciente es el único que puede encontrar el camino correcto. Por ello es necesario plantear adecuadamente la búsqueda mediante la razón y la inteligencia, así como estudiar todas las circunstancias accesorias, pero decisivas, en muchas operaciones radiestésicas. El estudio de la expresión y de la pregunta más conveniente en cada ocasión, la determinación del momento y las circunstancias más favorables, la elección de los instrumentos, el análisis de las conclusiones obtenidas, etcétera, son una parte tan importante como la propia actividad radiestésica, ya que la una sin la otra conducen, por lo general, al fracaso.

A lo largo del tiempo se han planteado diversas teorías que permitieron explicar cómo se consigue la información que lleva al radiestesista a obtener resultados correctos y, también a lo largo del tiempo, han sido rechazadas las teorías físicas, tanto las antiguas como las modernas (incluyendo en éstas las referidas a las variaciones magnéticas y las eléctricas). Como estas teorías no han conseguido explicar los hechos sobre los que se fundamenta la radiestesia, ya que los hechos acaban desbordando cualquier explicación convencional, parece lógico, e incluso necesario, que dichas teorías deban ser revisadas y rectificadas. Esta rectificación diferencia al auténtico investigador del que se halla atrapado en sus propios prejuicios.

Como contraposición a las posturas clásicas, en los últimos tiempos vengo trabajando en mi hipótesis de la información global o del conocimiento connatural. Éste se fundamenta en que toda la información se halla en cualquier parte; no se encuentra en los organismos, ni en los más desarrollados ni en los más elementales. Un átomo o cualquier ser no contiene específicamente la información, sino que accede a ella de forma innata, espontánea e instantáneamente, en especial a todo aquello que le puede afectar de manera más directa.

En radiestesia sucede algo similar, la información no viaja hasta el radiestesista, ni éste mentalmente se desplaza hasta el lugar donde se encuentra el objetivo, ya que en muchas ocasiones, ante preguntas intelectuales, la respuesta no se halla en ningún lugar accesible, desde el punto de vista físico. Por tanto, no existe desplazamiento del objetivo ni del operador, la información está, aunque más que estar, la información, es. Sólo a través de un determinado estado de receptividad se puede acceder a ella; es el acto, la intención y el estado del receptor lo que permite ser a la información; no sólo está ahí, es el mismo operador. Es un proceso global: tanto el objetivo como el receptor están en todas partes. Así pues, la percepción de un objeto o una determinada información depende exclusivamente del estado del operador.

Mediante un determinado proceso psíquico y, quizás, alquímico, el radiestesista accede al conocimiento requerido desde cualquier lugar donde se encuentre, pues éste se halla en todas partes, incluso desde el punto de vista físico: este libro está físicamente aquí, pero igualmente se encuentra en cualquier parte; el libro, la información de él, está o es en todas partes. De la misma forma que en la religión se considera que Dios está en todas partes: todo está en todas partes y, por tanto, es posible descubrir dicha información en nosotros, gracias a un determinado estado receptivo y cualitativo. Esto se logra consciente y voluntariamente cuando somos capaces de trascender de la realidad subjetiva condicionada por la cultura y la ciencia imperantes. Así pues, considero que la radiestesia es un viaje interior.

La radiestesia se puede comprender mejor mediante una concepción menos mecanicista del universo que la propuesta en la actualidad. Este universo —en una visión cosmológica interactuante— sería un ente existente como un todo íntegro, en el que todas las partes están creando y siendo creadas simultáneamente por todas las demás partes. La ciencia dominante ha intentado negar, u obviar, la existencia de la conciencia en cualquier enunciado científico: al no poder explicar algo con sus limitados parámetros, lo niega. No obstante, la realidad, persistente, sigue mostrando que los conceptos mecanicistas, especialmente en el campo de la física, andan faltos de

«algo» que permita dar coherencia a la evidencia; porque el fenómeno, aun siendo en sí mismo suficiente para derribar buena parte de las hipótesis de la física, necesita un sustento teórico. La radiestesia, al igual que otros fenómenos existentes, pero no reconocidos dentro de la considerada realidad física (levitación, adivinación, telequinesia, etcétera), necesita de una teoría susceptible de ser aceptada como válida, para tener carta de credibilidad, pues el hecho de que exista no es suficiente para la comunidad científica actual.

Estudiar la vida de forma segmentada según el orden cartesiano, limita la capacidad del pensamiento de orientarse correctamente hacia terrenos donde se funden las distintas realidades objetivas en una más uniforme. En este contexto surgen los fenómenos del conocimiento: el objeto y el operador dejan de ser elementos separados por la distancia o el tiempo. La distancia que nos separa del objetivo no influye en el plazo de espera necesario para obtener la respuesta solicitada, puesto que, en la actividad radiestésica, el tiempo y el espacio no tienen ningún significado en sí mismos. Éstos sólo sirven para que el radiestesista pueda precisar el objetivo en un lugar y en un momento determinados, pero en modo alguno limitan el fenómeno en sí.

Supongamos que dos operadores tratan de localizar un objeto enterrado en un terreno, con la diferencia de que uno de ellos está situado sobre él y el otro se halla frente a un plano de dicho terreno localizado a kilómetros de distancia. Si ambos realizan el recorrido del área delimitada al mismo tiempo, uno sobre el plano y el otro directamente, los dos recibirán la respuesta en el mismo momento; la única variación posible radica en sus propias capacidades personales. Por otra parte, y de la misma forma, el radiestesista puede obtener la información de cuándo fue enterrado el objeto.

De esto se desprende que el espacio y el tiempo no son factores esenciales para determinar el éxito o el fracaso de un proceso de recepción de información, aunque sí lo pueden condicionar, puesto

que la educación convencional indica que ello no es posible, y desprenderse de esta supeditación, tan profundamente arraigada en nuestro interior, no es tarea fácil.

Esta forma integral de pensamiento permite comprender aspectos y prejuicios imbuídos en una parcial forma de pensar. Estas limitaciones mentales han enraizado gracias a imposiciones sociales admitidas como verdades absolutas; éstas, inamovibles según las doctrinas imperantes, impiden nuevos, y a la vez ancestrales, modos de comprender la existencia. Los principios racionales son necesarios para establecer unas normas en la convivencia diaria, pero no hay que olvidar que los fenómenos se encargan periódicamente, con mayor o menor frecuencia, de desmentir la irrefutabilidad de nuestras bases establecidas. Hay que tener en cuenta que la ciencia siempre va por detrás de la realidad, aunque en los últimos tiempos la ciencia de vanguardia trata de dar un salto cualitativo, procurando acercarse a la filosofía, al misticismo y al esoterismo para intentar comprender aquello que no puede explicar con sus actuales parámetros. ¿Hay algo más misterioso que la existencia de un mismo electrón en dos puntos diferentes del espacio? Éste, y otros ejemplos, no sólo transgreden los postulados físicos al uso, sino nuestra concepción de la realidad, de lo que es y no es posible.

La información —sensorial, neuromuscular, visual o mental— aparece en el operador sin que ninguna interacción con el objetivo, ya sea química, electromagnética, electroquímica ni ninguna otra conocida, ~~haya podido transmitirla~~. Sin embargo, desde una óptica cuántica, es posible estructurar un universo donde la radiestesia sea posible; no obstante, no se explica el fenómeno, sólo se construye un posible marco de actuación, pero deja sin contestar cómo se produce la recepción elitista de la información, tema clave en la explicación radiestésica. Es decir, por qué se recibe exclusivamente la información requerida entre la innumerable cantidad existente.

La clave está en disponer la mente para la recepción de una información solicitada, pero desconocida, que es independiente del pensamiento y que, por tanto, hay que distinguir entre la enorme cuantía y variedad de estímulos y pensamientos. Para el pensamiento no

entrenado es difícil distinguir entre su propio contenido, las informaciones, digamos, inherentes, y aquellas originadas independientemente del mismo.

Pero el radiestesista, o cualquier persona que ejercite la intuición, va adquiriendo una percepción que le permite discernir qué información se origina en el pensamiento y cuál procede de una realidad independiente al proceso habitual del pensamiento intelectual o sensorial.

El pensamiento

El ser humano, gracias al pensamiento, manifiesta una tendencia innata a la búsqueda intelectual del conocimiento. La superioridad del pensamiento, contrariamente a las creencias actuales, no viene definida por el razonamiento y la lógica, sino por la unión del intelecto con la capacidad intuitiva, que permite la comprensión. «Abrir y limpiar», los caminos psíquicos que aúnan ambos conceptos de conocimiento elevan el nivel cognoscitivo. Aunque de forma inconsciente tendemos a unir ambas vertientes, la racional y la intuitiva, para su desarrollo es fundamental saber qué mecanismos se desencadenan y enlazan, así como el modo de lograrlo lo más eficazmente posible. Como iremos viendo, hay estados psíquicos, inherentes a la naturaleza humana, susceptibles de ser potenciados voluntariamente; ello facilita y contribuye a elevar la percepción de la realidad, tal como ocurre en los procesos radiestésicos y sus estados intermedios, es decir, aquellos que suceden desde el comienzo de la actividad radiestésica hasta la obtención de la información requerida.

El descubrimiento del objetivo no se alcanza por el desenvolvimiento lógico del pensamiento, ya que de esta forma no es posible el proceso radiestésico. Es un trabajo de imaginación, autosugestión, intuición y, finalmente, de razonamiento, ya que, aunque se elabora

en el inconsciente, se transmite a la conciencia, que debe darle coherencia a través del pensamiento. Ésta es la manifestación de una actividad psíquica que contribuye a la utilización personal y temporal de acontecimientos y objetos, aunque no estén presentes o, simplemente, no sean percibidos, lo cual es de gran importancia en radiestesia al estar los objetos de la búsqueda ausentes, al menos bajo una percepción sensorial. En radiestesia el pensamiento debe dirigirse a formar una imagen mental, que recuerde o configure al objetivo, no necesariamente idéntica a él, pero sí que sea la imagen de lo que representa para cada uno.

El pensamiento no se dirige en busca del objetivo o de la información requerida. El pensamiento, en radiestesia, no viaja hasta el objetivo—aunque en la imaginación pueda aparentar dicho fenómeno—, sino que permanece incidiendo sobre el inconsciente, hasta estimularlo y lograr así el estado receptivo requerido. El pensamiento puede tener la apariencia y las propiedades de un campo e, incluso, actuar como éste, pero no es un campo. Éste tiene un área de actuación delimitada, mientras que el pensamiento abarca cualquier ámbito. Todo el fenómeno reside en la capacidad de adquirir determinado estado interior de receptividad. Este estado permite, en principio, acceder a cualquier tipo de información. Es, por tanto, el pensamiento el activador de dicho proceso, aunque posteriormente se repliegue para dejar paso a la intuición, lo cual sucede de forma voluntaria o inconsciente.

Todos los parámetros que suscitan la actividad radiestésica adquieren coherencia, como proceso, gracias a la acción del pensamiento, cuando éste es dirigido por el operador hacia determinada meta. Cuando se comprende el modo en que actúa el pensamiento en la actividad radiestésica, la confianza y la eficacia se elevan al despejarse las dudas sobre los orígenes y el desenvolvimiento de la actuación. Por contra, las dudas pueden invadir al operador haciéndose dueñas de la eficacia de un proceso que, de otra forma, podría—mediante el análisis de toda la idiosincrasia operativa—dirigirse correctamente hacia la meta propuesta. La acción del pensamiento, basada en la consideración de todos los elementos inherentes, y

también de los anexos a la búsqueda radiestésica, conlleva una confianza real al ser consciente del control que uno puede ejercer sobre sí mismo y, por extensión, del proceso radiestésico en el cual está operando. Este modo ordenado de proceder permite advertir cuándo el pensamiento se desvía del objetivo propuesto y se dedica a vagar en ideas abstractas o preconcebidas que limitan la expansión de la mente hacia la búsqueda de la verdad. A pesar de hablar en todo momento de búsqueda, quizá sería más acertado puntualizar que más que tratarse de una búsqueda, en el estricto significado de la palabra, sería preparar el camino para encontrar.

La relajación de la acción mental, sobre los procesos psíquicos que generan la actividad radiestésica, conlleva la pérdida de la atención, muchas veces sustituida por una forma mecánica de actuar que, por lo general, conduce al error. Sucede algo similar a cuando estamos leyendo pero nuestra mente está ocupándose de otro asunto: difícilmente recordaremos nada del texto. El pensamiento debe estar orientado de manera adecuada y mantenido sobre el objetivo y los distintos elementos relacionados con la búsqueda. Toda persona que pretenda trabajar en radiestesia debe comprender la forma en que actúa el pensamiento, sus peculiaridades y la manera de educar su potencial.

Un procedimiento racional y sosegado permite ir adquiriendo la exacta noción de todos los elementos relacionados con la búsqueda, y facilita el enfrentarse a todas aquellas circunstancias que van surgiendo y, que de otra manera, pueden convertirse en un lastre difícil de superar. El valor de una brillante inteligencia es indudable, pero para mantener el equilibrio entre la mente y los actos, más importante es saber utilizar los mecanismos psíquicos que conducen a advertir los propios errores y a elevar la capacidad de superación. Esto se consigue mediante una actitud de constante examen de nuestras experiencias, y de las conclusiones que de ellas se derivan, canalizando las futuras acciones hacia conductas más reflexivas, que nos alejen de los impulsos y deseos súbitos e incontrolados y de arrebatos instintivos que sólo conllevan sentimientos de duda y de frustración. La formación de una mente ordenada permite calibrar correc-

tamente cada situación, valorándola en su justa medida y dirigiendo el pensamiento hacia aquello realmente importante, sin perderse en vagabundeos mentales intrascendentes, y eliminando del pensamiento, mediante la atención, cualquier idea distinta de aquello que se pretende. Como el niño que centra su atención en el juego en que participa, excluyendo todo lo que le rodea, así se vive la situación plenamente, extrayendo de ella todo su potencial.

Estamos recibiendo estímulos sugestivos del entorno de forma constante, que inciden en los pensamientos impidiendo su transcurso normal, convirtiéndolos en vagabundos y fantásticos, limitando la capacidad de atención. Una educación mental junto al cultivo del pensamiento juicioso y ponderado, dirigido hacia el dominio de los mecanismos psíquicos, permite orientar la mente hacia lo que realmente nos interesa, facilitando así la aparición de los estados de conciencia.

Si tratamos de recordar el nombre de una calle, el pensamiento se dirige en su búsqueda, sabe que lo sabe, pero en ocasiones sólo encuentra un vacío; si se obceca en ello, probablemente no conseguirá recordarlo. Sin embargo, si se relaja y, una vez fijado el objetivo en la mente (en este caso, recordar el nombre de la calle), se dirige hacia otras actividades liberando la tensión del pensamiento, el nombre aparecerá más adelante de improviso. En radiestesia la diferencia radica en que la memoria no tiene la respuesta solicitada; pero la actitud de plasmar el objetivo en la mente, y dejar paso a la acción del inconsciente es similar. Aquí el pensamiento se dirige a configurar el objetivo en la mente, pero sin generar la tensión provocada por el esfuerzo intelectual que supone forzar la memoria.

La selección de un objetivo determinado con respecto a otros, viene dada por las nociones que sobre él construimos, basándonos en ideas y sensaciones, por lo general arbitrarias, que escogemos para diferenciarlo de los demás: seleccionamos unos u otros caracteres para formar un pensamiento sobre el objetivo, ya que el pen-

samiento es, al mismo tiempo, diferenciador, abstrayente y unificador. No hay que tener reticencias, en cuanto al posible error motivado por la similitud de objetivos, que puedan llevar al equívoco: los objetivos similares pueden ser múltiples, pero el pensamiento es único. Incluso la descripción mental de un mismo objetivo no es la misma en distintas actuaciones radiestésicas, ya que puede variar de la misma forma como evoluciona el pensamiento en su fluir continuo; es como las aguas de un río, que nunca pasan dos veces por el mismo lugar, aunque, al igual que las aguas del río, entre gota y gota hay un espacio sutil, un intervalo: es la pausa del pensamiento, estado gracias al cual surge la respuesta.

El pensamiento es una potencia en sí mismo, y puede, bien dirigido, ser un gran aliado en cualquier meta propuesta o, por contra, cuando queda en manos del determinismo, ser la causa de múltiples problemas. La educación del pensamiento mediante la meditación, la lectura adecuada o la autosugestión positiva, forman una actividad psíquica cuya influencia se reflejará en nosotros mismos y en nuestro entorno, así como en los acontecimientos directos. El conocimiento de los mecanismos del pensamiento es importante en cualquier aspecto psíquico, pero sólo podemos estudiar el pensamiento a través del pensamiento, lo que supone, si se quiere ser riguroso, sustraerse de lo aprendido, permitiendo que el pensamiento se modifique a sí mismo y, por tanto, el acto y el medio. Así vemos la influencia determinante que tiene el pensamiento en nuestras vidas, a pesar de que el actual sistema social ni tan siquiera favorece la práctica del razonamiento matemático o lógico, dejando cada faceta de la toma de decisiones analíticas o intelectuales en manos de teóricos expertos en materias específicas, lo cual inhibe el potencial y limita el rendimiento de la mente.

La práctica misma de la radiestesia conlleva ciertas mejoras en la actividad psíquica, como son el esclarecimiento del pensamiento, el desarrollo de la voluntad y la elevación de la confianza, sin olvidar que cualquier aprendizaje implica una cierta dosis de concentración, motivación e interés, pues va ligado en gran medida a la voluntad. El constante aprendizaje es la clave de la evolución

personal que impide el estancamiento que supone el actual modelo educativo.

El consciente

La radiestesia es una llave gracias a la cual es posible acceder a una información o a un conocimiento cualquiera, ya sea de origen tangible o intelectual. Todo radica en nuestra capacidad de orientación, dirección y selección psíquicas, enfocadas tanto hacia el objetivo como al contexto operativo: pregunta, expresión, etcétera.

La mente se orienta mediante un mecanismo automático hacia un objeto; esto mismo sucede en radiestesia, con la particularidad que se ejecuta de forma premeditada y consciente. El resultado entre un proceso y otro es diferente, pues en radiestesia el objetivo se desconoce, no está archivado en la memoria y no se puede acceder a él mediante el raciocinio o la lógica. En radiestesia la conciencia permanece muda cuando se la interroga, pero es el pensamiento dirigido quien debe requerir, a través de estimulaciones autoinductivas de sugestión, a las facultades inconscientes para que, al conocer el resultado mediante la pregunta pertinente, provoque una reacción neuromuscular o bien una respuesta mental.

Mediante el entendimiento, accionado por la voluntad, surge una reacción hacia el objetivo, distinta del deseo, ya que, aunque se suele desear aquello que no se posee, no basta desear algo para realmente quererlo y menos aún obtenerlo. Es a través de la voluntad que se deben buscar los medios necesarios para su logro. El operador dirige la atención sobre el objetivo y acrecienta la intensidad de la fijación mental sobre él mediante el ejercicio de la voluntad.

Es posible trasladar una determinada actividad al control del subconsciente, la cual comienza y cesa de forma voluntaria. En radiestesia, el operador es siempre actor del proceso, aunque en algún momento se transforme conscientemente en espectador de su propia actividad; en ese momento, el inconsciente ocupa la dirección de la función motora radiestésica, logrando que la per-

cepción de las sensaciones habituales queden relegadas a un segundo plano.

Ante un intenso ruido repentino, o una luz cegadora, la atención se concentra sobre dicho estímulo, excluyendo cualquier otro elemento de la conciencia. En estos casos la voluntad no interviene. En radiestesia, para incidir en el inconsciente, no se trata de ejercer un fuerte estímulo sobre él para despertar su atención, sino de motivar su interés a través, precisamente, del interés innato y de la motivación, actos conscientes y reales, no surgidos del deseo ilusorio. Por ejemplo, una madre que duerme cerca de un aeropuerto que produce de modo regular un gran estruendo, sólo se despierta cuando su hijo ejecuta el menor de los movimientos, o también, el viajero de tren que sólo se despierta ante la voz que le indica su parada; podríamos citar muchos ejemplos de cómo la voluntad selecciona la acción, incluso durante una actividad inconsciente como es la del sueño. Ello nos indica la influencia de la voluntad en el acto radiestésico, al ser ésta la que decide el cómo y el cuándo. Aunque, en ocasiones, después de un trabajo mental de preparación consciente, o inconsciente, la respuesta pueda aparecer de forma espontánea en cualquier momento.

Hay que observar detenidamente todo aquello que sucede en nosotros y en el medio ambiente exterior, de manera que la acción radiestésica que vamos a emprender sea lo más segura y eficaz posible, dentro de las condiciones personales y de una situación y momento determinados. Hay que conocer las funciones psíquicas que dependen de la voluntad, o que pueden ser estimuladas por ella, ejerciendo el poder de la voluntad sobre uno mismo y sobre sus actos. La concentración y la orientación del pensamiento son algunas de estas aptitudes que, adecuadamente entrenadas, elevan su potencial hasta cotas insospechadas.

La inteligencia tiene la capacidad de aprehender nuevos conocimientos, que son retenidos en la memoria, para ser usados luego en situaciones donde concurren circunstancias análogas. Basándose en

ello, la práctica radiestésica incita a la inteligencia elevando su capacidad, gracias a nuevos retos y estímulos mentales. Al mismo tiempo da una nueva perspectiva de la realidad, favoreciendo el despertar y el reconocimiento de las facultades mentales adormecidas, potenciándolas y ejerciendo un control sobre ellas y, aunque estas facultades sean, en apariencia, limitadas por la naturaleza personal o por la edad, el hecho de mantener nuevos retos mentales puede modificar estos condicionantes cerebrales.

Aunque el proceso radiestésico depende por entero del inconsciente, en su preparación sí que precisa del concurso de la inteligencia, para determinar cuáles son las mejores circunstancias operativas: el cómo, el dónde y el cuándo. pues buen número de los errores provienen de una defectuosa preparación o elaboración del contexto operativo. Por este motivo es fundamental advertir la importancia decisiva de aspectos como la pregunta adecuada o estudiar particularidades como las influencias exteriores, el estado de ánimo, etcétera.

Podríamos resumir la acción de la voluntad en el ámbito radiestésico en varios apartados:

1. La concepción del proceso.
2. El examen de los motivos.
3. La decisión de actuar.
4. La ejecución del acto.
5. El análisis de los resultados.

El inconsciente

El determinismo se ocupa de lo que, de forma inexorable, sucede; mi opinión es que trata sobre aquello que ocurre la gran mayoría de las veces, pero que en contadas ocasiones no sucede. El indeterminismo está entrando con fuerza en todos los campos desde la física;

hasta podríamos aplicarlo a la psicología, cuando nos damos cuenta de que es imposible predecir con exactitud la evolución de un fenómeno, aun teniendo una amplia información sobre él. Debido a ello, las teorías causales han pasado a un segundo plano en las concepciones del universo, quizá sin tener en cuenta que en muchas ocasiones el problema radica en las limitaciones de la información de que disponemos.

El indeterminismo viene dado por una concepción contraria a la teoría causal, derivado de la imposibilidad de predecir un determinado resultado; las teorías cuánticas se lanzan a la especulación sobre una nueva visión que rechaza todo aquello procedente de la causalidad. Sin embargo, en la vida cotidiana la mayoría de las circunstancias tienen un origen causal, y probablemente también en cualquier ámbito, derivado de la sincronización de multitud de elementos, la mayor parte de los cuales escapan a nuestra concepción de la realidad, camuflada tras unos criterios mecanicistas. Esto es lo que sucede en el «efecto mariposa», donde un pequeño y lejano acontecimiento tiene una gran repercusión en otro lugar. Es en este ámbito donde la verdadera intuición (tan denigrada por la antigua y la nueva ciencia, porque no conoce, ni advierte, ni comprende su significado), y no la creencia basada en conceptos adquiridos, ocupa el lugar que le corresponde en relación con el conocimiento no aprendido, y surge con la fuerza que impone la necesidad de saber del ser humano.

Es fácil advertir la importancia de una buena educación física para el correcto mantenimiento del organismo; sin embargo, la educación también debería extenderse hacia otra parte fundamental del ser humano, pero generalmente obviada: la psíquica. La educación psíquica permite la comprensión de ciertos fenómenos causales y gracias a ella se evitan en buena medida los efectos de aquellos elementos que podrían resultar negativos para el desarrollo personal; así, la incidencia del determinismo fisiológico y psicológico se puede paliar en la medida que controlamos nuestra voluntad. Actuando según los principios de la meditación racional y reflexiva, se consigue que las ideas y conceptos mecánicos, fruto de este determinismo, sean sustituidos por el ejercicio de la voluntad en la elección de

ideas y pensamientos deliberados, y correctamente orientados. Todo este contexto es impulsado por una autosugestión que permite reeducar de forma sistemática el comportamiento subconsciente, y transformar los impulsos procedentes de actitudes predeterminadas por la herencia, el medio o la educación, en una respuesta más acorde a la realidad del estímulo y de nuestro equilibrio personal.

El estudio y el conocimiento del funcionamiento mental me han llevado a un mayor entendimiento del proceso radiestésico, como proceso mental inconsciente ejecutado voluntariamente, que permite descifrar e interpretar la información solicitada. El reconocimiento de la existencia de procesos mentales inconscientes abrió la puerta que nos permite encontrar una explicación sobre el origen del fenómeno radiestésico, por fin nítido en sus principios y causas, tal como vemos en el desarrollo de este libro. Buen número de las realidades y fenómenos naturales, tanto físicos como psíquicos, están vinculados a ciertos procesos, de forma que en la medida que seamos conscientes de ellos –al menos de los que más nos influyen de manera directa–, podremos encauzarlos y gobernarlos en su mayoría, comprendiendo que el azar o la probabilidad son, por lo general, meras excusas a la ignorancia.

El inconsciente activa procesos psíquicos que son independientes de la conciencia, pero que pueden ser dirigidos por ésta. Aunque es difícil, por no decir imposible, marcar una línea divisoria entre el consciente y el inconsciente, podríamos definir el estado consciente como aquél donde tenemos la percepción de nosotros mismos, de nuestros actos y del entorno. Existe un estado intermedio, entre el subconsciente –estado en el cual los procesos psíquicos suceden sin que se tenga una percepción de su origen– y el consciente, en el cual se manifiestan, adecuadamente solicitados –ya sea de modo consciente o inconsciente–, pensamientos, sensaciones o experiencias pasadas.

— A través de actos voluntarios, como los que aquí voy a plasmar, es posible fomentar y mejorar la comunicación entre el consciente y el inconsciente, «limpiando» los canales de enlace obstruidos por una cultura que funciona de espaldas a la verdadera naturaleza del ser humano. De esta manera, el inconsciente asume la posibilidad de mantener dicha comunicación de forma más clara, directa y frecuente de lo que sucede en la mayoría de las personas. Esto no sólo es favorable para el ejercicio radiestésico, sino también para gran parte de nuestras actividades comunes y, sobre todo, para el desarrollo personal, al adquirir mayor conciencia de la globalidad del ser humano y de sus enormes posibilidades.

La educación psíquica que planteo consiste en desarrollar las facultades y mecanismos con los cuales se puede obrar en uno mismo y, por extensión, en el entorno. El primer paso estriba en ser conscientes de su existencia, el segundo —y quizás el más difícil— es decidirse a trabajar para potenciarlos o más bien para descubrirlos. El esfuerzo ha de dirigirse a fortalecer la capacidad psíquica: auto-sugestión, memoria, intelecto y todas las facultades inconscientes, situándolas bajo el control de la voluntad. Con lo que se logra una mayor libertad de pensamiento y un aumento de la capacidad de dirigirlo hacia una acción, independientemente del ambiente y de las influencias exteriores, eliminando los elementos antagónicos a la búsqueda radiestésica.

— La acción radiestésica se produce en tres momentos distintos, cada uno de los cuales es fundamental, pues el uno sin el otro impide el desenlace final. En primer lugar, una operación intelectual; en segundo, una reacción intuitiva y, finalmente, un movimiento reflejo. La operación intelectual se basa en tener la voluntad de llevar a cabo las ideas prefijadas, y que éstas se conviertan en acto. Al mismo tiempo, el pensamiento va configurando el estado psíquico más favorable para actuar y, posteriormente, se produce la comunicación entre el consciente y el inconsciente, que deriva en una intuición que es plasmada

mediante una sensación o un movimiento reflejos definidos con anterioridad.

Los estados psicológicos pueden compararse a una pantalla cinematográfica donde incide un pequeño foco de luz; este haz luminoso sería el equivalente a los fenómenos de los que tenemos conciencia plena, mientras que las sombras serían aquellos de los que se tiene una percepción confusa y que, a veces, surgen motivados por efectos concretos de gran intensidad. El resto (la mayor parte de la pantalla) permanece en la más completa oscuridad. El inconsciente actúa de forma automática en buena parte de las actividades cotidianas, ya que mantiene muchas funciones físicas independientes de la voluntad y determina la relación entre las distintas actividades psíquicas. Gracias al estudio y a la práctica perseverante de los procesos psíquicos que conscientemente podemos activar, es posible adquirir una mayor conciencia y control, no sólo sobre los actos voluntarios, sino también sobre los inconscientes relacionados con nuestro ser más profundo.

De esta forma, en radiestesia, la inteligencia y la razón no participan en el advenimiento de la respuesta neuromuscular pactada, su origen viene dado por una actividad inconsciente, favorecida por el empleo de la voluntad en cuanto a la forma de solicitar su aparición. El conocimiento de cómo funciona el inconsciente no sólo sirve para operar en radiestesia, también ayuda en los actos cotidianos, en las costumbres y hábitos, es decir, en cómo adaptarlos a una forma sana de vivir.

Un régimen alimenticio sin excesos, limitando el consumo de productos tóxicos —tan abundantes en forma de aditivos, colorantes, manipulación genética, etcétera—, colabora en favorecer una actividad psíquica equilibrada. La costumbre de comer y respirar de modo correcto se logra de forma paulatina, descubriendo que muchas de nuestras preferencias y hábitos más arraigados pueden modificarse imponiendo al subconsciente nuevas pautas de comportamiento, que tras una breve oposición acepta de buen grado. La información implantada en el subconsciente se logra modificar con

la fuerza de la constancia, ya que éste acaba siempre cediendo. Aunque en principio parezca que plantea una barrera sin paso, de repente aparece una grieta y el muro acaba desmoronándose e implantando las nuevas directrices, tales como tendencias y hábitos.

Del instinto a la intuición

El instinto es una tendencia innata que actúa en una determinada dirección en todos los integrantes de una misma especie, provocando comportamientos no aprendidos. En los seres humanos sucede igual, sin que para que surja y se convierta en acto, pensamiento o sentimiento haya existido aprendizaje o experiencia previa alguna. Los instintos primarios son, de ordinario, poco visibles debido al predominio de la inteligencia y la voluntad. Este aparente control se debe casi siempre a la represión exterior (supuesto castigo divino, leyes, cultura, etcétera) o a la evolución interior del individuo, que se eleva por encima de sus instintos más primitivos, logrando el dominio de las pasiones.

El instinto es el resultado de ciertas funciones psíquicas que, al estar infrautilizadas, quedan constreñidas, pero siempre latentes puesto que forman parte ingénita al ser humano. A medida que éste ha ido utilizando la razón y los conocimientos aprendidos a través de la experiencia, el instinto ha sido relegado a un segundo plano, día a día más oculto tras el peso de la cultura, quedando su existencia confinada a atisbos esporádicos y cada vez de menor intensidad, al no ser tan necesarios para la supervivencia inmediata. El instinto humano reconoce lo que está detrás de la mera percepción de los sentidos, dando lugar a intuiciones que conducen en muchas ocasiones a actos reflejos. Esto sucede, sobre todo, cuando concurren circunstancias que pueden acarrear algún peligro para la integridad del individuo, o en momentos de fuerte presión psíquica, que se traduce en una respuesta consecutiva a un estímulo.

Hay que diferenciar el instinto infrarracional, que el ser humano a través de la evolución va dominando, de la intuición superracio-

nal, la cual se dirige hacia las metas más elevadas del espíritu. Al igual que existen distintos grados y niveles en la memoria, asimismo hay una intuición de origen más primitivo y otra dirigida hacia lo más elevado del ser humano que, por encima de la razón, permite a la mente adquirir conocimientos superiores.

En cada época y en cada cultura existen fenómenos inexplicables e incomprensibles, simplemente porque no forman parte de los conceptos admitidos en su tiempo. En muchos momentos históricos se ha tratado de asociar el proceso intuitivo con revelaciones celestiales o con la inspiración de musas, e incluso hoy algunas personas siguen vinculando este proceso mental, de actividad elaboradora, con este tipo de interpretaciones.

En las más importantes doctrinas filosóficas se considera la intuición como la forma fundamental de conocimiento. Desde el punto de vista filosófico existen muchas concepciones sobre la intuición, desde la «intuición intelectual» de Spinoza (defendió que la intuición era indudablemente verdadera, real e infalible, por encima de la razón), a la «empírica» de Kant (los sentidos no pueden pensar, el entendimiento no puede intuir, pero los conceptos e intuiciones unidos dan una imagen más veraz de la realidad) o, también, a la «intuición esencial» de la fenomenología y la «intuición de los valores». Aquí trataré del tema de la intuición como transmisora de una comprensión o conocimiento sin poseer necesariamente ningún dato memorizado sobre él, o ejercer proceso analítico alguno, dándonos la comprensión natural y directa de algo, sin tener que razonar ni pensar sobre ello. La intuición es, por tanto, la aprehensión de una realidad cualquiera: de sí mismo o del mundo exterior traducida en hechos concretos, mediante la comprensión inmediata y directa, sin apelar a la lógica o a la razón.

La intuición es la percepción clara, íntima, personal e instantánea (aunque lleve gestándose su recepción tiempo atrás en la mente) de un concepto o una realidad —de la misma forma, o incluso más claramente que si se tuviera a la vista, ya que los sentidos pueden engañarnos—, sin tener que razonar: es aprender acerca de algo sin tener necesariamente que pensar o discurrir sobre ello. La intuición

es, por tanto, una forma superior de conocimiento que forma parte de la expresión del inconsciente, surge de forma espontánea, tras un intenso trabajo preparatorio, muchas veces realizado sin el concurso de la voluntad. En ocasiones se presenta plena y nítida, en otras aparece un atisbo que hay que madurar para que surja al final con claridad. En los procesos intuitivos involuntarios la intuición aparece de repente, muchas veces sin una forma conexas y, por tanto, antes de que se difumine la impresión, hay que configurarla y darle coherencia intelectual. El proceso de recepción del conocimiento solicitado en radiestesia es bastante rápido, ya que se adopta una predisposición mental que tiende a ello.

La intuición se manifiesta, en apariencia, de forma espontánea e instantánea, pero, casi siempre, se debe a un profundo trabajo inconsciente anterior. El papel de este proceso inconsciente es innegable y encontraremos múltiples manifestaciones, tanto desde el punto de vista histórico, como desde el personal. En ocasiones tratamos de resolver una cuestión empleando todos los conocimientos aprendidos y los recursos de la memoria sin ningún resultado. Es entonces cuando puede surgir la comprensión diáfana sin tener conciencia de los pasos que se han dado para lograrlo. La historia de los descubrimientos es rica en estos casos.

Ante un problema complejo la mente se dirige conscientemente a intentar su resolución; si no la encuentra, el inconsciente continúa trabajando —aunque la mente consciente se ocupe en otros asuntos. Es entonces cuando surge la revelación, incluso cuando la persona está ocupada en otras cuestiones. Esto demuestra que el trabajo inconsciente es más eficaz si ha sido preparado con una elaboración consciente previa. Así vemos que cuando aparecen las manifestaciones intuitivas, o las radiestésicas, se debe a un esfuerzo voluntario que hace que la conciencia estimule la actividad inconsciente.

La llegada de una información intuitiva a la conciencia se manifiesta orgánicamente a través de sensaciones, que pueden producir la impresión de esfuerzo muscular. Esta tensión muscular nace de la propia resistencia que ofrece la comuni-

cación entre el consciente y el inconsciente; situación que suele suavizarse progresivamente conforme se van descontaminando los canales de comunicación entre ambos. La respuesta puede ser puramente mental, como la recepción en la mente de una idea, frase, palabra o imagen identificativa de aquello que pretendemos conocer. La aparición en la mente de intuiciones inconscientes suele ser de difícil interpretación; sin embargo, cuando uno se predispone hacia ella mediante una formulación concreta de la información que desea recibir, la respuesta suele centrarse en lo que se desea saber. Ante la pregunta: ¿vendrá fulano mañana a comer?, en radiestesia la respuesta será sí o no; sin embargo, ante una formulación puramente intuitiva, la respuesta puede ser la imagen mental de esa persona teniendo un accidente y rompiéndose una pierna, lo que le impedirá acudir a la cita.

Efectivamente, en el proceso puramente intuitivo las respuestas suelen ser sólo, en apariencia, mentales, mediante la aparición de una idea, un pensamiento o una imagen en la conciencia. En radiestesia, como fenómeno ligado a la intuición, también la respuesta puede ser mental, aunque la mayoría de los operadores trabajan con reacciones neuromusculares. De esta manera se logra una mayor exactitud en la respuesta, sin dar lugar a equívocos de interpretación. Así pues, para obtener una información fidedigna, incluyendo la radiestésica, la observación y el razonamiento no son suficientes, es precisa la concurrencia de la intuición.

¿QUIÉN, DÓNDE, CUÁNDO Y CÓMO?

Quién puede ser radiestesista

Una pregunta que se plantea a menudo es quién puede y quién no puede ser radiestesista. Casi cualquier persona puede lograrlo; unos conseguirán buenos resultados con mayor facilidad y

otros con más esfuerzo. Pero todos los que quieran conseguir el éxito deberán estar unidos por el trabajo y la constancia, a lo cual también es aconsejable añadir el estudio de los procesos psíquicos integrados en el fenómeno radiestésico. Unas personas nacen con unas cualidades potenciales superiores a las de otras para desarrollar algún determinado tipo de talento, ya sea intelectual o artístico. Esta cualidad innata, referida a la radiestesia, debe facilitar en principio el camino para llegar a ser un buen radiestesista, aunque he conocido, y la historia también nos muestra, personas con grandes dificultades iniciales para operar en radiestesia, pero que más tarde, con tesón, lograron estupendos resultados.

He observado que los jóvenes tienen más facilidad para que surja en ellos el fenómeno radiestésico, puesto que aún no tienen sus facultades bloqueadas por los prejuicios y limitaciones de una sociedad culturalmente mercantilizada que modifica el entorno y la realidad natural, orientando las expectativas de desarrollo personal y social hacia un plano puramente material, dejando de lado, cuando no obstaculizando, la evolución global del individuo como parte de un proceso evolutivo natural.

Si se comienza a ejercer la radiestesia a una edad avanzada es posible que se sienta una cierta torpeza inicial, que se va transformando en una mayor capacidad de coordinación, al modificar las funciones nerviosas y compensar el deterioro que produce la falta de ejercitación en nuevas áreas. El hecho de someter el cerebro a nuevos retos ayudará a mantenerlo en buenas condiciones, beneficiando, no sólo al sistema nervioso central, sino a todo el organismo en general, y obteniendo de esta manera una mayor confianza en las propias posibilidades. A pesar de que una persona pueda tener un talento innato superior a otra para ejercer la radiestesia, existe un aspecto clave para conseguir el máximo nivel personal: la motivación. La motivación y la práctica perseverante resultan fundamentales, y elevan la capacidad radiestésica del operador de forma asombrosa en comparación con otras personas carentes de dicha motivación.

Todos tenemos unas capacidades connaturales, pero en muchas ocasiones el entorno influye negativamente de una forma determinante, limitando su desarrollo, moldeando nuestra conducta y prioridades. Esto puede conducir a obsesiones, depresiones, irritación o agresividad, ya que va en contra de la naturaleza humana. Estos estados creados por el entorno, ya sea físico (alteraciones geofísicas o modificaciones artificiales de la radiación natural, tóxicos ambientales, etcétera) o psíquico (modas o modos de vida ajenos a nuestras verdaderas aptitudes), limitan la expansión de los potenciales internos y, concretamente, de la capacidad radiestésica. En estos casos, es difícil llegar a dominar el arte de la radiestesia, en tanto no se haya conseguido solucionar el problema, ya sea en su vertiente física, buscando un emplazamiento adecuado, o eliminando el elemento perjudicial, o en la parte psíquica, encontrando nuevos valores que den un verdadero sentido a nuestras vidas.

Con todo esto no pretendo decir que sólo las personas con un absoluto equilibrio pueden ser radiestesistas. Al contrario, todos tenemos estados álgidos y bajos que dependen de ciertos ciclos naturales, del entorno, de las circunstancias y, sobre todo, de nosotros mismos, de nuestras actitudes y de nuestro comportamiento. Todo lo anterior nos muestra que hay momentos adecuados y desfavorables para operar radiestésicamente, al igual que hay días y ocasiones mejores y peores para estudiar, trabajar o hacer deporte. De cualquier forma, la práctica radiestésica eleva nuestra percepción de la realidad, y ayuda a descubrir los verdaderos valores intrínsecos que dan carácter a la vida.

Dónde operar

En principio cualquier lugar es propicio para ejercitarse en la radiestesia, pero algunos de ellos, por sus peculiaridades o por las circunstancias que llevan aparejadas, no son los más propicios. Cuanto más favorable sea el entorno, mejor, especialmente en los comienzos, ya que, para lograr el necesario estado de concentración,

lo más adecuado es operar en un entorno neutral o, mejor aún, apropiado al ejercicio de la radiestesia.

Así pues, desde el punto de vista anímico, es aconsejable rodearse de personas con buena predisposición, que conozcan lo que estamos haciendo, o bien practicar en solitario. Intentar demostrar a personas incrédulas que la radiestesia existe conduce generalmente al fracaso, sobre todo cuando se es principiante; es precisamente en esta etapa cuando suelen exhibirse las habilidades que uno tiene. De la misma forma, los lugares bulliciosos no son, en principio, recomendables para aquellos que comienzan a practicar o que tienen dificultades para abstraerse de las influencias del entorno. Más adelante, una vez se tiene confianza, se puede elevar el nivel de dificultad de forma gradual: operando en ambientes ruidosos, adversos, con gente escéptica, etcétera, que obliguen a un mayor grado de concentración.

De cualquier manera hay que tener en cuenta que un entorno hostil o escéptico frente a la radiestesia, puede influir de forma negativa en el operador. Por tanto, hay que tratar de operar en un medio lo más propicio posible, pues cualquier circunstancia adversa puede influir en la capacidad de concentración, puesto que al ser la radiestesia un fenómeno psíquico, el operador puede sentirse afectado por un medio desfavorable. En principio, un ejercitado radiestesista puede ser capaz de actuar en estos casos, aunque según su experiencia y su capacidad de sobreponerse a esos estímulos podrá trabajar durante un tiempo más o menos prolongado.

Los ambientes con la radiación natural alterada (alteraciones geofísicas, radiaciones electromagnéticas artificiales, etcétera) pueden generar estados de tensión que limitan la capacidad de relajación y concentración. La elección del lugar es muy importante en telerradiestesia, donde se permanece en una misma posición durante cierto tiempo, y cualquier estímulo negativo repercutirá en mayor medida. Un ambiente tranquilo y una posición cómoda favorecen una actitud serena, lo cual supone una baza inestimable a favor del éxito.

Cuándo operar

Una prospección radiestésica únicamente debería realizarse cuando nuestras condiciones físicas y mentales sean buenas. Sólo entonces los resultados serán fiables. El cansancio, la enfermedad o un estado psíquico inapropiado, afectarán negativamente al desenlace de la prospección además de perjudicar al propio operador, pues en estas condiciones se es mucho más vulnerable al esfuerzo que supone operar radiestésicamente. Una de las características de un buen radiestesista es saber cuándo puede operar y cuándo debe esperar o rechazar el trabajo. Si el operador tiene un problema que le preocupa y no puede abstraerse de él, o un estado de tensión, cansancio o estrés, lo mejor es aplazar el trabajo hasta restablecer el equilibrio requerido en toda operación radiestésica. Por tanto, es aconsejable abstenerse de trabajar cuando el estado físico y anímico no sea bueno, incluso una digestión pesada, sensación de sed, ganas de orinar, etcétera, son situaciones que se deben evitar.

Del mismo modo, existen circunstancias que, si el operador es en particular sensible a ellas, pueden representar una importante dificultad. El cerebro y el organismo humano en su conjunto se ve afectado por ciertos ciclos y alteraciones del medio ambiente: tempestades magnéticas solares, fases lunares, bruscos cambios climáticos o geofísicos. En estos casos, se pueden notar perturbaciones en las facultades psicofísicas y, por tanto, en la función radiestésica. Así pues, cuando no se es capaz de sobreponerse a la tensión que estos factores, u otros, pueden generar en el organismo, hay que demorar el trabajo radiestésico hasta encontrar el momento más adecuado.

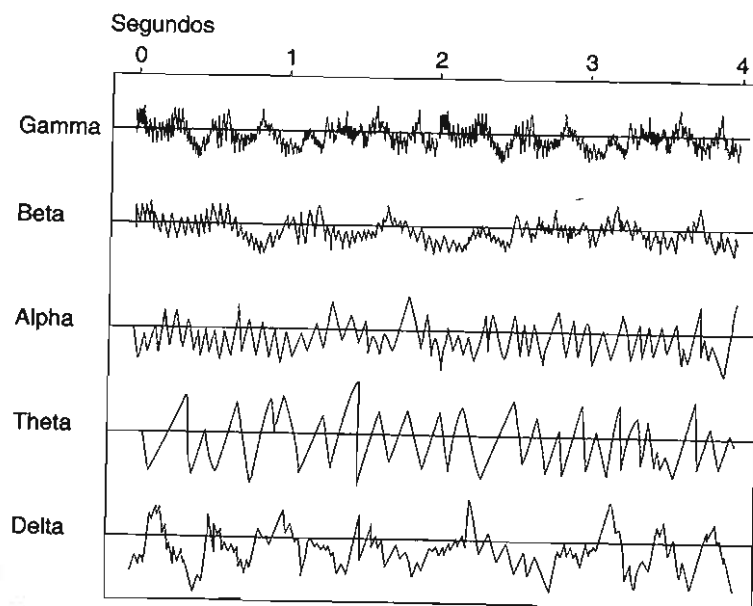
Antes de comenzar una búsqueda, es conveniente adquirir un estado de relajación que permita operar libremente, sin tensiones que dificulten nuestros propósitos. En primer lugar el operador ha de mantener una relajación física, ya que si el fenómeno radiestésico se va a expresar a través de reacciones neuromusculares, los músculos no deben estar sometidos a un exceso de ten-

sión, para facilitar así la labor, sobre todo los músculos más directamente implicados, como son los de los hombros, brazos y manos.

En cuanto al aspecto psíquico, por ser la parte fundamental para que se produzca el fenómeno radiestésico, se debe adquirir el estado más receptivo posible. Éste se encuentra cercano al estado alfa, o sea, con unos ciclos cerebrales bajos. Para lograrlo existen varios métodos; elegir uno u otro, o formar el nuestro propio, dependerá de las preferencias de cada uno.

Con la práctica se consigue un estado mental adecuado para operar de forma automática, educando la mente para pasar del estado de conciencia habitual a otro de mayor percepción cuando se pretenda obtener alguna información oculta a los sentidos habituales.

El cerebro mantiene distintas frecuencias cerebrales según la actividad que se realiza y la educación psíquica recibida. En estados de tensión y fuerte estrés se producen unas ondas cerebrales de hasta 60 ciclos por segundo, son los llamados ritmos gamma. En el



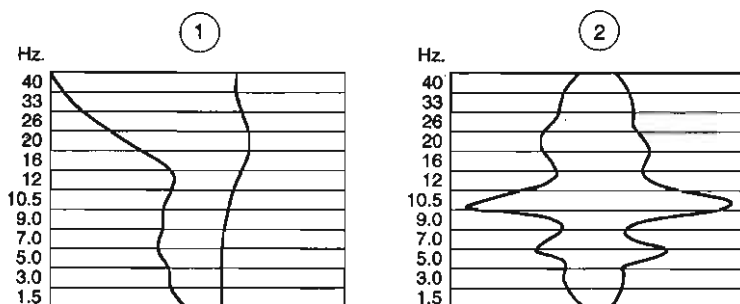
Gráfica de las distintas frecuencias cerebrales. Gamma 40-60 Hz. Beta 14-40 Hz. Alpha 7-14 Hz. Theta 4-7 Hz. Delta 0-3 Hz.

estado de vigilia normal, cuando la atención se dirige hacia el exterior, nos encontramos en estado beta, es decir, con unas ondas cerebrales rápidas y comprendidas entre los 14 y los 40 ciclos por segundo. Conforme la frecuencia disminuye entramos en el estado alfa, que corresponde al estado de relajación en el que las ondas descienden hasta los 7 ciclos por segundo. Las ondas theta quedan comprendidas entre los 4 y los 7 ciclos; finalmente las ondas delta, que llegan a un mínimo de 0,5 ciclos, son las que acompañan al sueño profundo.

Debe tenerse en cuenta que el cerebro produce simultáneamente muchas frecuencias distintas, así como diferentes voltajes; la cuestión que se plantea es en qué frecuencias se produce la mayor actividad cerebral.

En mis investigaciones he comprobado que el estado mental que propicia la manifestación radiestésica es aquel que conjuga una profunda conciencia con una intensa claridad psíquica, debido a que los dos hemisferios cerebrales —izquierdo y derecho— se sincronizan generando ondas de la misma amplitud y frecuencia; dicho fenómeno no se produce habitualmente en las actividades cotidianas, salvo en personas especialmente dotadas o en practicantes asiduos de la educación mental. Cuando se consigue dicha sincronización, el tiempo, el espacio, el objetivo y el operador dejan de ser elementos independientes para fusionarse en un todo; no existe escisión alguna.

El hemisferio izquierdo se relaciona con el lenguaje escrito y hablado, la capacidad matemática, la lectura y el razonamiento, mientras que el derecho lo hace con las facultades artísticas, las formas tridimensionales, la imaginación o la intuición. De cualquier forma, ambos hemisferios se interrelacionan y funcionan al unísono en mayor o menor grado, por lo que es difícil poder marcar una línea divisoria a partir de la cual actúa uno u otro. La cultura occidental ha favorecido el desarrollo del hemisferio izquierdo en comparación con el derecho, más creativo e intuitivo, y, precisamente, es el que en esencia procesa los conocimientos nuevos antes de transferirlos al izquierdo.



El equilibrio de los hemisferios cerebrales favorece la aparición de los estados de conocimiento. 1: hemisferios en desequilibrio. 2: hemisferios en equilibrio.

Durante el proceso radiestésico las ondas cerebrales bajan de forma notable, en comparación con los estados normales de vigilia, con lo que se consiguen altos estados de receptividad. A nivel cerebral, y probablemente en todos los ámbitos del ser, se origina una integración sensorial, perdiéndose la percepción individual y adquiriendo un estado de profunda conciencia global, especificado en el objetivo.

Por tanto, para trabajar en radiestesia se puede ir en dos direcciones:

- por una parte potenciando las capacidades psíquicas para facilitar la manifestación radiestésica con conocimiento de causa;
- practicar la radiestesia para potenciar el equilibrio cerebral.

Aunque ya ha quedado demostrado cómo los dos fenómenos van íntimamente ligados, creo que es mejor andar el camino paso a paso, intentando que ambos vayan al unísono, es decir, elevando nuestros potenciales psíquicos al tiempo que vamos profundizando en la práctica radiestésica. De esta manera ambas prácticas se funden en un solo proceso, logrando que no se produzcan los desequilibrios orgánicos ni psíquicos que tantos trastornos ocasionan a muchos radiestesistas ignorantes, ya que solicitar al inconsciente que descubra parte de su esencia debe ir siempre acompañado de una progresión en todos los aspectos del ser humano hacia su condición más elevada.

Con una buena relajación física y mental se consigue enlente- cer las ondas cerebrales, reduciendo su frecuencia en más de diez ciclos por segundo. Esto favorece la manifestación radiestésica, logrando a la vez que la actividad del hemisferio cerebral derecho se sincronice con el izquierdo. Un elemento esencial para una iniciación correcta en radiestesia es, precisamente, adquirir la capacidad de relajarse profundamente a voluntad, tanto psíquica como corporalmente, logrando la adecuada sincronización de los hemisferios cerebrales, y prestando especial atención a los estados dominantes de ondas alfa. En estos estados mentales se utiliza gran parte del cerebro, en comparación con los estados de vigilia normales, que sólo utilizan la mitad del cerebro de forma alternativa. Las técnicas de meditación, visualización, autosugestión, respiración y relajación pueden favorecer la consecución de dichos estados, logrando con la práctica adquirirlos con mayor rapidez.

He comprobado, y por lo tanto recomiendo, que la práctica de determinados ejercicios aumenta la oxigenación cerebral, y permite así operar durante más tiempo sin que aparezca el cansancio al tiempo que favorecen la capacidad de concentración. Es importante mantener una correcta respiración que incida en el cerebro de forma inmediata, al igual que los ejercicios donde se combina la actividad física con una respiración profunda, lo cual facilita la captación de oxígeno.

Es obvio que un buen estado de salud y bienestar ayudan en la actividad radiestésica; por contra, la fatiga, la enfermedad y las contrariedades tienen efectos adversos, pues, en estos casos, el operador se encuentra obligado a un esfuerzo suplementario que, casi con total seguridad, le conducirá al fracaso. Existen dos tipos de fatiga: la mental y la corporal, aunque, sin duda, una va ligada a la otra. Cuando el trabajo se prolonga, o no se ejecuta de modo adecuado, sobreviene la fatiga física y el embotamiento mental, que obliga a interrumpir la actividad, al crear un estado afectivo desagradable que conlleva, en mayor o menor grado, un entorpecimiento.

Si durante una prospección notamos cualquier síntoma de cansancio o sensaciones anómalas como sudor, malestar, respiración o ritmo cardíaco acelerado o anormal, hay que esperar durante un rato hasta recuperarse. En estos casos el agua es un buen aliado; una buena ducha o al menos lavarnos la cara, la nuca, las manos y las muñecas, servirá para restablecer energías y continuar con renovados bríos la labor. Beber agua sirve igualmente para recuperar el equilibrio fisiológico perdido debido a la tensión física que se va acumulando.

En muchas ocasiones el cansancio proviene del sobreesfuerzo sostenido que realiza el cerebro para controlar el movimiento de los músculos pequeños del cuerpo. Funciones que, al igual que sucede en radiestesia, ocurren al tocar un instrumento musical o al pintar un cuadro y, aunque lleguen a ejecutarse de forma automática e inconsciente, generan cansancio si se alargan en demasía. El control sobre las ondas cerebrales facilita el dominio de la motricidad fina; al mismo tiempo que aumenta la capacidad de atención, la memoria mejora y también se comprueba que el coeficiente intelectual se eleva. Una ejercitación prolongada y progresiva, dirigida al control cerebral, permite un aumento de la inteligencia.

También se observa que cada persona reacciona de distinta forma ante unos mismos hábitos, por lo que éstos pueden ayudar o limitar la actividad radiestésica. Hay quienes operan mejor con el estómago vacío y otros, por el contrario, después de comer; cada uno deberá observar en qué condiciones se encuentra más potenciada su capacidad de concentración y de relajación. Comer en exceso es un inconveniente, al igual que la ingestión de alcohol o de ciertos medicamentos, inhibidores ambos de la capacidad sensitiva y psíquica normal.

Cómo operar

La radiestesia puede entenderse como una ciencia en sí misma, o bien, como una rama vinculada a la psicología aplicada al campo de

la evolución como individuo integrado en un proceso global. Al mismo tiempo, se puede considerar un arte, ya que, lo mismo que el pintor o el escultor, el radiestesista expresa un sentido interior que es posible fomentar, pulir o, en una palabra, educar. Se puede tener la capacidad de expresarse a través de un determinado arte, pero saber en qué contexto se manifiesta y poder, así, desarrollarlo, genera una mayor calidad de ejecución.

Dentro del complejo ámbito en que se desarrolla la radiestesia habría que destacar dos aspectos bien diferenciados, pero al mismo tiempo dependientes uno del otro en cuanto al resultado final del proceso. Por un lado están los mecanismos internos del propio operador, que son el origen del fenómeno radiestésico y, por otro, todo aquello que sucede externamente a él, como es el caso de elegir el dónde, el cuándo y el cómo. De ahí la importancia del modo operativo, o sea, de la estrategia operacional: cómo vamos a realizar el trabajo.

Antes de emprender la búsqueda, es aconsejable planificarla y determinar:

- Qué modo operativo vamos a adoptar (sobre un plano, sobre el terreno, etcétera).
- Los medios pertinentes para ello (instrumento más apropiado al tipo de búsqueda y los elementos accesorios necesarios: plano, puntero, brújula, etcétera).
- El mejor sistema que se puede seguir (triangulación, coordenadas, desplazamiento, etcétera).

También han de considerarse las dificultades que puedan surgir en el transcurso del trabajo radiestésico y prever las soluciones pertinentes.

Un aspecto importante es la renovación periódica de la reflexión-interiorización, estado que comprueba la existencia de la motivación y el interés suficientes para dar garantías a la búsqueda, amén de razonar las acciones, las decisiones e incluso las impresiones que se toman o surgen durante ella.

Existen tres formas operativas en cuanto a la localización de un objeto. La más común es la búsqueda sobre el terreno, es decir, el radiestesista recorre el terreno directamente; el segundo método es la búsqueda a distancia, desde un lugar distante pero al alcance de la vista, y el tercero desde un lugar donde no se pueda ver la posible disposición del objetivo. Debo volver a recalcar que, en todos los casos, la acción mental del radiestesista es la misma, y el fenómeno que se produce es también idéntico, aunque la forma de llevar a cabo el trabajo sea distinta, como veremos más adelante.

Dentro del contexto radiestésico la parte operativa es de gran importancia, saber cómo plantear el estudio propuesto. Cada trabajo radiestésico presenta unas peculiaridades distintas y, dependiendo de éstas, actuaremos de una u otra forma en cuanto al planteamiento operativo. Aunque el proceso mental sea el mismo, no es igual buscar un objetivo sobre el terreno que uno a distancia, al igual que es diferente trabajar en una vivienda o sobre la tierra. El modo cambia sustancialmente en función del medio, aunque más adelante se tratará el tema de forma específica, y se verá cómo se puede operar en distintas circunstancias y ante diferentes objetivos.

Durante la realización del trabajo pueden surgir de improviso distintos problemas. Un radiestesista experimentado podrá, en la mayoría de las ocasiones, encontrar las soluciones pertinentes que deberá adoptar en cada caso. Estas dificultades externas pueden ser provocadas por fenómenos medioambientales como la lluvia o el viento, por terrenos de difícil acceso, por gente incómoda o escéptica, etcétera.

Sobre el terreno solemos encontrar indicios aparentes de la posible existencia del objetivo. Hay que evitar todos los datos, más o menos evidentes, que, consciente o inconscientemente, pueden dar una pista de aquello que buscamos, pues a la larga son causa de no pocos errores, ya que se tiende a buscar dichos

indicios de una manera automática, relegando al auténtico ejercicio radiestésico. Si buscamos agua subterránea, sabemos que ésta provoca una serie de manifestaciones tangibles en la superficie: variación de la flora, humedades, efectos en ciertos árboles (malformaciones, menor crecimiento, etcétera), presencia de determinadas especies vegetales o incluso animales (termitas, hormigueros, etcétera). Estos efectos no siempre se deben a la existencia de agua subterránea y, al igual que otro tipo de indicios más o menos evidentes, suelen acarrear buen número de equivocaciones.

Antes de comenzar el trabajo radiestésico deberíamos comprobar nuestro estado de ánimo hacia la operación propuesta. La monotonía y la fatiga afectan nuestra atención y debilitan la concentración. Esto implica que la realización de trabajos repetitivos que ya no despiertan el interés y la motivación, sean la causa de la aparición de una sensación de cansancio, tanto físico como psíquico, que limita la actividad radiestésica.

Otra posibilidad de error nada desdeñable surge del propio deseo de lograr un determinado resultado. Un caso frecuente ocurre cuando el radiestesista se siente presionado para, por ejemplo, encontrar agua, y su afán de complacer esa necesidad le lleva a dictaminar su existencia, cuando ésta sólo existe en el efecto sugestivo al que está sometido. Del mismo modo, cuando se trata de diagnosticar médicamente a algún allegado, es difícil sustraerse de los deseos personales de que esté en perfecto estado de salud. Mientras se trabaja hay que inhibirse de los propias querencias de obtener uno u otro resultado; en caso de no superar la implicación emocional, es mejor encargar el trabajo a otro radiestesista o abandonar.

Querer es, en primer lugar, desear, además de creer en la posibilidad de conseguirlo y predisponerse hacia ello. Pero la querencia, el deseo por sí solo, no conduce a ninguna parte, ya que debe ir acompañado del conocimiento de los mecanismos necesarios para llevar la búsqueda a buen fin. Es importante saber en qué contexto se produce dicha búsqueda y actuar en consecuencia.

¿ESTAMOS PREPARADOS?

La motivación y el deseo

La motivación es uno de los elementos fundamentales para lograr el resultado esperado en radiestesia, al igual que en cualquier faceta de la vida. Entiendo por motivación aquello que activa el comportamiento y lo dirige hacia una meta determinada. Sea cual sea el tipo de búsqueda, ésta tiene siempre una finalidad y debe llevar aparejada la motivación y el deseo de lograrla. Hay operadores que tienen una gran motivación hacia determinado tipo de objetivo y, sin embargo, difícilmente logran tenerla en otros. Esto limita sus posibilidades de actuación, pues supone un esfuerzo mayor en todo el proceso radiestésico y el riesgo de cometer fallos se multiplica.

He conocido radiestesistas con buen número de éxitos en la localización de aguas subterráneas, pero incapaces de localizar cualquier otro tipo de objetivo. Otros operadores obtienen muchos aciertos en diferentes objetivos, pero en otros se muestran incapaces de lograr un solo acierto. Sobre todo en este último caso, la falta de motivación e interés hacia el objetivo suele ser la causa del fracaso. No obstante, esta limitación se puede suplir con la motivación que supone un nuevo reto radiestésico y el hecho de comprobar que realmente podemos lograrlo.

Hay que admitir que no siempre se es capaz de aislar mentalmente determinado tipo de objetivo. En ciertas etapas de la vida nuestra atención se focaliza eficazmente en ciertos objetivos, pues por las razones que sean despiertan nuestro interés. Sin embargo, en otros momentos esto no sucede en la misma medida o con la misma intensidad. Además, no todas las personas, incluso las más dotadas, son aptas para la localización de todo tipo de objetivos, puesto que no todos despiertan en la misma medida su interés y motivación: si no hay motivación e interés no se puede sostener la atención de forma eficaz. A una motivación serena y consecuente con el interés que despierta en nosotros el objetivo, debe unirse la práctica perse-

verante de las actitudes que favorecen la aparición y la estimulación de los procesos psíquicos necesarios en radiestesia.

El cerebro tiene una gran capacidad de programarse en una determinada dirección, especialmente si existe o se introduce un esquema motivacional. Cuando existe la motivación, en radiestesia, el planteamiento, la expresión y la pregunta fluyen sin resistencia en la mente, ya que se encuentran en el contexto propicio para estimularla. Por contra, cuando desciende el estímulo y la motivación, la cognición igualmente disminuye.

La motivación y el deseo son la puerta que abre el camino del conocimiento radiestésico. El deseo es la representación, más o menos vaga, de la realización de un acto o de la posesión de aquello que queremos conseguir. Un deseo material en la búsqueda radiestésica esconde en la mayoría de las ocasiones una obsesión que limita la expresión de las capacidades naturales. En estos casos, antes de operar se debe solucionar la causa que genera este desequilibrio psíquico. El deseo excesivo o no controlado puede cooperar en la aparición de ilusiones, haciendo que el operador sufra sus consecuencias, puesto que, fruto de la frustración, se satisface por medio de la fantasía. Ahora bien, el deseo, asimismo, tiene una vertiente positiva cuando se convierte en una actividad dirigida por la voluntad hacia el conocimiento; entonces encuentra su lugar dentro del contexto radiestésico.

Cuántos episodios en la vida fracasan por culpa de carecer de la motivación necesaria para ejecutarlos, y sin embargo vemos con qué facilidad y convicción se realizan otras cuestiones imbuidas del espíritu necesario para lograrlas. La motivación es una fuerza capaz de favorecer la acción e inducir el comportamiento y la actividad mental adecuados, orientándolos hacia objetivos determinados. Esta forma de actuar es fundamental en radiestesia y en la vida.

Si existe la motivación adecuada en cualquier trabajo se consigue reducir la fatiga que éste genera; además, una actividad realizada con motivación unida al interés que despierta al llevarla a cabo de forma repetitiva y organizada, logra un significativo incremento de la capacidad psíquica. De esta íntima relación entre la motiva-

ción y la eficacia me surge la idea de plantear lo que podríamos llamar «ley de la motivación», hecho que armoniza con el estado de conciencia actual de cada uno: en determinado momento cierto objetivo nos motiva, asumiendo que el éxito de la empresa depende del grado de motivación.

La radiestesia debe rodearse de una motivación inmaterial como fundamento, el interés debe sustentarse en el conocimiento y en nuestra expresión interior. Si en algún momento no se logra la motivación adecuada hacia determinado objetivo, es posible obtenerla pensando en la ayuda que para otros puede conllevar nuestro trabajo, o bien plantearlo como un reto personal.

El interés

El pensamiento humano no manifiesta el mismo interés ante diversos asuntos que se le presentan, oscilando desde el rechazo hasta la aceptación. Esta gradación en los niveles de interés determina nuestro estado al enfrentarnos a cualquier situación, entre ellas la búsqueda radiestésica y concretamente al objetivo. Esto no quiere decir que sin un interés o una motivación inicial no sea posible ejecutar un trabajo radiestésico, pero sí resultará dificultoso para un operador medio, y sólo aquellos que poseen una gran capacidad de auto-sugestión podrán salir airosos.

El interés es, pues, la inclinación del ánimo hacia una cosa, persona, idea o acontecimiento que sea atrayente, conmovedor o intrigante, que suscita una actividad destinada a satisfacer dicho interés. No debemos confundir el interés con la curiosidad, pues ésta es pasajera, superficial y dependiente de estímulos externos, mientras que el interés es perdurable, surge de la actividad interna y nos permite penetrar en profundidad en un tema. El interés

abre la puerta a que ciertos objetos o hechos incidan en la conciencia y que el resto se pierdan en el subconsciente más profundo.

Es difícil mantener la atención sobre algo que no nos interesa. Por tanto, a mayor interés en cualquier actividad, mayor facilidad para mantener la atención, logrando así que el desgaste psíquico que produce esta concentración se reduzca considerablemente, y como consecuencia, que la capacidad de concentrarse durante más tiempo y la eficacia de la búsqueda radiestésica aumenten. De todo esto es fácil deducir que no todos los objetivos radiestésicos tienen las mismas posibilidades de éxito con todos los operadores. Aún teniendo similares capacidades radiestésicas, aquellos que tengan un especial interés en determinado tipo de objetivo, obtendrán una ventaja indudable sobre el resto, al imprimirle ese interés una predisposición mental favorable a generar y mantener su atención sobre el objetivo. Así se elimina la influencia de los pensamientos vagabundos que, en muchas ocasiones, invaden la mente mientras se opera, dificultando la correcta dirección del pensamiento y la concentración.

Ciertos problemas fisiológicos pueden reducir el interés hacia una materia cualquiera. Una disfunción orgánica como una insuficiencia glandular, o la astenia, pueden generar ausencia de interés (inatención); asimismo, una obsesión o un deseo excesivo limitan el interés y la capacidad de atención, lo cual a su vez impide la actividad radiestésica.

El ser humano manifiesta una tendencia hacia las nociones que le interesan, y cuando consigue conocer aquello que provoca su curiosidad y sobre todo su interés logra un sentimiento de satisfacción. Por consiguiente, tendencia, conocimiento y sentimiento son parte inherente en los procesos psíquicos y, por tanto, también de los radiestésicos. El sujeto dibuja el objetivo a través del conocimiento, representándose mentalmente en una actitud de carácter tendencial que le permite dirigirse hacia él.

La intención

Es evidente la dificultad que entraña el control directo de aquello de lo que no somos conscientes. El hecho de adquirir conciencia de los estados psicobiológicos, generalmente involuntarios, permite elevar la capacidad de actuar sobre ellos, es decir, ejercer intencionadamente un control sobre nosotros. La actividad radiestésica se manifiesta con mayor eficacia cuando la intención es más patente: querer es poder.

Todo el proceso radiestésico conlleva una preparación, una ejecución y un desenlace. Al comenzar dicho proceso y durante el mismo, el operador fija y mantiene una intención bien definida: conocer algo que desconoce. Esta intención, apoyada en la representación mental del objetivo, activa la acción radiestésica. La elección y fijación mental del objetivo permite que la mente focalice hacia él su atención, reforzándola mediante la intencionalidad. La intención de lograr determinada propuesta permite, fomentada por la motivación, que la información buscada se plasme a nivel consciente en un contexto autosugestivo.

El proceso radiestésico es baldío si no existe la intención clara y concreta de lograr lo que se propone, que junto con la motivación, crea el contexto adecuado. Sin estas circunstancias, el trabajo se convierte en una espera vana. Aunque la intención, la motivación, o incluso el deseo, pueden fomentarse con la sugestión y la autosugestión, es decisivo que antes existan ya de forma innata, como paso previo al trabajo radiestésico, pues una predisposición propicia hacia cualquier actividad favorece en gran medida su adecuada ejecución.

La intencionalidad dirigida a través de la conciencia de la propia actividad (en este caso radiestésica) permite identificar el objetivo mediante la dualidad mental de sujeto activo, o sea, el operador, y la finalidad, es decir, el objetivo, aun siendo éste interno al radiestesista, si se pretende, por ejemplo, diagnosticarse uno mismo su estado de salud. La intencionalidad permite ser consciente y darse cuenta de la propia actividad, logrando así adquirir el estado mental requerido para la búsqueda radiestésica, ya que la conciencia del acto implícito en sí no activa el proceso radiestésico: es la conciencia directa y glo-

bal a través de una intención, dirigida específicamente a la experiencia que se va a vivir, la que imprime el impulso a dicho proceso.

La localización comienza con la intención de encontrar la respuesta correcta; algunos cualificados radiestesistas consideran necesario expresar el deseo de localizar el objetivo y, aunque la expresión del deseo ya denota una intención, creo que es mejor que ésta quede claramente reflejada en la mente y en la acción, ya que sin ella no hay proceso radiestésico, a pesar de mantener un deseo muy vivo.

Si la expresión del deseo no va acompañada por una clara y determinada intención sólo se queda en una ilusión de los sentidos, los cuales no participan en el proceso radiestésico. Lo más importante es plasmar claramente la intencionalidad:

- Tengo la intención de ser consciente de...

o bien:

- Tengo la intención de saber...

Aunque, también podría utilizarse la expresión:

- Deseo ser consciente de...

Teniendo en cuenta en este caso que el deseo por sí solo, a pesar de ser expresado, no es suficiente sin la intencionalidad para lograr su objetivo. Esto sucede en cualquier actividad cotidiana y, especialmente, en radiestesia, donde se propone un esfuerzo mental ajeno a la lógica. Para que este esfuerzo incida en la mente debe ir acompañado, además, de la sugestión autoinductiva, tendente a fomentar la intención en el operador que conoce las condiciones favorecedoras del proceso entre el consciente y el inconsciente. Por ejemplo, tengo la intención de encontrar el cadáver de una persona desaparecida en una riada, pero, al mismo tiempo, deseo que no sea así por la esperanza de que esté viva, aunque las posibilidades sean inexistentes; en este caso la intención debe rodearse de una autosugestión dirigida al logro del resultado, pero sin implicarse en él.

De cualquier modo no es imprescindible la formulación verbal o mental de la intención, ya que en radiestesia va implícito con la conciencia; de no ser así, el proceso no puede existir. A pesar de que el proceso radiestésico pueda continuar con independencia de la reiteración de la expresión de intenciones, es conveniente renovar dicha

intención durante la búsqueda, a fin de adquirir conciencia de que dicha intención perdura. Si la estimulación que provoca la actividad radiestésica cesa, el proceso también se detiene, anulando cualquier intento de continuidad. Por ello es conveniente revisar la intención y, si se quiere, incluso se puede expresar en voz alta para que incida de forma más eficaz en la mente. Hay quienes plantean la necesidad de emitir de forma verbal la expresión de forma suplicante o plañidera, en tanto que otros la plantean de forma autoritaria; desde luego que no es necesario en esta última forma, ya que a veces resulta menos efectivo. Simplemente hay que realizar el proceso de modo correcto, es decir, efectuar la declaración de lo que se pretende de forma clara y concisa. Una formulación imperativa, dubitativa o indiferente obstaculizaría el correcto proceso radiestésico.

Por consiguiente, la intencionalidad es la evidencia de un acto o conducta, es el acto con que la mente tiende al objeto. No es una tendencia a ciegas, sino que se dirige hacia algo determinado: la intención es dirigir la voluntad hacia un fin. La actividad psíquica no funciona en el vacío, sin un objeto al que el sujeto confiere su cualidad mediante la intencionalidad. Ésta indica el carácter esencial común al tipo de vivencia, referida a algo representativo, y da la conciencia de la misma.

Cuando el operador funde el acto en sí con el sentimiento psicológico, adquiriendo conciencia globalizadora de su actuación, la búsqueda radiestésica alcanza su verdadero sentido y significado, creando el estado receptivo que acompaña a los fenómenos del conocimiento.

La predisposición

Cuántas veces vemos personas dispuestas siempre a colaborar, preparadas para la acción, en tanto que otras, por el contrario,

hay que presionarlas para lograr que hagan alguna cosa. Las actitudes son fundamentales en cualquier actividad, y la predisposición, es decir, prepararse por anticipado para lograr un fin, es un estado de ánimo enfocado a una determinada acción, que favorece, sobre todo en radiestesia, el que se pueda llevar a cabo. Sin esta predisposición, será difícil orientar la mente y, sobre todo, mantenerla orientada el tiempo necesario para conseguir el proceso psíquico adecuado.

Una determinada inclinación puede estar motivada por el instinto o por el hábito, o también ser el resultado de una elección reflexiva. La predisposición más favorable para el ejercicio radiestésico es la instintiva, la que de forma innata nos estimula a la acción y favorece una determinada dirección psíquica. Aunque no hay que olvidar que la educación tiene la función de reprimir las tendencias instintivas naturales.

La predisposición en la búsqueda radiestésica ha de ser continua, pues es la que permite a la mente adentrarse en el mundo de lo desconocido, al menos tal como se entiende lo conocido y lo desconocido en nuestra cultura. Podemos concluir que la predisposición previa y mantenida es un imperativo del proceso radiestésico.

La relajación

El estado de relajación beneficia al ser humano en su conjunto, gracias a unas ondas cerebrales más simétricas, a una reducción de la frecuencia cardíaca y del consumo de oxígeno, al equilibrio neuro-endocrino, etcétera. Los efectos de la relajación repercuten sobre la eficacia física y mental, así como sobre el equilibrio emocional e, incluso, sobre la evolución espiritual: es una experiencia psíquica con amplias repercusiones fisiológicas.

La capacidad de relajarse permite evitar cualquier tipo de distracción, ya que favorece que podamos concentrarnos con mayor facilidad. El operador, sin un adecuado entrenamiento en trabajos de campo, puede ser influido por elementos del entorno que pueden falsear el resultado. Para evitarlo, el radiestesista debe lograr un estado de relajación que le permita liberarse de tensiones, ya sea mientras trabaja en posición estática o cuando se desplaza por un terreno. Esto se consigue mediante lo que denominaré la relajación dinámica. Ésta se puede entender como la relajación que se puede adquirir durante cualquier actividad cotidiana sin necesidad de estar en una determinada posición o lugar. La relajación requiere al principio un tiempo que, a medida que se practica, se puede reducir a pocos segundos.

Recibimos de forma continua un aluvión de informaciones; una parte de ello es importante, en tanto que la otra es superflua e incluso contraproducente, pues provoca múltiples evaluaciones con el consiguiente desgaste y tensión mental. Si bien no es posible eliminar muchos de los estímulos agresivos o perjudiciales del entorno, lo que sí se puede modificar es la reacción ante ellos, reduciendo la tensión innecesaria, y para lograrlo la mejor aliada es la relajación.

El objetivo principal es aprender a relajarse y controlar las frecuencias alfa, lo que supone reducir la cantidad de información que llega a la mente, logrando la posibilidad de centrarse en aquello que realmente interesa en cada momento. Para alcanzar esta meta es recomendable, al principio, utilizar un método autosugestivo como el de Silva, el de Schultz u otros análogos, que favorecen este estado, del mismo modo que sucede con la práctica de disciplinas como el yoga, el zen o la meditación. Schultz, inspirado por los trabajos de Vogt y Brodmann, desarrolló un método mediante el cual una persona es capaz de mantenerse tranquila y relajada por sus propios medios, gracias a un proceso de autosugestión; a este método lo llamó el «adiestramiento autogénico», consiguiendo con él fomentar la capacidad innata del organismo para obtener el reequilibrio físico y mental.

De cualquier forma, los métodos de relajación y concentración son múltiples, y elegir uno u otro dependerá de las preferencias per-

sonales; vivir en un lugar favorable (libre de agresiones geofísicas, electromagnéticas artificiales, etcétera), alimentarse de forma adecuada y mantener una actitud positiva, facilita el estado de relajación, tanto físico como psíquico, y constituyen un aspecto importante y previo para que surja el fenómeno radiestésico.

El estado ideal para provocar la manifestación radiestésica es aquel que conjuga la relajación y, al mismo tiempo, participa en un mayor control de la mente. Este estado se sitúa en el nivel alfa de actividad cerebral. El operador mantiene conscientemente todas sus facultades en un ritmo cerebral bajo, donde surgen con mayor facilidad los fenómenos relacionados con la intuición. Los estados de sueño y de vigilia se relacionan, respectivamente, con determinadas frecuencias cerebrales; sin embargo, cuando es la voluntad la que dirige el proceso, se puede reducir el ritmo de ondas cerebrales sin que necesariamente aparezca un estado de somnolencia. En este caso, cuando se realiza de forma voluntaria, se convierte en un estado activo de vigilia que conlleva una gran receptividad, alejado de las distracciones o pensamientos erráticos, que permite centrarse con mayor objetividad en lo que se pretende.

Técnicas de relajación

La relajación puede conseguirse mediante un proceso de autosugestión dirigido por la imaginación. Una forma de relajación mental es dirigir la mente hacia algo imaginario o hacia algún recuerdo que sea agradable y relajante. Para empezar hay que estar en un lugar tranquilo; luego se puede elevar de forma paulatina la dificultad hasta conseguir y mantener la relajación en cualquier lugar o bajo cualquier circunstancia.

Se puede comenzar con una técnica de relajación muscular que incida directamente en el cuerpo, que también repercute en la mente. El paso siguiente del entrenamiento sería emplear una técnica de relajación mental que induzca la relajación psíquica, pero que actúe además en el cuerpo físico. De esta manera comprobaremos cómo la relajación consciente de la mente y del cuerpo están directamente vinculadas. La relajación neuromuscular —elemento fundamental que posibilita el movimiento del instrumento o la percepción sensorial—, permite adquirir conciencia de la tensión innecesaria, y abre el camino hacia la relajación psicofísica. Es una forma de reducir la actividad psíquica superflua, permitiendo a la mente funcionar con aquellos patrones necesarios en cada momento, en cada etapa, y no perdiéndose en elucubraciones inútiles, proporcionando la tranquilidad necesaria para adquirir conciencia de nuestra realidad.

En primer lugar, recomendaría a aquellas personas sin práctica en técnicas de relajación que comenzaran en una posición tumbada con la espalda en el suelo o sentadas con la espalda recta. Esta actividad, que en principio puede parecer fácil, puede generar en muchas personas una tensión motivada por un sentido de culpabilidad educativo y represivo producido por el hecho de, aparentemente, no hacer nada.

Los estados de tensión, nerviosismo o angustia deben evitarse en la práctica radiestésica, pero, como es lógico, para eliminar la tensión, primero hay que sentirla, ser conscientes de ella, para después poder dispersarla.

Si cerramos la mano, apretando con firmeza, comprobamos cómo los músculos se tensan, y al abrirla se relajan; esto mismo se produce cuando se tensa cualquier músculo o grupo de músculos para después liberar de golpe su tensión. Este ejercicio hay que efectuarlo concentrando la atención en estos dos estados: tensión y relajación, observando la diferencia entre ellos en pautas de unos 5 hasta 10 segundos para cada estado.

Antes de comenzar la práctica radiestésica se puede realizar este ejercicio, y asimismo durante ella, ya que conforme transcurre la búsqueda se va acumulando tensión que puede reducirse mediante esta relajación dinámica. Darse cuenta de la existencia de la tensión supone que podamos adoptar los medios para contrarrestarla.

El principio de la práctica de la relajación es simple: llevar el músculo hasta la máxima tensión posible y, luego, suprimir la tensión, al tiempo que se emplea un ritmo de respiración pausado, profundo y regular.

También es importante trabajar la relajación de forma cotidiana; ello repercute de forma decisiva en cualquier actividad y nos prepara para la radiestésica de forma específica. Se puede lograr relajando sucesivamente ciertos músculos o grupo de músculos desde los pies a la cabeza, prestando atención a la distensión de cada zona y, finalmente, al organismo en su conjunto.

Para lograr este estado de relajación se puede actuar en dos fases sucesivas, que nos permitirán operar en casi cualquier circunstancia:

1. Elegir un lugar tranquilo; comenzar primero en posición estática, tumbado o sentado, después de pie y, finalmente, en movimiento. La temperatura debe ser agradable, la ropa cómoda y holgada, sin presiones.
2. Comenzar en un lugar tranquilo, después incrementar la dificultad tratando de relajarse en un ambiente bullicioso y ruidoso, y además de permanecer estático, relajarse en actividad, andando, hablando, con temperatura desagradable, ruido, incomodidades, etcétera.

Para practicar la relajación, la concentración y la consiguiente autosugestión, es conveniente, sobre todo al principio, practicar en solitario o con personas de confianza, comenzando en un lugar y en un lapso lo más favorable posible: un lugar silencioso y tranquilo es

un buen aliado que, por lo general, coincide con la noche, cuando apenas se dan sonidos imprevistos. Los mejores momentos del día para practicar la relajación o la meditación son: o bien al despertarnos, o bien hacia el final del día, antes de conciliar el sueño. Es entonces cuando el consciente tiende más hacia la unión con el inconsciente, lo cual sucede cuando se adopta una determinada actitud, se apacigua el interior y se entra en relación con el objetivo, focalizándolo en la mente.

Con este entrenamiento se va logrando el autodomínio de las propias reacciones frente a ruidos, olores o cualquier agente exterior, y se facilita la actuación radiestésica en cualquier circunstancia. El dominio sobre los agentes exteriores e interiores sirve para que los movimientos reflejos, producto de dichos estímulos, queden reducidos o incluso anulados. De esta forma se logra que el movimiento neuromuscular sea producto tan sólo del convenio mental establecido: sólo reaccionaré ante la respuesta esperada, excluyendo cualquier otro estímulo que no sea el del objetivo.

Si logramos comprender los factores generadores del estrés excesivo, podremos emplear los medios adecuados para reducir sus efectos sobre el organismo. En ocasiones el operador se ve afectado por cansancio, preocupaciones, problemas o situaciones de diversa índole, como puede ser una baja presión barométrica, predecesora de una tormenta, que proporciona a algunas personas dolores de cabeza, nerviosismo, irritabilidad, etcétera, que impiden la concentración y obstaculizan la correcta manifestación radiestésica. En estos casos hay que utilizar todas las ayudas a nuestro alcance, como una respiración correcta. Ésta favorece la relajación y la concentración imprescindibles para poder operar. Asimismo, durante la búsqueda, se debe comprobar de forma periódica si ambas se mantienen o van perdiendo eficacia y, caso de ser así, actuar para recuperar este estado, el único que permite la actividad radiestésica. El aumento del ritmo cardíaco y de la presión arterial dificultan la atención y, por el contrario, su regulación mediante la respiración favorece la capacidad de mantener y mejorar dicha atención.

La fijación de la atención depende en gran medida de una respiración lenta y calmada; hecho que, por sí solo, produce relajación y tranquilidad, además de ayudar a adoptar un estado de meditación. Observar la respiración favorece la relajación, y es la base de una buena salud física y psíquica.

Resumiendo, la relajación se consigue con una respiración sosegada, una actitud correcta y el conocimiento de ciertos procesos psicológicos dirigidos por una conducta apropiada, que no sólo servirán para la práctica radiestésica —al igual que todos los procesos que vamos tratando en este libro—, sino para adquirir una tendencia natural al estado de relajación en cualquier actividad cotidiana.

En los ejercicios de respiración hay que observar sus dos ciclos principales: inspirar y espirar (por la nariz), además de las dos pausas intermedias, una de retención del aire, la otra de vacío. Cada pauta puede ser de unos cuatro o cinco segundos, excepto la de espiración, que debe efectuarse lo más prolongada posible. La espiración prolongada y pausada es, dentro de la respiración, lo más importante para llegar al estado de relajación.

El ejercicio físico acompañado de una correcta respiración libera tensiones acumuladas, aunque tampoco debemos obviar otras actividades como tumbarse, andar sobre la arena de una playa, sobre el césped o sobre la tierra, que constituyen el marco más adecuado para relajarse. Otro aspecto importante es dormir y descansar el tiempo necesario, que para cada persona y situación es distinto.

HABLAR CON UNO MISMO

Reacciones neuromusculares: el acuerdo interior

Una vez concretado el modo operativo, y obtenido el estado de relajación adecuado, podemos pasar a la parte operativa puramente radiestésica. Un primer paso es el acuerdo mental; éste es producto

de un acto aprobado por la razón, para así dar una interpretación a la búsqueda admitida como posible por el intelecto. Ahora bien, cuando se trata de establecer en la mente algo contrario a lo aprendido, y asumido como real, la autosugestión debe actuar como un elemento integrante en todo el proceso psíquico, en el cual se va a ejecutar algo en apariencia opuesto a la lógica y a la educación recibida, como puede ser averiguar la calidad o la profundidad de una corriente de agua subterránea, o el lugar en que se encuentra una persona desaparecida.

En primer lugar debemos acordar los movimientos que efectuará el instrumento, si es que se utiliza o, en caso contrario, conocer cuáles son las diferentes sensaciones (calor, frío, vibración, hormigueo, etcétera) que percibiremos durante la búsqueda. El instrumento se moverá según lo establecido o recibiremos la sensación pactada con anterioridad. En el momento de acordar un movimiento, o una sensación, hay que tener en cuenta que cada persona tiene mayor facilidad para imprimir determinado tipo de movimiento o percibir ciertas sensaciones, por lo que debemos observar cuáles son y, de esta forma, facilitar el proceso de percepción.

La programación mental del radiestesista debe orientarse para que la reacción acordada se produzca sólo ante el resultado correcto, obviando cualquier otra posibilidad. Cuando el estímulo recibido se adapta al acuerdo previo mental, éste se traduce en una reacción fisiológica perceptible para el operador. Si no es mediante un pacto preestablecido, el movimiento neuromuscular surgirá de forma incontrolada, unas veces producto de una reacción radiestésica, y en otras debido a movimientos instintivos, sugestivos o al inherente a desplazarse o moverse.

Para que la reacción neuromuscular surja de modo automático, el acuerdo con uno mismo debe ser fijo e invariable, por lo que aconsejo mantener el mismo código establecido para todas las búsquedas, aunque, en ocasiones, ante una duda o para realizar una comprobación del resultado obtenido, podamos cambiar este acuerdo.

Por ejemplo, si al girar el péndulo de izquierda a derecha consideramos que es positivo o significa sí, podemos cambiar el acuerdo mental al contrario, y comprobar si gira de acuerdo al nuevo esquema. Por lo tanto, estos convenios mentales suelen ser fijos pero, circunstancialmente, son susceptibles de modificaciones, aunque, sobre todo en los comienzos de la práctica radiestésica, no sea lo más recomendable.

Los instrumentos utilizados en radiestesia son, como sabemos, amplificadores de pequeños movimientos musculares, especialmente de la muñeca y, en ella, sobre todo del músculo flexor radial del carpo. Estas sensaciones fisiológicas musculares sólo se producen cuando el radiestesista recibe la respuesta a una pregunta, no produciéndose reacción neuromuscular significativa frente a ningún otro agente, siempre y cuando el proceso psíquico ha sido el adecuado.

Si, por ejemplo, el objetivo es petróleo, no reaccionaremos ante ningún otro elemento. Si nos vamos desplazando por un terreno que contiene agua o cualquier otra cosa, por habitual que sea en nuestras prospecciones, no reaccionaremos muscular ni sensorialmente hasta llegar a la zona donde se halle el petróleo. Los instrumentos utilizados en radiestesia no amplifican las reacciones neuromusculares de una forma indiscriminada, sino guiados por un criterio mental en un proceso radiestésico: sólo existe reacción ante la presencia del objetivo seleccionado.

Es obvio que no siempre que un instrumento se mueve se debe a una reacción radiestésica acertada, puesto que hay muchos excitadores potenciales del movimiento. El mecanismo desencadenante puede proceder de una respuesta física, un sonido, un acontecimiento exterior o interior que incita a la acción, o bien de una respuesta condicionada, si el operador no consigue aislarse mentalmente. Muchos factores del medio pueden desencadenar el movimiento del instrumento, pero sin duda son más peligrosos los condicionamientos internos del propio operador, con sus deseos y

limitaciones, así como los datos sugestivos que recibe del entorno y la propia autosugestión.

Asimismo, cuando se efectúa el trabajo desplazándose, es importante regular la marcha y adecuar el paso para no provocar movimientos mecánicos. De esta manera se evita que se desencadenen actos reflejos que generen movimientos del instrumento distintos de los radiestésicos estrictos, es decir, de los acordados. Existe una tendencia inconsciente por parte del radiestesista de amplificar los movimientos mecánicos una vez que suceden en una búsqueda. Éstos son de difícil interpretación, ya que sugestionan al operador de forma tal, que es probable dar por bueno un resultado falso. Otras veces, sobre todo en búsquedas sobre el terreno, se comprueba una reacción tardía en el movimiento del instrumento; en estos casos el radiestesista deberá reducir su velocidad y actuar con más calma.

La reacción radiestésica (movimiento del instrumento, sensaciones, etcétera) surge gracias a la excitación que provoca la activación de ciertas áreas del organismo, producida por la acción de mecanismos psíquicos del operador. Sin embargo, algunas personas sensibles a determinados agentes, por lo general nocivos, sienten ante su presencia ciertas sensaciones que desencadenan la activación funcional de órganos o tejidos del organismo y pueden servir para detectar dichos agentes patológicos, como el agua subterránea: como he dicho antes, este fenómeno orgánico no tiene nada que ver con la radiestesia.

La expresión inicial

La expresión es una declaración de algo para darlo a entender, en este caso a uno mismo, no de forma mecánica, sino de forma consciente: es penetrar en el interior de sí mismo para dar sentido a la búsqueda. La expresión mental, u oral, de la intención estimula la acción del inconsciente, ya que toda intención lleva inherente una autosugestión tendente al logro del objetivo propuesto.

Una manifestación precipitada, dubitativa o imperativa suele degenerar en fracaso, al no hacerse el inconsciente eco de ella. Sin embargo, si esta expresión se realiza con tranquilidad, confianza y sin presión psíquica, adquiere la configuración adecuada para incidir en el inconsciente, permitiendo que se establezca un vínculo entre él y el consciente. Lo importante no es la expresión desde el punto de vista gramatical, sino el significado que uno le da, ya que la misma frase no tiene igual sentido para todas las personas, ni incide de idéntica forma en su espíritu, aunque, por supuesto, lo más aconsejable es ser fiel al puro sentido gramatical.

Algunos operadores no emplean el término «quiero», en la expresión de intenciones antes de realizar la pregunta pertinente, por parecerles demasiado imperativo, y utilizan el término «deseo» pensando que ello les facilitará el trabajo radiestésico. Creo que cualquiera de las dos puede ser válida:

- Quiero ser consciente de...

o bien:

- Deseo ser consciente de...

o incluso mejor:

- Tengo la intención de ser consciente de...

El estado de intencionalidad se puede pronunciar o admitir mentalmente, pero, de cualquier forma, ha de existir en todo el contexto de la actividad radiestésica. La segunda parte de la expresión debe indicar el modo en que se recibirá la información solicitada, es decir, de qué forma se adquirirá conciencia de ella. Es, pues, importante, integrarla en la expresión de intenciones inicial:

- Tengo la intención de ser consciente de la presencia de agua subterránea en tal lugar.

Todo ello con el acuerdo previo de las reacciones del instrumento o de las sensaciones fisiológicas que se vayan a percibir:

- Cuando llegue adonde está el agua subterránea, el instrumento ejecutará tal movimiento.

Es preferible que no se actúe en radiestesia hasta que no se haya asumido mentalmente la expresión. Para decidir cuál es la más apropiada se pueden anotar diferentes expresiones, e ir formulándolas hasta percibir que una de ellas representa más nítidamente lo que se pretende expresar. Una vez determinada cuál será es cuestión de repetirla cuantas veces sea necesario, pero teniendo en cuenta que si la expresión se realiza de forma mecánica, sin dar sentido a lo que se quiere decir, pierde su utilidad. La reiteración de la fórmula correcta de expresión incita a la sugestión, y sirve en radiestesia para reforzar lo que de modo inconsciente ya debe existir y que, gracias a ella, se confirma en nuestro espíritu, dando coherencia a la búsqueda a través de una frase capaz de expresar lo que se piensa y se siente. No se trata, por tanto, de repetir mecánicamente una fórmula o una letanía, sino de crear un determinado estado mental, a través de la expresión correcta, de manera que logre un ascendente sobre el inconsciente y que éste, debidamente excitado, comience la acción tendente a lograr la información requerida. La forma de construir una expresión tiene que dirigirse a dar un significado a aquello que se pretende.

Hay que tener en cuenta que el lenguaje que empleamos es, sobre todo, analítico, ya que proviene de la interpretación de la razón, la cual no facilita el proceso radiestésico. Por tanto, el lenguaje puede ser un lastre, si no logra incidir de forma adecuada en la mente, creando un pensamiento claro y preciso de lo que se pretende. El lenguaje nos retrotrae en la comprensión, debido a su rigidez y limitación de significados en su contenido; el simbolismo, por contra, es una fuente inagotable de conocimiento. La expresión y formulación verbal se traducen asimismo en un símbolo en la mente. La palabra, y la visualización simbólica del objetivo, lejos de estar en oposición en la mente, se complementan, generando un carácter tendencial hacia el objetivo. Mediante el simbolismo se restringe el aspecto analítico de la expresión, y se fomenta la esencia sintética e intuitiva de aquello que se pretende. El pensamiento simbólico sintetiza con mayor facilidad y fiabilidad el objeto de la búsqueda, activando la capacidad intuitiva de orden superior.

Así pues, vemos que ni siquiera la expresión es importante, que lo que tiene valor es lo que queda latente en la mente: ¿Tenemos realmente la intención de buscar, queremos, estamos motivados para ello? Si la respuesta es afirmativa, ¡adelante!, el camino está preparado, pues lo importante es lograr que penetre en la conciencia aquello que vamos a realizar: ser conscientes de nuestros actos, vivirlos.

La pregunta

En cualquier tipo de investigación lo más significativo, en principio, es formular de modo adecuado la pregunta apropiada, ya que cada pregunta concreta contiene supuestos implícitos por parte del formulador. Si éstos son confusos, o no reflejan la realidad, continuar la búsqueda de una respuesta carecerá de sentido, pues se parte de un error de base.

Una de las claves en radiestesia es la formulación de la expresión y de la pregunta adecuadas; sin ellas difícilmente la mente se podrá orientar en busca de la solución. La pregunta es, en radiestesia, una estructura sintáctica que uno se dirige a sí mismo, con el propósito de recibir una información con la respuesta solicitada. Las preguntas generales o poco específicas impiden que se active el proceso radiestésico; si se insiste en esta línea, la imaginación toma entonces el control para terminar la búsqueda, dando, por supuesto, una respuesta equivocada. Se puede plantear la pregunta sin realizar la expresión inicial:

- ¿Existe agua?

Aunque la manifestación de la intención va implícita en la pregunta, para que pueda llevarse a cabo el consiguiente proceso mental de orientación, selección, concentración, etcétera. También es posible acceder al objetivo formulando directamente:

- Cuando llegue encima del objetivo, que el instrumento reaccione.

Aunque, para incidir de forma más eficaz en la mente, es conveniente realizar todo el proceso tal como lo he desarrollado: expresión de la intención, pregunta y acuerdo sensitivo pactado.

Así pues, vemos que las relaciones entre el consciente y el inconsciente son tanto más sencillas y factibles cuanto menos complejas son las cuestiones: una pregunta clara y concisa tendrá mayores probabilidades de ser contestada que otra compleja o confusa. Aunque también en estos casos, el inconsciente puede ponerse a laborar buscando la solución, siendo ésta dada en un plazo mayor de lo que sucede en radiestesia, donde las respuestas suelen ser inmediatas.

Una pregunta precipitada, sin haber reflexionado lo suficiente sobre ella y su meta, sin la intención de conocer, sin la confianza o la atención necesarias, no puede generar la respuesta correcta. No debe presentar ambigüedades, dudas o lagunas que puedan crear confusión a la mente mediante un pensamiento poco definido. Muchas fórmulas de expresión y de interrogación son válidas, siempre y cuando su intención esté clara en la mente del operador; sin embargo, una pregunta dubitativa es causa de múltiples errores, de ahí que en estos casos lo mejor sea abstenerse.

Ante la pregunta: ¿Quién vendrá mañana?, la respuesta en radiestesia no puede existir, ya que hay que realizar la interrogación de modo que la respuesta sea afirmativa o negativa, y lo más concreta posible, actuando de forma selectiva: ¿Vendrá fulano mañana a casa? Así se concreta la persona, el tiempo y el lugar en un solo contexto, y se puede repetir la pregunta con otros protagonistas y otro tiempo u otro lugar, hasta definir el objetivo de la búsqueda, pues en ocasiones una sola respuesta no es suficiente para conseguir la información pretendida. Si queremos averiguar la composición de un líquido, en primer lugar habría que preguntar el número de compuestos que lo forman y, una vez sabido, comprobar de cuáles se trata de forma discriminatoria y sucesiva: agua, alcohol, aceite, etcétera.

Si el objetivo fuera, por ejemplo, encontrar agua subterránea, debemos expresar mentalmente nuestra intención de saber si existe agua y, a continuación, nos preguntaremos si existe, con el acuerdo previo de los movimientos de los instrumen-

tos o de las sensaciones que se vayan a percibir. El primer paso sería realizar la expresión inicial:

- Tengo la intención de saber si existe agua subterránea.

El segundo:

- ¿Existe agua?

Y el tercero:

- Si es así, que las varillas (si es éste el instrumento utilizado) se cierren al llegar a ella.

Si hemos actuado correctamente, las varillas, en este caso, se cerrarán si existe agua.

Un exceso de datos involucrados en la pregunta puede confundirnos. Esta abundancia de información impide que la mente sitúe de forma adecuada todas las características de forma coherente: si queremos averiguar dónde hay agua subterránea, con una pureza determinada, situada a menos de 100 metros de profundidad, con un caudal mínimo, una temperatura que no exceda de 30°C y con un pH concreto, es evidente que la pregunta define perfectamente lo que pretendemos localizar, pero, casi con toda seguridad, será difícil mantener la debida concentración sobre todos los elementos solicitados. No obstante, cuando el tipo de búsqueda es el habitual para el operador, y éste tiene un código inconsciente claro, será posible definir este tipo de objetivo complejo en su mente. Si bien esto no es sencillo, con mucha práctica, así como con una gran capacidad de multiplicidad de concentración, se puede lograr. Es a través de la autoevocación espontánea de vivencias anteriores como es posible reproducir actividades psíquicas automatizadas, en mayor o menor grado gracias al hábito. De cualquier forma, lo importante es dibujar en la mente el objetivo, teniendo claras sus características o, por lo menos, al menos aquellas que el operador cree que tiene y, por tanto, le confiere.

Lo más seguro y acertado es operar paso a paso, preguntando cada vez, para ir definiendo el objetivo. En primer lugar hay que saber si existe agua, y, una vez localizada, ir eliminando, mediante preguntas selectivas y sucesivas, las que no reúnen las caracterís-

ticas necesarias. En ocasiones se pueden unificar distintos detalles del objetivo, para distinguirlo de otros similares, pero que no nos interesan. Por ejemplo, pretendo ser consciente sólo de las aguas situadas a menos de 100 metros de profundidad; aquí podemos eliminar todas aquellas aguas situadas a mayor profundidad. En otros casos, sin embargo, es conveniente trabajar sobre un aspecto concreto e ir, sucesivamente, de uno en uno hasta concretarlo. La interrogación debe ser clara y concisa, lo más sencilla posible, siendo mejor realizar varias preguntas consecutivas a una excesivamente compleja que pueda originar confusión mental: la pregunta correcta allana el camino a la respuesta, y sirve para precisar y obtener, en cada caso, los detalles necesarios para hacer coherente la búsqueda.

Un ambiente tranquilo y silencioso favorece que el operador pueda concentrarse con mayor eficiencia, sobre todo cuando no tiene práctica en abstraerse de las influencias del entorno. El ruido, o un ambiente adverso, pueden interferir en la retención de la pregunta o de la expresión, desviando la atención. En ocasiones es conveniente realizar la expresión o la pregunta en voz alta, pues cuando se escucha algo se retiene y mantiene en la memoria de forma más eficaz; es lo que se puede llamar memoria auditiva. El lenguaje oral predispone a relacionar el objeto con el pensamiento; la intención, expresada por distintas palabras, abstrae de las diferentes actitudes corporales y se centra en el objeto.

La imaginación

A veces una imagen se puede implantar en el pensamiento, acaparando toda su atención. Esta situación puede suceder voluntaria o involuntariamente. Incluso en este último caso, es posible modificar el paisaje mental de forma consciente. La imaginación puede crear ideas e imágenes para que adopten el sentido o la forma que pretendemos; en estos casos surge lo que llamaré imaginación creadora. En radiestesia se reproduce aquello que creemos se asemeja o

representa al objetivo buscado, apoyándonos en el archivo que guardamos en la memoria, con imágenes, sensaciones o ideas, o bien con intuiciones, puesto que también la imaginación surge ante cualquier situación o hecho desconocido para cubrir el vacío de la memoria. Muchas veces ésta no tiene archivada una conformación concreta del tipo de objetivo que buscamos, y es entonces cuando se configura creativamente en la mente, tal como creemos que puede ser. Al mismo tiempo sirve para mitigar el efecto de los estímulos negativos del entorno.

Por tanto, la imaginación creadora no sólo combina imágenes, sino que pone en juego ideas abstractas, las transfigura según las necesidades, formando una imagen nítida del objetivo en la mente, favoreciendo con ello la aparición de intuiciones en la conciencia.

Si queremos conocer el origen de la enfermedad coronaria de una persona, la imaginación crea la imagen de esta persona con su problema en la zona del corazón, y esperamos la llegada de la información definiendo claramente en la mente la cuestión:

- Tengo la intención de ver el origen de la enfermedad coronaria de esta persona.

Ante la llegada de una imagen concreta —no de una sensación o impresión— relacionamos el problema con la información recibida, aunque ésta en ocasiones sólo es interpretable por parte del afectado. Por ejemplo, podemos advertir una imagen de un trabajo estresante o una relación familiar complicada; a partir de ahí se facilita la actuación puramente radiestésica, con preguntas concretas que perfilan el objetivo de forma exacta.

Bien distinto es un proceso imaginativo de una ilusión; ésta no busca la realidad, sino que se dirige a meras quimeras, sin posibilidad de aportar nada a la comunicación entre el consciente y el inconsciente. Hay que diferenciar entre fantasía e imaginación creadora. No hay que confundir la imaginación errante e

ilusoria con la imaginación creativa, producto de la autosugestión dirigida por la voluntad. La imaginación creadora tiene un papel decisivo en cualquier faceta de la vida: el arte, la ciencia o el quehacer diario y, en concreto, la actividad radiestésica tiene en ella un eficaz aliado: es una forma evolutiva de ver, sentir, en definitiva, de ser.

La imaginación creadora es intencional, tiene un objetivo y utiliza la visualización para acceder a él con mayor facilidad. La visualización puede formar parte de un proceso creador, o simplemente visualizar sólo por el acto en sí mismo. La ventaja de usar la imaginación creadora en radiestesia consiste en que la expresión de la intención, y la definición de las características del objetivo, en ningún caso pueden tener la fuerza que ejerce una imagen mental representativa de aquello que se pretende encontrar. Sin embargo, aunque la palabra no pueda sustituir a la conciencia, sí puede suscitar la atención sobre el objetivo, y facilitar la orientación y la selección a través de un pensamiento dirigido. En radiestesia el proceso es creador: visualizamos algo que no existe, al menos tal como lo imaginamos, aunque sea similar.

La confianza

La confianza es la base en que se asienta el éxito en muchas actividades de la vida; la duda sobre las posibilidades en cualesquiera circunstancias favorecerá el fracaso. Por el contrario, una confianza equilibrada y realista en la naturaleza de lo que estamos haciendo, en la plausibilidad de lograr el resultado pretendido y en los propios méritos, ayudará al logro propuesto y, asimismo, conducirá con paso firme a través del camino de la radiestesia. Hay que advertir que el exceso de confianza puede llevar a la euforia, y dar por ciertas cosas que sólo existen en la imaginación y son puras ilusiones de los sentidos. Una actitud serena y tranquila, acompañada de una confianza realista en nuestras posibilidades naturales, conforman el prototipo del buen radiestesista.

Así pues, podríamos resumir el éxito radiestésico en dos apartados: en primer lugar conocer nuestras capacidades, y en segundo confiar en ellas.

Como decíamos antes, el operador adopta una actitud de espera activa; de esta manera provoca la aparición de la respuesta a través de la reacción acordada con anterioridad. La mente debe permanecer de modo consciente neutra y pasiva, pero debe activar el inconsciente hacia la búsqueda del resultado. Aunque esta actividad ya no dependa del consciente, hemos preparado de forma voluntaria y consciente el camino para que actúe y se exprese a través del inconsciente. Todo ello forma parte de nuestras capacidades y de procesos naturales y normales, que no se producen sin el concurso de la voluntad que actúa como llave que abre la puerta de comunicación con el inconsciente, parte fundamental del ser humano. Por tanto, es el propio operador quien provoca, de forma consciente, el movimiento involuntario.

Toda persona tiene momentos de duda, instantes en que la confianza se debilita. Estas etapas, más o menos prolongadas, pueden originarse por circunstancias fácilmente comprensibles, pero en otras se escapan a un análisis juicioso. La mayoría de las veces se ocasionan por un exceso de tensión física y psíquica que desborda durante un tiempo a cualquiera. La mejor solución en estos casos es parar, o al menos frenar, la actividad habitual durante el periodo necesario para permitir, mediante la higiene física y psíquica (alimentación, ejercicio y respiración adecuados), recuperar el equilibrio perdido.

La convicción, basada en la idea de que con constancia es posible el dominio de los mecanismos radiestésicos, permite abundar con tranquilidad en aquellos aspectos más dificultosos. Éste es el caso de concentrar la mente en un objetivo específico y mantenerla en estado de espera neutral. Para mejorar dichos aspectos se puede trabajar aislando en la mente un supuesto objetivo —tal como veremos más adelante—, intentando eliminar o al menos reducir la frecuencia y la intensidad de los pensamientos erráticos que se introducen de forma habitual en la mente. De esta manera veremos

cómo, poco a poco, somos capaces de mantener dicha concentración durante más tiempo cada día; esto genera una mayor confianza en nuestras posibilidades, ya que el acierto en la localización radiestésica está ligado a la convicción que el operador mantiene en sus posibilidades de éxito.

La fe en las posibilidades personales ha de ir unida a la que se tiene en que el fenómeno es real y posible. Ello eleva la probabilidad de éxito, aun sin entender cuál es la verdadera causa que lo provoca. No obstante, la confianza se sustenta en bases más firmes si se conocen los mecanismos que concurren en la actividad radiestésica. Esta certeza acrecienta, y favorece en gran medida, que surja la acción tendente al buen resultado final, impidiendo que la duda se instaure en el pensamiento. El dominio personal, un estado de calma y la serenidad son los pilares de la confianza, y ésta es la primera de las cualidades que debe adquirir el radiestesista.

De cualquier forma, para valorar las opciones de éxito, hay que preguntarse uno mismo si está dispuesto a llevar a cabo el esfuerzo necesario para lograr el resultado deseado. A partir de ahí, la creencia en la posibilidad de llegar al objetivo dirige la búsqueda con mano firme.

EL PROCESO MENTAL

La orientación y la selección mental

La actividad psíquica se orienta, en determinadas ocasiones, hacia el reforzamiento de la atención. Esta acción nos permite descartar por el momento la percepción de ruidos, pensamientos y, en general, de cualquier elemento indeseado. Esta orientación selecciona aquello

que en un momento dado nos motiva. Esto es orientar la atención y concentrarla interiormente sobre el objeto deseado, de manera que se sitúa en el centro de la conciencia, quedando el resto en un segundo plano.

Cuando se opera en radiestesia el pensamiento no debe divagar en ningún momento, debe estar estrictamente orientado y mantenido hacia el objetivo. Si cualquier pensamiento se introduce en esta orientación, superponiéndose, habrá que detenerse y comenzar de nuevo. En caso de que estas intromisiones sean reiterativas, lo más indicado será abandonar, ya que esta situación provoca un estado de cansancio y desconcentración difícil de superar. Estos pensamientos vagabundos son la invasión de la conciencia por parte de imágenes, ideas indisciplinadas e inoportunas, que no guardan relación con el trabajo propuesto. Este vaivén de pensamientos dificulta la concentración, generando esa sensación de fatiga tan conocida, sobre todo en los que se inician en radiestesia y entre los que no dominan los mecanismos psicológicos que facilitan el trabajo radiestésico. Contra el pensamiento errático podemos actuar revisando y comprobando que la intención, el interés y la motivación se mantienen, dirigiendo el pensamiento disciplinado a seleccionar todos aquellos elementos que penetran en la conciencia y que tienden a un fin concreto, en este caso localizar un objetivo.

Una vez la mente se orienta hacia el objetivo, hay que fijarlo de una forma clara, que no dé lugar a errores o falsas interpretaciones provocadas por una inadecuada ideación. La orientación mental equivale al reconocimiento de los elementos integrantes fundamentales que configuran el objetivo, y nos servimos de ella para designarlo. Por ejemplo, si buscamos una caja perdida, mediante una fotografía podemos configurar en la mente sus características. Gracias a la asociación de ideas se crea un vínculo entre el objetivo y la mente, que permite a ésta el reconocimiento de aquél, gracias a la evocación, o por analogía, debido a su similitud con otros de características semejantes. Así pues, la imagen mental que nos hacemos del objeto de la búsqueda surge por la relación que se establece con otros objetos conocidos, pero es la imaginación la que

le da forma y, como en todo proceso metafísico, con la concurrencia de la intuición.

Para orientar la mente hacia el objetivo con garantías, el radiestesista debe tener acumulada suficiente información que le permita seleccionarlo de entre todos los demás. No se trata de almacenar datos en la memoria sobre el objetivo, lo que sólo dificultaría el proceso radiestésico, la cuestión es diferenciarlo en la mente con exclusión de cualquier otro. La memoria, por tanto, debe permanecer lo más «limpia» posible de recuerdos o de sobrecargas de información, que de forma inconsciente, reemplacen el proceso radiestésico por otro analítico. Es evidente que para orientar la mente de forma adecuada hacia un determinado objetivo es necesario tener un mínimo de conocimientos sobre él, que permitan discernir su naturaleza, para así dar un sentido coherente a la búsqueda y, también, para saber interpretar los resultados. Por último, hay que mantenerse mentalmente neutros, facilitando la acción del subconsciente, aislandose de los propios conocimientos aprendidos.

Mediante un proceso selectivo la mente se orienta hacia un objeto, discriminándolo del resto y, si existe la motivación y el interés suficientes, será posible conocer la información solicitada. Claro está, siempre que el objetivo tenga las suficientes analogías con otros elementos conocidos como para elaborar una imagen mental comprensible y plausible.

La reacción sólo se produce —si se ha realizado de forma correcta el proceso de preparación y se mantiene el esquema mental adecuado—, por un proceso de discriminación. Si, por ejemplo, queremos encontrar una pelota de golf, la expresión sería:

- Sólo reaccionaré ante la existencia de una pelota de golf.

Es, por tanto, una selección cualitativa del objetivo que restringe de modo sustancial la búsqueda.

Como es posible que haya muchas otras pelotas de las mismas características hay que recabar la máxima información posible sobre la pelota, y sobre las circunstancias de su desaparición.

La pelota tiene tales peculiaridades y se perdió a tal hora cuando

el señor X la golpeó hacia el hoyo 15. Una vez seleccionado y fijado el objetivo, al mismo tiempo que se logra mantener la concentración en él, se realiza la expresión de intenciones y una pregunta concreta, por ejemplo:

- Tengo la intención de ser consciente del lugar donde se encuentra en este momento la pelota de golf perdida por el señor X, el día tal sobre tal hora.

A continuación la pregunta:

- ¿Se encuentra en este terreno?

Y la ratificación del acuerdo ante el encuentro del objetivo:

- Si es así que las varillas se cierren.

La expresión de la intención, la pregunta, el acuerdo y la imagen mental de la pelota forman un todo en el cual debemos concentrarnos.

La correcta y precisa formulación de la pregunta y de la expresión inicial es la llave para encontrar la respuesta correcta.

La atención

Existen dos clases de atención: la espontánea y la voluntaria. La espontánea es la que surge incontrolada ante factores que nos impactan. Su efecto depende, en mayor o menor medida, de la intensidad y características del estímulo que la origina. Las percepciones que se suscitan a través de los sentidos provocan una inmediata reacción en el organismo y en el estado psíquico, siendo susceptibles de ocasionar una respuesta excesiva en relación con el estímulo recibido: un ruido, una exclamación, etcétera. Por el contrario, la atención voluntaria se dirige hacia un objeto determinado, inhibiendo del pensamiento otros elementos, incluso los motivados por la atención espontánea cuando el estímulo incontrolado no supera nuestra capacidad de atención consciente. Un simple paseo por una ciudad hace que la atención se focalice intermitentemente en distintos elementos: el pitido de un coche, el ruido del tubo de escape, un cartel publicitario, etcétera. Esta continua focalización de

la atención en elementos que no nos interesan, y que sólo generan tensión, conlleva que se vaya perdiendo la capacidad de dirigir la atención hacia aquello que realmente es importante. Con el control de las reacciones provocadas por estímulos exteriores logramos reducir la pérdida de energía y la tensión que ello conlleva.

La atención voluntaria se consigue cuando el pensamiento, mediante la intervención de la voluntad, se focaliza en un asunto u objeto cualquiera. La intensidad y el tiempo de duración dependen del interés y de la motivación que despierte el objetivo: a mayor interés y motivación, mayor es la capacidad de mantener focalizado el pensamiento. La calidad de la atención consiste, por un lado, en la capacidad de abstracción ante estímulos exteriores y, en especial, de los pensamientos errantes de la propia persona y, por otro, en el tiempo que se es capaz de mantenerla.

El principal efecto de la atención es rechazar todo lo que no nos interesa en determinado momento. Por tanto, la atención ejecuta un papel selectivo y logra que buen número de percepciones, o de ideas ajenas al objetivo, disminuyan su intensidad o lleguen a desvanecerse totalmente. Esto favorece, en gran medida, la concentración en el objetivo pretendido, ya que, al limitar el campo del cual recibimos información, aumenta la precisión e intensidad de los estados psicológicos, consiguiendo una mayor percepción. Así pues, vemos cómo a través de la atención voluntaria se genera una actividad inconsciente dirigida a la búsqueda y selección de información. Esta actividad consiste en orientar los receptores psíquicos hacia las fuentes de información, optimizando de esta manera su recepción. Otra ventaja de la atención voluntaria es que facilita la conservación de los recuerdos, pues, al concentrarse sobre una imagen o idea, logra imprimirlas en la mente, permitiendo un automatismo posterior ante otra prospección de similares características.

Al conducir un vehículo mantenemos la concentración en la carretera, la atención se predispone hacia el mismo hecho de conducir y hacia todos aquellos elementos circundantes que puedan, en un momento dado, ser de importancia para el buen fin, que, en este caso, es llegar al destino sin percances. De la misma forma, en

radiestesia, la concentración se mantiene sobre el objetivo, y la atención se ocupa de los elementos que puedan parecer secundarios, pero que, al igual que en el acto de conducir, pueden acarrear decisivas consecuencias para el resultado final.

La atención, por lo general, surge impuesta por el medio exterior, centrándose sobre una circunstancia o impresión. Cuando deriva de la acción voluntaria mental del propio sujeto, es preciso que exista una educación y una práctica para dirigirla de forma eficaz hacia aquello que despierta el interés y sirve, en gran medida, de puntal a la concentración. La atención en radiestesia debe quedar definida en un estado interior del operador y es siempre voluntaria, o sea, depende de él. No obstante, pueden surgir situaciones de laxitud en la capacidad de atención interior, motivadas por elementos exteriores que limitan las posibilidades de éxito, a menos que se logren reconducir. Si estamos trabajando en un terreno y en las cercanías se encuentra una máquina perforadora con su estruendo, en principio parece difícil dirigir la atención hacia un objetivo obviando el molesto ruido. Sin embargo, ello es posible siempre que sepamos aislarnos mentalmente de estos incómodos estímulos exteriores.

La capacidad de focalización de la atención puede educarse y potenciarse gracias a la práctica de ciertos ejercicios. Cuando el pensamiento logra restringir la atención a un solo objeto, el sistema nervioso central provoca una desconexión de la conciencia respecto de lo que sucede en el exterior. Los modos y métodos para lograrlo son variados; en todas las culturas y tradiciones los encontramos como una manifestación de lo que hoy llamaríamos psicología práctica aplicada a un determinado propósito: aliviar el dolor, elevar la creatividad o potenciar la capacidad física y psíquica, entre otros logros.

Sentarse frente a una hoguera reduce la frecuencia cerebral. Todos hemos sentido un especial estado de relajación y ensimismamiento mientras contemplábamos cómo los troncos ardían en la chimenea. Concentrar la atención en el fuego es una técnica antiquísima para concentrar la mente en un objeto, que puede ser cualquiera: una flor, una piedra o un mandala, pero el fuego tiene una magia especial, con sus destellos y matices, que hacen de él un buen com-

pañero de meditación. Otros elementos externos con los que se puede practicar son los sonidos monótonos y repetitivos: el ulular del viento, la lluvia o el transcurrir de un río son buenos aliados, que la naturaleza pone a nuestra disposición. Otro método es concentrarnos en sonidos internos: el latido del corazón o la respiración. En el siglo xiv un místico cristiano anónimo escribió una obra titulada *La nube de lo desconocido*, y en ella aparece la siguiente frase: «Elige y repite una sola palabra, la que prefieras mientras sólo tenga una sílaba. Con esa palabra derribarás pensamientos de todo tipo y los llevarás tras la nube del olvido». En Oriente esa palabra es Om, sonido que ha traspasado fronteras instaurándose en multitud de centros de meditación y de mejora personal por todo el mundo. Una forma de ejercitar la atención voluntaria es la repetición consciente de una palabra o frase.

Cuando la atención del operador se convierte en fluctuante, en un ir y venir de ideas errantes que interfieren en la concentración, hay que dudar de los resultados que se obtengan y rehacer todo el acto radiestésico desde el principio. Los pensamientos erráticos, las distracciones, las personas inoportunas, etcétera, forman el ambiente propicio para desviar la atención del radiestesista mientras trabaja, y son los responsables de multitud de errores. En estos casos la autosugestión favorece el mantenimiento de la atención, logrando el dominio del pensamiento, en especial cuando va acompañada de la motivación que impulsa a la voluntad hacia el objetivo propuesto.

El esfuerzo, orientado hacia el control de los procesos psíquicos, es indispensable para aquel que pretende operar en radiestesia. La falta de este dominio conlleva la aparición de pensamientos erráticos y fantasmas que imponen su hegemonía sobre la atención dirigida al objetivo. El empeño debe ser mayor, si cabe, en las personas que tienen dificultades para mantener mucho tiempo la atención. Esto suele suceder al inicio, ya que con la práctica lograrán elevar el control de sus capacidades.

Al principio puede ser dificultoso mantener la atención; sin embargo, este problema va disminuyendo conforme el pensamiento se va adiestrando en el ejercicio voluntario de la concentración.

Aunque si la búsqueda se prolonga en exceso, la tensión acaba por ejercer un dominio decisivo sobre el organismo, impidiendo el correcto transcurrir de la acción radiestésica. Las facultades que dependen de la voluntad no pueden obrar de forma continua en ninguna actividad, puesto que el acto se relaja y la mente se embotata, lo cual conlleva una disminución de la capacidad vital. Incluso hay que tener cuidado en no alargar la atención en demasía, ya que una atención sostenida durante un tiempo excesivo, puede transformarse en alucinación y el operador termina dando por válido un resultado que no existe. Es algo así como cuando la sed nos hace focalizar la atención en el deseo de encontrar agua, y la mente crea el espejismo de un oasis con aguas cristalinas. Este fenómeno de detectar aquello que no existe, ocurre con frecuencia en los operadores impacientes que, al desconocer los mecanismos psíquicos, imponen un esfuerzo a la mente que ésta no es capaz de aceptar.

La voluntad mantiene la atención dirigida en la dirección deseada, pero hay que tener en cuenta que el poder sobre la atención no es ilimitado, y en algunos casos surgen las distracciones. Para mantener esa atención, y que no se debilite, hay que revisar periódicamente dicha voluntad durante la búsqueda. No obstante, en radiestesia, a diferencia de otras actividades, la atención está determinada por una decisión libre de la voluntad, y cuando en pleno ejercicio radiestésico es arrastrada por algo que turba el curso del pensamiento, ocupado en el proceso de búsqueda, se debe interrumpir la operación y comenzar de nuevo, incluso abandonando si esto sucede con frecuencia, a la espera de mejor ocasión.

La mente está capacitada para focalizar la atención del pensamiento de un objetivo a otro de forma alternativa. Sin embargo, si esta simultaneidad se prolonga, aparece la fatiga y la confusión, debido a que, aun siendo una actividad posible, es dificultosa para la mente. Esto sucede debido a que ante cada nuevo objetivo hay que configurar de nuevo su imagen y características, al menos aque-

llas que el pensamiento considera que tiene para hacer creíble a uno mismo la posibilidad de hallarlo. Esta representación mental cambiante y constante supone un esfuerzo que, a no ser que se trate de una persona bien adiestrada en los mecanismos psicológicos, difícilmente podrá sustraerse a él, apareciendo así la fatiga física y mental, que obliga a suspender la búsqueda y que, en caso de continuar, conduce al fracaso. Además, esta situación puede provocar una tensión en el operador que, de proseguir en ese camino, puede acarrearle disfunciones fisiológicas.

La atención sostenida suele provocar un aumento de tensión muscular y la consiguiente adaptación del sistema nervioso central, puesto que se generan unas ondas eléctricas más rápidas e irregulares. Este fenómeno, que puede obstaculizar la reacción radiestésica, queda paliado, e integrado en el proceso psicobiológico gracias a la motivación. Ésta permite que la tensión generada por la persistencia de la atención durante la búsqueda, no vaya en aumento y se conserve en unos límites aceptables. A muchas personas planchar la ropa les produce una tensión progresiva debido a que no les motiva en absoluto; sin embargo, si tras un problema de muñeca, la terapia más oportuna es el mismo movimiento que se realiza al planchar la ropa, aun siendo la misma acción que antes nos repelía, la motivación surge. Así pues, por lo general, la tensión que conlleva una actividad proviene de la actitud con que la desarrollamos. Muchas veces es posible encontrar el argumento que nos permite que una obligación penosa se convierta en una agradable actividad.

La concentración

La concentración radiestésica consiste en centrar, de forma voluntaria, el espectro de la mente sobre un objetivo concreto, y sostenerla durante el tiempo necesario. Es un paso más allá de la atención, ya que es un estado más profundo y mantenido.

La concentración radiestésica se diferencia de la, digamos, normal, en que el pensamiento apenas trabaja y, por lo tanto, no

existe el excesivo gasto mental que se originaría si al mismo tiempo se intentase razonar o comprender algo. En radiestesia la mente consciente actúa, fundamentalmente, en la interrogación y en declarar la intención, dejando el resto del proceso al inconsciente.

Precisamente los fracasos en pruebas públicas de operadores que mantienen buenos resultados en otro tipo de circunstancias, se deben a la imposibilidad de concentrarse en situaciones donde los estímulos exteriores superan dicha capacidad. En estos casos difíciles, el radiestesista debe, antes de operar, prepararse psíquicamente mediante ciertos ejercicios, que le permitirán operar casi en cualquier momento y circunstancia. Es preciso tener en cuenta que una enfermedad o el cansancio pueden mermar la capacidad direccional y de concentración de la mente. Si el operador no es capaz de sobreponerse a ello, debe postergar el trabajo hasta haber superado el problema.

Saber y poder concentrarse en un objetivo a voluntad favorece o, más bien permite, realizar la búsqueda, dado que la concentración radiestésica se focaliza sobre un solo objetivo. El trabajo orientado hacia el aumento del tiempo y la calidad de la concentración con ejercicios que contribuyen a aislarnos del entorno, permite que el medio donde se opera no influya en el resultado de la localización. Así se logran eliminar los factores sugestivos, grandes enemigos del radiestesista.

En caso de no poder mantener la atención centrada en el objetivo, cualquier circunstancia podrá ejercer de eclosionador del movimiento del instrumento, ya que éste tiene una tendencia innata al movimiento cuando está en manos de una persona en estado de búsqueda radiestésica. Al perder la concentración es posible que cualquier elemento que, por analogía, represente en la mente del operador la presencia del objetivo, ocasione la respuesta neuromuscular que hace que surja el movimiento del instrumento. Si el objetivo, por ejemplo, es un manantial subterráneo, se puede relacionar con la visión de un charco, la hierba húmeda, un sendero o un pozo cercano, llevando así al fracaso.

Hay que procurar que el trabajo radiestésico transcurra sin interferencias que dificulten el estado de concentración, ya que las interrupciones acaban mermando la capacidad de concentrarse en el objetivo. Es por ello que, si no es posible operar sin observadores, es mejor realizar la búsqueda y, una vez finalizada, realizar las oportunas explicaciones o argumentar las conclusiones obtenidas; aunque, si no hay nadie presente durante el trabajo, mucho mejor. Esto último es importante cuando se trata de operadores con poca experiencia o con dificultad para lograr el estado mental operativo adecuado, ya que la distracción debilita la concentración y el instrumento, o bien no reacciona, o lo hace indebidamente.

Con la práctica se mejora en mucho la capacidad de concentración, consiguiendo que el esfuerzo que supone mantener la atención sobre algo concreto disminuya, y el lógico desgaste que se sufre sea, asimismo, menor. Nuestro estado psíquico varía constantemente, de ahí que las impresiones recibidas del entorno sean distintas en cada momento, por lo que es de suma importancia desvincularse de él, concentrándose en lo que se pretende obtener. Mediante sencillos ejercicios de mejora de la capacidad de atención se logra focalizar el pensamiento sobre un objeto —como puede ser la llama de una vela—, calculando el tiempo que tardamos en pensar en otra cosa distinta.

Para ejercitarse en la concentración, al igual que con la atención, es necesario elegir un objetivo sobre el que practicar. Puede ser, en una primera fase, una vela sobre la que hay que mantener una concentración visual estática y, como decía antes, ir revisando si se diluye esta centralización mental, lo cual es probable que suceda intermitentemente. Conforme dediquemos más tiempo comprobaremos que, paralelamente, también aumenta el tiempo que somos capaces de mantener la mente orientada hacia ese objetivo sin que pensamientos erráticos se ciernan sobre nosotros.

Otro ejercicio, quizá más entretenido, es la concentración dinámica sobre el segundero de un reloj. Sitúese cómodamente sentado frente al del reloj elegido, que para mayor facilidad deberá

ser de un tamaño suficientemente grande, situado a unos 50 centímetros de distancia y a la altura de los ojos. Fije la vista y concentre su pensamiento en él con exclusión de todo lo demás, incluidas sus propias características como color, tamaño o forma. Es en su conjunto, o más bien en su esencia, en lo que hay que concentrarse. Si lo desea puede anotar el tiempo que tarda en perder la concentración, aunque quizá sea esta actividad la que le perturbe, pues no se trata de una competición sino de relajar la mente. De modo que, cuando los pensamientos erráticos entorpezcan su labor de concentración, no luche contra ellos, déjelos vagar, inspire profundamente, espire lentamente con regularidad por la nariz y comience de nuevo desde el principio.

Conforme se comprueba que la capacidad de concentración aumenta, se puede practicar con los ojos cerrados visualizando el objetivo. Se trata en este caso de una interiorización, que permite una mayor independencia del medio exterior.

Para concentrarnos con garantías podemos usar el segundero del reloj como medida, lo que nos permite observar los progresos con una mayor precisión. Cuando el segundero esté situado a las doce cerraremos los ojos y, mentalmente, seguiremos su curso abriéndolos cuando creamos que ha llegado a, por ejemplo, treinta segundos. Claro está, el ejercicio ha de realizarse sin contar numéricamente los segundos que van transcurriendo; es un acto de sincronía. Así pues, iremos comprobando si la concordancia es más o menos exacta, y conforme vayamos coincidiendo el tiempo puede aumentarse a un minuto, o todo lo que se quiera. Uno o dos segundos arriba o abajo no son determinantes para considerar el ejercicio como fallido, ahora bien, si sobre treinta segundos nos desviamos siete u ocho habrá que practicar con mayor dedicación, hasta lograr un perfecto sincronismo; ello nos indicará que vamos por el buen camino. Este método también nos sirve para comprobar que no todos los días, o incluso épocas, son igual de adecuadas para concentrarse, y por tanto para ejercer la radi-

tesia. Esto se debe a diversos factores, tal como hemos tratado en el apartado de cuándo operar, y quizás el más determinante sea el que nace del interior, es decir, preocupaciones u obsesiones que dificultan una correcta concentración.

Este ejercicio dinámico permite que se diluya la monotonía que puede surgir al permanecer delante de un objetivo estático; pero no hay que olvidar la importancia de aumentar de modo progresivo la dificultad de los ejercicios, teniendo en cuenta que los dedicados a la concentración estática son de suma importancia, ya sean con el objetivo a la vista o visualizado interiormente. No obstante, lo más decisivo es practicar con constancia; es mejor pequeñas sesiones de uno o dos minutos, que largas y agotadoras experiencias en las que se suele terminar abandonando. A veces puede parecer que no se avanza pero, si se persevera, se comprobará con íntima satisfacción cómo el tiempo de la concentración se va ampliando, hasta poder lograrla casi en cualquier lugar o circunstancia. Ya en una segunda fase podremos ejercitar la concentración en lugares bulliciosos y adversos, que nos permitirán adquirir una enorme capacidad de control sobre nosotros mismos. Para ello se puede realizar el mismo ejercicio del reloj, pero en lugar de estar en un lugar tranquilo, sentados y ante el reloj, lo haremos en pleno bullicio, andando y con un reloj de pulsera. Además, la realización de ejercicio físico no violento, como caminar, favorece la concentración y estimula el rendimiento de la mente, no sólo para la radiestesia, sino para cualquier actividad.

Un aspecto que se debe destacar, dentro de los objetivos de la búsqueda, es concentrarse en los medios y no en el fin. Es importante adquirir conciencia de lo que se está haciendo, de todos los pasos que vamos dando, observándonos, viviendo el momento. En lugar de centrarse en el deseo de localizar el objetivo, hay que dirigir la atención hacia él, apartando nuestras preferencias con respecto a uno u otro resultado.

Los religiosos y los practicantes de disciplinas como el yoga, zen, katusgen o control mental tienen una buena predisposición para el trabajo radiestésico. Esto es debido, en buena medida, a la práctica

en la concentración del pensamiento y a la actitud de pasividad, que tanto favorece al radiestesista mientras se mantiene a la espera del resultado.

La introspección, realizada durante el trabajo radiestésico, provoca que el comportamiento tienda hacia un estado de intimidad y recogimiento interior. Este provechoso fenómeno, que aporta tranquilidad y confianza además de elevar el espíritu, puede generar en personas retraídas o tímidas un cierto aislamiento del mundo exterior. En estos casos, es conveniente realizar un trabajo de exteriorización que permita mantener una relación normal con el medio.

Démos tener en cuenta que la mente, al igual que necesita de la concentración, precisa de momentos de esparcimiento, en los cuales no se focaliza en ningún pensamiento concreto. De esta manera se consigue un descanso mental que sería difícil de obtener mediante un proceso intelectual. Sin embargo, no me refiero a los pensamientos errabundos, sino al proceso interior que surge durante la meditación. Meditación y acción son dos caras de una misma moneda. Es la libertad del espíritu que uno adquiere lentamente, entonces la vida se convierte en una acción meditativa. La mente está orientada hacia un objeto en estado de concentración y meditación hasta que llega a perder la noción de sí misma. Entonces surge una autoinmersión que nos catapultas hacia la comprensión.

La abstracción y la neutralidad

La abstracción es la acción o efecto de abstraerse; es un acto mental gracias al cual se puede considerar de forma aislada un objeto idealizado en la mente de forma voluntaria. Es, por tanto, el producto de considerar algo separado del resto, dirigiendo la atención sobre ese algo. Pero, quizás, el propósito fundamental de la abstracción en radiestesia ocurre cuando el operador se repliega sobre sí mismo y se convierte en espectador de su propia actividad.

La abstracción es condición primera y fundamental de cualquier actividad cognoscitiva; permite que el entendimiento se eleve más

allá de lo aprehendido por los sentidos, por encima de lo inteligible y de las formas aparentes que da la simple razón.

Uno de los mayores problemas, y causa de equívocos en radiestesia, es lo que denomino la inducción radiestésica; se produce cuando el operador da por hechos automáticamente ciertos pasos en el proceso. Esto sucede sobre todo en las personas que no conocen cómo se realiza dicho proceso. Uno de los motivos de inducción proviene del hecho de sustituir las expresiones y formulaciones verbales por formas simbólicas, que en buena parte de las ocasiones suplen con eficacia a la expresión de la intención. No obstante, esto tiene el peligro de que, ante determinadas circunstancias, no pueda configurarse de forma adecuada el lenguaje simbólico pertinente, siendo, por tanto, más correcto e incidente para la mente la expresión concreta. Aunque el proceso radiestésico es posible aun sin repetir todos los pasos con exactitud, es más seguro no dar por asumido ninguno de ellos, reiterándolos uno a uno: el enunciado de intenciones, la pregunta o el acuerdo del movimiento del instrumento o las sensaciones que se van a percibir.

La respuesta radiestésica motivada por analogía es otra muestra de inducción. Consiste en reaccionar y dar validez ante algo, material o intelectual, que aparentemente presenta ciertas semejanzas para el operador, algo que fue observado en otro caso y cuyo resultado fue satisfactorio. Por ejemplo, ante determinados indicios de agua subterránea en la superficie, que después se confirman al hacerla aflorar, podemos, sin ser conscientes en otras prospecciones, aceptar este hecho como garantía de la presencia de aguas en el subsuelo. Sin embargo, las condiciones y los indicios que rodearon una búsqueda anterior acertada, no tienen por qué repetirse de nuevo: los mismos efectos no proceden de las mismas causas; antes al contrario, la experiencia indica que si nos guiamos por los datos aparentes relacionados con otras prospecciones el resultado será, probablemente, erróneo.

Hay distintos tipos de elementos que nos pueden sugestionar; en primer lugar están los que proceden directamente de las modificaciones medioambientales, que son en ocasiones provocadas por

objetivos físicos, en el caso del agua subterránea: humedad, cambio en la calidad del aire, etcétera. Por otra parte están también los que son producto de estímulos sugestivos externos: charco, cauce seco, etcétera, que inconscientemente podemos relacionar con la presencia del objetivo. Finalmente están los autosugestivos, procedentes del recuerdo de otras experiencias anteriores, o de deseos de lograr uno u otro resultado, e incluso de dar por finalizada la búsqueda, por lo general debido al cansancio o a la falta de motivación. Estos últimos condicionantes son los más peligrosos, y es sobre ellos que se debe ejercer un férreo control. En fin, el agrupamiento de algunos indicios, tanto procedentes del exterior como internos al operador, conducen a dar por bueno un resultado consciente o inconscientemente. Sabido esto, es importante actuar paso a paso en todo el proceso radiestésico, sin obviar ningún acto de los que estamos aquí desarrollando.

Otro menoscabo radiestésico es el que sufre el operador cuando «está convencido» de que el objetivo existe. Esta convicción es perjudicial, ya que se parte de un supuesto posible pero no seguro, lo cual puede llevar a «descubrir» algo que no existe. El radiestesista no debe presuponer nada, hay que poner en cuarentena cualquier idea sobre la existencia o no del objetivo hasta que concluye la búsqueda.

Precisamente para evitar estos errores se emplea la abstracción, como parte decisiva en la espera neutral del resultado. Así se induce a un estado de barrera interior que inhibe de los estímulos sugestivos del entorno, y de los propios, que puedan desvirtuar el resultado. Un ejercicio favorecedor de la abstracción, al igual que de la concentración, consiste en focalizar en la imaginación el objetivo y, con el estado de relajación pertinente, tratar de eliminar cualquier otro pensamiento que no sea su representación mental aislada del resto. El tiempo de duración de este ejercicio estará marcado por la sensación de fatiga o de tensión que se va generando en el organismo. Estos síntomas nos pueden servir de aviso, puesto que en radiestesia, como en cualquier proceso psíquico, una forma de saber que no vamos por el buen camino, es observar el grado de cansan-

cio físico y de fatiga mental, comparándolo con otros trabajos radiestésicos de similares características. Ante una búsqueda mal planteada el organismo reacciona con muestras claras de cansancio y de confusión, que impiden concluir el trabajo con acierto. Cuando notemos la aparición de este estado lo mejor será parar y reiniciar todo el estudio desde el principio.

La búsqueda radiestésica es contraria a la lógica y a la educación convencional. Esta dificultad puede superarse mediante un esquema mental situado más allá de la lógica adquirida, hasta llegar a un punto de deseo consciente de comprender lo que creemos que nos es desconocido. En este estado receptivo, la neutralidad es la condición que permite las manifestaciones trascendentales a la actividad radiestésica.

Sugestión y autosugestión

La sugestión surge cuando la imaginación incide sobre el pensamiento y lo condiciona. Su efecto puede ser de amplias repercusiones, pues incita directamente al inconsciente. Existen varios tipos de sugestión, pero se pueden englobar en dos bien diferenciadas. En primer lugar las que actúan a largo plazo, que son las responsables de cambios profundos en la personalidad, el carácter, los modos de vida, etcétera. La infancia y la adolescencia son las etapas donde la información que recibimos impacta más profundamente en el inconsciente a través de la sugestión. Si, por ejemplo, el niño recibe constantemente el mensaje de que es tonto acabará comportándose como tal, y si, por contra, el entorno le modela de forma positiva, sus oportunidades de superarse aumentan incidiendo en su inconsciente para futuras actuaciones. En segundo lugar están las sugestiónes inmediatas, que inciden de forma casi instantánea en el comportamiento y son las que se utilizan en radiestesia, aunque en

muchos casos las primeras son necesarias para que surjan estas últimas. Si uno cree que está enfermo puede acabar comportándose como tal sin estarlo. Si uno cree que es capaz de escribir bien insiste en ello hasta lograrlo. La fe y la creencia en las posibilidades de éxito son el marco sugestivo que facilita el logro de cualquier meta.

Hay dos vías para que se origine la sugestión: debido a fenómenos exteriores transformados en ideas, o bien por pensamientos surgidos desde estímulos interiores. Éstos muchas veces están condicionados por experiencias anteriores, y se podrían definir como autosugestiónes. Éstas, adecuadamente dirigidas por el operador, pueden ser favorables a la acción radiestésica o, desfavorables, si aparecen de forma descontrolada, o sea, cuando se está bajo una influencia no querida.

La autosugestión es un fenómeno cotidiano, que surge la mayor parte de las ocasiones inconscientemente. Sin embargo, también puede aparecer cuando logramos concentrar voluntariamente la atención en un objetivo logrando focalizarlo en la conciencia. Así, en este contexto, junto a la imagen mental de lo que se pretende, surge la autosugestión y se consigue un estado psíquico y una intención constantes que, junto al recuerdo renovado del motivo que nos impulsa a actuar en determinada orientación, estimula la acción radiestésica hacia el resultado correcto. A su vez, la autosugestión facilita la capacidad de atención, la memorización, la serenidad y la tranquilidad. Su potencial, adecuadamente dirigido, es inmenso.

Continuamente recibimos información del entorno, que es en gran medida visual, y se traduce en una oleada de estímulos que inciden en el cerebro influyendo en nuestro comportamiento. Una sugestión dirigida favorablemente inhibe al operador de las influencias exteriores mediante una declaración previa a uno mismo de lo que se pretende discriminar, es decir, todo aquello que no sea el objetivo: «Las influencias exteriores no van a afectarme gracias a mi capacidad de concentración en lo que pretendo lograr». De esta manera se consigue una cierta inmunidad sobre los efectos distorsionadores de la acción radiestésica, incluyendo los estímulos e informaciones exte-

riores condicionantes de muchos resultados. Esto se puede comprobar en pruebas ciegas en las cuales el operador se encuentra aislado de sugerencias exteriores. Cuando no existen indicios del posible resultado, la mente se orienta directamente hacia el objetivo. Si intentamos encontrar una determinada carta en una baraja usada que tenga marcas en su reverso, la mente puede dedicarse inconscientemente a intentar relacionar esas marcas con ciertas cartas, descartando unas o eligiendo otras. Sin embargo, si no existe esta posibilidad, a la mente no le queda más ocupación que dirigirse hacia un proceso radiestésico para determinar la carta buscada.

Con la práctica de la meditación y de la concentración se logra minimizar las potenciales sugerencias negativas, lo cual nos permite que la mente no se deje llevar por sugerencias exteriores y asimismo se prepara el contexto para controlar la autosugestión.

Recuerdo un caso en el cual varios zahoríes experimentados habían fallado en su intento por encontrar aguas subterráneas en un viñedo, tras el fracaso de un equipo de hidrólogos. La cooperativa propietaria del terreno necesitaba con urgencia agua para sus cultivos, o de lo contrario estaban condenados a la ruina. Tras solicitar mi intervención comprendí que el agobio y la insistencia, tanto a través del teléfono como sobre el terreno, de la necesidad de sacar agua, podía haber sido la causa de que estos expertos zahoríes se equivocaran imbuidos por la actitud de estas personas: «Tiene que haber agua». Ante esta presión psicológica se olvida lo más importante: ¿Hay agua? En este caso, después de liberarme de la presencia importuna y sobre todo de los condicionamientos y pensamientos sugestivos mediante la concentración y la abstracción, llegué a la conclusión de que no la había, al menos no la suficiente para sus necesidades. Esto se demostró con posteriores perforaciones en algunos de los puntos marcados por los anteriores radiestesistas, aunque sí podía haber en épocas lluviosas un cierto caudal.

Tal como vemos, la sugestibilidad a que puede verse sometido el operador viene supeditada por factores inherentes a sí mismo y a otros de procedencia externa, entrañando ambos graves riesgos para el buen fin del trabajo. Aunque, quizá, la autosugestión involuntaria

sea más difícil de contrarrestar, debido a condicionamientos internos y educativos que influyen de forma determinante en su ánimo, siendo uno de los mayores enemigos del radiestesista. Una actitud de espera neutra favorece el bloqueo de los elementos sugestivos exteriores y limita la posibilidad de que se produzcan desde el mismo operador. Este estado se puede considerar activo en el ámbito mental pero imparcial en cuanto al resultado de la búsqueda.

La autosugestión negativa también puede implantarse en la mente cuando el operador comienza a plantearse dudas en cuanto al fenómeno en sí o a su forma de trabajar. No debemos pensar que el esfuerzo que estamos realizando sea inútil, puede que sea más o menos acertado, pero nunca es un esfuerzo en vano, ya que gracias a él vamos elevando nuestro nivel de comprensión y de efectividad, aun cuando nos equivocamos. Los esfuerzos metódicos incitan la confianza y desarrollan la voluntad de seguir adelante, independientemente de conseguir, en un principio, unos resultados u otros.

Es posible dominar los efectos de las sugerencias negativas gracias a la asociación de ideas; con su concurso se modifican las tendencias que se elaboran en el inconsciente. Mediante esta vinculación evocativa logramos que aparezca un pensamiento o una imagen representativa del objetivo. Lo importante es que sea una imagen nítida y manifiesta para el espíritu del operador de aquello que se quiere encontrar.

La vista actúa como un elemento sugestivo que puede favorecer el logro del resultado correcto. Si queremos saber cuál es la carta de la baraja que está boca abajo encima de la mesa, será más fácil concentrarse sobre ella si la tenemos a la vista que si le damos la espalda. La acción visual incide notablemente en la capacidad de concentración y de representación mental del objeto, pero siempre sin olvidar que actúa dentro de un contexto autosugestivo. Precisamente, la visualización del objetivo se configura más eficazmente conforme se incrementan los detalles que tenemos sobre él. Cuantos más datos aportamos a la mente sobre el objetivo, más veraz es la imagen que nos formamos y mayores posibilidades hay de focalizar la concentración visual. En caso de buscar a una persona desapare-

cida, el saber su color de pelo, edad, sexo, nombre y cuantos más detalles mejor, ayuda a formarse una imagen mental que eleva la confianza. Para el radiestesista cada letra escrita, cada pista que le lleve a conformar mentalmente «su» imagen del objetivo, tiene un sentido especial y en estos detalles encuentra un aliado.

El verdadero propósito de la visualización es lograr el control mental, no sólo en sus fuentes sino en las creaciones de éstas, que en muchas ocasiones se introducen en la mente, consciente o inconscientemente, generando los conflictos de identidad entre la realidad y lo ilusorio. Los resultados positivos de la visualización se advierten con mayor rapidez que con otras técnicas, al interaccionar directamente con ciertos mecanismos inconscientes. De esta forma, se modifica la información más superficial a impulsos de niveles más profundos, los cuales incitan más fácilmente mediante un lenguaje simbólico, antes que por las expresiones más intelectivas fruto de normas y de concepciones limitadas de la realidad. Esto lo pueden entender con facilidad muchas personas que tienen vicios arraigados como el tabaco. Difícilmente pueden abandonarlo mediante el lógico argumento del evidente perjuicio para su salud. Hace falta un profundo cambio interior para entonces dejarlo sin esfuerzo, pues una vez el inconsciente opta por un camino, todo es fácil.

Si somos capaces de crear imágenes mentales nítidas y coherentes a voluntad habremos dado un paso decisivo. Con ello se consigue que la mente no rechace la imagen del objetivo como errónea, especialmente sobre la base de los resultados obtenidos en experiencias anteriores. Además, así también se logra sugestionarla lo suficiente para actuar en un contexto que le resulte creíble. Los pintores y escultores tienen una gran capacidad de elaborar imágenes mentales, gracias a la forma de observación que han desarrollado mediante la práctica y las técnicas de examen, amén de las cualidades innatas de cada cual.

La técnica de la visualización o representación mental del objetivo, crea una tendencia tanto en el comportamiento consciente como, sobre todo, en el inconsciente dirigida hacia su logro. De la misma forma que si el pintor «ve» su obra antes de plasmarla en el

lienzo puede ejecutarla con mayores garantías, el radiestesista que logra «ver» el objetivo tiene mayores posibilidades de éxito, y, probablemente, en ninguno de los dos casos el objetivo final sea tal como se visualizó.

La imaginación, la percepción, la visualización e incluso la memoria se configuran y adquieren coherencia en la mente, gracias a un mecanismo holográfico que permite que la conciencia esté en su conjunto interconexiónada. La memoria impulsa la visualización de algo ya conocido, asimismo actúa junto a la imaginación creando elementos totalmente nuevos o nacidos gracias a la transformación de otras informaciones anteriores, pero sin dejarse influir por ellas.

La técnica que practico en los trabajos que requieren determinados esfuerzos mentales y asimismo físicos, es la que denominaré como sugestión dinamizante. Consiste en una estimulación nerviosa y muscular que favorece la eliminación de las tensiones psíquicas y musculares, creando el estado psicobiológico más apropiado a cada situación. Fundamentalmente, es una autosugestión principal rodeada de otras secundarias, generadoras de energía activa propulsora del movimiento psicopsíquico. Mediante esta sugestión enlazada, se logran hilvanar todos los momentos de la búsqueda en un fluir continuo, sin fisuras que rompan el impulso inicial que transmite el consciente al inconsciente, y que éste devuelve con creces.

Crear que el fenómeno es real, la convicción de que podemos llevarlo a buen fin, la confianza en nuestras posibilidades, la satisfacción íntima de saber en qué contexto estamos trabajando, vivir cada paso de la búsqueda, sentir el lugar y a nosotros en él.

Todas estas ideas y sensaciones adecuadamente sugeridas inciden en el inconsciente y le mueven a pasar a la acción. De ahí la

importancia de representar incluso paso a paso la actuación que vamos a realizar durante la preparación y la búsqueda, incluyendo el logro del resultado pretendido y de las pautas necesarias para llegar a él. En este caso bien podría representarse uno mismo trabajando con método y con calma, sin distracciones, dominando la situación y logrando el resultado perseguido.

La importancia decisiva de la sugestión dinamizante en los procesos psíquicos parte de un hecho bien simple, el organismo cuenta con unos 100 millones de receptores sensoriales y unos 10 trillones de sinapsis en el sistema nervioso. Por esto somos mucho más receptivos a los cambios y estímulos interiores que a los exteriores. Esto bien nos indica la posibilidad de controlar las influencias exteriores mediante un adecuado estado interior; además, gracias a la sugestión dinamizante podemos dirigir los estados generados por nuestro inconsciente.

Hay radiestesistas que se valen de testigos; o sea, elementos similares al objetivo o al menos que les recuerden a éste y les ayuden en su concentración, reforzándola. En principio, no son imprescindibles, simplemente son estímulos para fomentar la autosugestión, gran aliada del radiestesista. Sin embargo, la mejor autosugestión es trabajar siendo conscientes de lo que se realiza y en qué marco se desarrolla.

La autosugestión se puede favorecer con lecturas apropiadas al tema propuesto, pero puede suceder todo lo contrario, si aquello que leemos—caso de gran parte de la literatura radiestésica—añade confusión o es erróneo, lo cual generará un rechazo inconsciente. De cualquier forma, en este caso, no es necesario dedicar largas horas a la lectura, sino seleccionar bien los textos que vamos a leer aprovechando los momentos de ocio y descanso. De esta forma surgirá en la mente el impulso necesario para dirigirse hacia la meta pretendida, aunque quizá no de una forma inmediata. Lo importante es crear puentes y caminos hacia lo que nos proponemos, la meta no se encuentra en el primer paso, pero mientras llegamos disfrutemos del paisaje, pues esto es tan importante o más que el objetivo final.

El esquema mental

Una vez realizada la pregunta adecuada, y seleccionado y fijado en la mente el objeto, hay que mantenerlo todo en lo que he llamado el esquema mental. Éste es una representación gráfica y simbólica del contexto operativo en el cual, dependiendo de la fase en que se encuentre el estudio radiestésico, incidirá más en unos aspectos o en otros. Si, por ejemplo, estamos en la fase del proceso radiestésico en la cual acordamos las reacciones neuromusculares, la representación genuina o simbólica de este hecho ayuda a grabar con eficacia el mensaje en el inconsciente.

Un esquema es la representación en la mente de elementos materiales o inmateriales; consiste en hacer presente en la mente, de modo adecuado, un objeto que no conocemos directamente o, al menos, no tal como es ahora. Por ejemplo, se puede intentar la localización del propio coche, que ha sido sustraído; sabe cuál es el objetivo, pero no conoce si éste aún existe, en qué estado se encuentra, si se halla averiado, desguazado o intacto. La imagen que se forma del objetivo es representativa, sirve de vínculo entre la mente y el objeto, entre lo diverso y lo concreto, al reproducirlo en la mente basándose en recuerdos de objetos similares, o imaginando cómo es el que se pretende localizar.

Para paliar los efectos negativos que puede provocar la imaginación mientras se trabaja—sobre todo en los periodos de espera—, es aconsejable reiterar la expresión de la intención de conocer sólo lo que se pretende, y nada más que eso, con exclusión de cualquier otra información. Asimismo, las manifestaciones imaginativas y sugestivas negativas—procedentes tanto de fuentes exteriores como subjetivas—, no deben encontrar eco en la mente, al reforzar la imagen del objetivo mediante la representación mental. Ésta proviene de una intención, y puede llegar a ser tan veraz, inmediata e intensa, como eficaz sea dicha representación mantenida por la atención.

De nuevo hay que recordar la importancia de la concentración dentro del esquema mental elegido. Sin ella presente en todos los aspectos del proceso radiestésico, éste difícilmente puede llegar a

buen fin. Si nuestra actuación es correcta sólo reaccionaremos de manera neuromuscular, según lo acordado, ante la respuesta correcta. Por tanto, fuera del objetivo no debe existir reacción. En el esquema mental se encuentra sintetizado el modo operativo, y casi se podría afirmar que él es el modo operativo, y el punto a partir del cual se produce la búsqueda radiestésica. En él se encuentran integrados todos los factores inherentes a la acción radiestésica, tanto los que constantemente están actuando como los que se suceden a cada momento del proceso: las reacciones neuromusculares pactadas, la relajación, la ideación, orientación y selección mental del objetivo, el control sobre el mantenimiento de la atención y la concentración, así como la expresión de la intención y la pregunta pertinente, todo ello unido a la conciencia de la neutralidad, la motivación y la confianza.

Es difícil ordenar en el tiempo todos los pasos, ya que, aunque algunos son previos a otros, la mayoría persisten durante toda la búsqueda. Algunos se deben agudizar más en determinadas etapas del proceso, y deben ocupar un papel preferente en el esquema mental que es el centro operativo.

La acción radiestésica se fundamenta en tres elementos ineludibles: la formación de un concepto preciso del objetivo (aunque no se corresponda fielmente con la realidad), el mantenimiento del pensamiento orientado sobre él y, por último, la existencia de la intención de lograrlo.

Cuando se debilita la concentración es posible reforzarla a través del esquema mental. Esto se puede lograr mediante una formulación mental, recordando el objetivo, la expresión o la pregunta. También se puede llevar a cabo en voz alta, hablándose a uno mismo para volver a centrar el objeto de la búsqueda. El propósito de la fijación del objetivo en la mente es proporcionar una estructura al pensamiento, para permitir dirigirse hacia él. De este modo, se pueden

reconducir ciertas situaciones de laxitud psíquica, que pueden darse, en especial, cuando se está operando durante mucho tiempo seguido, o en circunstancias adversas y, así, apuntalar la confianza en la metodología que estamos empleando.

Una vez concentrados en un esquema mental adecuado, debemos mantener una neutralidad que facilite la llegada a la conciencia del resultado correcto. Esto se consigue mediante el acuerdo del movimiento que deberá realizar el instrumento en una actitud de espera, sin inclinarse hacia el deseo de conseguir uno u otro resultado. Las ideas preconcebidas, o la querencia de obtener una determinada conclusión, durante la localización influirán para falsear el resultado final. Si uno prefiere este o aquel resultado, y no consigue inhibirse de dicho sentimiento durante la búsqueda, facilitará el camino al error. El deseo debe orientarse en saber y conocer, no en lograr uno u otro resultado. En ese caso debemos aislarlo en la mente para que no influya a través de la sugestión.

CONDICIONANTES EXTERNOS

El lugar y el momento

Un factor que se debe tener en cuenta —cuando se realiza el trabajo radiestésico en una posición estática— es comprobar que el lugar carezca de modificaciones de la radiación natural, tanto las originadas por elementos geofísicos como por elementos artificiales, ya que su influencia crea tensiones y, por tanto, limita las reacciones neuromusculares y psíquicas. El medio donde se desarrolla la acción radiestésica debe ser lo más favorable posible, dentro de las características de la búsqueda, ya que cualquier circunstancia nociva afecta negativamente al operador, obligándole a un esfuerzo añadido para

sobreponerse a su influencia (véase *El lugar y la vida y Geobiología: medicina del hábitat*).

Cuando la estancia en un lugar que tiene sus constantes geofísicas alteradas se prolonga, puede aparecer un estado de estrés en el radiestesista que le impida concentrarse de forma satisfactoria. De la misma forma, ciertas perturbaciones atmosféricas (tormentas magnéticas, exceso de iones positivos en la atmósfera, etcétera) pueden provocar tensión, cansancio, cambios de estado de ánimo, etcétera, que tampoco benefician al radiestesista. Estos condicionamientos son una dificultad añadida que obliga a una mayor abstracción e inhibición de las influencias ambientales. Las personas más sensibles a estos u otros influjos deberían evitar la actividad radiestésica mientras persistan estas circunstancias. De cualquier forma, cada persona debe valorar aquellos pormenores que le son en particular desfavorables para operar y en qué medida lo son. Así, podemos comparar los resultados en distintas situaciones y concluir cuáles son las más adecuadas y cuáles se deben evitar. No es la situación, el lugar o las condiciones atmosféricas lo que limita el normal desarrollo del proceso radiestésico, sino la reacción, más o menos aguda, de tensión, estrés o ansiedad provocados por dichos fenómenos que, en personas propensas a su influencia, impide la adecuada actitud de relajación y concentración.

El efecto de la luna o del sol sobre los organismos, incluyendo al ser humano, ha sido utilizado por algunos para ligarlo al fenómeno radiestésico. Nada más lejos de la realidad; la radiestesia en sí no tiene relación con las posibles influencias del medio exterior. Aunque sí hay que matizar que algunas personas, sometidas a influencias naturales cíclicas, como las citadas, son susceptibles de padecer tensión, irritabilidad o nerviosismo. Estos efectos pueden limitar las condiciones fisiológicas que permiten operar en radiestesia y, en general, para cualquier actividad intelectual o física.

La orientación geográfica en la que se opera no tiene importancia sobre el proceso radiestésico, aunque de forma sutil alguna orientación concreta, como hacia el norte, favorece la relajación en actuaciones prolongadas, como es el dormir o el trabajar durante

cierto tiempo de forma estática. Por tanto, en el caso de la telerradiestesia, quizá sea más favorable orientarse hacia el norte para que la relajación sea algo más fácil de lograr y mantener. Aunque personalmente no considero que esto tenga ningún efecto notable, y rara vez lo tengo en cuenta al operar.

Debo insistir en que, a toda costa, hay que evitar los ambientes desfavorables, sobre todo las personas que transmitan escepticismo, hostilidad o sarcasmo. Así pues, se deben limitar las exhibiciones públicas que sólo conducen a fomentar el aspecto circense del fenómeno y, en ningún caso, aportarán beneficio alguno, ni a la radiestesia ni al operador, además de que casi siempre se fracasa en estas circunstancias.

Nuestro sentido del olfato capta la impregnación del aroma de un perfume, aunque poco a poco vaya disminuyendo su intensidad. Existen otras remanencias más sutiles, difíciles de percibir para nuestros sentidos. Todo objeto produce una huella invisible en el lugar donde ha estado y, del mismo modo, un acontecimiento deja una persistencia o memoria sutil. Esto no debe servir como excusa para justificar un fracaso; esto sólo lo argumentan operadores poco introducidos en las verdaderas causas del fenómeno radiestésico. Aunque es posible que, en determinadas circunstancias, especialmente intensas o que sintonizan de forma especial con el operador, estas remanencias puedan crear cierta confusión, pero no lo hacen en mayor medida que la reacción física que produce un elemento medioambiental: ruido, zonas alteradas, etcétera. En ambos casos, si se opera según los parámetros que se han ido explicando a lo largo del libro, difícilmente se verá afectado, ya sea por las posibles remanencias o por cualquier otro fenómeno, tanto de carácter físico como psíquico. Para lograr ese aislamiento, la expresión debe delimitar el ámbito de percepción, con exclusión de cualquier otra influencia.:

- Tengo la intención de ser consciente de la existencia del objetivo.

Esta frase, u otra de similares características, ayuda a polarizar la mente en el objetivo. De todos modos, es conveniente iniciar cada prospección en las condiciones más favorables, ya sea del medio

donde se va a operar o a nivel personal, con una actitud favorable en todos los sentidos. Para saber cuáles son las mejores circunstancias se puede mantener un diálogo intelectual de las características del medio, sin olvidar el intuitivo, o simplemente, preguntándonos una vez más si tenemos alguna duda con respecto a la influencia del entorno sobre nosotros.

La ropa

Con anterioridad comentaba la importancia de operar en un entorno favorable o al menos no agresivo. Dentro de estos elementos accesorios, pero importantes, existen otros factores que han de ser tenidos en cuenta, como la ropa que usamos. Ésta debe ser cómoda, y de fibras naturales como el algodón, el lino o la lana. La ropa, al estar en contacto directo con la piel, ejerce cierto efecto sobre el organismo que puede ser positivo si se trata de prendas naturales, cómodas y ligeras, o negativo cuando son fibras sintéticas, rígidas y opresoras. Las fibras sintéticas provocan tensiones, e interfieren en la capacidad de mantener la atención aunque ocurra de forma inconsciente. Muchos de estos tejidos son insanos pues se cargan de electricidad estática o emiten sustancias tóxicas, limitando las posibilidades de desenvolvernos al cien por cien en cualquier actividad, y más, claro está, en una actividad tan sutil como es la radiestesia.

La tensión, ya sea física o psíquica, es un claro enemigo del radiestesista, y la utilización de ciertos tejidos o de prendas demasiado ajustadas puede provocar malestar. Por ejemplo, un cinturón ajustado en exceso impide que la atención se focalice de modo correcto. También es conveniente utilizar calzado cómodo, con suelas que no aislen del contacto con la tierra, impidiendo descargar el exceso de electricidad acumulada, tal como sucede con el plástico o la goma. Son mejores las suelas de cuero, esparto u otros materiales naturales que permiten una interacción con las energías cosmotelúricas o, incluso, trabajar descalzo, aunque para muchas personas y en determinados tipos de trabajos puede resultar incómodo. De

todas formas, hay que remarcar que no es imprescindible el contacto con las radiaciones telúricas o cosmotelúricas, ya que el radiestesista puede operar aislado de ellas, como he demostrado trabajando con distintos aislantes de las radiaciones naturales; pero es evidente que el contacto ayuda a integrarle más en los procesos naturales que armonizan con los suyos, y contribuye a facilitar un determinado estado físico y mental al operar con mayor relajación.

La duración de la búsqueda

La prolongación de la actividad radiestésica durante un lapso excesivo puede acarrear un estado de ansiedad. En estas condiciones se tiende de forma inconsciente a buscar un atajo para terminar la localización. Con las prisas, la imaginación comienza a fantasear, y a crear falsos resultados, para dar por finalizada una situación que le crea un estado incómodo.

Cuando notemos el cansancio o una falta de concentración, lo mejor será descansar hasta recuperarnos. Si la respuesta se demora, o no es la más afortunada, hay que permitir que la mente descanse, aplazando la búsqueda. Sin embargo, en muchas ocasiones el inconsciente continúa laborando, buscando la solución que será aportada al consciente con mayor facilidad cuando así se le requiera. Otro aspecto que hay que tener en cuenta es la conveniencia de quitarse el reloj (en caso de que se utilice), y dedicar al trabajo el tiempo necesario, sin prisas, ni cálculos del tiempo preciso para la prospección; cada estudio tiene unas peculiaridades distintas y precisa de un tiempo determinado.

En cuanto al tiempo necesario para obtener la respuesta solicitada, ésta casi siempre es inmediata, pero, si tarda en llegar, la mente tiende a anticipar una respuesta, por lo general errónea. Por tanto, hay que facilitar, mediante la expresión y la pregunta correctas, la eliminación de ambigüedades, para que la respuesta sea rápida y precisa.

En ocasiones, después de un largo trabajo de búsqueda, puede aparecer un estado de agotamiento que, en caso de continuar, impli-

ca una merma fisiológica que conlleva un importante desgaste del sistema nervioso. El operador debe advertir esta eventualidad y adoptar las medidas tendentes a minimizar sus efectos, mediante una correcta actitud mental; además debe tener presentes sus posibilidades operativas en cada etapa de su evolución como radiestesista, y también como persona, dentro de su estado actual de conciencia.

Las personas que convierten la radiestesia en el centro de interés de su actividad diaria, tienden a especializarse demasiado en sus preferencias, con el peligro de perder la curiosidad hacia otros temas, hasta el extremo de volverse incapaces, incluso, de interesarse por otros aspectos de la búsqueda radiestésica. El número de buenos radiestesistas es, lamentablemente, escaso en nuestros días, y existen todavía demasiadas regiones del conocimiento que precisan ser exploradas como para encerrarse en un campo delimitado por la costumbre o la inseguridad. Hay que tener siempre en cuenta que la motivación hacia un tema es la puerta que permite la entrada de la información solicitada.

TERCERA PARTE

LOS INSTRUMENTOS

Existen múltiples instrumentos que pueden utilizarse como amplificadores de las reacciones neuromusculares, aunque en algún momento, el operador puede tener la impresión, sobre todo en los comienzos, de que una fuerza exterior y ajena a él actúa sobre el instrumento. Nada más lejos de la realidad, ya que por sí mismo ningún instrumento tiene vida ni movimiento propio, y es el radiestesista quien, con sus reacciones inconscientes, se lo confiere. En ningún caso hay que preguntar al instrumento o esperar de él la respuesta, es a uno mismo a quien hay que dirigirse y, a través de una actitud consciente, accionar el inconsciente para que éste facilite la respuesta. Por tanto, los instrumentos son el lenguaje a través del cual se expresa la radiestesia.

Se puede trabajar siempre con un mismo instrumento o emplear varios distintos. La mayoría de los operadores se circunscriben a uno solo, aunque algunos manejan indistintamente varios instrumentos. No recomendaré ninguno en concreto, ya que cada persona, a través de su experiencia, decidirá cuál se ajusta más a sus características particulares. Incluso algunos operadores no emplean instrumento. Más adelante trataré los más utilizados y conocidos. Debería tenerse en cuenta que si el instrumento no es más que un simple amplificador de ciertas reacciones que se producen en el organismo, se podría trabajar en esa dirección, o sea, intentar descubrir dónde y cómo se producen estas reacciones o sensaciones, y tratar de percibir las sin ninguna clase de instrumento, actuando nosotros mismos como instrumento y, por consiguiente, pactando con uno mismo las reacciones o sensaciones que se pretenden percibir. Para lograrlo hay que observar las reacciones fisiológicas del organismo mientras se opera, lo que nos dará una imagen más fidedigna de cuándo se produce realmente la actividad radiestésica.

La forma operativa que voy a describir a continuación es aplicable tanto a la práctica radiestésica con instrumentos, como sin ellos.

De la misma forma que acordamos un determinado movimiento del instrumento antes de operar, también es posible hacerlo con las

reacciones o sensaciones, y percibir las tal como hemos programado. Cada cual puede aprovechar una determinada predisposición, o una mayor facilidad, para que se produzca de una u otra forma, al igual que se utiliza uno u otro instrumento, y se imprime a éste unos movimientos concretos. Así pues, es factible programarse para recibir una sensación definida, como puede ser calor, frío, hormigueo, etcétera, o una reacción como temblor, palpitaciones, etcétera. También se puede percibir la respuesta mentalmente, ante una formulación mental. El movimiento del instrumento, o las sensaciones, deben producirse procurando alentar las tendencias motoras innatas; así, ante el reconocimiento del objetivo, se produce una sensación o un movimiento mecánicos. Las sensaciones o los movimientos motores inconscientes, al repetirse, acaban siendo tan habituales que se reproducen cada vez que aparece la voluntad de realizar la actividad radiestésica. Terminan siendo una reacción motriz invariable, que responde a un estímulo preciso provocado por la intención, e incentivado por la motivación.

Es curioso observar el afán de algunos operadores por diseñar supuestas mejoras de los instrumentos y accesorios, inventar sistemas o aparatos —que según dicen sus inventores y adeptos aumentan los éxitos radiestésicos—, aunque en realidad sus bondades e hipotéticas ayudas sólo existen en la sugestión de su mente. Los hay imantados, con determinadas formas, de distintos colores, etcétera, para, según pretenden, sintonizar con ciertas ondas, aunque en realidad no contribuyen a mejorar la acción radiestésica y sí, en muchos casos, son una rémora, puesto que el instrumento en radiestesia no ejerce el papel de antena. Sólo pueden ser útiles para favorecer la acción autosugestiva de los operadores mal informados y estimulados por las argucias de vendedores con equivocadas o falsas ideas, que logran en la mayoría de los casos el efecto contrario al que se pregona, es decir, mejorar la eficacia radiestésica. Un buen instrumento es aquél con el que nos sentimos a gusto trabajando y no tiene por qué ser complicado, ni caro; al contrario, por lo general se utilizan amplificadores sencillos y prácticos. En el mercado existen infinidad de instrumentos para ejercitar la radiestesia.

Recomendaría los más sencillos y, mejor aún, que cada cual idease y fabricase el suyo propio. Por tanto, las únicas razones para que un radiestesista elija uno u otro instrumento son de carácter subjetivo. Lo único importante en un instrumento es que sea agradable al operador y que le resulte cómodo.

En torno a la radiestesia existen numerosas hipótesis falsas, arrastradas durante años, donde gentes de miras limitadas repiten las mismas letanías formuladas según estrechas concepciones. Estas personas arrastran prejuicios sin fundamento, que limitan la expresión natural de la persona que de buena fe cree en sus conocimientos. Se puede leer en distintos libros que no se puede practicar la radiestesia si se utilizan gafas, si se llevan suelas aislantes o si no se llevan, si se realizan determinados gestos o posturas (cruzar las piernas, empezar a operar con el pie izquierdo, no estar situado cara al norte, mantener el péndulo sólo con la mano derecha...), si no se está orientado según los polos magnéticos terrestres, si se está cerca de un cuerpo metálico. Pero donde más inciden es en la utilización de instrumentos especializados y de ciertos materiales conductores, neutros, polarizados, etcétera; todo ello, por supuesto, no son más que manías personales de algunos operadores que se transmiten a otros poco informados del marco real de la radiestesia.

Estas ideas son limitaciones para el radiestesista, al que se califica como un radar, cuyo cerebro emite una onda emisora que es devuelta al llegar al objetivo, de forma que el radiestesista envía una onda radar al espacio que le vuelve; que los dedos son antenas emisoras o bien receptoras, así como que se trata de un fenómeno similar a la radio, la televisión, la informática o incluso al láser. Se emplean términos como: radiaciones, ondas, polaridad, vibraciones, rayos, emisiones, sintonía, etcétera, para tratar de asociar con la física un fenómeno bien alejado de ella. Ello da pie a un léxico pseudocientífico como: onda personal, código magnético, detección de longitudes de onda, vibraciones, etcétera. Basándose en ellos, se ha tratado de

fomentar los aspectos externos y complementarios al radiestesista, olvidando el papel decisivo de éste, como único elemento imprescindible en la actividad radiestésica. Es absurdo pretender vincular la radiestesia a la física y utilizar una jerga que deja patente el desconocimiento de los fenómenos radiestésicos, así como de la propia física.

«Es preciso denunciar esta explicación pseudocientífica del fenómeno radiestésico, pues con ella tan sólo se consigue multiplicar las críticas de los científicos, fomentar el desdén de los indiferentes y agravar la confusión y el desaliento de quienes quieren interesarse por él. Es nefasta para los mismos radiestesistas, pues los limita en su práctica y acota el campo de sus investigaciones. Es necesario también denunciar el mercantilismo y todo el material heterogéneo y la propaganda abusiva que engaña al principiante con péndulos de colores, instrumentos "planetarios" o "cósmicos" pantallas coloreadas, gráficos "bajo cubierta energizada" que van desde el "sexógrafo" al "tablero curativo". Es una falacia hacer creer que toda esa parafernalia compensa de forma eficaz una insuficiente sensibilidad radiestésica y que una "radiestesia sin esfuerzo" sea posible.» Estas palabras de Jean Jurion, formuladas en los años treinta, indican de manera clara lo poco o nada que ha evolucionado la concepción de la radiestesia en estos años.

Entre estas herramientas cuasi milagrosas, anunciadas casi como sustitutivos del radiestesista, estarían los péndulos electrónicos, que serían un amplificador de ondas y la radiestesia dependería de un sistema de ondas. De ahí otros concluyen que el hecho de operar sobre caucho, cristal o papel impide la transmisión de ondas, al igual que advierten de no usar guantes, calzado de caucho u objetos metálicos (cinturón, anillo, etcétera). Según estas ideas el hierro está proscrito, debido a las acciones magnéticas que puede experimentar, idea que lleva a pretender que el uso de material metálico en la composición de la varilla es desaconsejable, ya que pone en cortocircuito ambas manos. El desconocimiento de la radiestesia y en muchas ocasiones el afán de protagonismo y de lucro lleva a fabricar monstruos como la antena radiestésica con

cámara radiactiva, concebida —según sus «inventores»— para la búsqueda de tesoros, claro está a precios elevados. Del mismo modo, ciertos instrumentos pretenden mejorar la actividad radiestésica, basándose en los llamados «alambres de Lecher» formados por dos alambres unidos a las armaduras de un condensador. Al saltar la chispa entre las esferillas del excitador se propaga una onda que, al reflejarse en los extremos de los conductores, da lugar a ondas estacionarias. Esta equivocada visión física limita la visión del verdadero contexto en el cual se produce el fenómeno radiestésico y favorece el error al implicar a la mente en actos y modos fuera de la realidad radiestésica.

Otra idea muy extendida es la que afirma que los instrumentos son sensibles a las variaciones del campo electromagnético, o que tienen unas supuestas polaridades que influyen en el resultado de la búsqueda radiestésica, o que las condiciones atmosféricas impiden la acción del péndulo. Todo esto es algo psicológico, al igual que frotarse las manos, o limpiar el instrumento para eliminar las radiaciones a las que se estuvo expuesto en anteriores trabajos, o al ser usado por otra persona; es decir, lo que se conoce como la «descarga» del instrumento. Conozco muchos radiestesistas, incluyéndome a mí, que no «descargan» su instrumento de posibles impregnaciones que, según estas ideas, les impedirían actuar de modo adecuado y «a pesar de ello» obtienen excelentes resultados. Las supersticiones y condicionantes superfluos proliferan en la vida cotidiana y, también, en radiestesia, pero cuando uno los analiza con imparcialidad advierte su insensatez. Hay que procurar huir de todo aquello que merma la noción sobre la radiestesia y, por tanto, nuestra capacidad de evolucionar dentro del verdadero contexto radiestésico.

Otro aspecto en el cual hay que incidir es la escasa relevancia que, dentro del proceso radiestésico, presenta la naturaleza del material usado en la elaboración del instrumento. La única diferencia en la elección de un instrumento u otro, de diferentes materiales, es su carácter sugestivo, además de sus características físicas, como la elasticidad, flexibilidad, resistencia, etcétera.

POR QUÉ SE MUEVEN

La médula espinal envía al cerebro la información necesaria que necesitan los músculos para moverse. Cuantos más husos por gramo muscular, los músculos ejecutan movimientos de mayor complejidad, como ocurre con las manos. Las terminaciones nerviosas sensibles al movimiento están repartidas por todo el organismo, y se cree que están controladas por el cerebelo. Éste puede ser estimulado mediante ejercicios coordinados y el aprendizaje de nuevos movimientos motrices que, con la práctica, se van realizando con seguridad, adquiriendo una ejecución automática, ya que una de las funciones del cerebelo es la de ayudar a aprender y recordar movimientos nuevos, logrando una mayor destreza y conjunción entre los micromovimientos de brazos, manos y dedos. Éstos dependen sobre todo del cerebelo, como encargado de regular los movimientos que realizamos en la acción radiestésica. El katsugen, con sus movimientos involuntarios, y el tai-chi con la armonía del movimiento, son buenas escuelas para aprender la coordinación dinámica tanto interior como exterior.

La memoria-hábito funciona con una gran seguridad y, gracias a ella, se consigue que los movimientos o las sensaciones que se perciben sean repetitivos y, sobre todo, que aumente la confianza, gracias a los logros que se van consiguiendo y que se relacionan con la metodología, establecida de antemano, para facilitar el camino a la actividad radiestésica.

Por otra parte, debe tenerse en cuenta que, el hecho de que el instrumento se mueva entre las manos, no significa que se esté produciendo un proceso radiestésico. En el movimiento pueden concurrir distintos estímulos; el radiestesista deberá conocer su existencia y evitar, en la medida de lo posible, los que no se deban a la reacción radiestésica. Los pensamientos, ya sean positivos o negativos, provocan una reacción orgánica que, en muchas ocasiones, se traduce en una manifestación motora de diversa magnitud, dependiendo de la impresión que produce dicho pensamiento. Esta reacción autosugestiva puede ser amplificada por el instrumento, sin ser necesariamen-

te un movimiento radiestésico. Para que éste surja deben sucederse los mecanismos mentales descritos antes. Sin la concurrencia de dichos mecanismos, provocados consciente o inconscientemente, no existe proceso radiestésico alguno.

Cualquier movimiento que ejecute el instrumento tiene una causa, ya que éste por sí mismo es inerte; esté hecho del material que sea, tenga la forma que tenga, es tan sólo un amplificador de los movimientos mecánicos inconscientes del radiestesista.

Al principio hay que intentar discernir a qué se debe el movimiento, y averiguar si éste forma parte de la acción radiestésica o se debe a otro tipo de percepciones, o incluso a desequilibrios posicionales mientras se maneja. El operador puede no tener conciencia de ser la causa del movimiento, y puede tener la sensación de que surge bajo una influencia que obra de manera independiente de él. El origen del movimiento hay que buscarlo en el propio radiestesista, en ningún caso en causas ajenas a él mismo, sino en sus propios deseos, motivaciones o sugerencias. Unas veces se producirá acertadamente, cuando se cumplan los requisitos apropiados, y otras, errando ante un movimiento inapropiado.

En ocasiones se observa que el instrumento ejecuta un movimiento distinto del convenido, el péndulo o las varillas giran en sentido contrario. Existen varias explicaciones a dicho movimiento; si sucede con reiteración puede deberse a haber adoptado un movimiento distinto del que surge con mayor facilidad por nuestra predisposición natural; aunque lo más probable es que la causa radique en una pérdida de la concentración en el trabajo propuesto, o en la falta de fijación mental del acuerdo establecido. En estos casos hay que renovar todo el esquema mental, e intentar fijar con mayor nitidez la atención sobre el objetivo y, sobre todo, revisar si realmente éste nos motiva y si el interés se mantiene latente.

EL PÉNDULO

El péndulo es uno de los instrumentos radiestésicos más antiguos que se conocen. Se emplea tanto en campo abierto como en lugares cerrados, aunque su uso es prácticamente exclusivo en radiestesia sobre planos, fotos o dibujos.

Según la definición de la física, un péndulo es cualquier cuerpo suspendido por un punto, situado por encima de su centro de gravedad, que puede oscilar libremente alrededor de aquel punto, o según un eje que por él pase. En efecto, cualquier cuerpo, suspendido al final de un cordón, puede servir de instrumento en radiestesia, siempre que el peso no sea excesivo para que le permita moverse al impulso de las reacciones del operador de forma perceptible y clara o, por el contrario, que el peso sea tan pequeño que se mueva sin parar por causas ajenas al operador.

Hay tres parámetros importantes a la hora de elegir un péndulo: que su estructura sea lo más uniforme posible; que su peso esté homogéneamente repartido y que la longitud del hilo sea la adecuada. Debe tenerse en cuenta que el hilo no sea demasiado elástico ni rígido.

El cordón con el que se sujeta el péndulo puede ser de cualquier material, aunque los más adecuados son los de componentes ligeros, como hilos de seda, cáñamo, algodón, un cabello o una cadenita. Las cadenas metálicas para suspender el péndulo no son muy recomendables, a no ser que presenten una flexibilidad suficiente. El color del cordón en sí no presenta ninguna particularidad a la actividad radiestésica, aunque quizá los colores muy llamativos no sean recomendables, porque pueden distraer la atención del operador.

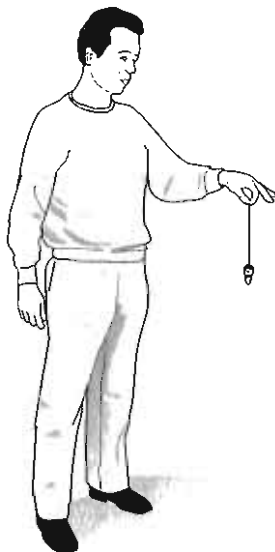
Su longitud varía con cada persona y circunstancia; encontramos medidas desde 1 o 2 centímetros hasta un metro de largo, pero la medida más adoptada es de unos 15 a 30 centímetros. Una longitud

mayor dificulta su movimiento, al tiempo que lo enlentece; una longitud excesiva, superior a un metro, puede generar fatiga muscular al obligar a mantener el brazo extendido. Por otra parte, si es demasiado corto, el movimiento se torna demasiado rápido y de difícil interpretación.

Para determinar la longitud del hilo, bastará con asirlo desde distintos puntos del cordón hasta encontrar la medida adecuada para cada uno; también se puede deslizar con suavidad entre los dedos, hasta encontrar el punto de percepción más claro a las oscilaciones pendulares; donde creamos que los movimientos se reciben con mayor nitidez y seguridad, será la mejor longitud. El resto del cordón sobrante se puede guardar en el interior de la mano, entre los dedos restantes, para que no moleste, o bien se puede enrollar al dedo índice.

El peso que colocaremos al final del cordón también puede ser de distintas materias o aleaciones. Los materiales más utilizados son los de metal, vidrio, madera o minerales. El material o el color no tienen ninguna influencia, aunque, al igual que sucede con el cordón si se utilizan colores llamativos o poco agradables para el operador, puede distraerle y disminuir su capacidad de concentración. Suelen ser macizos, aunque algunos llevan un hueco para colocar el testigo o la muestra de lo que se pretende encontrar. Debemos procurar que su peso sea homogéneo, y que esté desprovisto de aristas o deformaciones que compongan una figura irregular, impidiendo un movimiento coherente. El peso dependerá de las preferencias de cada persona y de las características de la búsqueda; en un lugar con viento se suele usar un peso mayor que cuando se intenta localizar algo sobre un plano en un lugar cerrado. En estudios sobre planos, suele usarse de poco peso (unos 5 gramos) y sobre el terreno puede llegar a los 50 gramos, o incluso más. Aunque se pueden emplear distintos péndulos para diferentes tipos de búsquedas (al aire libre, sobre plano, etcétera), uno de peso medio (20-40 gramos) puede servir para todo tipo de trabajos.

No obstante, he conocido radiestesistas que llegan a emplear péndulos de hasta 400 gramos; pero, se debe tener en cuenta el esfuerzo que puede suponer el mantener un gran peso durante el tiempo de búsqueda, ya que puede causar cansancio al operador e impedir su correcta concentración. Para decidir el peso se puede practicar con diferentes péndulos, o elegir unos péndulos huecos e ir añadiéndoles peso hasta determinar el más adecuado.



La mano debe estar inerte colgando de la muñeca.

La mayoría de los radiestesistas sostienen el cordón entre el dedo pulgar y el índice, empleando una leve presión sobre el cordón; otras personas utilizan el pulgar y el corazón, aunque al principio es más recomendable sujetar el péndulo entre los dedos pulgar e índice, ya que éste tiene una mayor fuerza motriz dado que es el dedo más utilizado. Otros operadores, incluso, lo sujetan con los tres dedos mencionados: pulgar, índice y corazón. Si la presión es excesiva, y la mano está en tensión, el movimiento reflejo se verá impedido; el agarrotamiento de los dedos dificultará que los microespasmos musculares lleguen a hacerse patentes en el instrumento,

al imposibilitar su correcta manifestación debido a la tensión. Al tiempo que los dedos efectúan una leve presión sobre el cordón, la mano debe permanecer inerte, para permitir la respuesta neuromuscular.

El extremo por el que se sujeta el péndulo puede reforzarse con una anilla o algún sistema que permita asirlo, sin ejercer presión directamente con los dedos sobre la cadena o cordón. También se puede anudar a un dedo, por lo general el índice o el corazón, con la palma de la mano extendida, hacia arriba o hacia abajo, así como atarlo a un cilindro, lápiz, etcétera, y mantenerlo asido, aunque esta forma de operar limita la capacidad de ejercer el movimiento motor a través de las reacciones neuromusculares. Es por ello que al principio recomiendo asir directamente el cordón con los dedos. Para ejercer la radiestesia no es cuestión de ser original, sino de ser eficaz.

La experiencia indicará con qué longitud del cordón se trabaja mejor, al igual que el peso, la masa o el tipo de material, sus dimensiones, formas o color con los que nos encontraremos más a gusto.

En general, es aconsejable un péndulo con forma simétrica, en especial los redondeados o esféricos, que son, sin duda, los más adecuados para la búsqueda radiestésica, evitando los péndulos de masas irregulares que no tengan el peso y la forma repartidos de manera uniforme, usando con preferencia colores discretos, y que sean de tamaño mediano, que llamen lo menos posible la atención del operador, permitiéndole concentrarse en el trabajo en sí.

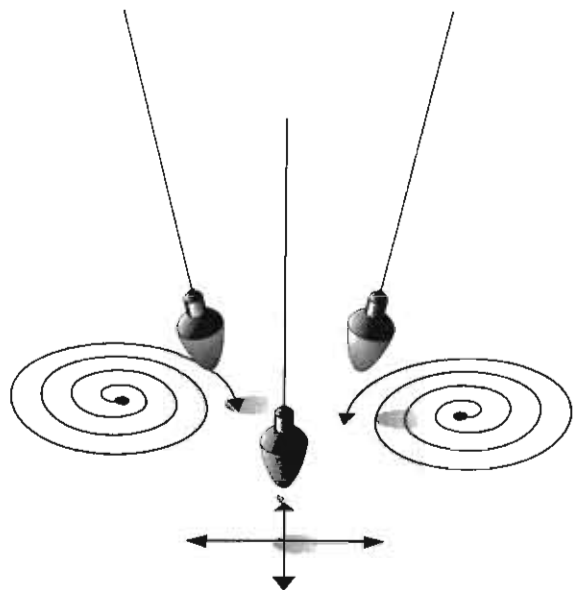
El movimiento del péndulo

El péndulo puede realizar varios tipos de movimientos:

- rectilíneos, que pueden ser de izquierda a derecha o de delante hacia atrás;

- circulares, alrededor del eje que forman los dedos índice y pulgar.

El sentido del giro puede ser el de las agujas del reloj, y en este caso se suelen denominar positivos o significar «sí»; los negativos o «no» cuando gira en el sentido contrario. No hay que olvidar que dichas traslaciones dependen del código que cada cual convenga consigo mismo.



Movimientos del péndulo.

Otro tipo de movimiento es la elipse, usada por el péndulo para cambiar de un tipo de desplazamiento a otro; estos movimientos oscilantes pueden adquirir formas determinadas, como es la figura de un ocho, y también se le puede dar un significado según convenga. Cuando el péndulo oscila de delante hacia atrás sin desviación lateral, suele ser un movimiento de espera, hasta lograr el pactado como consecuencia de la llegada de la respuesta solicitada.

Lo más habitual es que si se comienza con el péndulo estático, cualquier movimiento, ya sea giro u oscilación, indique una actividad radiestésica, aunque otros prefieren esperar a que el péndulo realice unos giros perfectos para concluir que la respuesta es correcta.

Si se utiliza el péndulo en trabajos sobre plano, lámina, etcétera, hay que tener en cuenta que su movimiento no comienza de un modo brusco sino que, con lentitud, va describiendo formas hasta lograr el círculo completo. Así pues, el movimiento, en caso de buscar un objeto, suele comenzar antes de llegar al punto exacto donde está situado, de ahí que sea preciso recorrer el plano de modo sosegado, observando los pequeños movimientos del péndulo indicadores de la proximidad del objetivo. Lo mismo puede suceder con otros instrumentos que, antes del emplazamiento del objetivo, realizan un movimiento preconclusión y, finalmente, en el punto exacto, terminan el círculo del péndulo, el cierre o apertura de las varillas, o la elevación o descenso de la vara. El operador debe observar el porqué él mismo imprime de forma inconsciente este movimiento de aviso ante el objetivo, y decidir si reforzarlo, mantenerlo o bien intentar eliminarlo.

Algunos radiestesistas permanecen con el péndulo estático a la espera de que sus microtemblores inconscientes logren la actividad pendular convenida. En general recomiendo que se comience con una cierta oscilación que facilite la aparición de la rotación sin sobre-esfuerzos. Por tanto, es conveniente empezar con un cierto movimiento pendular, aunque quizá sobre el terreno no sea necesario, pues la propia marcha lleva inherente un movimiento que facilita el radiestésico. Sin embargo, hay personas con una gran sensibilidad motora que, en el instante de sujetar el instrumento, producen un movimiento sin ser debido a una causa radiestésica; esto sucede sobre todo con el péndulo. Para este tipo de personas es aconsejable partir de una posición estática del péndulo o utilizar uno de mayor peso, con lo cual cuesta más esfuerzo imprimir el movimiento.

Al operar sentados ante una mesa se puede apoyar el codo o el antebrazo sobre ella. Esta posición dificulta la aparición de la reac-

ción muscular pero, por otra parte, atenúa la fatiga que se produce al mantener el brazo alzado durante trabajos prolongados. La decisión de adoptar una posición u otra dependerá de cada operador, tras observarse mientras trabaja, ya que no todos respondemos de la misma manera ante una misma situación, aunque recomiendo probar con el codo apoyado en la mesa. En cuanto al trabajo de campo, la posición más natural es caminando con el brazo flexionado en ángulo recto, y ligeramente pegado al cuerpo, manteniendo la muñeca y la mano relajadas.

LA VARILLA

La varilla o baqueta es quizás el instrumento radiestésico más antiguo. Los zahoríes tradicionalmente la usaban y aún hoy en día se sigue utilizando. Es un instrumento en forma de horquilla o de Y. Puede ser de diferentes materiales; como madera, metal, plástico, etcétera, aunque las podemos clasificar en dos grupos: naturales y artificiales. Las más utilizadas a lo largo de la historia son las de madera: una rama flexible de árbol o de matorral, con una resistencia suficiente, y una forma de horqueta lo más simétrica posible, puede servir como instrumento. Cualquier tipo de rama puede ser, en principio, útil en radiestesia, aunque algunas quebradizas, resinosas o demasiado rígidas impiden la torsión necesaria y son difíciles de emplear.

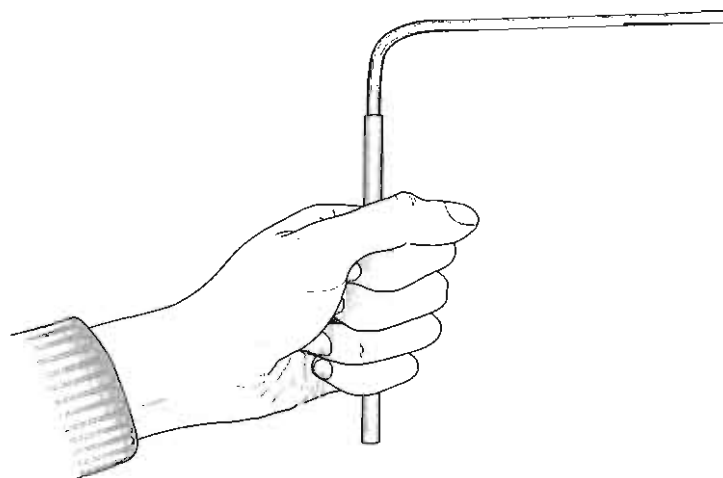
En los últimos tiempos también se confeccionan de materiales sintéticos o metálicos, que presentan la ventaja sobre las de ramas de árbol en que tienen una forma simétrica y un peso bien repartido. Para los operadores noveles recomiendo el empleo de varillas fabricadas aposta para radiestesia, ya que presentan una mayor homogeneidad y, por tanto, mantienen un mejor equilibrio; además se fabrican en distintos tamaños y dimensiones, lo cual favorece que se pueda encontrar la más adecuada a cada operador. Debemos recordar que la forma en sí no aporta ninguna ventaja sobre el trabajo radiestésico, ya que la supuesta recepción de ondas, energías, etcé-

tera, por parte del instrumento es algo sugestivo en el proceso radiestésico.

Para confeccionar una varilla se usan dos trozos de material flexible, de entre 30 y 50 centímetros de longitud y un diámetro comprendido entre 3 y 5 milímetros aproximadamente, y se unen las dos partes por uno de sus extremos con un hilo o cordón, o bien, se construye con una sola pieza lo bastante flexible para poder doblarla por su parte central. También hay operadores que confeccionan varillas de pocos centímetros, incluso inferiores a veinte, aunque son de difícil manejo.

El movimiento de la varilla

Hay varias formas de manejar la varilla. La más usual es con los brazos levemente pegados al cuerpo, con las manos y los antebrazos horizontales y paralelos, en relación con el suelo y entre sí, con una mano en cada extremo de la vara, las palmas hacia arriba y las manos cerradas alrededor del mástil central. Es conveniente sostener la vara con su punta algo levantada y a la altura del plexo solar, manteniéndola ligeramente curvada, con un punto de tensión a la espera de una mínima reacción para moverse; para ello desplazaremos las manos hacia fuera, separando los antebrazos del cuerpo hasta que la vara alcance un estado de tensión adecuado, logrando así mantener un equilibrio inestable, que se romperá al menor movimiento muscular del operador. Esta flexión hace que la vara reciba, por parte del operador, una energía mecánica considerable que permite obtener la reacción acordada; en este caso hacia arriba o hacia abajo. La varilla puede entrar en la mano por sus extremos, entre los dedos pulgar e índice, y salir entre el dedo anular y el meñique. También se puede trabajar con la mano abierta, sujetándola con el dedo pulgar contra el dedo corazón y el índice. Como en cualquier trabajo radiestésico, los músculos han de estar relajados, sin tensión, y hay que moverse con calma.



Forma clásica de sujetar una varilla.

Cuando los movimientos de la varilla, a partir de su posición estática, son hacia arriba, se considera este movimiento positivo o afirmativo, y, hacia abajo, negativo o «no»; aunque ello, una vez más, dependerá del código establecido por cada persona.

Para calibrar distintos aspectos de la búsqueda radiestésica, como el caudal de una corriente subterránea, la agresividad de un lugar, etcétera, se puede emplear una escala de valoración subjetiva, que dependerá del grado de alzamiento o descenso de la varilla, incluso de las vueltas que dé ésta entre las manos.

LAS VARILLAS EN FORMA DE L

Son uno de los instrumentos de más sencillo manejo, ideales para iniciarse en el mundo de la radiestesia. Hasta los años treinta, no encontramos referencias de un instrumento radiestésico formado por dos varillas en forma de L. Aunque se puede utilizar una sola, y en ocasiones se hace, el sentido del equilibrio induce a manejar dos, sujetando una con cada mano. Se cogen por su parte más corta,

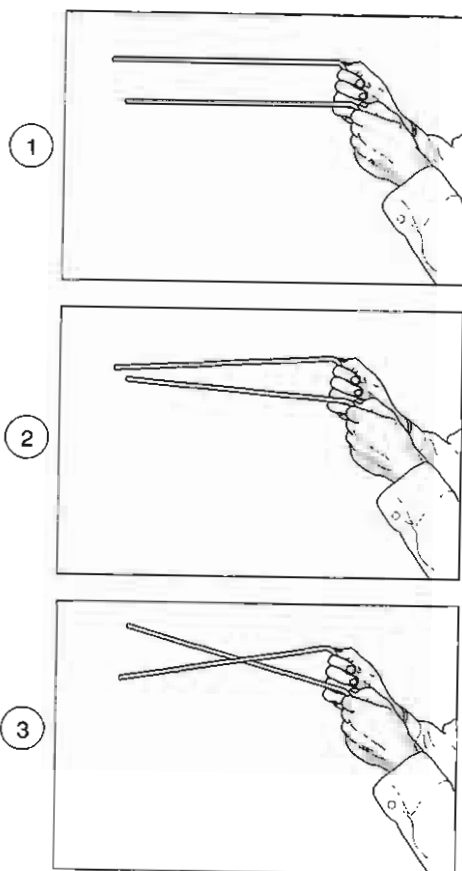
cerrando la mano alrededor y colocándolas paralelas al suelo y también con respecto la una de la otra, con las puntas mirando al frente. Los codos deben ir casi pegados a los lados del cuerpo, pero sin ejercer presión alguna sobre él. Brazos, hombros y manos relajados, manteniendo éstas con una ligera tensión sobre el mango de la varilla. Todo esto, al igual que lo que narraré a continuación, con respecto a las varillas en forma de L, se puede aplicar a otro tipo de varilla conocida popularmente como «bigotes», por su forma tan peculiar, formando una U, la cual se sujeta por su base.

Los materiales más usados para su fabricación son el cobre o sus aleaciones con zinc, estaño, etcétera, así como el hierro o el acero. Las medidas de las varillas suelen variar entre los 20 y los 60 centímetros en su parte más larga; la sección más corta será entre 2 y 4 veces menor que la parte más larga. Es fácil encontrar en el comercio hilo de cobre de unos 3 o 4 milímetros de grosor y de la longitud deseada, por ejemplo, 60 centímetros; doblamos el hilo en ángulo recto, dejando, por ejemplo, 40 centímetros en un lado y 20 en el otro, formando un ángulo de 90° y el instrumento está listo para comenzar a practicar. Una percha de alambre también puede servir, en un momento dado, para fabricar unas varillas: cortar la parte recta más larga por uno de sus extremos, y en el ángulo opuesto cortar a unos 15 centímetros en la parte más corta de la percha, doblándola en ángulo recto a la parte más larga, y ya tenemos una de las varillas.

Algunos radiestesistas colocan un mango donde se inserta la varilla, de modo que ésta se pueda mover libremente en su interior, ya que la mano está en contacto sólo con el mango, y no con la varilla propiamente dicha. Al principio de la práctica radiestésica esto no es muy aconsejable, dado que hay que tener un gran dominio del instrumento para que no se abra, o se cierre, con el menor movimiento que se produzca al desplazarse, sobre todo cuando el terreno es irregular. También se puede emplear una varilla de menor tamaño, en especial en trabajos donde se quiera pasar inadvertido, o al trabajar sobre un plano; hay radiestesistas que la sujetan sólo con los dedos pulgar e índice o corazón, en tanto que otros la mantienen entre los tres.

El movimiento de las varillas

Las varillas, a partir de su posición de paralelismo entre ellas y con respecto al suelo, pueden realizar dos clases de movimiento: abrirse o cerrarse. Por lo general, abrir se considera positivo o afirmativo, y cerrar lo contrario. También puede una de ellas cerrarse y la otra abrirse, como si señalaran en una dirección. Este movimiento se emplea para averiguar hacia dónde fluye una corriente de agua



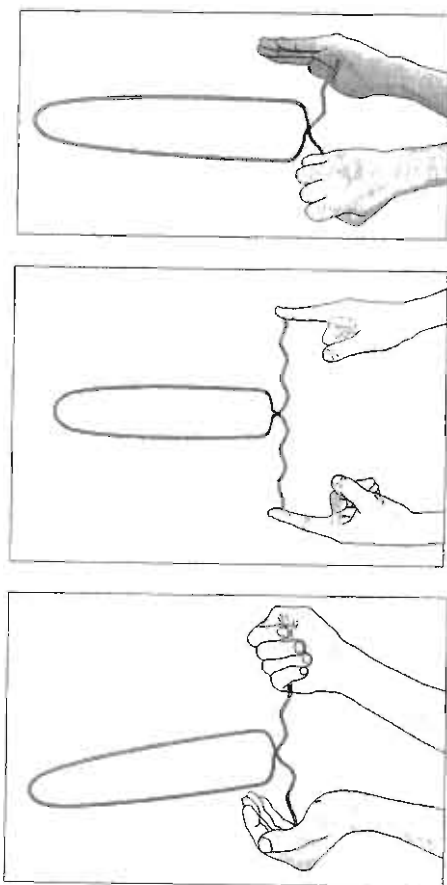
Movimientos de la varilla. 1: posición de búsqueda. 2 y 3: cierre ante el objetivo.

subterránea o un punto cardinal, realizando la expresión adecuada: tengo la intención de saber cuál es la dirección hacia donde fluye la corriente, con el convenio de que las varillas señalarán la dirección requerida. Asimismo, podemos girar lentamente y, cuando las puntas estén en la dirección buscada, se cerrarán o juntarán, según hayamos convenido con anterioridad.

Durante las prospecciones se suele utilizar el siguiente acuerdo mental: las varillas se cerrarán al localizar el objetivo. En estudios geobiológicos son usadas con frecuencia, y es en este campo donde se convierten en el instrumento por excelencia: se utilizan para la localización de aguas subterráneas, fracturas geológicas, etcétera. También se pueden usar, al igual que cualquier otro instrumento, para la localización de las llamadas líneas geomagnéticas (véase *Geobiología: medicina del hábitat*), aunque para este tipo de detección se suele utilizar el llamado lóbulo antena. En este tipo de instrumentos, la vista ejerce un papel importante, ya que es necesario mantener el paralelismo entre las varillas, así como de éstas con respecto al suelo, lo cual puede ser dificultoso para los principiantes, sobre todo cuando trabajan en terrenos irregulares o, por ejemplo, en unas escaleras.

EL LÓBULO ANTENA

Este instrumento, como su nombre indica, tiene forma de lóbulo, con dos extremos verticales que se sujetan con los dedos corazón o índice de cada mano quedando éstas enfrentadas en vertical. La forma más habitual de sujetarlo es a la altura del plexo solar, desplazándose con el lóbulo paralelo al suelo. Se utiliza, sobre todo, para la localización de las líneas geomagnéticas, por su implicación en la salud. Al llegar a una línea, el lóbulo puede girar entre los dedos hasta los 90° si se han efectuado antes todos los pasos pertinentes. Aunque se puede utilizar para cualquier tipo de prospección, creo que es bastante incómodo de manejar y su «lenguaje» bastante limitado.



Distintas formas de sujetar el lóbulo.

Existen otros muchos instrumentos de uso radiestésico: cada operador adquiere o se fabrica aquél con el que trabaja más a gusto, el que más confianza le aporta o con el que cree conseguir los mejores resultados; pero recordemos que el instrumento fundamental para que se produzca el fenómeno radiestésico es el propio radiestesista.

Subir y bajar escaleras, o actuar en terrenos escarpados puede ser una buena forma de aprender a mantener el equilibrio y, de esta forma, discernir cuándo el instrumento se mueve debido sólo a la actividad radiestésica. Es conveniente no fijar la vista en el instru-

mento, manteniéndola al frente, aunque es mejor que esté situado dentro del campo visual. La vista puede ser una buena ayuda en radiestesia —aunque no imprescindible, ya que existen excelentes radiestesistas ciegos—, sobre todo para observar los movimientos del instrumento y para mantener el equilibrio, tanto de uno mismo como del instrumento, con actos reflejos compensatorios mientras dura la búsqueda radiestésica. Lo importante es trabajar sin crispación, evitando todo acto que genere tensión y limite los recursos del operador. Estas tensiones pueden impedir el movimiento del instrumento o generar un movimiento que demos como válido, provocando así un error.

EL INSTRUMENTO PRIMIGENIO

En el apartado histórico veíamos cómo algunos rbdomantes, Bleton entre otros, eran capaces de reaccionar fisiológicamente mediante sensaciones orgánicas ante la presencia en el subsuelo de ciertos elementos geofísicos, como aguas subterráneas. Estas manifestaciones físicas pueden surgir como percepciones de la vista (por ejemplo, encima de una corriente subterránea de agua se aprecia una especie de neblina); del olfato (se percibe un determinado olor ante la presencia del objetivo); del sabor (se nota un cierto gusto en el paladar), o reacciones como sensaciones de cambios de temperatura corporal (generalmente localizadas en las manos), temblores, etcétera. Todas estas reacciones se producen dentro de un contexto psicofisiológico pero, para que puedan ser consideradas dentro del fenómeno radiestésico, no deben ser motivadas por agentes físicos generadores de respuestas orgánicas parestésicas, tal como se ha descrito antes.

Estas sensaciones deben ser producidas de la misma forma que el movimiento del instrumento, o sea, con un pacto establecido con anterioridad con uno mismo, aunque también pueden surgir según códigos establecidos de forma inconsciente; por ejemplo: notaré un aumento de temperatura en la mano derecha ante el resultado

correcto, de la misma forma que decidimos que el péndulo gire en una determinada dirección. Dicho entrenamiento mental es necesario para trabajar, tanto con instrumento como con sensaciones fisiológicas. No obstante, en algunos casos de parestesia como desequilibrio orgánico, este problema puede ser aprovechado, tal como sucedió en el caso de Bleton, para, más tarde, lograr que estas reacciones fisiológicas, espontáneas e incontroladas ante un determinado agente, por ejemplo, agua subterránea, surjan de una forma voluntaria y controlada ante el objetivo propuesto. Es decir, dirigidas a lo que se tiene la intención de conseguir, como es conocer conscientemente una información. En estos casos los vapores, olores y sabores que percibimos no tienen, en la mayoría de las ocasiones, un agente físico capaz de provocarlos, puesto que son el resultado de un adiestramiento consciente de nuestro inconsciente, para que produzcan estas impresiones subjetivas de los sentidos.

Por tanto, se pueden percibir sensaciones fisiológicas sin ayuda de ningún instrumento, según los códigos establecidos por uno mismo, o bien, de forma espontánea.

Muchas personas con un entrenamiento adecuado serían capaces de percibir estas sensaciones visuales, olfativas, gustativas, táctiles o mentales. No son una reacción física producida por la presencia del objetivo sobre el organismo —por su radiación, variación magnética o sus características específicas—, son el indicio consciente de una manifestación inconsciente ante una pregunta. Nosotros nos convertimos en el instrumento, y la reacción física es la constatación de la respuesta esperada.

De la misma forma que se favorece el movimiento del instrumento mediante la autosugestión, sucede con la sensación de calor o de frío, e incluso con las respuestas visuales, auditivas o mentales. La creencia, unida a la imagen del hecho como tal, da la conciencia del acto, y éste surge, ya sea sensitivo, visual, auditivo,

mental o motor. A las personas que quieran operar sin instrumentos les recomendaré que comiencen sus ejercicios intentando discernir las diferentes temperaturas corporales a través de las manos. Aunque también se puede ejercer la radiestesia mediante una sensación vibratoria: si la respuesta es la acertada mi mano vibrará, de forma imperceptible, pero suficiente como para ser advertida. Si decidimos trabajar mediante sensaciones de temperatura, debemos tener en cuenta que las zonas del organismo sensibles al frío son más abundantes que las sensibles al calor, lo cual indica que la elección del frío como desencadenante de la percepción radiestésica es la más adecuada, al ser más fácil de advertir.

Podemos concertar el siguiente código: cuando mi mano se encuentre encima del objetivo buscado notaré una sensación de frío en la palma o, al contrario, al estar sobre el objetivo notaré calor. Esto, claro está, con la expresión de la intención inicial. Con esto quiero decir que el organismo es el instrumento, y la sensación o reacción física no sería más que el movimiento, como el giro del péndulo o la apertura de las varillas, que significa la respuesta a la pregunta o la constatación de la presencia del objeto; en el caso del agua subterránea, puede incluso indicarnos su caudal, su intensidad o nocividad, según el grado de calor o de frío que sintamos, al igual que la varilla lo puede indicar por su grado de inclinación.

Está ampliamente demostrado que una persona entrenada de modo adecuado puede ejercer un control voluntario sobre la temperatura periférica de su cuerpo. En los trabajos del investigador ruso A. R. Luria se demuestra cómo un individuo puede elevar la temperatura de una de sus manos, imaginando que la tiene colocada encima de una estufa, y al mismo tiempo logra enfriar la otra mano, imaginando que sostiene en ella un trozo de hielo. Todo esto demuestra la capacidad humana de modificar a voluntad la temperatura corporal. Aunque en radiestesia no se produce este resultado de la misma forma, e incluso la sensación de calor o de frío puede

ser solamente ficticia, y no producto de una modificación fisiológica real, lo importante es la percepción a nivel mental de una determinada variación, no el hecho de saber si en realidad se ha producido. Así pues, en este caso, el hecho de sentir frío o calor, se modifique o no la temperatura, es un fenómeno de autosugestión.

Al ejercer la radiestesia sin instrumentos se evidencian las dificultades existentes para operar mediante la respuesta orgánica o, también, a través de pensamientos o imágenes esclarecedoras de aquello que se pretende saber. Estas dificultades son el resultado, sobre todo, del tipo de educación restrictiva recibida, que limita la capacidad innata de comunicación selectiva entre el consciente y el inconsciente y, por supuesto, la capacidad connatural de cada operador. No obstante, frente al primer aspecto puede realizarse una reeducación y, frente al segundo, pueden fomentarse las propias capacidades mediante un entrenamiento, junto con la pertinente formación de los mecanismos capaces de activar los procesos psíquicos allegados a la radiestesia.

Tengo que insistir en marcar la diferencia entre este tipo de procesos psíquico-sugestivos, en los cuales se manifiesta la radiestesia, de los fenómenos fisicosensitivos. Éstos surgen como consecuencia de una especie de reacción alérgica, cuando la persona se encuentra dentro del radio de acción de aguas subterráneas o, en general, de cualquier elemento que modifique la radiación natural, y que personalmente le producen una reacción perceptible. En estos casos, algunas personas son capaces de reconocer al agente causante de sus sensaciones. Es importante que el operador, sensible a ciertas alteraciones del medio, conozca cuáles son sus reacciones físicas ante ellas, para discernir entre lo que es una reacción fisicosensitiva de la verdadera radiestésica, y así evitar errores en el diagnóstico.

La práctica sin instrumentos debe ejercerse con mayor escrupulosidad, si cabe, que la radiestesia con instrumentos, dado que las reacciones del organismo ante la respuesta solicitada son, para la mayoría de las personas, de una intensidad tan insignificante que pueden confundirse con otras manifestaciones orgánicas distintas de las radiestésicas. En este caso, la atención no sólo se mantiene sobre

el objetivo, ya que el operador debe descifrar al mismo tiempo lo que su organismo le comunica, pues la respuesta orgánica no es amplificada por ningún instrumento. Para facilitar la percepción es conveniente emplear siempre el mismo tipo de reacción orgánica, eligiendo la que se sienta con mayor intensidad o facilidad (calor, frío, temblor...). De esta manera se fomenta su aparición y su percepción, de la misma forma que cada operador tiene una determinada predisposición a cierto movimiento del instrumento (abrir, cerrar, giro a la izquierda, a la derecha...).

LOS TESTIGOS

De entre todos los artilugios inventados por los radiestesistas para mejorar sus resultados, quizás el testigo físico sea el único, aparte del instrumento, que se ha universalizado, por el apoyo que, en principio, puede dar al operador. Muchos radiestesistas, para reforzar su esquema mental y su concentración trabajan con los llamados testigos, que son tan sólo elementos de soporte para facilitar el dibujo mental del objetivo, y ayudar en la concentración. Los testigos no tienen ninguna propiedad por sí mismos, es el operador quien se la confiere: son ayudas para fomentar la autosugestión.

Muchos pueblos primitivos creían que la representación de un hecho, como es el dibujo de la cacería de un animal acribillado por sus flechas y arpones, producía el mismo efecto en la realidad. Debido a esta creencia reproducían la escena de aquello que deseaban conseguir. Nuestros antepasados representaban aquello que querían lograr mediante una danza o un dibujo (aunque las motivaciones personales y sociales para dibujar o representar ciertas escenas no fueron las mismas en unos casos u otros); así su mente se orientaba hacia el objetivo favoreciendo el éxito. De la misma forma el radiestesista utiliza el testigo para favorecer la orientación y selección mental de aquello que tiene la intención de conocer.

El padre Lebrun, en el siglo xvii, ya hablaba de los testigos: «Conozco a personas que llevan siempre consigo varios pedacitos de

cada clase de metal: también llevan otros de todas las demás cosas sobre las cuales su varilla gira, y he aquí todo su secreto: cuando tocan la varilla con un metal distinto de aquel que está escondido, la varilla ya no gira; sin embargo, cuando la hacen tocar con el mismo, entonces gira mejor aún. Hay algunas personas que no tienen la necesidad de tocar con lo que sea la varilla, ésta gira siempre según su intención». Lebrun, gran crítico del movimiento de la varilla, define con acierto el uso de los testigos, para concluir que ciertas personas no los necesitan. Esto se debe a que pueden definir con claridad el objetivo en su mente, utilizando sobre todo la memoria, la imaginación y la concentración, sin tener que reforzar su esquema mental con ayudas externas. Aunque para aquellos a los que les sean de ayuda, bienvenidos sean los testigos, intentando siempre simplificar al máximo la búsqueda radiestésica, para que todo dependa del propio operador, y no dé ayudas o influencias exteriores, pues no hay que olvidar que el proceso radiestésico se produce en el propio radiestesista.

Existen muchas clases de testigos, aunque los dividiré en dos grupos: físicos y mentales. Un testigo físico puede ser cualquier objeto, sustancia o dibujo relacionado con el objetivo de la búsqueda. Si, por ejemplo, se busca a una persona desaparecida, se puede emplear una foto donde esté la persona en cuestión, una prenda que use habitualmente, un poco de pelo, etcétera. Si es agua lo que se quiere encontrar, el testigo puede ser un tubo con agua que sea lo más aproximada a la que pretende hallar. No es necesario que posea unas características exactas a las del objetivo ni tan siquiera similares, puesto que dicha propiedad hay que conferírsela con la mente. Si se busca un documento perdido, un papel puede servir de testigo; este mismo papel, si anotamos en él la palabra agua, u otra que ayude a representar el objeto de la búsqueda en la mente, puede utilizarse para buscar el objetivo en el escrito.

Como vemos, cada cual puede diseñarse el testigo que crea más conveniente para reforzar el proceso radiestésico. Pueden ser de distintas naturalezas, aunque los más usuales son aquellos similares al objetivo en cuanto a su composición, forma, tamaño, etcétera. Los mapas, planos y fotografías también se pueden considerar testigos.

Está muy extendida la idea de que algunos tipos de testigos (prendas de vestir, objetos personales, fotografías...) tienen unas determinadas propiedades debido a la impregnación que han sufrido por radiaciones procedentes del lugar, del objeto o por emanaciones personales. Es evidente que esto no es lo que provoca el fenómeno radiestésico, sino de nuevo la capacidad de concentrarse en el objetivo con la presencia constante de algo (el testigo) que facilita dicho proceso. Así pues, el testigo sólo ayuda a facilitar el proceso sugestivo mediante la capacitación de la representación mental del objetivo, sirve para exaltar la atención y focalizarla en el objetivo; en ningún caso mantiene una atracción o repulsión física con él.

Por tanto, no recomendaré el uso de péndulos huecos, donde se coloca la muestra-testigo; es más efectivo para el proceso radiestésico, en todo caso, tenerlo a la vista para recordar cuál es el objetivo. También se puede emplear un péndulo portatestigo que permita ver lo que hay en su interior, cubriendo esta doble función de usar el testigo y tenerlo en el campo visual permanentemente. De cualquier forma, si el uso de este tipo de péndulos eleva la confianza del operador en lo que está haciendo, no pondré ninguna objeción a su uso, pero siempre teniendo en cuenta cuál es su cometido dentro del contexto radiestésico.

Cuanto más fiel sea una fotografía o un dibujo, más fácil será para el operador concentrar su atención en ellos, y representarse el objetivo en la mente. El testigo ha de ser lo más fidedigno posible, ya que, por ejemplo, ante una fotografía defectuosa, es más difícil concentrarse y autosugestionarse de que la imagen que presenta en ella pertenece al objetivo buscado. En radiestesia médica, o en la búsqueda de personas desaparecidas, si utilizamos una fotografía, es preferible que sea individual para concentrar de manera adecuada la

atención. En caso de ser una fotografía con más personas es conveniente aislarla, tapando el resto mediante, por ejemplo, un papel recortado.

A través del testigo, en este caso gráfico, es posible averiguar múltiples datos sobre el objetivo, como puede ser su localización, características o, incluso, si se trata de un terreno, su geología, existencia de aguas subterráneas, yacimientos, etcétera. De la misma forma, ante la imagen de una persona es posible saber aquello que se pretende, ya sea desde el punto de vista médico, psicológico, etcétera, y aunque el testigo en sí no presenta ninguna facultad especial, ayuda a través de la intención y de la motivación a fomentar la sugestión del operador.

Los planos que se utilizan en la telerradiestesia son también testigos materiales, ya que en realidad el radiestesista no recibe la información a través del plano, sino en el mismo lugar donde se encuentra. El plano es una ayuda para reforzar una actitud psíquica de traslación, y abstracción, del entorno del radiestesista. Es indudable que se puede operar sin plano, sin testigos y sin instrumento, pero al radiestesista, por lo general, debido al tipo de educación recibida, le ayuda el hecho de rodearse de objetos materiales que refuercen su convicción en la plausibilidad de su actuación, ya que cuando se adentra en lo incógnito tiende a agarrarse a algo conocido y material donde enlazar con la «realidad».

Si se busca petróleo, el testigo podrá ser un poco de petróleo crudo o elaborado, incluso un papel donde se escriba el objetivo seleccionado, puesto que lo importante no es la muestra o testigo sino el carácter que el operador le confiere a través de la autosugestión. En efecto, el testigo puede ser un nombre en un papel: agua, coche, etcétera, lo cual indica con claridad su carácter inequívocamente sugestivo. Por tanto, este mismo proceso de sugestión interior se puede aprovechar para incidir de forma directa en la representación mental del objetivo, sin tener que utilizar los testigos y, de esta manera, operar con mayor libertad.

Así pues, recomiendo al principio no trabajar con testigos, ya que puede generar una dependencia hacia ellos. La educación psi-

quica que planteo suple con creces al testigo y concede mayores garantías de éxito, al permitir un mejor uso de la memoria, de la orientación de la mente y del mantenimiento de la concentración sobre el objetivo. En muchas ocasiones, ante problemas que no representan cosas concretas, es difícil, cuando no imposible, utilizar un testigo físico; en este caso sólo queda la función del pensamiento como diseñadora del objetivo. Precisamente esto es un testigo mental, es decir, una ideación del objetivo. Así como se puede prescindir del testigo físico, el mental forma parte indivisible del proceso radiestésico. Si buscamos agua potable para el consumo, podemos crear un testigo mental de aguas puras y cristalinas, con las características que se quiera, y sólo se reaccionará ante aguas similares, ignorando el resto. Si lo que se intenta localizar son aguas subterráneas nocivas para las personas cercanas, la ideación mental variará, aunque el agua sea la misma que se buscaba antes, pero la prospección geobiológica tiene diferente finalidad y, por tanto, distinta representación mental.

El testigo mental, al igual que el físico, sirve para reforzar la concentración en el objetivo, y aunque no se parezca en nada al buscado, el radiestesista lo transfigura y lo utiliza como guía. Como ejemplo puedo citar los casos de radiestesistas ciegos de nacimiento, que difícilmente podrán representar con fidelidad el objeto de la búsqueda en su mente, sin que por ello queden mermadas sus posibilidades de éxito. Por tanto, lo que importa no es la exactitud de la imagen, sino que el operador considere que se corresponde lo suficiente con lo que busca. Con una adecuada disciplina mental se puede llegar a prescindir de los testigos físicos, incluso es mejor, al principio, evitarlos todo lo posible. Debemos intentar eliminar todo aquello que subordine el trabajo radiestésico y todo lo que pueda llegar a ser superfluo.

Podemos concluir este apartado dedicado a los testigos con la fundamentada opinión del padre Jurion: «En razón de su principio, los que sostienen la explicación física otorgan una gran importancia al testigo. Según dicen, ellos "sintonizan" —[palabra de gran resonancia pseudocientífica!— el testigo con el objeto de la búsqueda. Ésta es una pretensión insostenible bajo un prisma científico, pues no pueden existir dos objetos iguales, y se trata, además, de una pretensión con frecuencia inaplicable, pues es difícil procurarse ciertos testigos cuando nos hallamos ante problemas abstractos. Algunos radiestesistas piensan poder eludir la dificultad escribiendo la palabra que describe el objeto de la búsqueda sobre un cartón. Realmente, ¿puede hacerse así una "sintonización"? ¿Qué valor puede tener esa palabra escrita sobre un pedazo de cartulina, sino una simple representación mental? Este procedimiento es una severa condena de la llamada explicación física, y una elegante confirmación, en la práctica, de la llamada explicación mental. El testigo no tiene otra utilidad que concretar y materializar el objeto de la búsqueda.

Es muy útil para los principiantes, pero no es en absoluto indispensable para una búsqueda eficaz».

LAS ESCALAS

Una escala es una graduación, o sucesión ordenada, que se utiliza en radiestesia para cuantificar o valorar cualquier cuestión: cantidad, calidad o cualidad de algo, ya sea un alimento, un lugar, una persona y, en general, cualquier objeto. Una de las características de una escala debe ser su capacidad para colaborar y simplificar el trabajo radiestésico; en ningún caso debe añadir complejidad o confusión. Por ello, abogo por unas escalas sencillas y claras, como, por ejemplo, la que abarca desde el 0 al 10. Si se quiere ser más exacto en la cuantificación, o en caso de buscar valores más elevados, se puede multiplicar esta escala por 10, 100, 1.000, etcétera.

Estas escalas pueden utilizarse de forma gráfica sobre papel o cartón, o representándolas en la mente. Hay que ir preguntando paso a paso; por ejemplo:

- ¿A qué profundidad se encuentra el agua subterránea?

En este caso, quizá contar de metro en metro sea engorroso y contraproducente, por tanto, será mejor ampliar la cuenta:

- ¿Entre 0 y 10 metros?
- ¿Entre 10 y 20 metros?
- ¿...?

Hasta que el instrumento reaccione tal como se había pactado. Entonces se puede ir contando de uno en uno:

- ¿Está a 10 metros?
- ¿A 11 metros?
- ¿...?

También se puede acotar la distancia:

- ¿Está el agua a menor profundidad de 100 metros?
- ¿De 200 metros?
- ¿...?

Hasta seleccionar entre qué profundidades se encuentra, y después podemos utilizar otra escala menor, de uno en uno, de dos en dos, de diez en diez, o la que se considere más oportuna. Hay que tener en cuenta que lo más eficaz no es realizar una pregunta y después, sin repetir la pregunta cada vez, utilizar la escala consecutivamente:

- ¿El objetivo está a una profundidad entre 10 y 20 metros?
- ¿Entre 20 y 30 metros?
- ¿...?

Este planteamiento no sería el más correcto, aunque si el operador tiene mucha experiencia en este tipo de trabajos puede funcionar.

Cada medida o abanico de cifras debe ir acompañado siempre de la pregunta pertinente en toda su extensión: dar por hecho cualquier paso en radiestesia facilita el camino al error. Por tanto, en este caso preguntaremos:

- ¿Está el agua a una profundidad entre 10 y 20 metros?

En caso negativo continuaríamos:

- ¿Está el agua a una profundidad entre 20 y 30 metros?
- ¿...?

Una vez la respuesta sea positiva, se puede concretar más contando por unidades. Por tanto, es mejor controlar siempre el proceso con preguntas que motivan respuestas claras y lo más rápidas posibles, obviando las largas esperas, que pueden socavar la confianza del operador, y evitando así el cansancio y la distracción.

También se pueden utilizar escalas de tiempo, es decir, se atribuye un valor, por ejemplo metros, a una unidad de tiempo, pongamos segundos; por cada segundo transcurrido se supone que el objetivo estará a un metro de distancia. En principio no recomiendo este tipo de escalas, puesto que en ocasiones es difícil determinar si el tiempo transcurrido se debe a que la cuenta es muy larga, o a que nos hemos distraído y pasado de largo sin advertirlo. En este caso, también hay que considerar que este tipo de escala no depende de nosotros: el tiempo transcurre sin participación de nuestra voluntad.

El instrumento también puede utilizarse como una escala, o un código de valoración y cuantificación, siendo el baremo el grado de apertura o de cierre de las varillas, la elevación o descenso de la vara, o la amplitud o número de círculos del péndulo.

CUARTA PARTE

LA EDUCACIÓN RADIESTÉSICA

La radiestesia existe y está al alcance de todos, el problema radica en saber en qué condiciones se produce y qué conocimientos son necesarios para operar en ella. A continuación daré unas pautas y unos ejercicios, que cada cual puede adoptar, o adaptar a su conveniencia.

Los instrumentos, dispositivos, artefactos y aparatos —además de los amplificadores neuromusculares—, a no ser por su papel sugestivo, no favorecen el proceso radiestésico, y su aportación es nula. Aunque pueda parecer que su empleo sustituye al operador, no sucede así, y sólo sirven para oscurecer el verdadero origen del fenómeno en el cual se está operando. Es importante resaltar la necesidad de eliminar todo lo que pueda acabar siendo un lastre, e incluso lo superfluo (y prescindir, si es posible, de los propios instrumentos). Esto permite orientarse en la dirección adecuada: el estudio y el desarrollo de los procesos psíquicos en los cuales se desarrolla la radiestesia y, de esta manera, acceder a la práctica radiestésica con ciertas garantías.

Nuestros esfuerzos deben dirigirse en dos direcciones bien definidas: en primer lugar el estudio y el desarrollo de las capacidades psíquicas, y, en segundo lugar, los ejercicios prácticos.

En radiestesia cualquier ejercicio tiene una finalidad principal: requerir al inconsciente para que actúe y nos comunique, según el código establecido, el resultado solicitado. Cuanto más se actúe en esta línea de trabajo, más se activa dicho poder de comunicación, gracias a la predisposición natural que subyace en todo ser humano.

Del mismo modo, de la mano de la constancia, el tiempo en que la respuesta llega a la conciencia disminuye, y la intensidad de la reacción perceptiva aumenta.

Por lo general, toda persona puede operar en radiestesia, pero el nivel que llegue a alcanzar dependerá de su capacidad mental innata y, sobre todo, de la que pueda desarrollar mediante una correcta preparación y una práctica perseverante, dentro del conocimiento de los mecanismos radiestésicos.

El radiestesista no debe confiar sólo en su propia apreciación, tiene que observar la naturaleza de las cosas manteniendo un espíritu crítico de investigación, sin dar nada por sentado. Una cosa es obtener mucha información y otra, conocer la verdad. Un hecho fundamental es que las capacidades conscientes no pueden, por sí solas, responder al llamamiento para que se produzca el proceso radiestésico; aunque el operador mantenga todas sus capacidades cognitivas normales, en ningún caso pierde o reduce sus facultades conscientes. El radiestesista educado en el estudio de las capacidades psíquicas adquiere una ventaja fundamental: sabe en qué contexto opera y, por tanto, puede incidir en aquello que le facilita el trabajo, de manera que le permite reducir las posibilidades de equivocarse.

Las actividades psíquicas superiores, que se conjugan en el proceso radiestésico, cumplen una función natural que es posible estudiar, modificar y mejorar, al igual que se ejercita determinada actividad (gimnasia, yoga, etcétera) para mejorar ciertos aspectos; del mismo modo es factible actuar sobre las funciones psíquicas. Elevar su eficacia mediante el estudio y la práctica conduce a un mayor conocimiento de nuestras posibilidades, en muchas ocasiones atrofiadas y limitadas, por desconocimiento o por simple desidia. El proceso de educación radiestésica no se puede realizar en un lapso; requiere repeticiones sucesivas, y una perseverancia que pocas personas están dispuestas a llevar a cabo, después de comprobar sus aciertos y sus fracasos, abundantes éstos en las primeras fases.

La práctica de la radiestesia puede acarrear cansancio físico y mental, y asimismo causar trastornos en los operadores que no hayan sido ejercitados con un entrenamiento metódico. Este agotamiento físico y embotamiento psíquico les sucede, sobre todo, a aquellos que no tienen claro qué es lo que hacen. Trabajar en un ámbito que provoque cualquier tipo de inseguridad —el desconocimiento de la actividad que se va a realizar lo conlleva—, acentuará estas sensaciones negativas, que un experto radiestesista podrá reducir o eliminar realizando sesiones breves, penetrando en las peculiaridades de ese tipo de búsqueda específica, aunque ateniéndose siempre al proceso radiestésico que he desarrollado antes.

Cabe destacar que las posibilidades de la radiestesia son, sin duda, ilimitadas, pero también hay que encuadrar sus aplicaciones reales, pues éstas dependen de la persona: el límite de las posibilidades de la radiestesia viene definido por el operador, ya que como bien decía Antoine Luzi: «Cada método vale lo que vale el practicante». La radiestesia es obvio que no puede restringirse a un método o a una técnica. En este aspecto habría que considerarla como un arte, pues depende de una percepción creadora, capacidad que puede mejorar de la misma forma que un artista desarrolla su talento creativo.

TELERRADIESTESIA

Existen tres formas de operar en radiestesia para la búsqueda de un objetivo material; la más habitual es sobre el terreno. En este caso el radiestesista se va desplazando por el lugar hasta dar con él. El objetivo en esta variante, por ejemplo una corriente de agua subterránea, quedaría bajo sus pies y el instrumento reaccionaría indicándole su presencia. Otra forma es la búsqueda a distancia, pero con el paraje donde se está operando a la vista, así se determina la dirección y el sitio donde se encuentra el objetivo. Luego se puede ratificar, y determinar con mayor exactitud, avanzando hacia el lugar señalado a distancia, para actuar ya directamente sobre el terreno. La tercera sería la llamada telerradiestesia, o sea, la radiestesia sin tener a la vista el lugar donde se busca el objetivo. Por lo general se realiza mediante planos, mapas, fotografías, dibujos, etcétera, de objetivos que pueden estar situados a cualquier distancia, ya que ésta no influye en la actividad radiestésica.

La telerradiestesia es el ejercicio de la radiestesia a distancia sin tener contacto sensorial con el objetivo, ya que la radiestesia va más allá del espacio e incluso del tiempo. Aunque la radiestesia y la telerradiestesia son un mismo fenómeno, para muchos operadores resulta bastante más difícil trabajar a distancia, sin ver el lugar donde puede estar el objetivo. Para operar en telerradiestesia hay que po-

seer una mayor capacidad de concentración y de abstracción del entorno, donde todo lo conocido que conforma nuestra estructura mental consciente pasa a un segundo plano. Sobre el terreno estamos rodeados de elementos de apoyo a la mente que, aunque no sirven de ayuda durante el trabajo puramente radiestésico, pueden servir de soporte psíquico y dan una aparente confianza en las posibilidades de éxito. Sin embargo, esto no ocurre durante el trabajo telerradiestésico, donde sólo existe la mente y el objetivo, lo cual va en contra de toda la educación materialista recibida. Es entonces cuando la mente se orienta a la búsqueda de la respuesta, más allá de la lógica y de la razón, donde sólo existe la verdad.

La telerradiestesia es radiestesia pura, ya que aquí no existe la posibilidad de que se puedan emplear otras capacidades que no sean estrictamente las que provocan el fenómeno radiestésico, o sea, los procesos psíquicos del operador.

Los pasos previos, que parecen en principio tan extensos y complejos, con la práctica se van realizando de una forma automática, como ocurre al aprender a conducir un automóvil: al principio es complicado y hay que estar utilizando las facultades conscientes al cien por cien, pero con la práctica, se adquiere una mecánica inconsciente que actúa de forma automática, sin tener que pensar en las acciones una por una. Encadenadas una detrás de otra acaban formando un todo que se activa al sentarse al volante de un automóvil: ya no se piensa que hay que pisar el freno para no chocar con el vehículo de delante o que hay que poner determinada marcha, el movimiento se produce de forma espontánea. Algo similar sucede en radiestesia, aunque hay que tener cuidado para que el proceso radiestésico fluya de forma constante, formando un conjunto indivisible, y evitar el peligro de caer en un automatismo que dé por hechos, debido al acto repetitivo y a la inducción radiestésica, pasos que requieren, en un momento

dado, una especial atención, intensificándolos o retrayéndolos, dependiendo del tipo de búsqueda y las circunstancias particulares de cada momento.

La ventaja fundamental del estudio sobre plano radica en que desaparecen los estímulos sugestivos, que pueden incidir en el operador cuando trabaja sobre el terreno. Como ejemplo, si buscamos una corriente de agua subterránea y sabemos que sobre ella se producen ciertas peculiaridades, que pueden afectarnos antes o durante el trabajo, es más factible ser influidos que cuando estamos aislados de ella por la distancia. Aunque un radiestesista, conocedor de la idiosincrasia de los procesos mentales, puede inhibirse de dichas sugerencias, manteniendo una postura neutra en cuanto a posibles deducciones motivadas por el entorno o por suposiciones personales.

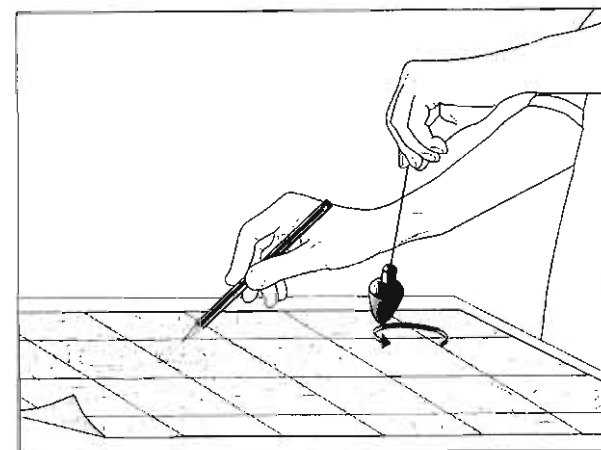
Si bien el plano no es más que un testigo gráfico, es conveniente que resulte lo más fidedigno posible: cuantos más datos se tengan para representar mentalmente el lugar, la orientación y la selección mental se realizarán con mayor facilidad y seguridad, y así la búsqueda adquiere mayor coherencia y la solución fluye con menos obstáculos. En prospecciones sobre plano, el terreno suele aparecer sin desniveles, lo cual puede confundir al operador; es mejor reunir la máxima cantidad de datos sobre el lugar, como alturas, montículos, desniveles, etcétera. El plano debería contener también datos lo más fidedignos posibles: situación, orientación, alturas, edificios, etcétera, que ayuden al operador a situarse en un marco lo más cercano a la realidad. Lo esencial de un plano es el espacio que delimita el campo de actuación, aun cuando las referencias interiores (casas, arboledas, etcétera) no estén localizadas con exactitud y fidelidad. Sin embargo, no es imprescindible una exacta fidelidad, pues basta con que el radiestesista lo crea, es decir, que en su mente quede definido con nitidez cuál es el objetivo y sus características más notables. No obstante, en caso de no ser absolutamente exacto, la mente lo transfigurará de tal forma que soslayará este, en principio, obstáculo, siempre y cuando el proceso interior se haya elaborado de forma correcta.

Los ejercicios realizados en soledad, sentado en el interior de una habitación, lejos de interrupciones inoportunas, deben formar parte fundamental de la práctica habitual de un radiestesista. Este tipo de entrenamiento facilita, más adelante, en gran medida el trabajo de campo, hasta parecer de una facilidad asombrosa para aquel que ya ha conseguido logros en trabajos de mesa. De cualquier forma, el operador no debe dejarse engañar por la aparente facilidad de un determinado objetivo y tiene que extremar las precauciones, dando lo mejor de sí en cada ocasión.

La radiestesia a distancia tiene mayores prestaciones que la radiestesia directa, o sea, sobre el terreno, ya que ofrece unas posibilidades inmensas en cuanto a la variedad de objetivos y a las formas operativas: permite trabajar sobre los mismos objetivos que sobre el terreno y además se pueden obtener otros inaccesibles a la actuación directa. Imaginemos un terreno que por su configuración orográfica, por la densidad de vegetación, por su tamaño o lejanía nos impida acceder a él y trabajar adecuadamente, al igual que días de climatología adversa; en estos casos la radiestesia a distancia se muestra como la única opción operativa.

El péndulo es el instrumento que resulta más cómodo para la mayoría de operadores en trabajos telerradiestésicos y, sin duda, es el preferido. Es, quizás, el más adecuado si se trabaja sobre planos, dibujos, etcétera, ya que una mano queda libre para marcar puntos o para determinar una posición. No obstante, cualquier otro instrumento con que el operador trabaje con comodidad será apropiado, sobre todo si le permite operar con una sola mano. En efecto, en los trabajos sobre plano, es importante que una mano permanezca libre para explorar con la punta del dedo o de un lápiz, e ir marcando todo cuanto se vaya encontrando como, por ejemplo, las riberas de una corriente de agua subterránea, una tubería o un muro enterra-

do. Claro está, esto sucede ante la reacción del instrumento, según el convenio establecido, cuando el lápiz llega al punto del plano que representa el lugar donde está situado el objetivo. Todo esto, tal como hemos tratado antes, sucede al mismo tiempo que concentramos la atención, tanto sobre el objetivo —representándolo mentalmente—, como de forma indirecta en el plano, como elemento secundario, pero que sirve de vehículo sugestivo.



Rastreo sobre el plano.

Un modo operativo de trabajar sobre un plano es desplazar el instrumento hasta que éste llegue al objetivo y reaccione; este método requiere una buena preparación para situar el lugar exacto. También se puede trabajar haciendo un seguimiento visual por el plano hasta lograr la reacción acordada. Pero, como decía, más sencillo y preciso es usar la mano libre para marcar con un lápiz los lugares donde reacciona el instrumento. También se puede dividir el plano en secciones y preguntar en cada una de ellas:

- ¿Se encuentra aquí el objetivo?

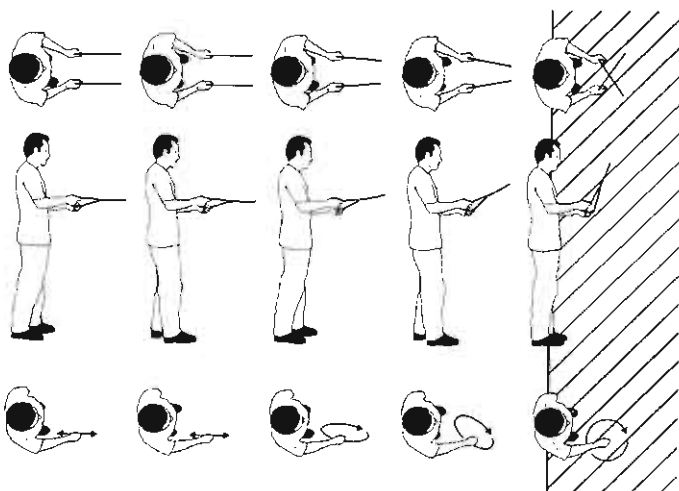
Si trabajamos siguiendo el borde del plano se puede realizar la expresión de la intención de modo que, cuando el puntero lle-

gue a la perpendicular del lugar donde se encuentra el objetivo, el instrumento reaccionará. En caso de ser así, seguiremos en esa línea:

- Quiero que el instrumento reaccione de tal forma al llegar al punto donde se encuentra el objetivo.

En el primer caso, cuando se produce la reacción del instrumento, también podemos trazar una línea, y repetir lo mismo desde otro lateral, de modo que en el punto de cruce de ambas se hallará el objetivo.

Algunos operadores notarán, en especial cuando se utiliza esta técnica de búsqueda por desplazamiento, que el instrumento comienza a moverse conforme el puntero se aproxima al objetivo, hasta realizar el movimiento pactado de forma completa al llegar a él: giro en el caso del péndulo; cerrar o abrir en el caso de la varilla en forma de L, etcétera. Este movimiento previo es un aviso que puede facilitar la búsqueda si se es consciente de él. Este mismo desplazamiento de aviso puede suceder en trabajos de campo, es decir, al llegar a una distancia inmediata al objetivo, el instrumento comienza a realizar un



Reacción preobjetivo. Antes de llegar al objetivo se puede producir un movimiento previo de aviso.

movimiento, una señal de aviso. Aunque en ambos casos, sobre plano o en terreno, es más eficaz que, a pesar de que el movimiento surja de forma innata, se pacte con uno mismo, integrándolo en el acuerdo de las reacciones. Así pues, al llegar al objetivo, la oscilación se transforma en giro tal como habíamos pactado.

Una vez se ha realizado el ejercicio sobre el plano, es conveniente comprobar el resultado; en caso de ser negativo revisaremos todo el proceso seguido, reforzando aquellos puntos que consideremos que pueden mejorarse: la concentración se diluyó, la atención no se mantenía constante, la relajación no era la correcta, teníamos un deseo excesivo en lograr un determinado resultado, etcétera.

Para averiguar el paradero de cualquier tipo de objetivo, una persona, animal u objeto desaparecido, es importante recabar la máxima información sobre él, las circunstancias que rodearon su pérdida, fechas, etcétera, para así formarse una imagen lo más cercana posible a cómo es en la actualidad el objetivo. El factor tiempo puede resultar determinante en este tipo de búsquedas, ya que cuando se realiza el estudio pueden encontrarse en un lugar y, al comprobarlo, la situación ser distinta. Por ello conviene matizar el momento:

- Tengo la intención de conocer el paradero de X en este momento.

Para comenzar a operar a distancia lo mejor es retirarse a un lugar donde reine el silencio y la tranquilidad. Este entorno facilita que se logre el estado de relajación y concentración requeridos en toda búsqueda radiestésica. Una iluminación débil en el conjunto de la habitación y una lámpara dirigida hacia los elementos de trabajo (instrumentos, planos...) ayudarán a focalizar la atención, logrando una atmósfera propicia.

En ningún caso es imprescindible el uso de los testigos, aunque en ocasiones, sobre todo en trabajos a distancia y cuando los datos son escasos, pueden ayudar a definir el objetivo y a orientar la mente hacia él. No es necesario mantenerlo en la mano, puede estar situa-

do sobre la mesa a la vista, donde recuerde más su presencia y ayude a dirigir la mente hacia el objetivo por analogía. No obstante, a algunas personas el contacto directo con el testigo les sugiere en mayor medida, y les concede un cierto grado de confianza. Personalmente intento enseñar que es mejor prescindir de ellos, logrando así una mayor independencia de actuación dentro del auténtico contexto en el cual se desarrolla el fenómeno radiestésico, pues los testigos son accesorios puramente autosuggestivos. No hay que olvidar que la autosugestión es necesaria en radiestesia, y si no se consigue de forma interior hay que fomentarla con elementos externos. Gracias a la autosugestión se establecen unos vínculos en la mente, entre los elementos de la búsqueda, que en la realidad no tienen más semejanza con el original —como un plano y el lugar que representa— que la que el radiestesista les confiere, de manera que todos convergen hacia un nexo común: obtener un conocimiento que de otra forma nos sería negado.

MODOS OPERATIVOS

Antes de comenzar a operar, y una vez conseguida la relajación general, debemos ser conscientes del estado de distendimiento, en especial en los brazos y las manos, que deben liberarse de un exceso de tensión para así facilitar el movimiento del instrumento.

Las primeras experiencias han de dirigirse a evitar la sugestión, en cuanto al resultado de la búsqueda. Si se sabe con antelación, o se predispone al operador hacia determinada conclusión, ésta se producirá, de la misma forma que si se trabaja con otra persona, sobre todo cuando ésta es más experimentada, se tenderá a coincidir con sus apreciaciones, sean reales o equivocadas. Esto nos indica la prudencia con que ha de desarrollarse cualquier ejercicio radiestésico, y las condiciones de seguridad que deben rodearlo para no ser víctima de la sugestión.

La mente —a pesar de que el operador sepa cómo funciona el fenómeno radiestésico—, de forma inconsciente, puede orientarse en

busca de indicios que le permitan discernir el resultado solicitado, anticipando una respuesta, casi siempre, falsa. Hay que procurar, aunque se trate de ejercicios en solitario, que todo lo que pueda señalar un resultado sea eliminado u obviado, ya que entonces el inconsciente no interviene en la operación y el resultado no será válido desde el punto radiestésico, a pesar de acertar. De esta manera sólo se logrará favorecer el error cuando las condiciones de búsqueda no permitan estos atajos al verdadero proceso de interrelación entre el consciente y el inconsciente.

En muchas ocasiones tendemos a encerrarnos en aquello que hemos aprendido como si fuera la única posibilidad, la única verdad. Las concepciones y los métodos rígidos constriñen la capacidad imaginativa-creadora, que es el vehículo que eleva el nivel cognoscitivo como un reto diario. El radiestesista debe tener una gran capacidad de adaptación al tipo de búsqueda y a sus peculiaridades, sabiendo en qué contexto está operando, ya que las dudas y las ambigüedades ensombrecen su grado de discernimiento, lo que puede provocar no pocos errores. Una información previa, que no supedita el resultado del trabajo radiestésico, ayuda a centrar la búsqueda y a no perder tiempo y energías en preguntas que podrían saberse por métodos directos. Si buscamos a una persona desaparecida, es absurdo preguntar radiestésicamente cuándo desapareció si este dato lo podemos obtener por otros conductos. Esto, unido a la amplitud de los conocimientos sobre la materia en que se pretende operar, elevará el nivel de eficacia en el desarrollo de la actividad, y con la práctica y el estudio se logrará desarrollar las capacidades radiestésicas; los buenos resultados se darán por añadidura.

El ejercicio de la radiestesia no debe plantear competitividad, ya que el único impulso del practicante debe ser mejorar su calidad de ejecución y los resultados, así como compartir la experiencia con otras personas interesadas, observando cómo se pueden lograr objetivos cada vez más complejos y con mayor seguridad.

La metodología operativa es de suma importancia en radiestesia; en muchas ocasiones observo que buena parte de los errores se

deben a la forma de plantear el estudio. A menudo sucede que la forma operativa es de una complejidad tal, que difícilmente se puede mantener una adecuada concentración en todos los elementos esenciales de la búsqueda. Estas complicadas metodologías, por lo general ajenas a la realidad radiestésica, son un terreno abonado para suscitar las dudas y, de esta manera, resulta arduo mantener la confianza en lo que se está realizando. Ciertas lecturas y algunos operadores plantean una serie de reglas personales que obligan a un aprendizaje, quizá válido para el propio enunciador, pero lleno de obstáculos para cualquier otro, con el riesgo de introducir en el inconsciente métodos y códigos que, en caso de arraigar, serán un lastre difícil de superar. La sugestión generada por ciertas enseñanzas conduce a dar como válidas ciertas concepciones operativas personales, que no muestran el auténtico espíritu de la radiestesia.

Al principio es normal fijarse en los modos operativos de otras personas con más experiencia. Con el tiempo se comienza a desarrollar un método personalizado que sirve para elevar la eficiencia, aunque es obvio que el método evoluciona en paralelo al radiestesista, que debe estar en constante renovación.

Es frecuente que, en los cursos de especialización, los alumnos avezados en la búsqueda de aguas subterráneas duden sobre la posibilidad de saber el caudal de una corriente, la calidad de sus aguas o su profundidad; sin embargo, creen firmemente en que se puede, y de hecho lo hacen, encontrar aguas subterráneas. La contestación es obvia: no hay ninguna diferencia entre buscar agua, averiguar su profundidad, caudal y calidad, buscar una persona desaparecida o una carta de la baraja.

No es, pues, en los objetivos donde radica la problemática, sino en la motivación, el interés y la confianza del operador en lo que está haciendo.

Por otra parte, aunque el tipo de objetivo no influye en el fenómeno radiestésico, sí puede modificar la forma operativa, ya que no es lo mismo una prospección de aguas subterráneas que la localización de una persona desaparecida.

ACIERTOS Y ERRORES

El éxito en radiestesia se basa en conocer las posibilidades reales que poseemos a cada paso dentro de la evolución personal como radiestesista. Un principiante no puede pretender localizar un submarino hundido en aguas del Ártico. Sus posibilidades son tan remotas como las del simple azar. Si intenta conseguir logros más allá del esfuerzo y de la preparación realizados, fracasará casi con toda seguridad, perderá la confianza en sí mismo y abandonará. Es por ello que recomiendo ir avanzando paso a paso, trabajar paulatinamente, sin prisas por lograr éxitos y calibrando las posibilidades en cada momento, ya que es fundamental ir adquiriendo la experiencia de forma escalonada, comenzando por búsquedas sencillas, e ir aumentando la dificultad conforme se vayan logrando aciertos. En caso de que los avances no se correspondan con el esfuerzo realizado, habría que replantear la forma operativa y la concepción de la radiestesia, ya que quizás en una u otra cuestión se encuentren los motivos que impiden el progreso.

Cuando nos equivoquemos, lo cual ocurrirá en muchas ocasiones, no se debe culpar a la radiestesia, ya que sería como achacar al arte de la pintura el haber realizado un mal cuadro. Lo más correcto (y lo más eficaz) es buscar en qué hemos fallado, o cuál es el motivo que impide encontrar la respuesta. Los factores que pueden inducir a error son múltiples, y para conocerlos, intuirlos y evitarlos nada mejor que la experiencia, que además sirve para corregir defectos, incidiendo en lo que es más favorable. La justificación de los fracasos, buscando explicaciones fuera de la acción psíquica del radiestesista, es preparar el camino para repetir el error. Elegir correctamente en cada búsqueda el cuándo, el dónde y el cómo podemos efectuar el estudio radiestésico es de vital importancia.

Los errores, en efecto, deberían servir para mejorar en las siguientes localizaciones. Cuando se comete un error se debe pensar, sin despreciar las conclusiones que podemos sacar de ello, en los aciertos obtenidos en anteriores localizaciones. Esta forma de pensar sugestiona de manera positiva para no perder la confianza en nues-

tras posibilidades. Pero, del mismo modo, después de los éxitos, debemos recordar los fracasos, y lo que aprendimos de ellos, para no caer en un exceso de confianza.

El éxito trae una complacencia interna que puede llevar a la creencia de que el esfuerzo ya no es necesario, que todo nos ha sido dado. Ante esta falsa sensación hay que oponer un ánimo constante, gracias al cual seguiremos observando nuestros logros y nuestras carencias; contra éstas habrá que reforzar, sobre todo, el esfuerzo dirigido a desarrollar el conjunto de las facultades personales, lo que implica el dominio de uno mismo, de sus decisiones y de sus actos. El acierto produce una mayor e íntima satisfacción si el operador sabe a qué se debe su éxito. Si opera sin conocimiento de causa, su actuación es repetitiva y termina siendo esclavo de modas y maneras operativas que le impiden modificar y adaptar su metodología según cada circunstancia y cada momento, dentro de su propia evolución como radiestesista y como persona.

Mantener un archivo con los ejercicios y trabajos realizados sirve para dar confianza en los momentos de decaimiento, y motivan para continuar con nuevos bríos. Asimismo, al comienzo de las prácticas radiestésicas, puede ser conveniente llevar un listado con los errores y los aciertos para comprobar la propia evolución. Tal vez al principio logre buenos resultados y después note un declive. Si es así cambie sus ejercicios, ya que la monotonía puede ser la causa. Todos, y más en radiestesia, tenemos un espíritu de investigación, de descubrimiento de nuevos estilos operativos, de nuevas formas de expresión. No las encierre en métodos rígidos, aunque a otras personas les funcionen de maravilla. Busque su método para esa etapa, para ese momento, para esa circunstancia, y permita que aflore su natural forma de operar; haga su propia radiestesia y redúzcala a lo que realmente es: la expresión de una capacidad natural.

No hay que temer a los errores, éstos nos dan una perspectiva que el acierto no permite. Rabindarah Tagore decía que: «Si cerráis la puerta a todos los errores, también la verdad se queda fuera». No es cuestión de forzarlos, pero sí de estar dispuesto a admitir-

los, y a aprender de ellos sin dar excesiva importancia ni a los errores ni a los aciertos, ya que ambos forman parte de nuestras vidas. Cuando no existe fallo alguno deberían revisarse los valores personales, pues quizás uno se haya quedado encasillado, perdiendo la creatividad que permite la evolución en cualquier materia y que concede la posibilidad de errar. No se deje asustar por los fallos que cometa, ya que casi siempre avanzamos a base de errores, y, también casi siempre, podemos concluir que: a mayor éxito, mayor número de errores cometidos. A continuación daré algunas pautas para que cada cual las adapte a su forma personal de ejercer la radiestesia.

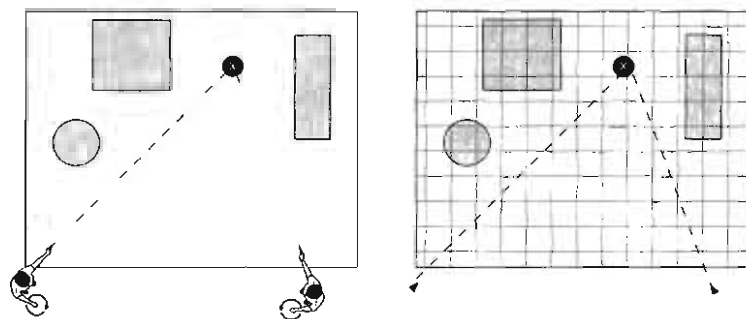
EJERCICIOS DE ENTRENAMIENTO

El entrenamiento en solitario es una parte importante de la preparación del radiestesista, tanto al principio, para iniciarse, como posteriormente. La radiestesia, como cualquier disciplina que dependa de las capacidades del ser humano, necesita de un entrenamiento regular, tanto en trabajos de campo como en recogimiento y soledad.

Para determinar la dirección hacia donde se encuentra el objeto de la búsqueda, se puede trazar un círculo y andar sobre él hasta que el instrumento reaccione, según lo acordado, indicando un punto hacia donde está el objetivo. Para determinar con mayor exactitud la dirección, se traza otro círculo de mayores dimensiones y se marca de la misma forma otro punto. Uniendo los dos puntos de ambos círculos por una línea, queda determinada la dirección del objetivo. Este tipo de operaciones también se puede realizar girando en círculo con el brazo extendido, y la mano indicando un sentido, que será el correcto cuando el instrumento reaccione.

Se puede trabajar con otro sistema operativo, colocándonos en un punto del terreno y determinando una dirección, en la cual se encontraría el objetivo, mediante el sistema del brazo-antena; a

continuación nos trasladamos a otro punto, y trazamos otra línea; en la unión de ambas estaría el objetivo. Aunque lo mejor es acercarse y comprobarlo sobre el terreno, ya que este método puede ser impreciso en cuanto a la exactitud del lugar elegido. En radiestesia más vale un «por si acaso» que mil «si hubiera...». También se puede utilizar el sistema del brazo-antena, y cuando el instrumento reaccione en una determinada dirección, podemos desplazarnos en ella con el programa mental de que el instrumento realizará el movimiento acordado cuando lleguemos al lugar donde está el objetivo.



El método del brazo-antena direccional permite operar sobre grandes superficies o bien sobre plano utilizando el «lápiz-antena».

Ejercicio nº 1

Este primer ejercicio está destinado a los neófitos que en anteriores experiencias no hayan logrado que el instrumento reaccione entre sus manos. Sujete el péndulo –tal como se ha explicado en el apartado correspondiente–, e imprímale un ligero movimiento de oscilación, pues es más fácil percibir la reacción neuromuscular si el péndulo efectúa un movimiento de espera que si permanece estático. Dirija el pensamiento, al tiempo que mira al péndulo, hacia un determinado movimiento: derecha-izquierda, adelante-atrás o circular, como las agujas del reloj o al contrario; espere hasta ver cómo el péndulo ejecuta el movimiento acordado.

Con respecto a las varillas seguiremos los mismos pasos, con la diferencia de que los movimientos serán de abrir o cerrar. Con las varillas tal vez cueste más al principio lograr que se muevan, ya que éstas parten de una posición más estática. Intentemos forzar un poco el movimiento conscientemente o bien desplácese con lentitud pensando en el movimiento que se pretende lograr, hasta conseguir que se muevan.

Una vez que el instrumento reacciona a nuestra ideación mental podemos actuar sobre algo material.

Ejercicio nº 2

Para este ejercicio bastará con tener un juego de dominó, o de cartas, y seleccionar tres o cuatro que no se distingan por su reverso. Han de estar lo suficientemente alejadas unas de otras para no crear confusión, o bien operar situando una sola cada vez, manteniendo el resto fuera del alcance visual realizando toda la preparación prebúsqueda como en cualquier localización radiestésica. Podemos utilizar un instrumento que nos permita tener una mano libre (péndulo, una sola varilla en L...) y, así, señalar con un dedo de la mano libre cada carta o ficha; también se puede fijar la vista y concentrar la atención sobre una de ellas, preguntando si corresponde al objetivo. Todo esto después de haber expresado la intención de localizar determinada carta o ficha. Si se realiza el ejercicio con un instrumento que ocupa las dos manos (varas, varillas...) alejaremos las cartas o fichas unas de otras, para poder concentrarnos en cada una de ellas por separado, y fijar la vista en él, realizando el mismo esquema mental que anteriormente. En este tipo de ejercicios se deben incluir al principio pocas variantes, es decir, un reducido número de posibilidades, ampliándolas conforme vaya aumentando el número de aciertos y la confianza.

El tiempo de espera suele oscilar entre pocos segundos y un minuto. Si preguntamos tan sólo:

- ¿Es esta carta el as de oros?

Y esperamos hasta que el péndulo, por ejemplo, gire en sentido de las agujas del reloj, la espera puede cansar si la carta no es la que se busca; entonces el inconsciente, deseoso de terminar con una situación infructuosa, dará una respuesta cualquiera para concluir cuanto antes. Por esto es preferible que la pregunta obligue a una respuesta de doble posibilidad:

- Si ésta es la carta buscada, que gire en un sentido (el que hayamos determinado con anterioridad como positivo) y, si no lo es, que gire en sentido inverso.

Así se consiguen respuestas más rápidas. Podemos coger un número determinado de cartas de una baraja, que sean correlativas, y, después de barajarlas, podemos colocarlas de una en una delante, e ir discriminando de cuál se trata:

- ¿Es esta la carta que tiene la numeración uno?
- ¿Es esta la carta que tiene la numeración dos?
- ¿Tres?
- ¿...?

Hasta que el instrumento reaccione. Entonces pasamos a la siguiente carta, eliminando el número acertado de la cuenta numérica.

Hay quien preferirá ejercitarse con colores o formas; en este caso recomendaré que al principio se utilicen colores y formas bien definidos, y diferenciados entre sí, para de esta forma ayudar en la selección mental.

Ejercicio nº 3

Pida a un colaborador que esconda un objeto debajo de un recipiente opaco, y que coloque varios más vacíos; después debe salir de la habitación antes de que nosotros entremos, para no interferir de forma inconsciente en el resultado (ya que ciertos movimientos, imperceptibles para nuestra atención consciente, pueden ser captados por el inconsciente) indicándonos dónde está el objeto. También puede influir por inducción mental; por tanto, es mejor que salga de la habitación de prácticas, aunque a veces, aun estando

fuera puede ocurrir dicho fenómeno, pero como norma, al salir, su atención se orientará hacia otros asuntos y no afectará en la misma medida. Si va a permanecer en la habitación deberá dirigir sus pensamientos en otra dirección, pidiéndole que deje de pensar en el objeto y su localización. Con la práctica de la concentración, las posibles influencias de las personas o del entorno dejan de afectar, o al menos se es más capaz de sobreponerse a ellas.

Se puede comenzar situándose sobre cada recipiente, preguntando si el objeto está oculto debajo de él (también se puede hacer a cierta distancia). Avanzaremos con las varillas situándonos encima, o lo más próximos posible al recipiente, con la siguiente expresión y pregunta:

- Tengo la intención de saber si el objeto está situado debajo de este recipiente.
- ¿Está?
- Si es así que las varillas se cierran.

O bien empleando un doble código:

- Si está, que se cierran; si no está, que se abran.

Conviene no permanecer quietos a la espera de la respuesta, ya que, de esta manera, las varillas (si es el instrumento utilizado) adoptan una posición demasiado estática y, por tanto, será más difícil comenzar un movimiento. Es mejor dirigirse hacia el recipiente, y expresar que el instrumento reaccionará al llegar a su posición, si el objetivo se encuentra allí, para después retroceder y avanzar de nuevo hacia otro recipiente en caso de no haber logrado la respuesta esperada.

El tiempo de espera para cada contestación varía, según el operador y la complejidad de la búsqueda. Ésta suele ser inmediata, pero, si se retrasa, conviene comenzar de nuevo. Hay que recordar que la expresión de la intención y la pregunta deben ser claras y concretas, lo cual facilita que la respuesta surja con mayor rapidez y seguridad. En caso de equivocación en el resultado, procuraremos encontrar dónde estuvo el error cometido, en qué paso hemos fallado. Encontrar la posible causa del error supone un gran avance para posteriores operaciones. Tal vez el fallo esté motivado por una rela-

jación insuficiente, el tipo de búsqueda no nos motivaba, los recipientes estaban demasiado juntos y no fuimos capaces de concentrarnos adecuadamente en cada uno de ellos, etcétera. Averiguar dónde nos hemos equivocado ayuda a corregir errores y actitudes.

Ejercicio nº 4

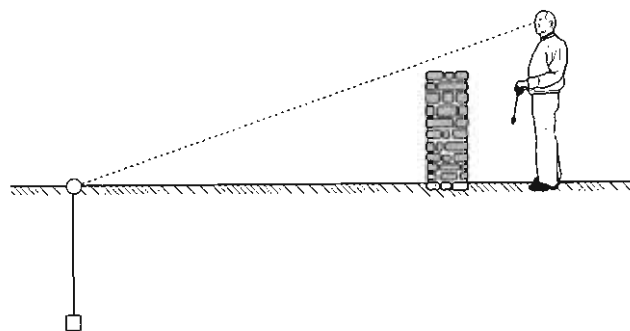
El colaborador esconderá, esta vez, un objeto en un lugar de la casa o, mejor aún, en el campo, en plena naturaleza. En el caso de la vivienda, se puede acordar que al entrar en la estancia donde esté el objeto el instrumento reaccionará. Una vez en el interior de la habitación, al igual que al aire libre, podemos ir girando con un brazo extendido (si utilizamos un instrumento que lo permita), con la representación mental de que el instrumento se moverá, según se haya acordado, al coincidir la dirección de la mano con la del objeto. También se pueden usar las dos varillas girando lentamente en círculo, y cuando éstas junten sus dos puntas indicarán la dirección.

Ejercicio nº 5

Elija varios recipientes opacos y pida a un colaborador que llene uno, varios o ninguno con agua, o la sustancia que queramos detectar. Esto facilita el posterior trabajo de campo, al acostumbrarnos a seleccionar mentalmente un determinado tipo de objetivo, además de tratar de discernir, no sólo dónde está, sino si realmente está. Esto sucede, por ejemplo, en la búsqueda de aguas, ya que cuando llegamos a un terreno no sabemos si existe agua subterránea, o si hay varias corrientes. Aunque para comenzar recomiendo que sólo se llene un recipiente. Éstos deben estar separados para permitir el desplazamiento a su alrededor. Introduzca en su esquema mental que, al llegar a la altura del recipiente que contenga agua, su instrumento reaccionará. También puede preguntar desde un principio si en realidad alguno de ellos contiene agua, con lo cual, en caso de no

existir, la búsqueda será innecesaria, tal como puede suceder en una búsqueda de aguas en un terreno.

Otra variante de este ejercicio se puede realizar delimitando un terreno donde sea fácil enterrar un recipiente, una botella, por ejemplo.



Rastreo con la vista.

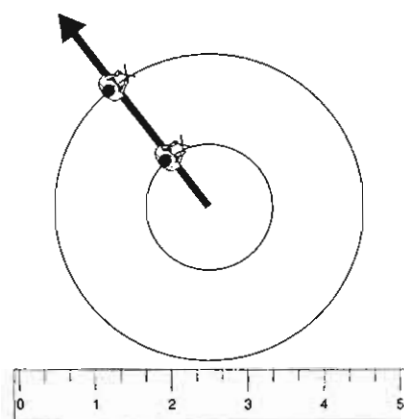
Se puede localizar de varias maneras: recorriendo el terreno o utilizando, como en el ejercicio nº 4, el brazo o el instrumento como antena; también podemos emplear el método del doble círculo y, cuando hayamos localizado la dirección, avanzaremos hasta llegar al objetivo.

El sistema del doble círculo es susceptible de emplearse tanto sobre el terreno como sobre un plano.

Una vez se sabe la dirección, se puede averiguar la distancia a la que se encuentra el objetivo:

- ¿A menos de 100 metros?
- ¿De 1 kilómetro?
- ¿De 10?
- ¿...?

Hasta que el instrumento reacciona. Si se opera sobre plano, o las distancias son muy grandes, se puede seguir en él la dirección que hemos logrado con el sistema del doble círculo, hasta llegar al punto en que el instrumento reaccione, tal como habíamos acordado.



El sistema del doble círculo indica la dirección del objetivo y mediante una escala de distancias determinamos con exactitud su situación.

Este ejercicio con los recipientes podría realizarse poniendo diferentes tipos de líquidos en cada uno de ellos, e intentando determinar a cuáles corresponden. Al poner sustancias similares, e intentar averiguar a cuál corresponde una de ellas o las características individuales de todas, se requiere una mayor capacidad de concentración y de selección. Al principio puede presentarse alguna dificultad, pero, conforme se logran aciertos en ejercicios menos complejos, es importante aumentar el nivel de complejidad. Ésta viene determinada por la intensidad necesaria de concentración, y el tiempo que requiere la búsqueda, así como por la diversidad de objetivos que obligan a la mente a modificar su orientación. Esto supone un esfuerzo añadido, y puede generar cierta confusión y fatiga, si el operador no es capaz de mantener la misma concentración en cada uno de ellos y durante el tiempo necesario. Por ello hay que actuar con calma, sin prisas.

Se pueden plantear otros ejercicios para practicar, tanto con instrumentos como sin ellos, pero es mejor dejar las siguientes pautas de entrenamiento en manos de la imaginación e inventiva de cada cual. Aunque en otros apartados del libro se proporcionan otras posibilidades de localizaciones en temas más específicos, hay que

tener en cuenta que no todas las personas tienen la misma facilidad para concentrarse ante un mismo tipo de trabajo. A algunos, las cartas les parecerán un ejercicio banal, y preferirán otros. Unos encuentran con facilidad personas desaparecidas; otros, vías de agua, pues su atención se encuentra atraída por determinado tipo de objetivos. Lo mejor será centrarse en aquellos que susciten mayor interés y motivación.

A continuación expondré algunos de los ámbitos en los que se puede aplicar la radiestesia, teniendo en cuenta que sus posibilidades son tantas como objetivos existen: no hay campo donde el conocimiento humano no pueda penetrar.



QUINTA PARTE

DISTINTOS CAMPOS DE APLICACIÓN

RADIESTESIA Y SALUD

Aplicaciones terapéuticas

La aplicación de la radiestesia en el campo de la salud es un tema controvertido, y siempre envuelto en polémicas. En este ámbito es donde la radiestesia es más vilipendiada por la interpretación causal que ofrece la ciencia en la actualidad sobre la salud y la enfermedad, amén de los intereses económicos y sociales que se mueven a su alrededor. La medicina ha cosechado notables éxitos en muchas parcelas, pero ha dividido al ser humano en especialidades, olvidándose de la globalidad, del conjunto armónico que formamos, y de la relación e interacción de cualquier fracción de la persona con su totalidad.

Hoy parece normal padecer algún trastorno o enfermedad; esto se ha convertido en algo habitual, cuando lo natural es estar sanos, y lo anormal estar enfermos o con malestar. La medicina y otros factores básicamente socioeconómicos, han conseguido elevar la media de vida en Occidente, donde se ha logrado una sociedad más longeva, pero también una sociedad más enferma y conformista. La radiestesia puede ser una vía que abra nuevas puertas a la medicina, y más concretamente a la salud, ámbito en el cual puede intervenir como diagnóstico, interpretando dónde está el desequilibrio o la enfermedad, y en la elección de la mejor terapia. La técnica radiestésica de detección de tumores, lesiones o anomalías puede ser de gran ayuda en medicina, pues es factible efectuar un diagnóstico incluso antes de que aparezca en una radiografía o con otra técnica convencional. El radiestesista médico puede averiguar trastornos sutiles y enfermedades potenciales, o en proceso de formación, que los métodos convencionales de diagnóstico no pueden todavía detectar.

El cerebro y el cuerpo se comunican por medio de señales electroquímicas; el radiestesista puede reconocer una perturbación de

dichas señales, y advertir de la posibilidad de padecer una enfermedad futura. Hay que tener en cuenta que la radiestesia precisa de una larga experiencia, por parte del practicante, antes de realizar prescripciones de cualquier tipo que puedan implicar una responsabilidad hacia otras personas, y más si cabe en un terreno como el de la medicina, donde está en juego la salud y la vida. Es por esto que recomiendo trabajar con la máxima prudencia, evitando entrar en el juego de charlatanes que pululan en todos los ámbitos, y más donde se pueden aparentar unas dotes inexistentes, como es el caso de la radiestesia, debido al desconocimiento popular. Muchos operadores inexpertos encuentran lo que no existe (en su afán de lucimiento y de encontrar causas sólo presentes en su imaginación); esto es muy grave en medicina, donde realizar un diagnóstico erróneo puede acarrear múltiples trastornos a los afectados que puede conllevarles perjuicios emocionales, con el agravante, de que, sugestionados por la creencia de su enfermedad, pueden incluso llegar a desarrollarla.

La radiestesia puede ser un gran aliado para el terapeuta que logre rechazar las limitaciones de una educación restrictiva, aunque en el campo de la radiestesia, como en otros muchos, se introducen individuos que, con un péndulo o varilla en la mano —pero sin la capacidad y experiencia adecuados—, desvirtúan la ciencia radiestésica. Estos individuos, además de estafar la buena voluntad de quienes se acercan a ellos en busca de ayuda, logran que la delicada y controvertida reputación de los radiestesistas se tambalee. He empleado la palabra ciencia, ya que el carácter rigurosamente científico con que se investiga, y sus aplicaciones, me lleva a colocarla en el lugar que le corresponde. La radiestesia es el resultado de una capacidad del ser humano, pero en cuanto a sus distintas áreas de aplicación, metodologías, etcétera, se puede considerar una ciencia de carácter multidisciplinar.

La ventaja que ofrece la radiestesia con respecto a las modernas técnicas de diagnóstico convencional (radiografías, gammagrafías, etcétera) es que elimina su agresividad y sus efectos secundarios. Incluso se utiliza para saber la causa o el origen; si se debe a factores medioambientales, si está motivada por una mala alimentación,

por la ingesta o inhalación de productos tóxicos, por ciertos acontecimientos o actitudes personales, etcétera. El diagnóstico médico puede enfocarse hacia las causas sintomáticas evidentes, o en dirección de las causas primarias; en ambos casos, tanto el diagnóstico como el tratamiento difieren, puesto que un enfoque trata el cuerpo físico y el otro aspectos más sutiles.

Otra de sus posibilidades más relevantes es su versatilidad, pues es factible realizar un diagnóstico con la persona presente o ausente. Es más, reitero que posibilita un diagnóstico anticipado a la manifestación orgánica, sirviendo así de soporte a la medicina preventiva en sus aspectos más avanzados; operando sobre los matices más sutiles del desequilibrio originario de una futura patología. Del mismo modo, la radiestesia aporta la comprensión de la interacción de factores que provocan la enfermedad, y ayuda a discernir si existen causas medioambientales desencadenantes, como es el caso de contaminación atmosférica, alteraciones geofísicas o contaminación electromagnética (véase *El lugar y la vida*).

Hay que recordar que en la actualidad la ley delimita quién puede diagnosticar o establecer terapias, y sólo aquéllos titulados a través de los medios oficiales están capacitados por la ley para ejercer como terapeutas. El radiestesista que no ostente titulación médica sólo puede, legalmente, colaborar con el médico para confirmar o desmentir su diagnóstico. Hay que evitar que le suceda como a otros eminentes radiestesistas, e incluso médicos que han tratado a sus pacientes con terapias no incluidas en los vademecums oficiales que, a pesar de sus grandes logros, fueron denunciados, atacados e incluso ridiculizados por parte de los estamentos médicos tradicionales.

«Este tribunal no pone ninguna objeción a que usted cure a la gente, sino a que la trate.» Esta frase fue dicha por el juez de uno de los muchos pleitos que la Asociación de Médicos francesa interpuso al padre Jean Jurion, anteriormente citado. Jurion aplicó la radiestesia médica con gran acierto, tal como atestiguan los más de 30.000 pacientes que recurrieron a él durante más de 25 años; su problema radicaba en que ejerció, ayudando y curando a la gente, sin titula-

ción como médico. En el prólogo de su libro escribió: «Así me convertí en un proscrito. El que atiende a los enfermos sin hallarse en posesión de un título médico comete un delito que puede llevarlo a verse tras las rejas de una celda en compañía de un estafador, un ladrón o un asesino». Las más de 2.000 páginas que escribió sobre sus diagnósticos, y las terapias más adecuadas que aplicó a cada caso, gracias al empleo de la radiestesia, harían sonrojar a más de un titulado, por no haber tenido en cuenta esta posibilidad de diagnóstico y tratamiento, además de haber denigrado a gentes que, como Jurion, trabajaron con honradez y con resultados asombrosos para quien no conozca el mundo de la radiestesia.

El radiestesista, por lo general, necesita de una cierta formación en el campo en que va a actuar, y más si cabe en radiestesia médica, donde las manifestaciones orgánicas a veces son de difícil interpretación, incluso para el propio médico. Por esto, sólo recomendaré el empleo de la radiestesia en medicina a aquellos que conozcan de manera suficiente el organismo humano y sus sutiles manifestaciones. Así se soslayan los errores debidos al desconocimiento, originado por una deficiente preparación, evitando al propio operador riesgos para su propia salud, derivados de operar en terrenos donde se muestra inseguro, que pueden generarle tensiones y, a la larga, incidir en su equilibrio fisiológico. Lo más importante es adquirir, de forma paulatina, una amplia experiencia radiestésica que nos dará el conocimiento de cómo operar en cada tipo de objetivo, y de los elementos de ayuda de los que hay que rodearse. Todo ello será más que suficiente para lograr el éxito en casi cualquier tipo de acción radiestésica.

El conocimiento de la anatomía humana, de la fisiología y patología, es importante para el radiestesista médico, así como el de las diferentes terapias y dietas alimenticias. Sin embargo, la información aprendida ha de mantenerse al margen del estudio radiestésico; la mente debe permanecer neutral, aunque luego se confronten los resultados del estudio radiestésico con la experiencia clínica. Realicemos, por tanto, en primer lugar el análisis radiestésico, cotejándolo más tarde con la experiencia médica.

El proceso es el mismo que en cualquier actividad radiestésica, lo único que varía es el modo operativo y la escenografía. Hay diversas formas operativas, una de las más usuales se basa en desplazar el instrumento cerca del organismo sobre el que se realiza la prueba, hasta que reaccione, al localizar la parte u órgano enfermo. También se puede utilizar la mano libre, con uno de sus dedos situado a pocos centímetros del paciente, mientras recorre el cuerpo, de la misma forma que antes lo hacíamos con el brazo-antena para buscar un objetivo a distancia. Apuntar con el dedo índice de la mano libre a distintas zonas y órganos, o recorrer el organismo con lentitud, expresando:

- Tengo la intención de saber la enfermedad que padece esta persona, si es que tiene alguna.

Para comprobarlo preguntamos:

- ¿Está enfermo?
- Si es así que el péndulo gire de izquierda a derecha.

Por supuesto, puede ser otro instrumento y otro movimiento, pero el péndulo y este giro son los más habituales en este tipo de estudios. Este método puede servir como diagnóstico preliminar, pero, como veremos, para definir la enfermedad, su causa y su tratamiento, así como el órgano o sistema enfermo, habrá que ser más específicos.

Cuando el paciente esté ausente pueden usarse vínculos, que ayuden a centrar y a seleccionar el objetivo en la mente del operador: objetos personales, fotografías, firma, humores, etcétera. Claro está que, tal como hemos ido viendo, es posible trabajar sin estos elementos definitorios del objetivo, aunque su utilidad parte de la confianza que aportan a ciertos operadores mediante la autosugestión, producida al pensar que estos elementos le ayudan a sintonizar físicamente con el paciente. Supuesto que se advierte falso, pero muchas veces necesario, cuando no se es capaz de orientar y concentrar la mente sin estas ayudas sugestivas. Aunque, sin duda, determinados datos de la persona son necesarios, para distinguirlo del resto: nombre, características, etcétera, que nos permitan concentrarnos en ella.

- ¿Es la homeopatía el tratamiento más adecuado para tal persona?

Y el acuerdo del movimiento del instrumento:

- En caso de ser así, que el instrumento adquiera tal movimiento.

Cuando hayamos determinado el tratamiento, nos centraremos, de la misma manera, en el producto; si son plantas podemos actuar por familias y luego especificar de una en una; después la dosis, la forma de preparación, la cantidad por toma y las veces diarias, el tiempo de duración del tratamiento, etcétera.

Ante cada consulta se realiza la expresión de la intención de adquirir consciencia de aquello que se quiere conocer, por ejemplo:

- Tengo la intención de saber, o de ser consciente del tiempo de duración del tratamiento.

A continuación, la pregunta general:

- ¿Cuánto tiempo será necesario?

Y a partir de este punto, la pregunta específica, teniendo en cuenta que cada unidad de tiempo debe preguntarse de forma independiente:

- ¿Será necesario un día?
- ¿Dos días?
- ¿Una semana?
- ¿Un mes?
- ¿...?

No hay que olvidar la importancia de realizar un seguimiento de la evolución del paciente para modificar la dosificación e incluso el producto si fuera necesario. Por tanto, después de valorar el estado del paciente mediante una escala, se pueden utilizar distintos remedios como testigos, o bien representarlos mentalmente; así se comprueba cuál de ellos eleva en mayor medida la vitalidad de la persona. Para decidir el diagnóstico, o elegir los remedios más apropiados,

se actúa de igual forma que para otro tipo de objetivos: se puede mantener el instrumento en una de las manos, dirigiendo el dedo índice de la mano libre hacia distintas zonas del organismo y luego hacia los productos terapéuticos. Es conveniente que exista una separación suficiente entre un remedio y otro, para poder distinguirlo con claridad y concentrarse en él, con exclusión del resto. También se pueden estudiar de uno en uno sin tener los demás a la vista. Aunque lo más eficaz suele ser mantener contacto directo con el remedio, es decir, tocándolo o asiéndolo con la mano libre.

Otra modalidad es desplazarse entre la sustancia y el paciente o su fotografía, muestra de humores, objeto personal, etcétera; entonces, el operador, al atravesar la línea imaginaria entre ambos, con el código pertinente, espera la reacción del instrumento:

- Tengo la intención de saber si la muestra X es la adecuada para el tratamiento del señor X.
- Si es así, cuando atraviere la línea entre la muestra y la fotografía de X, que las varillas se cierren.

Otra posibilidad es que el paciente coja en su mano el supuesto remedio:

- Tengo la intención de saber si la muestra X que sujeta en su mano el señor X es la adecuada para su tratamiento.
- Si es así, que las varillas se cierren.

Claro está, todo ello con el proceso radiestésico pertinente; si se produce la reacción esperada, según el convenio mental establecido, habremos dado con el remedio adecuado.

El tema de la salud en relación con la radiestesia no se dirige tan sólo al diagnóstico y tratamiento de otras personas; uno mismo puede determinar, mediante su uso, si un alimento le es favorable o no, y en qué medida. Del mismo modo puede calibrar su nivel energético o las carencias de determinados principios orgánicos: vitaminas, oligoelementos, etcétera. Con una tabla de los distintos elementos podemos comprobar cuáles son deficitarios en el organismo,

así como las dosis y el tiempo necesarios para recuperar el equilibrio fisiológico, ya sea ingiriendo los alimentos necesarios o mediante tomas de complementos, además, claro está, de averiguar las causas que provocan estas carencias. Este apartado terapéutico se puede aplicar a personas, animales y plantas.

Agricultura

La agricultura y, por tanto, la alimentación, son dos de las claves de una buena salud. Su importancia se revela cada vez con mayor nitidez, al observar que buena parte de los trastornos de nuestros días se deben a las carencias alimenticias que padecemos, así como a las toxinas que ingerimos con la comida y la bebida. Ante el cúmulo de productos tóxicos y adulterados, la radiestesia puede darnos una visión fidedigna de los alimentos que nos conviene consumir en cada época y en cada ocasión, eliminando los que no nos convienen que, lamentablemente, son una buena parte de los productos que encontramos en las estanterías de los establecimientos de alimentación. Sin caer en exageraciones de comprobar todo lo que consumimos, sí sería conveniente estudiar y detallar una alimentación personal sana y adecuada a nuestras características, durante una etapa determinada. Es necesario alimentarse de distinta forma cuando se realiza una actividad intelectual que cuando es física; también depende de la edad, y de las diferentes épocas del año. En general, es recomendable consumir los alimentos menos manipulados y más naturales.

Dentro del apartado dedicado a la salud incluiré unos breves apuntes sobre la agricultura, debido a la gran influencia que ésta tiene en la alimentación y, por tanto, en la salud. La aplicación de la radiestesia en la agricultura abre un amplio marco de posibilidades para aquellos que quieran mejorar los resultados en sus cosechas. Cada planta, cada árbol tiene unas características particulares, que hacen que crezcan y se desarrollen mejor en unos lugares que en otros. Por ello es importante la elección del terreno y de la zona donde se van a

plantar. Un lugar geofísicamente alterado es desfavorable para cierto tipo de cultivos, aunque para otros es beneficioso. La naturaleza permite la selección natural de las distintas semillas en un determinado tipo de terreno, evolucionando aquellas especies que son más aptas a sus condiciones geofísicas, climáticas, etcétera.

Para mantener las propiedades de los vegetales es importante conocer los mejores días para la siembra o para la plantación: fase lunar, día o noche, así como el momento más apropiado para la cosecha o recolección. Las fechas más idóneas se pueden concretar usando un calendario e ir probando por meses, semanas y días; también el uso del calendario lunar, usado de la misma forma, puede ser de gran utilidad:

- Tengo la intención de conocer qué día es el más apropiado para plantar, cosechar, etcétera.
- ¿Es el día 15 de septiembre?

En este momento es más eficaz señalar con el dedo o dirigir la vista hacia el calendario, o bien, pensar intensamente en esa fecha. Y continuamos con el proceso:

- Si es así que el péndulo gire de izquierda a derecha.

Otros aspectos que se pueden potenciar son la determinación de las tierras más apropiadas para cada tipo de cultivo, la selección de los abonos más indicados a cada caso, la detección y el diagnóstico de las enfermedades de los vegetales, así como su solución.

UN MUNDO A NUESTROS PIES

Una de las facetas de la radiestesia más usada a lo largo de la historia es la localización de objetivos que se encuentran debajo de la superficie de la tierra. Yacimientos minerales, aguas subterráneas, tesoros, la elección de los mejores lugares para vivir, han sido localizados por los zahoríes durante milenios. El modo operativo en esa gama de objetivos es bastante similar, aunque cada uno tenga unas

características específicas, que harán que la metodología y las preguntas deban adaptarse a ellas. Los ejercicios citados antes servirán, adaptando las preguntas al tipo de objetivo para cada caso. No obstante, a continuación, haré las matizaciones oportunas en cada uno de ellos y un repaso general operativo.

Agua subterránea

En la actualidad, el problema del agua potable está alcanzando cotas de alto riesgo, en primer lugar por su escasez en muchas regiones y, en segundo, por su contaminación. Buen número de empresas, cooperativas, ayuntamientos y particulares solicitan los servicios de zahoríes, antes que los de un hidrólogo o un geólogo. Su decisión se fundamenta en dos aspectos: el porcentaje de aciertos y las pretensiones económicas de unos y de otros.

Para iniciarse en la práctica de la localización de aguas subterráneas sobre el terreno, conviene operar, si fuera posible, en lugares donde ya se sepa de la existencia de pozos, acequias o corrientes subterráneas y su profundidad, caudal u otras características, así como su calidad o dirección en la que circula el agua; aunque estos datos deben conocerse después de haber terminado el trabajo radiestésico, o bien aislarse de ellos hasta haber concluido.

De cualquier manera, antes de comenzar una prospección, es conveniente averiguar si hay posibilidades de lograr aquello que se pretende, sin perder tiempo y energías en caso contrario. Si se intenta localizar agua subterránea para, más adelante, llevar a cabo la perforación, se puede preguntar si es posible hacer aflorar agua de las características requeridas. En caso negativo la búsqueda pierde sentido, con lo cual hemos ahorrado tiempo y posibles errores, pues el que busca quiere hallar, y en muchas ocasiones acaba marcando algo que no existe más que en su deseo de encontrar.

La triangulación es un sistema de localización del lugar más adecuado para excavar un pozo de agua, así como para localizar un objeto perdido o el emplazamiento idóneo de un edificio. Nos colo-

camos en un punto del terreno y determinamos la dirección hacia donde se encuentra el lugar más favorable para perforar, según vimos en el ejercicio nº 4. A continuación nos desplazamos hacia otro punto y, desde allí, volvemos a trazar otra línea en la dirección del objetivo. El punto donde se cruzan ambas líneas indica el lugar más adecuado. Este método se puede realizar con la radiestesia a distancia, que se diferencia de la telerradiestesia en que, en este caso, estamos en contacto visual con el entorno del posible objetivo; este método también lo podemos emplear sobre planos.

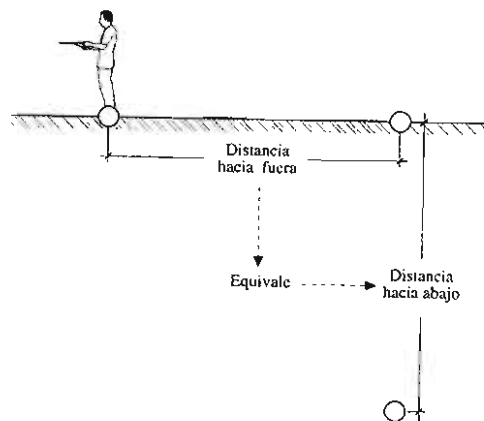
Sobre el suelo de aguas subterráneas que sigan el ciclo hidrológico convencional, próximas a la superficie, pero sin manifestación de agua superficial, existe una flora, así como una fauna características, debido a sus descargas evaporativas. Estas zonas tienen un gran valor paisajístico por la presencia de árboles freatofíticos y un extraordinario interés ecológico por la diversidad biológica que producen. Esto mismo se ve más claramente con una vista aérea, donde, en ocasiones, es posible distinguir por dónde circula el agua subterránea gracias a las diferencias paisajísticas que produce a su paso. Según esto, es posible prever, en determinadas circunstancias, por dónde circulan las aguas conociendo la flora y la fauna de una región, lo cual puede ser de ayuda a la hora de buscarlas, sobre todo contrastándolo con el resultado radiestésico.

Del mismo modo, sobre una corriente de agua subterránea, se puede formar una humedad diferente de la del entorno, creándose una neblina imperceptible, insuficiente como para llamar la atención de forma consciente, pero que inconscientemente se percibe. En aquello que el consciente debe poner gran atención y esfuerzo, el inconsciente ya lo sabe. Pero esta información, ya sea consciente o inconsciente, debe ser revisada y seleccionada para que no induzca a errores de interpretación, ya que un suceso de similares características puede deberse a distintas causas. Aunque estas peculiaridades del medio puedan servir para ratificar el resultado con posterioridad al estudio radiestésico, en ocasiones pueden inducir a error, pues, inconscientemente, en un momento de máxima receptividad, como cuando operamos en radiestesia, esta información puede pasar al

consciente, sugestionando al operador. Hay que procurar inhibirse de cualquier estímulo exterior que pueda falsear el resultado, abstra-
yéndose del entorno, y facilitando así la labor radiestésica.

El cálculo de la profundidad a la cual se encuentra el agua presenta serias dificultades para la mayoría de los zahoríes. Es necesario, aparte de una metodología específica, el correcto entrenamiento de la mente y ciertos conocimientos sobre geología. De esta forma, la mente se orienta con más facilidad hacia el objetivo, al representárselo de forma fidedigna en la mente.

Para conocer la profundidad a la que se halla la corriente, u otro elemento subterráneo cualquiera, podemos utilizar varios métodos de medición. Tras localizar el objetivo nos colocamos en el punto más idóneo para realizar la perforación, y comenzamos a caminar hacia fuera de la corriente, con el pensamiento de que el instrumento reaccionará, tal como hemos convenido, cuando la distancia entre nosotros y el punto de la corriente que hemos elegido corresponda a la de la profundidad a la que se encuentra. También se puede pactar que la distancia recorrida sea la mitad, la décima parte o la que queramos, para no tener que desplazarnos en algunos casos grandes distancias.



Método clásico de averiguar la profundidad conocido como «la regla del obispo».

Un curioso método, empleado por Bouly y otros radiestesistas, consiste en golpear con el tacón del zapato el suelo hasta que el número de taconazos corresponda con la profundidad, entendiendo que cada golpe sea una cifra constante: un taconazo será un metro, dos metros, etcétera, según se haya convenido. Un sistema bien simple es contar los giros del péndulo o de la varilla para determinar la profundidad; de la misma forma, un giro corresponderá a cierto número de metros. Más sencillo todavía es contar mentalmente, aunque para ello es preciso concentrarse en mayor medida.

Una vez hemos obtenido un resultado concreto, o sea, el lugar más favorable para la perforación, el caudal, la profundidad o la calidad, se puede y, de hecho, se debería hacer siempre que sea posible, contrastar con la experiencia y observar los indicios que el entorno nos revela. De esta manera corroboramos el resultado radiestésico. En el caso del agua subterránea se puede verificar el resultado preguntando por otros posibles pozos próximos, con los cuales poder comparar los resultados obtenidos. Ello no indica necesariamente que, en caso de no coincidir, por ejemplo, con la profundidad de los pozos de la zona, haya que rechazar la prospección, o bien que, si coincide, sea totalmente segura; en este caso sí que daría mayor confianza en que el resultado es acertado.

En ocasiones hay agua en el subsuelo, pero está bajo determinadas condiciones que le impiden ascender hasta la superficie, por lo que se debería preguntar si se encuentra bajo presión y si es conveniente perforar en ese lugar, a pesar de encontrarse allí. Entre los diferentes puntos detectados con posibilidades de encontrar agua, siempre habrá unos que serán más propicios debido a sus características particulares: menor profundidad, naturaleza del suelo más favorable, etcétera. Se puede simplificar la prospección mediante los métodos de triangulación, dirección, etcétera, descritos antes, localizando directamente el lugar más ventajoso.

Si buscamos un determinado tipo de aguas, por ejemplo, que tenga un caudal mínimo de mil litros por minuto y que además sea potable, cualquier otro tipo de aguas será obviado, es decir, al pasar por encima de ellas no debería haber reacción. Esto se debe a

que mediante la expresión de la intención y la selección mental, elegimos un determinado objetivo y rechazamos todos los que no presenten las peculiaridades requeridas, sin importar la aparente similitud con el objetivo. Del mismo modo, si estamos intentando averiguar la profundidad de una corriente y se diera el caso de que existe otra corriente a menos profundidad, pero de diferentes características: calidad, caudal, etcétera, de la que realmente queremos, y para la que nos hemos programado mediante la selección mental, no habrá reacción radiestésica alguna. Sería sólo al llegar a la profundidad donde está situada la que buscamos cuando el instrumento ejecutaría el movimiento acordado. Basándonos en ello comprobamos que si el operador realiza de forma correcta el proceso mental requerido, antes y durante la búsqueda propiamente dicha, la proximidad o lejanía de objetivos similares no influye en el resultado.

Gran parte del agua destinada al consumo público presenta graves deficiencias; mediante la radiestesia podemos averiguar su calidad. Incluso se debe comprobar el grado de aceptación de cada organismo a las aguas embotelladas, de las que existe una gran variedad en el mercado y, aunque no suelen portar sustancias tóxicas, su nivel de mineralización —dependiendo de su procedencia— puede hacerlas demasiado fuertes para algunas personas.

El análisis de las aguas subterráneas, para comprobar su grado de pureza y su composición, es cada día de mayor importancia, pues muchas de ellas son portadoras de sustancias tóxicas procedentes de residuos orgánicos, pesticidas, sales, etcétera, así como por la salinización al haberse sobreexplotado los acuíferos. Como medida preventiva es preferible saber sus características y propiedades: composición mineral, ácido carbónico, calcio o cualquier otra sustancia en disolución o suspensión. En función de ello se pueden valorar distintos parámetros que diferencian un agua potable de otra insalubre. El pH del agua define si ésta es ácida, básica o neutra. Se puede preguntar de forma selectiva hasta concretar el tipo de agua, y también se puede saber si es calcárea, si contiene nitratos y en qué porcentaje.

Este análisis se puede llevar a cabo una vez se ha extraído el agua, o antes de realizar la perforación, para tener una mayor seguridad de que este tipo de aguas es la que se pretende hacer aflorar. Hay que advertir que son escasos los zahoríes que, en este ámbito, mantienen un elevado índice de aciertos. Esto se debe en primer lugar a su falta de credulidad en esta posibilidad (debido a su desconocimiento en el ámbito donde actúa la radiestesia) y a la dificultad de representarse mentalmente este tipo de objetivo tan poco tangible y de difícil descripción, aunque ello no es óbice para que algunos radiestesistas especialmente dotados y bien adiestrados mantengan una alta eficiencia. En principio, hasta no estar acostumbrado a este tipo de objetivos, recomiendo limitarse a saber si es o no potable. Estas dos alternativas tan dispares son de fácil representación mental, ya que resulta más coherente imaginarse unas aguas potables e incluso a uno mismo bebiendo de ellas.

Una vez tenemos clara la imagen mental del objetivo podemos pasar a la expresión de la intención:

- Tengo la intención de conocer si el agua que se halla en el subsuelo bajo mis pies es potable.

Comprobando que solamente exista una corriente de agua en la misma vertical o seleccionando una de ellas y, a continuación, la pregunta:

- ¿Es potable?

En caso afirmativo el péndulo girará, tal como se había convenido con anterioridad, o la varilla se elevará, o las varillas en L se cerrarán.

Si el operador quiere saber la dirección en que circula el agua, sólo tiene que realizar la pregunta y el acuerdo mental pertinentes:

- ¿Es ésta la dirección hacia donde circula el agua?

Para facilitar la orientación de la mente hacia un determinado objetivo, es conveniente practicar con elementos iguales o similares a los que se pretende localizar. Hemos visto en el ejercicio nº 5 cómo

practicar en la búsqueda de agua. Para empezar se pueden colocar dos recipientes opacos, llenando uno de ellos con líquido y dejando otro vacío, con un espacio suficiente entre ambos como para poder desplazarnos con comodidad entre ellos.

Más adelante podemos aumentar la dificultad utilizando varios recipientes con agua y, en este caso, un colaborador introducirá sal u otros elementos residuales que se puedan encontrar en las aguas subterráneas en alguno de ellos, o bien en ninguno; de esta manera se practica la selección y especificación mental del objetivo para después operar sobre el terreno. Este ejercicio, y otros similares, permiten mejorar la actitud de discriminación ante cualquier tipo de objetivo.

Para medir el caudal se puede practicar calculando el tiempo de paso del agua por una tubería o manguera donde sea factible contabilizar luego la cantidad vertida a un contenedor, balsa, etcétera, durante una unidad de tiempo determinada: 1 minuto, 5, 10, etcétera, teniendo la precaución de que el agua no se desfilzarre por culpa del ejercicio radiestésico. El caudal de una corriente de agua se puede calcular en litros o en metros cúbicos, si el caudal fuese copioso, teniendo en cuenta las equivalencias correspondientes.

Prospección geológica

No abundaré en este apartado dado que para la prospección de yacimientos o minas, la metodología será la misma que aplicamos en la búsqueda de aguas subterráneas, pero adaptando las preguntas a sus peculiaridades. Puesto que, en el caso de los yacimientos, la cantidad y el porcentaje de material determinan la explotación, es importante conocer la composición y cuantificarla. Asimismo, es importante tener ciertos conocimientos de geología y minería, al igual que de hidrología, si se quiere trabajar con una confianza fundada, representando mentalmente y con claridad el

objetivo, restringiendo las posibilidades de error al saber con exactitud lo que se busca.

Normalmente se estudia el terreno desplazándose por él varilla en mano; también es posible realizar la prospección desde un vehículo, cuando el área que se debe estudiar es grande; sentados cómodamente podemos observar las reacciones radiestésicas por los distintos lugares, comprobando cómo, al llegar a la zona donde está el objetivo, el instrumento reacciona tal como estaba pactado. En otros casos, se opera desde el aire, en un avión; este método se emplea sobre todo para descubrir yacimientos minerales y petrolíferos. En estos casos un ayudante va marcando en un plano las reacciones radiestésicas, según se pasa por las distintas zonas. En prospecciones minerales también se suele trabajar directamente sobre plano.

En la búsqueda de yacimientos es importante definir el tipo de mineral, así como la cantidad mínima por kilogramo o tonelada que se pretende localizar, ya que normalmente se hallan combinados con otras materias. Este modo operativo restringe, en gran medida, la búsqueda, y facilita la selección mental del objetivo.

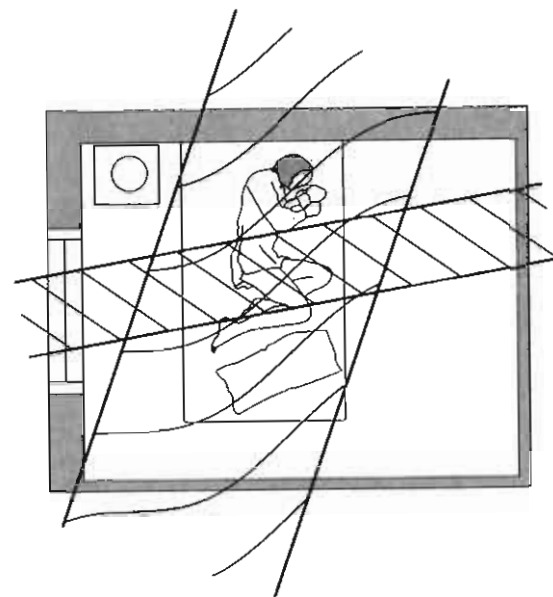
Aunque, como decía, la prospección de yacimientos minerales tiene las mismas características que la de aguas subterráneas, a veces es difícil para alguien no versado en las estructuras geológicas y la naturaleza de los minerales, representárselos mentalmente. Por este motivo, además de unas nociones sobre mineralogía, que puedan indicarle las posibles variantes con que se puede encontrar, durante la prospección, en cuanto al espesor o la profundidad más habitual de un yacimiento, es importante tener una muestra de aquello que se va a buscar. Esto es necesario cuando sea un objetivo desconocido o poco habitual para el operador, pero una vez asume con nitidez qué es lo que busca, puede comenzar el trabajo radiestésico con o sin la muestra. Durante la búsqueda se puede emplear la muestra como testigo para reiterar la representación mental, o puede no ser necesario, dependiendo de la capacidad para imaginar el objetivo.

Armand Viré, doctor en ciencias y experto geólogo, nos incita a unir la geología con la radiestesia para mejorar sus resultados:

«La geología es una ciencia de observación con un alto grado de perfección. Gracias a sus métodos, se puede predecir la existencia de capas de agua encerradas en el interior de estratos geológicos permeables e impermeables; conocer si ese agua brotará o no por sí sola de la tierra, y si estará o no mineralizada. Yo mismo, antes de conocer los métodos de los radiestesistas, he sido capaz de identificar la existencia de aguas subterráneas por medios exclusivamente geológicos, y de alumbrarlas. Sin embargo, cuando se trata de determinar la presencia real y la localización precisa de esas aguas subterráneas y sus redes, cavernas, huecos y filones metálicos en ciertos terrenos —y especialmente en los calcáreos—, el geólogo está ciego. Es justamente aquí donde la radiestesia puede aportar algo a la ciencia geológica. El radiestesista es capaz de descubrir si hay realmente fuentes de agua o sustancias metálicas en una zona dada, de determinar su posición precisa, así como su amplitud y extensión y, hasta cierto punto, también su profundidad. Resulta, pues, pueril e injusto tratar de enfrentar estos dos métodos. En vez de andar constantemente criticándose y despotricando unos de otros, a los geólogos y a los radiestesistas les interesa unir sus esfuerzos».

Geobiología

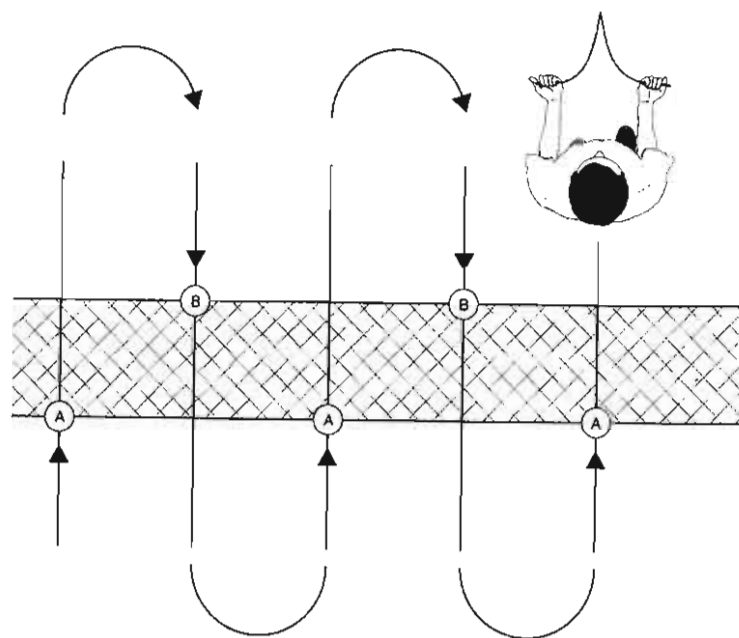
Es sabido por todas las culturas que han habitado nuestro planeta que vivir sobre aguas subterráneas, fracturas geológicas y cualquier elemento del subsuelo que modifique los valores de la radiación natural de una zona, supone un riesgo para la salud. Tras años de estudio en este terreno he corroborado los resultados de otros investigadores que afirmaban que, después de un determinado tiempo de exposición, variable según la capacidad de respuesta inmunológica de cada persona y de la intensidad de la modificación de los valores naturales (campo magnético, radiación de microondas, etcétera), la posibilidad de padecer síntomas y enfermedades de graves consecuencias aumenta significativamente (véase *Geobiología: medicina del hábitat*).



Deterioro generalizado: fatiga, trastornos del sueño, estrés, irritabilidad, depresión y, finalmente, en este caso cáncer de estómago.

A diferencia de la localización de aguas para consumo, en este caso no es necesario conocer los mismos datos: cantidad, calidad, profundidad, etcétera, aunque alguno, como por supuesto la exacta localización, sí que es importante para situar los lugares de estancia prolongada (camas, puesto de trabajo o estudio...) fuera de las zonas geofísicas alteradas. La búsqueda de aguas subterráneas en campo abierto permitirá familiarizarse con ellas, y hará más fácil su posterior localización en el interior de los edificios. En estos casos se pueden recorrer las diferentes estancias hasta que los instrumentos reaccionen ante la presencia de la alteración geofísica, bien sea agua subterránea, fractura geológica o cualquier elemento geofísico. Hay que buscar las riberas de la alteración, así como por dónde entra y sale de la vivienda, para determinar toda su configuración, que se podrá dibujar sobre un plano para conocer su exacta situación, y adoptar las medidas oportunas.

Para determinar la localización exacta de una corriente de agua, fractura geológica o de cualquier estructura subterránea —tal como sucede en arqueología, campo que trataremos a continuación donde se han cosechado no pocos éxitos mediante radiestesia—, iremos caminando con el esquema mental adecuado y marcaremos el primer punto de contacto que se obtenga con la corriente con la letra A. El punto B será el que marcaremos al salir de la corriente. Al volver a entrar en la misma un poco más arriba o abajo del primer punto B, marcaremos el lugar con otra B y con una A al salir por la parte opuesta y así sucesivamente. Uniendo todos los puntos A y todos los puntos B tendremos los márgenes de la corriente. Este sistema de localización y delimitación del objetivo puede utilizarse igualmente para cavernas, pasadizos subterráneos o minas, y es operativo tanto sobre el terreno como en un plano.



Este método facilita la configuración de estructuras subterráneas: aguas, yacimientos minerales o arqueológicos, etcétera.

En un terreno se puede buscar, siguiendo sus límites, el lugar por donde entra y por donde sale una corriente, si la hay. Se marcan las riberas de la corriente en su punto de entrada; bordeando el terreno, buscamos el otro punto por donde sale, y hacemos lo mismo. Con ello tenemos localizada la corriente y el lugar aproximado por donde transcurre, aunque no hay que olvidar que puede haber varias alteraciones en el mismo terreno. Para determinar su posición exacta podemos utilizar el método anterior.

Aunque en principio cualquier alteración geofísica es perjudicial, y hay que salir de su área de influencia, podemos cuantificar el nivel de riesgo con una escala de medición. Esta escala podemos realizarla según nuestra propia concepción, o utilizar alguna de las ya existentes, ya que cualquiera es válida siempre que sea empleada e interpretada de modo correcto. En el caso de una prospección geobiológica, podríamos realizar el siguiente código: cuando localicemos una alteración telúrica, las varillas en L se cerrarán; incluso se puede insertar en el esquema mental un doble código, añadiendo que el grado de cierre o giros servirá para cuantificar la intensidad de la alteración con respecto a su nocividad. Aunque las varillas en L son el instrumento radiestésico más empleado en geobiología, se puede emplear cualquier otro, como el péndulo. En este caso habría que contar el número de giros según el código establecido y, dependiendo de la cantidad de giros, valorar lo que se pretenda saber. Pero si queremos calibrar la intensidad de la alteración con mayor exactitud, podemos usar las escalas ya comentadas del 0 al 10, la del 0 al 100 o la que creamos más conveniente. Una escala de medición también nos puede servir para elegir los colores más apropiados para cada persona (vestido, vivienda, etcétera) según sus circunstancias y carácter, en cada momento dependiendo del tipo de actividad, en cada ambiente: trabajo, comedor, dormitorio, etcétera (véase *El lugar y la vida*).

Si se trabaja sobre el terreno, una vez se produce el movimiento del instrumento se puede señalar el lugar con algún elemento indicador: pintura, estacas, piedras, yeso, etcétera, que nos ayuden a configurarlo, en el caso de una corriente de agua subterránea, o a

dejar constancia de él si es un punto concreto, como puede ser el lugar para realizar un pozo, mientras hacemos las pertinentes comprobaciones.

Los métodos desarrollados en este apartado se pueden emplear para determinar cualquier localización, como son aguas subterráneas, fracturas geológicas, cuevas o restos arqueológicos.

Arqueología

La radiestesia, tal como ha quedado reflejado a lo largo de este libro, puede servir para localizar, o conocer, cualquier tipo de objetivo, ya sea del mundo físico (objetos, aguas, personas, etcétera), como intelectuales (conocer el resultado de una operación matemática, la toma de una decisión, etcétera). Sin embargo, hay que tener en cuenta ciertas limitaciones que vienen marcadas por el propio radiestesista; en este ámbito hay que volver a resaltar que la falta de motivación o de interés se traduce en una debilitación de la capacidad de concentración, con el consiguiente aumento de las posibilidades de error. Existen, no obstante, objetivos que, en apariencia, motivan de manera extraordinaria al operador. Éstos suelen ser los relacionados con la búsqueda de tesoros, joyas desaparecidas u otros objetos de valor económico en sí mismos, así como los juegos de azar. La dificultad que entraña este tipo de objetivos radica en que muchas veces se pretende saber el resultado, debido a un afán lucrativo, consciente o inconsciente, que merma las posibilidades de éxito, pues esconde en muchas ocasiones una obsesión que limita la capacidad de percepción, al tiempo que la neutralidad —aspecto fundamental durante la búsqueda— queda en entredicho. Sin olvidar que en los juegos de azar se opera sobre objetivos situados en el futuro, lo cual presenta elevadas dificultades debido a la incredulidad educacional que va abonando al inconsciente, asumiendo durante años que ello es imposible, lo que complica muchísimo el trabajo, mientras no se logra superar este condicionamiento.

El abate Mermet, gran radiestesista con un elevado número de aciertos, y cuya capacidad en estos menesteres está fuera de toda duda, admitió que de unas quinientas búsquedas dirigidas a encontrar tesoros, no había logrado éxito alguno. Esto nos demuestra las dificultades que, de hecho, plantea este tipo de búsquedas; en primer lugar por los datos poco fiables que suelen aportarse, y en segundo, debido al entusiasmo que acostumbra a existir en estos casos, y que puede arrastrar con facilidad el ánimo del radiestesista en una búsqueda de algo en muchos casos inexistente. Así pues, se obvia generalmente lo más importante: ¿existe el supuesto objetivo? Ésta sería la primera pregunta que de forma totalmente neutral debería realizarse, manteniendo la misma actitud de neutralidad, incluso de frialdad ante el objetivo, ya que en estos casos las actitudes pasionales hacen mella en el radiestesista, impidiéndole realizar un trabajo que, si el objetivo fuera otro, normalmente, vería coronar con éxito.

Los tesoros y los restos arqueológicos excitan la imaginación, de ahí que el operador deba realizar profundos estudios de investigación bibliográfica, o que la persona interesada le aporte documentos acreditativos de lo que se pretende encontrar o saber. Los tesoros existen, salvo excepciones, en la imaginación de la gente y en sus deseos de encontrarlos, de ahí que, sin un riguroso control de los datos facilitados, será mejor rechazar este tipo de búsqueda. Así se consigue, por una parte, actuar con seguridad, y por otra parte, representar mentalmente el objetivo gracias a una descripción fiel de éste, que, de otra forma, en muchas ocasiones sería de difícil configuración en la mente del radiestesista.

La arqueología trata de clarificar el pasado a través de sus vestigios, de sus restos materiales y de sus huellas. El arqueólogo, ya sea profesional o aficionado, procura descubrir la verdad de la historia de la humanidad enterrada por el tiempo, y la radiestesia es una ayuda de inestimable valor, tanto para el hallazgo *in situ*, como para plantear cuestiones de índole intelectual: procedencia, datación, posibles conexiones entre restos aparecidos separados por miles de kilómetros de distancia, etcétera.

Un aspecto relevante, dentro de la arqueología radiestésica, es la datación de restos u objetos. Se puede proceder de la misma forma que cuando se intenta averiguar la profundidad de una corriente de agua subterránea, contando desde una época determinada e ir ascendiendo hasta llegar a la fecha buscada. Por ejemplo, si tratamos de identificar la edad de una pieza arqueológica, contaremos desde una fecha que creamos anterior a la pieza, e iremos ascendiendo en unidades de tiempo determinadas, por ejemplo de 10 en 10, de 50 en 50, etcétera, según el tipo de objeto; luego, una vez concretado un sector de tiempo, reducimos los saltos temporales de búsqueda de cinco en cinco o de uno en uno. Si se tienen dudas sobre la época, y no se quiere uno arriesgar, se puede actuar sobre lapsos globales, preguntando en primer lugar si corresponde a antes de Cristo o es posterior:

- Tengo la intención de saber la fecha en que se realizó esta pieza.

- ¿Fue antes de Cristo?

Si la respuesta es negativa continuaremos:

- ¿Fue posterior?

Si la respuesta es afirmativa:

- ¿Primer milenio?

Ante una respuesta negativa preguntamos:

- ¿Segundo milenio?

- ¿Entre el año 1000 y el 1100?

- ¿Entre el año 1100 y el 1200?

Si la respuesta es positiva, trabajaremos con valores más pequeños:

- ¿Entre 1100 y 1150?

Y ahora, por ejemplo, de diez en diez:

- ¿Entre 1100 y 1110?

Hasta saber la decena, y luego de uno en uno, hasta concretar el año exacto. Esta forma operativa se puede llevar a cabo mentalmente, o utilizando una escala adaptada al tipo de búsqueda. Otra aplicación es la autenticación de obras de arte. Aquí la pauta que se debe seguir es más sencilla:

- ¿Es auténtica esta pieza?

Con la expresión de la intención y el código pertinente.

Para delimitar el contorno de los yacimientos, y el lugar exacto donde se encuentran los objetos, así como su profundidad, podemos emplear el mismo sistema que en geobiología y búsqueda de aguas. De esta forma se ahorra tiempo, esfuerzos y posibles errores, que tan caros suelen costar en arqueología, reduciendo el coste de las excavaciones, además de ser mucho más eficaz la prospección tanto en arqueología como en la solución de diversos problemas geológicos, que van desde yacimientos minerales a aguas subterráneas. Para la localización de pasadizos, bóvedas, cámaras, etcétera, se procederá de la misma forma que para la búsqueda de aguas subterráneas o yacimientos minerales. En España hay estupendos especialistas en el rastreo de las huellas del pasado, como el hermano Emilio Castro, director de museos del Colegio de la Salle y experto paleontólogo, con gran número de aciertos en la búsqueda de aguas subterráneas, minerales y hallazgos paleontológicos, muchos de los cuales adornan dicho museo. En efecto, la radiestesia es un método de gran ayuda para la datación y búsqueda de restos prehistóricos.

La revista soviética *Vokrug Sveta* (Alrededor del Mundo), de gran popularidad, publicó un reportaje dedicado a la arqueología mediante métodos radiestésicos con el título: «De repente la tierra se volvió transparente». En este artículo se citan importantes hallazgos realizados, gracias a la radiestesia, por arqueólogos e ingenieros soviéticos. Entre ellos destacan el ruso Alexander Oleinikov y el ucraniano Vassily Stetsenko, que descubrieron fortificaciones en Novgorod del siglo XIV o los pasadizos subterráneos del monasterio Pecherskaya Lavra, quizás el más admirado de Ucrania.

En Rusia se ha aplicado la radiestesia con gran éxito en trabajos arqueológicos; entre los localizadores rusos destaca Alexander I. Pluzhnikov, ingeniero mecánico dedicado a la conservación y restauración de monumentos históricos. Entre sus logros destaca la reconstrucción, mediante radiestesia, de un campo de batalla donde las tropas rusas y las francesas de Napoleón mantuvieron un

cruento combate en las cercanías de Borodino, en el año 1812. La complejidad del trabajo hacía imposible que el empleo de un método arqueológico convencional fuera eficaz; sin el empleo de la prospección radiestésica hubiera sido casi imposible lograr un resultado satisfactorio, ya que en ese mismo lugar ocurrió otra batalla, durante la Segunda Guerra Mundial. A este hecho había que unir una dificultad añadida, pues era una tierra de labranza arada centenares de veces; asimismo, que durante este tiempo, los bosques se habían adueñado de parte del territorio y se habían construido carreteras y caminos. Pluzhnikov logró establecer con exactitud las fortificaciones, las tumbas colectivas, las baterías, etcétera. La labor de Pluzhnikov se vio refrendada de forma oficial en un estudio publicado por el Instituto de Investigación Científica del Ministerio de Cultura de la Unión Soviética con el nombre de «Aplicación del método biofísico a la localización y restauración de monumentos de valor histórico y arquitectónico».

El británico Jim Scott Elliot —general de infantería—, después de retirarse del ejército se introdujo en la arqueología y en la radiestesia aplicada a ésta, gracias a la cual consiguió descubrir yacimientos arqueológicos de distintos períodos en el Reino Unido: edad de hierro, romano, sajón, etcétera. Scott escribió un libro titulado *La radiestesia: una aventura humana*, donde recoge su visión sobre una radiestesia sin métodos rígidos, y en la cual la constancia es la clave del éxito: «La generación a la que pertenezco es escéptica y siempre pide pruebas de que la radiestesia funciona. Los jóvenes, por su parte, mantienen un espíritu abierto y están dispuestos a probar y utilizar el método. Pero los organismos oficiales no lo aceptan, ni tampoco la ciencia, aunque muchos científicos y geólogos sean radiestesistas. Es esencial que, como radiestesistas, superemos todas esas barreras, y pienso que esto sólo se conseguirá mediante nuestros éxitos. Para lograrlo, sugiero que debemos cortar, en la medida de lo posible, con todo aquello que no sea eficaz, y demostrar, a través del trabajo preciso de radiestesistas bien calificados, que la radiestesia no sólo funciona, sino que puede ser útil y, en un mundo que sólo entiende este lenguaje, ahorrar tiempo, trabajo y dinero. El

buen radiestesista sería hoy un hombre confiado en su éxito —sin presunción, con humildad—, que acepta con sencillez la habilidad que ha recibido como un don, pero que él mismo debe desarrollar mediante un constante trabajo, y de entrenamiento en el duro campo de la experiencia, donde el éxito y el fracaso significan mucho para la propia honradez profesional».

CONCLUSIÓN FINAL

La radiestesia no debe contemplarse sólo como un método de conseguir información, sino también como un medio de conocimiento personal y de comprensión de nuestro potencial real, sin duda infinito. Es importante saber cuáles son los mecanismos internos que se desencadenan en el proceso radiestésico; así, aquellos que pretenden ejercerlo pueden desarrollar sus capacidades dentro del contexto psicofisiológico en el cual se genera y manifiesta. Tan importante como esto es el esfuerzo en un trabajo constante, dirigido hacia una metodología coherente y disciplinada, amparada por el estudio y el fomento de las facultades psíquicas innatas en toda persona.

Ante el neófito se alzan varias barreras a la hora de llevar a cabo la práctica radiestésica; en primer lugar está la inercia ante el esfuerzo y ante la idea de mantener una determinada disciplina. Asimismo, es fácil tropezar con los condicionamientos educacionales de lo que es o no posible, que limitan nuestra visión de la realidad. A aquellos que tengan unas facultades innatas, de la misma forma que hay personas que son magníficos pintores sin haber estudiado jamás en una escuela de arte, algunas de las indicaciones que aquí he ido exponiendo no les parecerán necesarias. Aunque, incluso a ellos, les recomendaría que actuaran conociendo en qué contexto operan, y que procuraran adaptar sus capacidades a una metodología que, casi con seguridad, les haría elevar su nivel de eficacia y su espectro de actuación, así como la rapidez, capacidad y versatilidad casi en cualquier circunstancia y lugar, logrando operar incluso mediante la percepción mental directa. Pero, partiendo de la certeza de que la mayoría de las personas no están dotadas de las mismas capacidades, al menos en sus inicios —ya que con esfuerzo y constancia se logran elevar hasta límites insospechados—, habrá que proceder con orden, formando la mente en la causalidad de la radiestesia, y en la educación psíquica que favorece su logro.

Teniendo en cuenta el número de conocimientos y logros científicos, la radiestesia no ha avanzado en nuestro tiempo, en comparación con otras épocas. La radiestesia de hace uno, dos o tres siglos

no tiene nada que envidiar a la que se ejerce en la actualidad, muy al contrario, creo que ha seguido el camino opuesto al progreso, y cuanto más se sabía de las ciencias positivas, más se ignoraba sobre ella. El desconocimiento de su origen hace que se vincule a fenómenos ajenos a su naturaleza, por esto no se ha podido cultivar de la misma forma con que se trabajan técnicas de mejora de la capacidad intelectual, de memorización, etcétera. Conforme el ser humano ha ido limitando la manifestación de sus instintos e intuiciones en aras de la razón, se ha distanciado de su verdadera naturaleza y, por extensión, de la comprensión de la radiestesia y de la capacidad para ejercerla.

Creo que he demostrado de forma fehaciente cuál es el verdadero ámbito de actuación de la radiestesia. Por un lado relacionando la parestesia con manifestaciones presuntamente radiestésicas y, por otra, concluyendo que las variaciones electromagnéticas y otros fenómenos exteriores no son el origen de las reacciones radiestésicas, aunque los seres biológicos, incluyendo al ser humano, sean sensibles a ellos y reaccionen, en distinta medida, a sus efectos. Del mismo modo, se deben abandonar las equivocadas pretensiones de vincularla con fenómenos sobrenaturales, pues no existe nada más natural que la radiestesia, entendida como la expresión de la naturaleza humana en un determinado contexto.

El conocimiento de su verdadero origen y sus causas, junto con los ejercicios de formación, traerán consigo la adaptación de un método operativo propio, creándose así el marco adecuado para que, a partir de ahí, el radiestesista evolucione al unir su intelecto a su conciencia, dejando de actuar de forma mecánica. Lo ideal es que el avance en el surgimiento y el dominio del mundo fenoménico vayan acompañados de un trabajo de elevación metafísica. Ésta confiere un grado de sublimación que difícilmente puede conseguir aquel que se aferra a lo accesorio como meta, incluyendo la radiestesia. No hay que orientarse en exclusiva hacia el resultado, sino más bien hacia el descubrimiento de nuevas percepciones. La práctica plena de disciplinas como el yoga, el zen o incluso la radiestesia no deben considerarse como un fin, sino como un

medio de acceder a la comprensión unificada de la realidad y, en definitiva, de uno mismo.

Todo conocimiento exterior a través de los sentidos o el razonamiento es indirecto e inseguro, su relatividad viene determinada por la opinión preconcebida de las cosas y por el engaño de los sentidos, sujetos también a esta preconcepción. Sólo cuando el conocimiento trasciende a los valores infrahumanos, bebiendo de nuestras íntimas fuentes propias, es cuando se adquiere el verdadero conocimiento, puro, sin contaminar y exacto.

Practicar la radiestesia es dar voz al inconsciente en el pensamiento; no se trata de un pensamiento analítico, sino de ese pensamiento concreto, esclarecedor de algo sobre lo que el pensamiento en sí es ciego. La radiestesia es un diálogo interior vinculado a nuestra propia evolución, madurando al unísono. La práctica de la radiestesia puede convertirse en algo vacío sin la percepción de la conciencia de la propia experiencia, y la asunción clara de que la radiestesia es, en primer lugar, fruto de una experiencia vivida como una búsqueda personal del contenido interno del ser.

El ser humano separa sus vertientes física, moral, intelectual y metafísica restringiendo sus capacidades innatas, logrando una ciencia sin conocimiento. Éste sólo se puede lograr con el ejercicio simultáneo de la voluntad, la intuición y el razonamiento. A través de la radiestesia se atisba un resquicio por donde afloran parte de los sentidos perdidos por el ser humano —en su batalla por modificar el entorno a su necesidad y capricho—, como símbolo de lo divino que aún existe oculto en su interior, que nos recuerda quiénes somos. No es un arte, ni una ciencia —aunque su resultado sea comparable a un arte científico—, es más bien la manifestación voluntaria provocada por un sentido no tangible inherente al ser humano. La radiestesia es un sistema de investigación y una forma de conocimiento a disposición de todo aquel que se acerque a ella con el espíritu libre de prejuicios.

Raúl de la Rosa

BIBLIOGRAFÍA

Atienza, Juan G., *Los secretos de la alquimia*. Ed. Temas de Hoy, Madrid, 1994.

Bird, Christopher, *El gran libro de la radiestesia*. Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1989.

Chevreur, M. E., *De la varilla adivinatoria, del péndulo explorador y de las mesas giratorias*. Ed. Humanitas, Barcelona, 1992.

Gerboin, Antoine Clément, *Investigaciones sobre un nuevo método de la acción eléctrica*. Ed. Levraut, Estrasburgo, 1808.

Luzi, Antoine, *Radiestesia moderna*. Ed. Mundi-Prensa, Madrid, 1976.

Moine, Michel, *La radiestesia*. Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1984.

Pilón, José María, *La radiestesia: cómo manejar el péndulo y la varilla*. Ed. Mundi-Prensa, Madrid, 1990.

Powell, Tag y Powell, Judith L., *Método Silva de dominio de la mente*. Ed. Edaf, Madrid, 1990.

Rocard, Ives, *Radiestesia. Un enfoque científico*. Ed. Limusa, México, 1993.

Rosa, Raúl de la, *Geobiología: medicina del hábitat*. Ed. Terapion, Valencia, 1994.

Rosa, Raúl de la, *Contaminación electromagnética. El efecto de las radiaciones sobre la salud*. Ed. Terapion, Valencia, 1995.

Rosa, Raúl de la, *El lugar y la vida*. RBA, Barcelona, 1998.

Para más información sobre cursos y prospecciones dirigirse al Grupo de Radiestesia, Estudios y Prospección de la Asociación de Estudios Geobiológicos. GEA.
Apartado de Correos nº 11.041. 46080 Valencia.
Teléfonos-fax: (96) 395 19 59 o 333 88 37

Schultz, J. H., *Entrenamiento autógeno*. Ed. Científico Médica, Barcelona, 1980.

Tocquet, Robert, *El inventario de lo sobrenatural*. Ed. Plaza & Janés, Barcelona, 1971.



RADIESTESIA

RAÚL DE LA ROSA

Conocida y usada desde el principio de la humanidad, la radiestesia favorece el desarrollo de la intuición, la concentración y la motivación, además de ser una herramienta para encontrar los lugares más favorables para vivir, diagnosticar una enfermedad y encontrar la terapia o alimentación más acertada.

Esta amena obra presenta las bases históricas de la radiestesia y sus aplicaciones en la actualidad. De modo claro y preciso enseña cómo se produce y cómo se puede llevar a cabo, quién puede ser un zahorí, cómo actuar y dónde operar. Explica los diferentes campos de aplicación, el proceso mediante el cual se activa la intuición para acceder a un conocimiento y las reacciones físicas y psíquicas que conducirán a ello.

RAÚL DE LA ROSA es vicepresidente y miembro fundador de la Asociación de Estudios Geobiológicos.

Imparte conferencias y cursos por toda la geografía nacional, trabaja y asesora en el campo de la geobiología y la ecobioconstrucción y dirige el Instituto del Biohábitat.

31-

ISBN: 84-7901-362-1



9 788479 013622